

# LA HISTORIA COMO MISTERIO

*Michael Parenti*

*“Aquellos que mantienen en secreto el pasado, nos condenan a repetirlo. Parenti nos revela la historia de la historia falsificada, desde el Cristianismo en sus comienzos hasta el presente: un relato oscuro, fascinante y revelador.”*

*Daniel Ellsberg, autor de “The Pentagon Papers”*







kata  
krak

liburuak

(+34) 948 225 520  
Iruñea - Pamplona



# LA HISTORIA COMO MISTERIO

Michael Parenti

Editorial Hiru  
Hondarribia  
2003

Título original: *History of Mystery*

© 1999 by Michael Parenti

Reservados todos los derechos.  
Queda prohibido reproducir  
total o parcialmente esta obra  
por cualquier medio, sin permiso  
previo de esta Editorial.

© de la traducción: José Sastre  
© de esta edición Argitaletxe HIRU, S.L.  
Apartado de Correos 184  
20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa)  
e-mail: [hiru@euskalnet.net](mailto:hiru@euskalnet.net)  
[www.hiru-ed.com](http://www.hiru-ed.com)

Diseño y portada de la colección OTRAS VOCES:

*Eva Forest*

Maquetación:

*Eva Sastre*

Impresión: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella-Navarra)

ISBN: 84-95786-40-0

Depósito Legal: NA-2615-2003

# LA HISTORIA COMO MISTERIO

Michael Parenti

*Traducción:*  
José Sastre



## RECONOCIMIENTOS

Gary Aguilar, Charles Briody, Lauren Coodley, Charlotte Dennett, Elazar Friedman, Leonard Pitt, Sally Soriano, Vincent Sauvé y mi hijo Christian Parenti me suministraron los materiales oportunos, al igual que lo hizo el personal de la Biblioteca Pública de Berkeley (California).

Peggy Karp criticó el manuscrito y me dio un valioso apoyo de investigación para el capítulo seis. Nancy J. Peters también hizo una lectura crítica de estas páginas. Beth Garber y Holly Earl fueron de gran ayuda adicional. June Felter me tomó la fotografía que aparece en la cubierta del libro (como parte de su serie de Hombres con Sombrero). A todas estas personas debo expresarles mi gratitud.



A la memoria de Judi Bari

*Quia induit me vestimentis salutis  
Et indumento justitiae circumdedit me*

Porque él me ha adornado con la salvación  
Y me ha envuelto en un manto de Justicia

En mi propio país  
la amnesia es la norma,  
las escuelas nos enseñan  
desde nuestro nacimiento a no recordar  
la captura de esclavos, las rebeliones,  
las canciones de la resistencia,  
el primero de mayo,  
nuestros mártires desde Haymarket  
a Ática y los secuoyas de California,  
que son desgajados de nuestros corazones,  
borrados de la memoria oficial...

John Ross, "Contra la Amnesia"



## PRÓLOGO: CONTRA LA CORRIENTE PRINCIPAL

Escribir historia, creía Voltaire, debería ser una forma de batalla en la vieja guerra por nuestra emancipación intelectual. Demasiado a menudo, sin embargo, la historia se escribe y se comercializa de forma que es cualquier cosa menos liberadora. Entonces el efecto que produce no es la información, sino el reforzamiento de la ortodoxia política existente. Los que controlan el presente hacen grandes esfuerzos para controlar también nuestra comprensión del pasado. Lo que J.H. Plum llama “la adquisición del pasado por las clases dirigentes” y la exclusión de la clase trabajadora “es un fenómeno extendido a través de los tiempos”.<sup>1</sup> Se deja poco espacio para un retrato honesto de cómo la gente corriente ha luchado históricamente por una vida mejor, o de cómo las elites político-económicas han perseguido despiadadamente lo contrario, haciendo cualquier cosa por mantener y expandir sus riquezas y privilegios.

Mucha de la historia escrita constituye un artículo ideológicamente seguro. Debería llamarse mejor “historia de la corriente principal”, “historia ortodoxa”, “historia convencional” e incluso “historia de las clases dirigentes”, porque representa la perspectiva dominante de la gente opulenta e influyente que preside las principales

instituciones de la sociedad. Es la clase de historia servida por los autores de los libros de texto, por los académicos de la corriente principal, por los líderes políticos, los gobernantes y los medios de información y entretenimiento, una educación sesgada que comienza en nuestra niñez y continúa a lo largo de toda nuestra vida. Lo que se nos enseña usualmente “no es la realidad, sino una versión particular de la misma”<sup>2</sup>, una versión que tiene que pasar revista ante el poder instituido.

“Nuestro conocimiento del pasado”, escribe John Gager, “lo han creado para nosotros los ganadores de la historia. Las voces de los perdedores, si es que se oyen, se transmiten a través de una cuidadosa red de filtros”.<sup>3</sup> Aquí yo trato de eliminar algunos de esos filtros, mostrando cuánto de esa corriente principal de la historia se nos ha enseñado regularmente, cómo la versión popular de los acontecimientos, que ha alcanzado la máxima difusión, está seriamente distorsionada de forma que sirva o refleje los intereses de las clases socio-económicas dominantes.

Echar abajo todas las principales interpretaciones falsas de la historia es una hazaña imposible para un solo libro o una sola persona. Pero como dijo Ninon de L'Enclos cuando se le preguntó si creía que el mártir San Denis había andado dos millas llevando su cabeza bajo el brazo, “*La distance ne vaut rien. Ce n'est que le premier pas qui coute*” (La distancia no significa nada. Es sólo el primer paso el que cuesta).<sup>4</sup> Decir que este libro es un primer paso no significa que yo sea el primero que se ha esforzado en presentar una historia más verdadera. Realmente hay muchos historiadores, no todos ellos disidentes revisionistas, a cuyas contribuciones debemos estar agradecidos.

Andrew Johnson creía que la historia colocaría todas las cosas en su sitio, lo que seguramente era un extraordinario acto de fe, incluso para un presidente de los Estados Unidos.<sup>5</sup> En las páginas siguientes yo intento al menos colocar algunas cosas en su sitio. Este libro no ofrece una versión popular de la historia. Si representa algo es una batalla contra un cierto número de falsas interpretaciones históricas extendidas hoy día. Intento tratar los sesgos de la historia que se han propagado a lo largo y a lo ancho de nuestra sociedad. En estas páginas el lector encontrará unos puntos de vista “impopulares”, marginales, que violan la ortodoxia de la corriente principal.

Mi esfuerzo tiene limitaciones a las que no puedo escapar. Por un lado, me preocupa esencialmente la historia política, más que la cultural, militar u otras variedades especializadas, aunque las fronteras entre estas subdisciplinas no siempre están claramente marcadas y yo las traspasaré en cualquier caso.

Además, mi enfoque principal es sobre los Estados Unidos y Europa, tanto en su historia moderna como antigua, que son las áreas de particular interés para mí. Aquí se ofrece relativamente poco sobre la historia de Asia, África o Latinoamérica. Hay algún tratamiento sobre la historia de las mujeres y menos sobre la historia de la gente de color en los Estados Unidos. Anteriores trabajos míos han prestado una atención substancial a estos temas.<sup>6</sup> Es alentador ver que en décadas recientes han aparecido numerosos estudios sobre las mujeres y los afro-americanos<sup>7</sup>. Sin embargo, debemos tener presente el comentario de la socióloga dominicana Magali Pineda: “Las mujeres hemos sido el gran tema olvidado de la historia. No tenemos puntos de referencia de nuestro pasado”.<sup>8</sup> Lo mismo podría decirse de la gente del Tercer Mundo en general y

—como intento decir en las páginas siguientes— de la gente corriente, hombres o mujeres, de la base de la pirámide social.

Que yo me centre en la historia de Europa y Estados Unidos no es en sí mismo indicativo de una perspectiva eurocéntrica o chauvinista americana. No creo que Europa y los Estados Unidos sean las únicas regiones que merezcan un estudio serio; son simplemente aquellas sobre las que he hecho la mayoría de mi trabajo. El eurocentrismo es un tratamiento supremacista; se aplica a aquellos que ignoran totalmente la historia no europea o de las civilizaciones “menos desarrolladas” y a quienes piensan que fuera de Europa poco importante ha ocurrido —hasta que los europeos llegaron a esos lugares. La historia eurocéntrica distorsiona la historia no europea que ofrece, haciendo toda clase de presunciones proteccionistas sobre los niveles de desarrollo cultural y político de Asia, África y el hemisferio occidental pre-europeo. Un historiador tan eminente como Trevor-Roper nos ofrece un ejemplo perfectamente repugnante:

“Está de moda en nuestro tiempo hablar como si... los historiadores del pasado hubieran puesto demasiada atención (a la historia europea); como si, hoy en día, nosotros pudiéramos menos. Los estudiantes, seducidos como siempre, por la tendencia cambiante de la moda periodística, demandan más enseñanza de la historia del África negra. Quizá en el futuro habrá alguna historia de África que enseñar. Pero en el presente no la hay, o apenas existe: sólo existe la historia de los europeos en África. El resto es una gran oscuridad.

Si toda la historia es igual, como algunos creen, no hay razón para estudiar una parte más que otra; porque cier-

tamente no podemos estudiarla toda. Podríamos llegar a descuidar nuestra propia historia para entretenernos con los movimientos inútiles de tribus bárbaras en algún pintoresco pero irrelevante rincón del globo.”<sup>9</sup>

En cuanto a mi fallo al no tratar las ricas y complejas historias de Asia, África y América Latina, debo apelar, junto con Ranke, a una división del trabajo: “¿Quién podría aplicar la investigación a la masa de materiales ya coleccionados, sin sentirse perdido en su inmensidad?”<sup>10</sup> Ranke escribió eso en 1859. Imaginaos lo que podría decir hoy. En el prólogo de su *Historia Universal* grandiosamente decía tratar “los acontecimientos de todas las épocas y naciones”. De hecho, la historia “universal” de Ranke no es más que una historia de occidente, lo que para él era el universo entero. Así que mientras que era consciente de sus límites para manejar los materiales de investigación, no lo era de su sesgo eurocéntrico al definir las áreas que cubría su trabajo.<sup>11</sup>

El eurocentrismo es tan viejo como la antigüedad. Unos dos mil años antes de Ranke los historiadores trataban la región del Mediterráneo, junto con alguna parte de Europa Central y Asia Menor, como “el mundo”. Así, en el Siglo II a. de C., en su *Historias* –a veces también titulada *Historia Universal*– Polibio se maravillaba de cómo “los romanos consiguieron con éxito en menos de cincuenta y tres años tener bajo su dominio casi la totalidad del mundo habitado”.<sup>12</sup>

Muchos programas de historia y ciencias políticas ofrecen, en la enseñanza media y superior, ejemplos de ese sesgo eurocéntrico. A mitad de los años 50 impartí unos cursos de Política Comparativa a nivel de instituto, que incluían de forma exclusiva la historia

moderna de los sistemas políticos británicos, franceses y de Alemania Occidental, que eran considerados, junto con Estados Unidos, los únicos que merecía la pena considerar. Medio siglo más tarde, los cursos de historia y política del mundo continúan tratando casi exclusivamente de Europa y los Estados Unidos, con alguna mención pasajera a China y Japón y apenas alguna palabra sobre África, Oriente Medio, el Sudeste Asiático, América Central y del Sur o Canadá, excepto como objetos de exploración y asentamiento de los europeos. Y aún en ese caso, se pone escasa atención a los atropellos perpetrados por los colonizadores durante los últimos cinco siglos.<sup>13</sup>

Dentro de los confines de la historia de Europa y los Estados Unidos desarrollo temas que cubren a lo largo y a lo ancho tanto la antigüedad como los tiempos modernos, renunciando a cualquier intento de ser estrictamente cronológico. Cuando me ocupo de aspectos del pasado que han sido mal tratados o distorsionados por los elaboradores de la corriente principal, ¿no estoy introduciendo inevitablemente mi propio sesgo? Siempre existe esa posibilidad. Pero el peligro de un sesgo disidente probablemente no es tan grande como el que plantea la historia convencional, porque los lectores que acceden a un punto de vista disidente después de haber estado a dieta de los mitos de la corriente principal, estarán alertados de lo que es diferente y cuestionable. Mucho más insidiosos y menos visibles son los principios que componen la ideología dominante, que nos aparecen como inamovibles.

La heterodoxia siempre ofrece una experiencia de aprendizaje mejor que la ortodoxia. Un punto de vista disidente nos invita a revisar las explicaciones tradicionales y nos abre la mente a nuevas ideas. A través de esta clase de opiniones tenemos más posibilidades de aproximarnos a la verdad histórica.

Los disidentes (o revisionistas, como se les suele llamar) no siguen la corriente principal, sino que nadan contra ella, luchando siempre contra las opiniones respetables que prevalecen. Están privados de lo que Alvin Gouldner llamó “las presunciones de fondo”, lo implícito, lo no analizado, las ideas extendidas comúnmente que invitan a creer que lo ya aceptado es lo realmente cierto.<sup>14</sup> A esta familiaridad establecida y a esta unanimidad de sesgos es a lo que frecuentemente se llama “objetividad”. Por esta razón los disidentes tienen que estar constantemente defendiéndose y argumentando muy cerca de la evidencia.

En contraste, la ortodoxia puede descansar sobre sus propios axiomas y mistificaciones, sin hacer caso de críticas marginales a las que se les niega el medio de alcanzar audiencias masivas. La ortodoxia promociona sus puntos de vista a través del control del monopolio de los medios de comunicación y los sistemas educativos. En suma, si un disidente comete un error es muy improbable que permanezca incontestado. No ocurre así con el ortodoxo. Es la forma más insidiosa de ideología, ya que considera que el punto de vista dominante es el único objetivo, el único plausible y creíble.

Habiendo ya explicado lo que este libro intenta hacer, dejadme también que mencione lo que no pretende. *La historia como misterio* no es de ese género que analiza los misterios esotéricos de los tiempos prehistóricos: lugares sagrados inexplorados, paisajes simbólicos, reinos casi olvidados, misteriosos monumentos antiguos y cosas por el estilo. Tales exploraciones pueden ser serias e interesantes, pero están más allá de mi esfuerzo actual.<sup>15</sup>

Tampoco este libro intenta desacreditar las curiosas anécdotas de la historia. En otros trabajos uno puede leer que Paul Revere nunca alcanzó Concorde, sino que fue capturado por los británicos, que

George Washington no era un frío remilgado, sino que le gustaba beber, bailar y hacer el amor con la esposa de su mejor amigo o que Eli Whitney realmente no inventó la desmotadora de algodón. Tales revelaciones son a veces divertidas pero usualmente añaden poco a nuestro entendimiento de las cuestiones histórica y políticamente importantes. En cualquier caso esos no son los temas de este volumen.<sup>16</sup>

En estas páginas se le ofrece al lector lo que yo llamo “historia real”. Más que debatir si fue Cristóbal Colon, Lief Ericson o Américo Vespucio quien descubrió América, la historia real argumenta que el Hemisferio Occidental no fue “descubierto”, sino invadido a la fuerza por una serie de conquistadores brutales que trajeron la destrucción a millones de habitantes indígenas y a cientos de culturas. La historia real considera que “Nuevo Mundo” es un nombre eurocéntrico equivocado, que connota un amplio espacio deshabitado. Cuando realmente, antes de la llegada de Colón, el Hemisferio Occidental era el hogar de decenas de millones de personas y antiguas civilizaciones, que en muchos aspectos eran más avanzadas y más humanas que las de la Europa de 1492.<sup>17</sup> Darnos cuenta de esto nos invita a repensar sobre los muy dudosos clamores acerca del impacto civilizador de la colonización europea sobre el resto del mundo.

Además, criticando la historia ortodoxa también intento desarrollar algunas investigaciones históricas propias. La crítica no sólo debe *decir* sino también *mostrar* lo que debe hacerse, o al menos intentar poner las propias percepciones críticas bajo la prueba de la praxis. Esto es lo que hago en el capítulo seis, que a primera vista parece ocuparse de uno de esos asuntos menores y anecdóticos: ¿El presidente Zachary Taylor fue envenenado? Me embarco en esa extraña cuestión porque hay algo intrigante en los problemas de evi-

dencias e investigaciones inherentes al caso. A veces un acontecimiento histórico despierta nuestro interés, no sólo por su significación, sino por su atrayente singularidad. Adicionalmente, el caso Taylor es un ejemplo perfecto de cómo los periodistas e historiadores del montón pueden resolver una controversia por decreto, fabricando conclusiones ortodoxas a partir de nada. Este caso demuestra lo superficial y descuidado de los métodos de los historiadores y patólogos de la corriente principal. También demuestra cómo los guardianes de la ideología cierran filas contra cualquier acontecimiento que reta su conocimiento, o pone en duda la legitimidad y la virtud de nuestras instituciones políticas, sugiriendo la posibilidad de un juego sucio en las altas esferas.

Otros temas tratados más adelante incluyen los sesgos en que incurren los libros de texto, las interpretaciones erróneas de la historia que se nos han presentado y la forma en que el registro de la historia ha sido monopolizado por unos pocos privilegiados. No pretendo que se comprenda mi cobertura. Dos capítulos completos tratan del lado más oscuro de la cristiandad, un tema que usualmente recibe poca atención. También se cubre el tema de cómo se comercializa la historia, de los sistemas de supresión y distribución y de cómo los historiadores están influenciados por el entorno de clase en el que trabajan. Un capítulo final cubre las falacias de los psicopolíticos y la psichistoria. Trato estos, de alguna manera, excéntricos temas porque estoy personalmente muy interesado en ellos y los encuentro significativos para poder entender qué son la historia y la historiografía.

Este libro está escrito de acuerdo con los cánones escolares, pero sin participar de las tediosas evasiones y pretensiones de la corriente principal académica, ya que mi intento es conseguir y no desanimar el interés de los lectores, sin subestimar su capacidad de entre-

tenerse con las investigaciones informativas. De pasados intentos he descubierto que es posible y a menudo deseable educar y divertir al mismo tiempo. Espero que mis esfuerzos ayuden a poner un poco de sal y pimienta en los temas tratados a la vez que desmitifiquen la ortodoxia en vigor.

También espero que un mejor entendimiento del pasado ofrezca reveladores puntos de vista del presente –igual que un mejor entendimiento del presente nos ayuda a entender el pasado. Hay algunos que mantienen que el pasado y el presente no pueden informarnos el uno del otro, porque los acontecimientos históricos están tan relacionados con un tiempo y un lugar específicos que no pueden entenderse fuera de su contexto. Pero si cada acontecimiento fuera único en todos los aspectos –como ciertamente lo es en *algunos* aspectos– entonces todos los acontecimientos serían incomprensibles.

Fue Lord Acton quien una vez señaló que no es la objetividad, sino el énfasis en lo esencial, lo que cuenta en la historia. A menos que podamos buscar lo esencial, en parte quizá con el peligro de desinformación sobre lo no esencial, no nos haremos idea del pasado ni del presente. Aquellos que dicen “no podemos hacer comparaciones”, parecen olvidar que la comparación es uno de los medios más importantes para el desarrollo del entendimiento humano. Si el pasado no puede ponderarse de forma comparativa, entonces no hay ninguna lección que aprender de la historia. Y si fuera así, entonces tampoco habrá ninguna lección que aprender de la experiencia humana, pasada o presente. Espero que las páginas siguientes demuestren lo contrario.

## NOTAS

1. J.H. Plumb, *The Death of the Past* (Boston. Houghton Mifflin, 1970), 30.
2. Kenneth Teitelbaum, "Lecciones críticas de nuestro pasado": Plan de estudios de las Escuelas Dominicales Socialistas en los Estados Unidos, Michael Apple y Linda Christian-Smith (eds.), *The Politics of the Textbook* (Nueva York y Londres: Routledge, 1991), 137.
3. John G. Gager, *The Origins of Anti-Semitism: Attitudes Toward Judaism in Pagan and Christian Antiquity* (Oxford: Oxford University Press, 1983), 265.
4. Acotado en *The Children's Crusade*, de George Zabiskie Gray (Nueva York: William Morrow, 1972), 44.
5. Gene Smith, *High Crimes and Misdemeanors, The Impeachment and Trial of Andrew Johnson* (Nueva York: McGraw-Hill. 1976), 295.
6. Me refiero al tratamiento falso del imperialismo en Latinoamérica, Asia y África en *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995); Y en *The Sword and the Dollar* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989). Trato el tema étnico y la represión de género en *Land of Idols: Political Mythology in America* (Nueva York: St. Martín's Press, 1994), capítulos 9, 10 y 11; *Make-Believe Media: The Politics of Entertainment* (Nueva York: St. Martin's Press, 1992), capítulo 8 y en *Democracy for the Few*, 6ª edición (Nueva York: St. Martin's Press, 1995) capítulos 4 y 8.
7. Sobre la historia de las mujeres, los lectores interesados pueden considerar los siguientes trabajos: Meredith Tax, *The Rising of the Women* (Nueva York: Monthly Review Press, 1980); Sheila Row botham, *Hidden from History: Rediscovering Women in History from the 17th Century to the Present* (Londres: Pluto Press, 1973); Elise Boulding, *The Underside of History: A View of Women Through Time*, vol. 2, (Newbury Park: Sage Publications, 1992); Gerda Lerner, *Women and History*, 2 vols. (Nueva York: Oxford University Press, 1986, 1993); Antonia Fraser, *The Weaker Vessel* (Nueva York: Vintage Books, 1985); Linda Kerber, Alice Kessler-Harris, Kathryn Kish (eds.), *U.S. History as Women's History* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995); Claire Goldberg Moses y Heidi Hartmann (eds.), *U.S. Women in Struggle: A Feminist Anthology* (Urbana: University of Illinois, 1995); Rosalind Miles, *The Women's History of the*

*World* (Nueva York: Harper Perennial, 1990); Pauline Schmitt Pantel (ed.), *A History of Women in the West, I. From Ancient Goddesses to Christian Saints* (Cambridge, Mass: Belknap Press, 1992); Linda Grant DePauw, *Founding Mothers: Women in the Revolutionary Era* (Boston: Houghton Mifflin, 1975); Susan Ware, *Beyond Suffrage: Women in the New Deal* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1981); Eleanor Flexner, *Century of Struggle: The Women's Rights Movement in the United States* (Nueva York: Atheneum, 1971).

Sobre las mujeres afroamericanas en particular, ver: Gerda Lerner, *Black Women in White America: A Documentary History* (Nueva York: Vintage, 1973); Angela Davis, *Women, Race and Class* (Nueva York: Random House, 1982); Darlene Clark Hine, Wilma King, Linda Reed, *"We Specialize in the Wholly Impossible": A Reader in Black Women's History* (Brooklyn, N.Y.: Carlson Publishing, 1995) y Shirley Yee, *Black Women Abolitionists, A Study in Activism 1828-1860* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1992).

Sobre historia de los afroamericanos en general, ver: Lerone Bennett Jr., *Before the Mayflower: A History of the Negro in America* (Baltimore: Pinguin Books, 1996); John Hope Franklin, *From Slavery to Freedom* (Nueva York: Alfred Knopf, 1967); Staughton Lynd, *Class Conflict, Slavery and the United States Constitution* (Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1976); Nell Irvin Painter, *The Narrative of Hosea Hudson, His Life as a Negro Communist in the South* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1979); William Loren Katz, *Eyewitness: The Negro in American History* (Nueva York: Pitman, 1967); Richard P. Young (ed.), *Roots of Rebellion: The Evolution of Black politics and Protest Since World War II* (Nueva York: Harper & Row, 1970); John White, *Black Leadership in America 1895-1968* (Londres y Nueva York: Longman, 1985); Herbert Aptheker (ed.), *A Documentary History of Negro People in the United States*, 7 vols. (Secaucus, N.J.: Citadel Press, 1989-94 reedición) y otros numerosos trabajos de Herbert Aptheker, James McPherson, W.E.B. Du Bois, Benjamín Quarles, Herbert Gutman, Philip Foner y Eric Foner.

8. Acotado de Mirta Rodríguez Calderón, "Recobrando la historia de las mujeres", Cuba, Abril/Junio 1995, 13.
9. Hugh Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1974), 9.
10. Leopold von Ranke, *History of England, Principally in the Seventeenth Century* (Oxford: Clarendon Press, 1975), I, v.
11. Leopold von Ranke, *Universal History* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1884).

12. Polibio, *Histories*. Este trabajo está disponible en una edición de 1979 de Penguin Classics titulada *The Rise of the Roman Empire*. Para una discusión sobre eurocentrismo e imperialismo, ver Samir Amin, *Eurocentrism* (Nueva York: Monthly Review Press, 1989).
13. He tratado los temas de la colonización y el subdesarrollo forzado del Tercer Mundo en mi libro *The Sword and the Dollar* y con alguna extensión en *Against the Empire*. Para otros trabajos sobre el tema, ver L.S.Stavrianos, *Global Rift: The Third World Comes of Age* (Nueva York: William Morrow, 1981); William Blum, *Killing Hope: U.S.Global Interventions Since World War II* (Monroe, Me.:Common Courage Press, 1995).
14. Alvin Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology* (Nueva York: Basic Books, 1970), 29-30.
15. Para tales trabajos, el lector puede comenzar con Jennifer Westwood (ed.) *The Atlas of Mysterious Places* (Nueva York: Weidenfeld & Nicholson, 1987) y Lionel Casson, *Mysteries of the Past* (Nueva York: American Heritage Publishing Co. 1997).
16. Los ejemplos están tomados de Richard Shenkman, *Legends, Lies & Cherished Myths of American History* (Nueva York: Morrow, 1980). Para ser justo, debo aclarar que junto con muchos asuntos de tono ligero, Shenkman trata otras importantes controversias: el uso de la bomba atómica contra Japón, la guerra perpetrada contra los aborígenes americanos y las falsedades sobre el papel de los afroamericanos en la época de la Reconstrucción.
17. Francis Jennings, *The Invasión of America* (Nueva York: WW. Norton, 1976); Pierre Clastres, *Society Against the State* (Nueva York: Urizen Books, 1977).



## **LA HISTORIA COMO EDUCACIÓN FALSA**

El término “historia” se refiere tanto a los acontecimientos pasados y el estudio de los mismos, como a la experiencia de un proceso social y su registro.<sup>1</sup> Sin embargo, esta distinción no es algo absoluto. Los que escriben historia pueden influenciar el curso de los acontecimientos dando forma a nuestra comprensión de los hechos pasados y presentes. Por el contrario, los que participan activamente en el hecho histórico, especialmente si ocupan posiciones dentro de la elite política, frecuentemente manipulan los materiales necesarios para documentar dicho acontecimiento. Además hay algunos individuos que hacen la historia y la escriben.

### **La ortodoxia de la corriente principal**

Entre los que están envueltos en fabricar la historia podemos mencionar a los líderes políticos, los jefes militares, los periodistas, los productores de televisión, los escritorzuelos del gobierno y las corporaciones, el clero, los investigadores aficionados, los editores de libros de texto, los pro-

fesores, los escritores de ficción y los académicos. Un individuo puede ser a la vez historiador y participante activo en los acontecimientos históricos. En la antigüedad, entre aquellos que estaban envueltos en los hechos y también los registraban podemos citar a Polibio, Cicerón, Salustio y Dio Casio. Polibio creía que la experiencia en los asuntos públicos era una cualificación esencial para el historiador: “Mientras no sea así, los historiadores seguirán cometiendo errores”.<sup>2</sup> Aunque estuviéramos de acuerdo con él en que la experiencia política es una cualificación necesaria, a duras penas eso sería una garantía contra los errores, y a menudo invitaría a la distorsión.<sup>3</sup>

En el siglo primero a. de C. Josephus escribió una historia del alzamiento de los judíos contra Roma, después de haber jugado un papel preeminente, tanto político como militar, en esa lucha. Unos siglos antes encontramos a Tucídides, un líder militar que escribió una monumental historia de la guerra del Peloponeso, en la que había participado. En el siglo XIX tenemos a Guizot, Macaulay, Mommsen, Rotteck y Thiers.<sup>4</sup> Thiers fue quien presidió la sangrienta represión y las ejecuciones masivas de miles de revolucionarios de la Comuna de París.

A cualquier lista de historiadores-políticos o políticos-historiadores, podríamos añadir a Gibbon, Tocqueville, Theodore Roosevelt, Henry Cabot Lodge, al líder populista Tom Watson y al líder socialista francés Jean Jaurès, que se tomó su tiempo para escribir una historia de la Revolución Francesa.<sup>5</sup> Más tarde podríamos mencionar a políticos antifascistas como Herman Rauschning y Gaetano Salvemini. Y en nuestro tiempo, cómo no, a Arthur Schlesinger Jr., Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski.

Winston Churchill parece que aseguró a sus colegas conservadores que “la historia será amable con nosotros, caballeros, porque tengo la intención de escribirla yo”. Con la preocupación de que la historia sea amable con

ellos y con el aliciente adicional de los generosos anticipos de sus editores, los líderes políticos producen sus propias memorias, cuya contribución a la verdad histórica es a menudo escasa.

Quizá el primer ejemplo de político-historiador sea el propio Churchill. Gordon Lewis ve a Churchill como alguien que nunca tuvo claro si era un historiador que escribía sobre política o un político que escribía sobre historia.<sup>6</sup> Mi idea de Churchill es que prefería mucho más la *vita activa* que la *vita quieta*; era sobre todo un animal político cuya historiografía sirvió para justificar su liderazgo y su visión del mundo.

Cómo su historia apoyó su política y, más en general, la ideología de la clase dirigente, sería en sí mismo tema de un interesante estudio. Clive Ponting cuenta lo que le impresionó el estudio de Churchill sobre la Segunda Guerra Mundial, con su maravilloso lenguaje y su narrativa dramática. Pero años más tarde, leyendo documentos de los Archivos Públicos, se dio cuenta de lo mucho que en ese estudio había sido simplificado u omitido y que la historia de Churchill, “a pesar de todas sus virtudes... constituye las memorias de un político para relatar su versión de los hechos y presentar las cosas como él quería”.<sup>7</sup> Churchill retrató su país como un bastión de la libertad valientemente defendido contra Hitler, determinado a luchar hasta el amargo final sobre sus playas y sus ciudades. Sin menospreciar el heroico comportamiento de muchos británicos, que tanto ayudó a derrotar al nazismo, debemos hacer notar que en 1940 Gran Bretaña estaba financieramente mermada, con pocas disponibilidades militares e industriales y gastando muchos de sus escasos y preciosos recursos en mantener su vasto imperio, fuertemente sojuzgado.<sup>8</sup> Para el gobierno conservador, mantener el imperio era algo al menos tan primordial como derrotar a los nazis.

Los líderes británicos consideraron muy seriamente pactar la paz con Berlín y hacer causa común con los nazis contra su verdadera *bête noir*, la

Rusia bolchevique. La mayoría de los miembros de la clase dirigente británica no sólo buscaban apaciguar a Hitler, sino que le admiraban a él y a su cruzada antisoviética.<sup>9</sup> Mientras estaban ostensiblemente en guerra contra Alemania, los líderes conservadores británicos buscaban una ruta para las fuerzas aliadas a través de Escandinavia y Finlandia, para lanzar un ataque contra la Unión Soviética, una acción que Churchill apoyó incluso después de que los finlandeses hubieran firmado un tratado de paz con Moscú en marzo de 1940, y en los momentos en que los nazis invadían toda Europa.<sup>10</sup> Todo esto cuadra poco con la imagen de un gobierno británico exclusivamente mentalizado para resistir al nazismo a toda costa.

Como casi todas las historias británicas y americanas sobre la guerra, la de Churchill ignora el papel preponderante de la Unión Soviética en la derrota del nazismo y las terribles pérdidas en vidas y material sufridas por los soviéticos en todos los frentes.<sup>11</sup>

Muchas de las distorsiones dentro de la corriente principal de la historia puede que no sean voluntarias o conscientes, ya que hay cosas que sobrepasan cualquier ideología política y cualquier cultura.<sup>12</sup> Si no hay un intento consciente de educar de forma errónea, es porque muchos historiadores que presumen de imparcialidad no se dan cuenta de que están instalados en la respetabilidad ideológica, sin aceptar ningún punto de vista que vaya contra la corriente hegemónica. Este sincronismo entre sus creencias individuales y el credo dominante suele denominarse “objetividad”.

Debo añadir que muchas de las distorsiones son voluntarias, perpetradas por aquellos que conscientemente se dedican a enterrar el pasado o a moldear nuestro conocimiento del mismo para favorecer sus intereses. En un momento de candor, el propio Churchill le dijo a William Deakin, que le había ayudado a escribir *La Segunda Guerra Mundial*: “Esto no es la historia, este es mi caso”.<sup>13</sup>

Algunos historiadores de la corriente principal parecen complacientes en admitir que la estructura del poder de su sociedad influya en su disciplina.<sup>14</sup> Muchos, incluyendo algunos que presumen de estar a la izquierda, se sienten incómodos por términos que suenan a marxismo, como “historia de la clase dirigente”. Consideran inmerecida la etiqueta porque la historia está escrita por profesionales entrenados académicamente y por otros investigadores independientes, que no son miembros de ninguna clase dirigente. Pero no hay que ser miembro de una clase dirigente para servir a los intereses de la misma. Que una creencia religiosa sea propagada por los estamentos más bajos del clero o sus seguidores más modestos no la hace estar menos dictada por la jerarquía. En realidad, la transmisión a través de ese escalón más bajo es un factor esencial para el mantenimiento de la hegemonía de la creencia.

También se argumenta que no existe la historia de la clase dirigente porque no hay clase dirigente en un país pluralmente democrático como los Estados Unidos. De hecho, es del dominio público que una pequeña parte de la población controla la parte del león de la riqueza y la mayoría de los puestos de mando del estado, las fábricas, los bancos, las inversiones, las editoriales, la educación superior, la filantropía y los medios de comunicación. Y, aunque no son totalmente inmunes a la presión popular, estos individuos ejercen una influencia preponderante sobre lo que debe ser la información pública y el discurso democrático.

La clase dirigente es el componente políticamente activo de la clase propietaria, los altos mandos de las finanzas que dictan las normas para las inversiones y la concentración de capital en el país y en el extranjero. Juegan un papel dominante en la elaboración de las escalas salariales y las condiciones de trabajo de millones de personas. Eliminan beneficios sociales y reducen plantillas, a la vez que luchan denodadamente contra las organizaciones de trabajadores. Marcan los tipos de interés y controlan el suministro de dinero. Gozan del control oligárquico de las principales tec-

nologías, de la producción industrial y de las comunicaciones de masas. Ellos y sus colaboradores copan los consejos de dirección de las corporaciones, universidades y fundaciones. Cometan crímenes corporativos repetidamente, pero casi nunca van a prisión. Manejan el tesoro público para subsidios corporativos, para asegurar riesgos del capital, fianzas, exportaciones de capital e investigación y desarrollo. Saquean los bienes públicos, dominan las comunicaciones, destruyen bosques, polucionan la tierra y los mares con sus vertidos industriales, reducen la capa de ozono y ponen el sistema ecológico del planeta entero en grave riesgo con el único interés de obtener beneficios rápidos. Tanto en el país como fuera de él son ciegamente apoyados por el sistema de seguridad nacional, con toda su cobertura y aparato represivo. Sus acólitos ocupan los puestos más poderosos independientemente del partido o persona que controle la Casa Blanca. Crean acuerdos internacionales como la NAFTA y el GATT, que burlan las protecciones democráticas de países soberanos y minan la posibilidad de sus gobiernos para desarrollar su economía si no es para favorecer sus poderosos intereses. Su dominio económico y sus contribuciones a las campañas políticas, su monopolio de los medios de comunicación, sus camarillas bien pagadas y sus expertos en relaciones públicas determinan regularmente quiénes deben ser tratados como principales candidatos políticos y cuales son los parámetros políticos que deben prevalecer. Estas elites dirigentes no son omnipotentes ni infalibles. Sufren confusiones y retrocesos y tienen diferencias entre ellos mismos. A veces buscan a tientas los caminos que aseguren el desarrollo de sus intereses ante las circunstancias cambiantes, aprendiendo a base de tentativas y errores. Con todo ello su acumulación de capital permanece inalterable. Relativamente pocos en número, consiguen la mayoría de lo que se puede conseguir. Sus fortunas sirven a su poder y su poder sirve a sus fortunas.<sup>15</sup>

## A la caza de la historia real

La encuesta federal más extensa llevada a cabo por el Departamento de Educación de los Estados Unidos revela que seis de cada diez estudiantes de escuela superior carecen incluso de los más rudimentarios conocimientos de la historia de América. Otra encuesta realizada por la organización Gallup muestra que el 25% de ellos son incapaces de decir, con un margen de error de menos de medio siglo, la fecha del viaje de Colon. Alrededor del 40% no saben cuándo ocurrió la Guerra Civil. La mayoría no saben describir las diferencias entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial (aunque sospechan que la Segunda Guerra Mundial vino después de la Primera). Otra encuesta Gallup muestra que el 60% de los adultos americanos son incapaces de nombrar al presidente que ordenó el lanzamiento de la bomba atómica sobre Japón y el 22% ni siquiera tienen ni idea de que tal cosa ocurrió.<sup>16</sup> Una toma de datos llevada a cabo por el *New York Times* en 1995 nos informa de que sólo el 49% de los adultos americanos sabían que la Unión Soviética había sido aliada de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial; el resto no sabían nada o pensaban que los soviéticos no combatieron en esa guerra o que estuvieron en el lado enemigo.<sup>17</sup>

El panorama no es mejor si nos referimos a temas actuales. Una encuesta del Instituto Nacional para la Valoración de los Programas Educativos revela que el 47% de los estudiantes de escuela superior no saben que cada estado cuenta con dos senadores.<sup>18</sup> Otra encuesta de 1998 informa que el 95% de los jóvenes americanos saben el nombre del actor principal de *El Príncipe de Bel Air*, una serie de televisión, pero menos del 2% saben el nombre del presidente del Tribunal Supremo de Justicia. Y mientras que sólo el 41% pueden nombrar las tres ramas del gobierno, el 59%

pueden nombrar a los *Tres Secuaces*, demostrando una vez más que la televisión es un instrumento de enseñanza mucho mejor que la escuela.<sup>19</sup>

Casi todas estas encuestas están centradas en la historia de los Estados Unidos. Cuando se refieren a la historia de otros países o a épocas anteriores a la existencia de los Estados Unidos, las cifras son mucho más sombrías. Este analfabetismo histórico y político no debe sorprendernos. La mayoría de los estados no requieren más que un año de historia en la escuela superior y en algunos —como Alaska, Michigan y Pennsylvania— no hay que estudiar historia de ninguna clase. Según el Centro Nacional Regulador de la Educación, y en cuanto a 1994, poco más de un 19% de profesores de escuela media y superior habían elegido como especialización principal o secundaria la historia.<sup>20</sup>

Pero algo más está operando junto a esta ignorancia masiva. La cuestión importante es, ¿por qué debe ser deseable conocer la mayoría de estos hechos, especialmente si no se relacionan con cualquier otro hecho socio-histórico significativo y a menudo enmascaran más de lo que revelan? Desde luego nunca podremos entender la significación de un acontecimiento histórico o una época si no sabemos siquiera que existió. Pero si todo lo que sabemos son unos cuantos hechos desnudos malamente entenderemos su importancia. Al contrario que en el dicho popular, en este caso rara vez los hechos hablan por sí mismos. Aunque los hechos objetivos son un pre-requisito para entender las realidades sociales, debemos encontrar la manera de darles un sentido, de apreciar su importancia y mostrar su relevancia respecto a otros hechos. Como dijo Lord Acton: “La historia muestra tanto verdades como hechos —cuando (los hechos) se ven no sólo como fueron, sino como corresponde; no sólo como ocurrieron sino con su paralelismo con otros”.<sup>21</sup>

En vez de desear que haya más estudiantes que sepan que la Doctrina Monroe se dictó en 1823 y que intentaba oponerse a la colonización euro-

pea del hemisferio occidental, debemos preguntarnos *por qué* los líderes americanos se sintieron impulsados a introducir esta “doctrina”. ¿Fue un gesto altruista para proteger a los países latinoamericanos del despotismo europeo, como proclamaron algunos y muchos libros de texto mantienen desde entonces? ¿Fue para asegurar la paz y la seguridad de los Estados Unidos, como la propia doctrina declara? ¿O podríamos considerar que fue para dejar las manos libres a los inversores americanos en el hemisferio occidental? El Secretario de Estado John Quincy Adams (uno de los principales autores de la Doctrina Monroe) entendía que incluso los británicos sabían que “había que mantener abiertos los nuevos mercados hispanoamericanos” para los intereses comerciales de los Estados Unidos, y libres de la colonización de los poderes continentales.<sup>22</sup>

Tales consideraciones nos pueden conducir a otras: ¿La política exterior de los Estados Unidos, expresada en declaraciones tales como la Doctrina Monroe, representa los intereses del pueblo americano? ¿Cómo es esto así? O, ¿por qué no? ¿Por qué la política americana debe ser tan considerada con los intereses de los inversores en el extranjero? ¿Por qué los intereses corporativos americanos están centrados en primer lugar en las inversiones exteriores? ¿Qué efectos tiene esto sobre la gente que habita esos lugares y sobre nuestra propia gente?

Los paralelismos históricos podrían ser muy entretenidos. Así pues, ¿cómo se compara la Doctrina Monroe con la Doctrina Truman, la Doctrina Eisenhower, la Doctrina Nixon, la Doctrina Carter y otras declaraciones de la primacía de los Estados Unidos sobre varias regiones del mundo? ¿Por qué tantos presidentes de los Estados Unidos se sienten impulsados a promulgar tales “doctrinas”? ¿Hay algún apartado común entre estas proclamaciones varias? Enlazando la Doctrina Monroe con una serie de cuestiones más amplias sobre los acontecimientos pasados y presentes tendremos un tema de estudio mucho más relevante e interesante. Lo importante no es identificar acontecimientos históricos específicos

—como podría hacer alguien en un concurso— sino pensar inteligentemente en ellos, criticarlos y ser capaz de conectarlos con otras y más amplias realidades sociales.

Si la gente sabe poco sobre la historia estándar, aún sabe mucho menos sobre las partes silenciadas y escondidas de la historia. Más significativo que recordar la fecha del viaje de Colón es saber algo sobre las matanzas a sangre fría y los saqueos perpetrados contra los nativos, una rapacidad homicida que fue reeditada y sobrepasada por muchos de los que vinieron después de él, cuyos crímenes también han sido silenciados por las narraciones de la corriente principal.

Otras partes de la historia norteamericana tratadas superficialmente incluyen las rebeliones agrarias y las luchas de clase en la industria durante los dos últimos siglos, la eliminación de los políticos radicales disidentes, la expropiación y saqueo de los recursos públicos, el sangriento expansionismo aplicado sobre los indios de Norteamérica y en todo el mundo y las atrocidades patrocinadas por los Estados Unidos contra los revolucionarios y reformadores del Tercer Mundo.<sup>23</sup>

A pesar de la educación errónea que han soportado —o a causa de ella— mucha gente está hambrienta de historia real. Lejos de aburrirse, ponen atención cuando la historia les ofrece un análisis que les hace progresar en el entendimiento de los hechos. Les gusta la historia cuando está escrita de forma accesible (no necesariamente fácil y ligera), cuando presenta una narrativa interesante y observaciones que inducen a cuestionamientos más amplios sobre el conflicto social y el desarrollo, cuando ofrecen paralelismos reveladores con lo que ocurre hoy, sugiriendo que los conflictos actuales no son simplemente el resultado de comportamientos particulares y fenómenos pasajeros, sino que tienen convincentes analogías con el pasado.

La historia real es también interesante cuando reconstruye la confusión que aprendimos en la escuela o a través de los medios de comunicación, cuando demuestra lo confundidos que estábamos. Más excitante que aprender historia es *desaprender* la historia errónea que se nos ha enseñado. La historia real da un paso más y pone en tela de juicio los iconos existentes, ofreciendo interpretaciones que tienen un efecto saludablemente subversivo respecto a la ideología de la corriente principal.

Los intentos de la historia real son tachados de “revisionistas” por los conservadores. Usar el término “revisionista” como un epíteto es decir que no hay lugar para nuevas interpretaciones históricas, que la interpretación estándar es la objetiva y que cualquier desviación de la misma es caprichosa y fanática. El verdadero pecado del revisionismo es que pone en tela de juicio muchas creencias burguesas sobre el mundo, incluyendo la imagen feliz de la hermosa América, la imagen “a la que la mayoría de los americanos, especialmente aquellos que han aprendido la ‘historia consensuada’ de los libros de texto, están acostumbrados”.<sup>24</sup>

El revisionismo también abre nuevas vías de interrogación. Son notables las cosas que la mayoría de nosotros nunca aprendió en la escuela sobre nuestra propia historia, los temas y cuestiones que nunca se nos presentaron. Consideremos esta lista incompleta:

—¿Por qué hubo seres humanos bajo la esclavitud durante buena parte de la historia de los Estados Unidos? ¿Por qué no se les dio ninguna tierra para cultivar después de su emancipación? ¿Por qué los indios aborígenes americanos fueron sistemáticamente masacrados una y otra vez?

—¿Qué es la propiedad en el contexto de la civilización americana? ¿Qué es la riqueza? ¿Cómo se han acumulado esas enormes concentraciones de capital? ¿Hay alguna relación causal entre la riqueza de unos pocos y la pobreza de otros muchos?

—¿Qué papel ha jugado el gobierno en la formación de las grandes fortunas y de las gigantescas corporaciones? ¿Qué efecto ha tenido esto en el proceso democrático?

—¿Por qué en generaciones pasadas la gente trabajaba doce horas al día o más, durante seis y hasta siete días a la semana? ¿De dónde vinieron las ocho horas semanales y los fines de semana? ¿Por qué se consideró inconstitucionales a los sindicatos durante gran parte del siglo XIX y principios del siglo XX?

—¿Quiénes fueron los Wobblies, los Caballeros del Trabajo, los Populistas y los Progresistas? ¿Por qué decenas de miles de americanos se consideran a sí mismos anarquistas, socialistas y comunistas? ¿Por qué cientos de miles votan a los candidatos radicales?

—¿Cómo han conseguido los niños pobres ir a las escuelas públicas? ¿Cómo se han conseguido bibliotecas públicas? ¿Qué papel han jugado las clases sociales en la educación y en la vida americana en general?

—¿Cómo hemos conseguido leyes que se ocupen de la seguridad en el trabajo, los salarios mínimos, la protección ambiental y los subsidios por retiro o incapacidad? ¿Cómo han sido de efectivas estas leyes? ¿Quién se opone todavía a ellas y por qué?

—¿Qué papel histórico han jugado las corporaciones americanas en el avance o retroceso de las condiciones de los trabajadores, las mujeres, los afroamericanos, los indios aborígenes americanos y otros diversos grupos étnicos? ¿Por qué la mayoría de las decisiones corporativas respecto a inversiones, temas laborales, uso de recursos y mercados se consideran privadas?

—¿Por qué las fuerzas armadas americanas han intervenido directa o indirectamente en tantos países durante el último siglo?

—¿Por qué los líderes americanos se han opuesto sistemáticamente a los gobiernos revolucionarios o sólo reformistas y apoyado a las autocracias de derechas en todo el mundo?

Preguntas de esta clase rara vez las encontramos en nuestros medios de comunicación, escuelas o libros de texto.

### **Libros de texto: La hermosa América**

Al no enseñarnos los conflictos de clases y la dominación de unas sobre otras, la historia de la corriente principal se muestra a sí misma como una extensión de esa dominación en forma cultural. Esto puede comprobarse en la historia empaquetada para el uso en las aulas. El libro de texto de historia es un instrumento crucial para nuestra educación errónea. Entre los estudiantes de las escuelas elementales y secundarias la mayoría del tiempo lectivo y del trabajo en casa se consume con materiales de los libros de texto.<sup>25</sup>

La gente se queja de que la historia que encuentran en la escuela no es más que una enumeración de nombres, fechas y hechos. Pero, ¿es realmente ese el problema? Después de todo, los nombres, las fechas y los hechos pueden ser interesantes y esclarecedores, dependiendo de lo que se considere. En cualquier caso, los libros de texto ofrecen mucho más que eso. Las ediciones actuales están llenas de historias, perfiles de personajes, viñetas, anécdotas, gráficos en color e ilustraciones. ¿Por qué entonces son, como gran parte del resto de la historia de la corriente principal, tan insatisfactorios? ¿Por qué una encuesta Harris descubrió que los estudiantes de las escuelas superiores calificaban la historia como la “más irrelevante” entre un total de veintiuna materias?<sup>26</sup>

Catherine Morland fue quien pensó que la historia “debía ser tan pesada porque gran parte de ella debía ser una invención”.<sup>27</sup> Y de hecho puede que eso contribuya a su pesadez. En una apreciada crítica a los libros de texto de historia en los Estados Unidos, James Loewen señala que los libros cuentan historias predecibles y “excluyen el conflicto y la incertidumbre”. “Todos los problemas ya se han resuelto o están a punto de resolverse”. Aunque a veces intentan desarrollar un drama, “solo consiguen que sea un melodrama, porque los lectores saben que todo tendrá un final feliz”. Como dice un libro de texto: “A pesar de los contratiempos, los Estados Unidos siempre vencen las dificultades”. Además, la mayoría de los autores de libros de texto “escriben en un tono que, si lo oyéramos en voz alta, podría calificarse de ‘lectura entre dientes’. No nos asombremos de que los estudiantes pierdan interés”<sup>28</sup>. Tyson-Bernstein señala un punto similar: Aunque hay algunos buenos libros de texto en el mercado, la mayoría “confunden a los estudiantes... les despistan con informaciones erróneas y... les aburren profundamente con textos áridos y sin sentido”.<sup>29</sup>

La carencia de drama, el estilo ramplón y la escritura árida no son los únicos problemas de los libros de texto. El aburrimiento es bastante malo, pero la educación errónea es peor. Es la adulteración y lo halagüeño de los contenidos lo que convierte una historia fascinante en algo tedioso. Más que ser un compendio denso de hechos y datos, los libros de texto a menudo padecen de superficialidad, que se produce cuando intentan cubrir demasiado de forma muy somera. Los libros de texto –y muchos otros libros de historia de la corriente principal– también sufren de una carencia de perspectiva crítica y de la necesidad de evitar roces con las creencias del sistema capitalista americano. Loewen señala que los libros de texto “prescinden de todo lo que pueda ser malo para nuestro carácter nacional”.<sup>30</sup> Además, evitan cualquier cosa que pueda afectar a los círculos del poder político-económico. Hacen mención muy escasa a la sucesión de injusticias y atrocidades perpetradas por los potentados, patriarcas, prínci-

pes, primeros ministros, papas, presidentes y plutócratas. En vez de eso, nos ofrecen lo que Christopher Hitchens llama “una historia edificante o... una crónica de obstáculos vencidos”.<sup>31</sup>

Sobre la mayoría de los temas los libros de texto evitan la controversia, prefieren ser ideológicamente seguros, ofreciendo un producto altamente procesado que contiene poco sabor y unos pocos nutrientes. Más que un problema de estilo, existe un sesgo informativo e ideológico reflejo de su sumisión a los grandes poderes dentro de la sociedad.<sup>32</sup>

No sólo los libros de texto, sino muchos libros de historia de la corriente principal, ofrecen sólo murmullos pasajeros sobre las grandes luchas de los trabajadores en los dos últimos siglos. En su historia del pueblo americano, un tomo de 1.122 páginas que debe evitarse a toda costa, Samuel Eliot Morison toca sólo por encima las luchas de los trabajadores, sin decir ni una palabra sobre líderes populares tales como John Swinton, Charles Steinmetz, Albert Parsons, Jacob Coxey, W.E.B. Du Bois, Big Bill Haywood, Clarence Darrow, Madre Jones, Joe Hill, William Z. Foster, Elizabeth Gurley Flynn y Emma Goldman. Morison ofrece un ejemplo representativo de la clase de historia que no causa incomodidad a las personas ricas e influyentes.<sup>33</sup> Tampoco fue muy diferente en tiempos anteriores, como señaló Ruth Miller Elson en su estudio sobre unos mil libros de texto de historia, geografía y temas cívicos utilizados durante el siglo XIX. En ningún libro publicado antes de 1870 se mencionan las asociaciones de trabajadores. En décadas posteriores los libros son prácticamente unánimes al señalar los efectos malignos de los sindicatos. “Huelga”, “motín” y “disturbio social” se usan de forma intercambiable. Los huelguistas incluyen “vagos y viciosos”, “clase social peligrosa”, “agitadores” y “extranjeros”. “La destrucción de la propiedad siempre se detalla cuidadosamente, pero no las injusticias cometidas con los trabajadores... a los que no sólo se les identifica con la violencia, sino que este es el único contexto en el que aparecen las organizaciones laborales”.<sup>34</sup>

Los autores del siglo XIX estudiados por Elson consideran la pobreza como sintomática de “indolencia y vicio” y otras “degeneraciones morales”. Como América es la tierra de las oportunidades, los indigentes son los únicos que tienen la culpa de serlo. La riqueza se consigue a través del trabajo diligente y el buen carácter. Como un libro señala, “los ricos son el bagaje de la virtud”, una señal de la aprobación de Dios, nunca el resultado de la buena fortuna o de haber nacido dentro de la buena fortuna. No se hace mención a las formas, a menudo repugnantes, en que los ricos han acumulado sus fortunas: saqueando los recursos públicos, violando la seguridad pública y las leyes anti-monopolio, llevando a cabo acciones criminales, pagando salarios de hambre y utilizando la fuerza y la violencia para mantener la situación de explotación de los trabajadores. Los magnates de los negocios son tratados como héroes americanos.<sup>35</sup> De hecho, ninguno de ellos fueron héroes, y muchos ni siquiera eran americanos. Los Vanderbilts eran holandeses, el primer DuPont era francés, Carnegie nació en Escocia, el primer Guggenheim fue un judío suizo y el primer Astor nació en Alemania.<sup>36</sup>

Elson observa que el anarquismo, el comunismo y el socialismo se relacionan repetidamente con la subversión y la violencia —una relación que todavía se hace hoy día. Los libros hablan mucho de cómo los americanos han sido bendecidos con la libertad, la cual sin embargo no se desea para los líderes de los trabajadores y los radicales.<sup>37</sup> No se dice nada de cómo los ricos se opusieron fuertemente a extender el derecho a voto y otros derechos democráticos básicos a los trabajadores que no tenían propiedades. La Revolución Americana se ensalza por haber supuesto el nacimiento de una gran nación, pero todas las rebeliones que la siguieron, escribe Elson, “son siempre obra de agitadores sin escrúpulos que fomentan la desgracia de forma arbitraria” Mientras que todos los libros están de acuerdo en que la rebelión de Shays demostró la necesidad de un gobierno nacional más fuerte, ninguno revela que también demostró la necesi-

dad de ayuda que tenían los granjeros de Massachussets, agobiados por los impuestos y las deudas y cuya desesperada situación les llevó a tomar las armas. La rebelión de Whiskey tiene un tratamiento similar, siendo tachada de “resistencia criminal” en un libro.<sup>38</sup> En suma, la historia de la nación se trata desde arriba y es profundamente reverenciada, pero no examinada de forma crítica.

Un estudio de Frances Fitzgerald sobre los libros de texto de historia de los siglos XIX y XX encuentra que sólo unos pocos admiten las desigualdades políticas y económicas. Muchos de ellos ensalzan “la forma de vida americana” y las glorias de la libre empresa, aunque nunca utilizan la palabra “capitalismo” y nunca explican cómo trabaja la economía americana. Con sólo una o dos excepciones, los conflictos de clase son un tema inadmisibles, como la historia económica en general. “Los libros de texto de historia americanos son notables por su carencia de análisis económico”.<sup>39</sup> En vez de conflictos entre intereses y clases sociales, los libros de texto se refieren a “problemas”: hubo problemas durante la Reconstrucción; también problemas de pobreza, polución y racismo, todos ellos de origen desconocido.<sup>40</sup>

Igualmente hay misteriosos problemas que surgen en el globo, sobre los cuales “nosotros” estamos “tomando nuestras responsabilidades”, ejercitando el liderazgo del mundo en beneficio de todos los pueblos, señala Fitzgerald. Los textos de los años 50 hacen estimaciones sobre el poder soviético y “la amenaza del mundo comunista”, que se pinta como más temible de lo que cualquier libro presentó sobre la amenaza y agresión de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Los libros de texto tienen títulos tales como *El libre y el valiente: Historia del pueblo americano*, *Historia de un pueblo libre y América: Tierra de libertad*. La cuestión es que el lector debe identificar positivamente todo lo que ha ocurrido en la historia de los Estados Unidos.<sup>41</sup>

Fitzgerald detecta un cierto número de operaciones de estética en los libros de texto publicados a principios de los años 70, durante el despertar del activismo social de los 60. Los retratos de Dolly Madison se reemplazan por fotografías de Susan B. Anthony. El ubicuo George Washington Carver da paso a Booker T. Washington e incluso a W.E.B. Du Bois. Se menciona a Frederick Douglass, a Martín Luther King Jr., a Nat Turner y a César Chavez, aunque se da poca información sobre historia actual. Los textos de los 70 no ofrecen un cambio profundo de protagonistas, sino más bien unas salpicaduras de información fragmentaria sobre algunas protestas y sus líderes. Pueden señalar que *El sentido común* de Thomas Paine fue un panfleto influyente, pero no discuten lo que dice.<sup>42</sup> En los textos de los 70 los trabajadores chicanos de las granjas están “luchando”, pero no se dice contra qué, es decir, el poder económico de los terratenientes. Los indios nativos americanos también luchan en el vacío, sin una palabra sobre la colisión histórica entre las grandes corporaciones y la Oficina de Asuntos Indios por la expropiación de los ricos recursos naturales de las tierras asignadas a las tribus. Y el racismo se contempla como un problema de actitud sin ninguna relación con los intereses institucionales o de clase. “El principio que subyace tras los libros de texto de historia”, concluye Fitzgerald, “es que la inclusión de información desagradable hay que evitarla, aunque la información sea cierta”.<sup>43</sup>

El Consejo de Libros Interraciales para los Niños estudió trece textos de historia ampliamente utilizados en los Estados Unidos y publicados en los años 70, concluyendo que suponían una mejora respecto a los publicados con anterioridad, que habían “presentado un retrato de nuestra sociedad como si fuera toda de blancos y toda masculina”. Pero los más nuevos siguen siendo seriamente deficientes y poco fiables en su tratamiento de las diferentes etnias y de las mujeres.<sup>44</sup> Respecto a la historia de los afroamericanos, por ejemplo, los libros (a) ignoran la enorme riqueza que algunos acumularon gracias al trabajo gratuito de los esclavos; (b) minimizan la

brutalidad del sistema de bienes muebles y su aplicación a los esclavos; (c) no mencionan que durante setenta y ocho años la Constitución contuvo medidas proteccionistas para los poseedores de esclavos; (d) describen a los gobiernos de la Reconstrucción como corruptos e incompetentes (una imagen todavía frecuente) y omiten que fueron más progresistas y democráticos que todos los gobiernos blancos del Sur que les precedieron y les reemplazaron; (e) los textos también fallan al no reconocer que la reforma agraria fue uno de los principales factores de la continua opresión económica de los esclavos de las granjas, que probaron ser granjeros eficientes en las pocas ocasiones en que se les cedió tierra. En vez de eso, los textos retratan a los esclavos de las granjas como débiles e incapaces de vivir sin la dirección de sus dueños.<sup>45</sup>

Los libros de texto generalmente tienen poco que decir de la violenta rapacidad del sistema capitalista. No hay mistificación más fundamental para el capitalismo que el silencio que se mantiene sobre sus orígenes. Un orden social dividido entre jefe y trabajador, terrateniente y bracero tiene un tratamiento de orden natural. Nunca se pregunta cómo los campesinos fueron desposeídos de sus tierras, los artesanos de sus herramientas y los granjeros de sus huertas. Fue una “acumulación primitiva” conseguida con la espada, el fusil, la horca y la prisión.<sup>46</sup> Ante tal silenciamiento, Marx se sintió impulsado a escribir su propia historia de lo que llamó “el secreto de la acumulación primitiva”, el robo masivo y coercitivo de las tierras comunitarias y pequeños propietarios por parte de los grandes terratenientes.<sup>47</sup> La acumulación primitiva, como señala Michael Ignatieff, no fue una invención marxista, sino una realidad histórica. Su dinámica de “asedio, desahucio y expropiación” se desarrolló dos generaciones antes de que apareciera Marx.<sup>48</sup>

## Por los negocios, contra el trabajador

Un estudio de Jean Anyon sobre diecisiete textos de historia utilizados ampliamente a finales de los 70, que cubrían el período entre la Guerra Civil y la Primera Guerra Mundial, encontró que los libros presentaban un talante a favor de los propietarios y contra los trabajadores, cubriendo los mismos personajes y acontecimientos, con el mismo vocabulario y juicios notablemente similares. Los diecisiete dedicaban un espacio sustancial a los presumibles beneficios del desarrollo industrial para el público en general, mientras que ignoraban, o trataban superficialmente, el enorme coste humano infligido a hombres, mujeres y niños que supuso. Los salarios bajos se atribuyen al consentimiento de los inmigrantes no cualificados, que tenían que trabajar para subsistir, más que a la determinación de los propietarios para imponer salarios de pobreza.<sup>49</sup>

Doce de los libros del ejemplo de Anyon no dan noticia del Partido Socialista de América o su plataforma, ni de la existencia de otras organizaciones radicales. Cuatro de los cinco restantes menosprecian las intenciones de los socialistas y afirman que sólo tienen un pequeño número de seguidores.<sup>50</sup> De hecho, durante los principios del siglo XX, 1.200 socialistas fueron elegidos para ayuntamientos en los Estados Unidos, incluyendo setenta y nueve alcaldes en veinticuatro estados. En 1912 el líder socialista Eugene Victor Debs recibió 900.000 votos para presidente, en unas elecciones en las que el ganador, Woodrow Wilson obtuvo solamente 6.293.152 votos. Theodore Roosevelt recibió 4.119.207 y William Howard Taft 3.486.333. Estas cifras sugieren que, aunque Debs fue un candidato minoritario en votos populares, como lo fueron sus otros tres oponentes, fue algo más que un contendiente insignificante.<sup>51</sup> No es sorprendente que los libros de texto de la corriente principal, si mencionan a Debs, tengan poco que decir sobre su liderazgo entre los empleados de los ferrocarriles, su

valiente enfrentamiento contra la plutocracia, su creencia en el socialismo, su solidaridad internacional y sus años en prisión por oponerse a la Primera Guerra Mundial.<sup>52</sup>

Los historiadores radicales han apuntado que casi todos los financieros e industriales de finales del siglo XIX se lanzaron a los negocios con capitales heredados o gracias a su acceso a préstamos y corruptelas, o a sus grandes ganancias durante la Guerra Civil o a otras maneras de adquirir fondos o tierras del gobierno.<sup>53</sup> Los libros de texto que Anyon estudió evitaban este tema o presentaban un punto de vista históricamente falso de cómo se acumularon las riquezas, atribuyendo a un magnate financiero como Andrew Carnegie el haber comenzado su carrera con un sueldo semanal de 1,20 dólares, con el cual supuestamente ahorró lo suficiente para invertir y hacer su fortuna.<sup>54</sup>

Lo cierto es que Carnegie ganaba esa insignificante suma cuando tenía trece años y no ahorró ni un céntimo de ella. Después de los años, y beneficiándose de una red de inmigrantes escoceses, consiguió trabajos como operador de telégrafos y después superintendente en los ferrocarriles. Pero después de todo este trabajo duro, seguía siendo relativamente pobre. Las cosas cambiaron sólo cuando su acaudalado jefe y mentor le prestó una buena suma para invertir en unos valores prometedores. Esto lanzó su carrera como financiero, convirtiéndole en multimillonario. Nunca volvió a trabajar duro en el sentido literal, sino que prefirió concentrarse en frecuentes y lujosas vacaciones, vueltas al mundo y largas estancias en su Escocia natal.<sup>55</sup>

Aunque hubo más de treinta mil huelgas en el período entre la Guerra Civil y la Primera Guerra Mundial, los libros de texto estudiados por Anyon mencionan de forma muy breve y normalmente negativa las luchas de los trabajadores y los sindicatos. Algunos libros afirman erróneamente que los líderes radicales eran odiados y temidos por la gente.<sup>56</sup> A los traba-

jadores nunca se les considera pertenecientes a una clase social, con intereses comunes contrarios a los de los propietarios.<sup>57</sup> Anyon concluye que esos libros de texto sirvieron más como promotores del orden corporativo existente que como fuentes independientes de información.

William Griffen y John Marciano estudiaron el tratamiento dado a la Guerra de Vietnam en veintiocho libros de texto de escuela superior utilizados ampliamente en todos los Estados Unidos.<sup>58</sup> Encontraron que los libros no decían casi nada sobre la naturaleza anticolonial de la lucha vietnamita, la destrucción ecológica y las muertes masivas causadas por las fuerzas de los Estados Unidos, la tortura y ejecución de prisioneros y otros crímenes de guerra, incluidas las campañas de asesinatos políticos auspiciadas por la CIA (Operación Fénix). Tampoco mencionaban las consideraciones político-económicas que había tras el intervencionismo americano, la significación del movimiento antibélico en el país y el intento del gobierno americano por suprimirlo, así como la práctica inconstitucional del poder ejecutivo al proseguir en esa guerra.

Los libros de texto defendían la justificación oficial para la intervención de los Estados Unidos en Indochina (“contener la agresión comunista” y “proteger la democracia”). El juicio al que inducían sobre la guerra tenía más que ver con las tácticas que con los propósitos. Con sus pretensiones de neutralidad y la supresión de hechos cruciales y puntos de vista alternativos, los libros fortalecían la interpretación oficial de una política exterior americana benigna y bien intencionada, concluyen Griffen y Marciano.<sup>59</sup>

Después de estudiar libros de texto de historia universal utilizados en muchas escuelas de Nueva Jersey, Charlotte Kates llega a la conclusión de que santifican a los Estados Unidos y satanizan a los países socialistas y al socialismo en general. Los movimientos de liberación nacional, especialmente los latinoamericanos son tachados de “comunistas” y “auspiciados

por los soviéticos”, continuando con la presunción de que todo lo que tiene que ver con el comunismo es malo. El imperialismo, fuerza dominante en la historia del mundo, recibe un tratamiento escaso. Los dos sistemas sociales acérrimamente opuestos, el fascismo y el comunismo, se empaquetan juntos. No se mencionan los intentos de la Unión Soviética por llegar a un pacto de seguridad colectiva contra el fascismo en los años 30, ni el apoyo de Moscú a las fuerzas antifascistas en la Guerra Civil Española, ni la heroica contribución soviética en la Segunda Guerra Mundial.<sup>60</sup>

Kates también encuentra que se tratan los horrores de la esclavitud, pero no la explotación subyacente de los trabajadores africanos o, por extensión, la explotación de cualquier trabajador. Se ignora el papel jugado por los comunistas durante la Gran Depresión en su lucha por el unionismo industrial, el seguro de desempleo y la asistencia pública. La lucha por los derechos de los afroamericanos se incluye dentro de los actos por los derechos civiles de finales de los años 50. Hay algunos “profesores maravillosos que se salen de los libros de texto” y enseñan una versión más reveladora de la historia, escribe Kates. Pero muchos más necesitan formarse para poder “presentar el otro lado e ir más allá de los libros de texto”. Y finalmente, los “editores de libros de texto deben salirse de las corporaciones”.<sup>61</sup>

Siguiendo con la historia de los libros de texto<sup>62</sup>, ya existe un disco CD-ROM que suministra horas de narración en vídeo y audio bajo el grandioso título de “La historia de los Estados Unidos para jóvenes”<sup>63</sup>. Aunque no sea peor que muchos libros de texto, el disco puede ser más pernicioso: Cuando se nos habla de que los comunistas norvietnamitas avanzan dentro de Vietnam del Sur, aparece en la pantalla la horripilante imagen de unas calaveras humanas. La asociación es clara. Pero las calaveras desaparecen rápidamente cuando se anuncia que el presidente Nixon bombardeó las bases comunistas en Camboya. Con hábiles efectos visuales y texto sesgado, el CD asegura a su joven audiencia que el ejército americano durante

la guerra de Vietnam fue un campeón de la paz y la democracia. “Irónicamente”, escribe Norman Solomon, “los chicos que usan este disco de historia para aprender sobre la guerra de Vietnam, encuentran las mismas distorsiones que muchos de sus padres y abuelos rechazaron hace tres décadas”.<sup>64</sup> El disco lo comercializa la revista *American Heritage*, propiedad de Forbes. Simon & Schuster, subsidiaria del gigante de los medios Viacom, que también ha intervenido en su producción.

## La escuela como instrumento

Decir que las escuelas fracasan en desarrollar una ciudadanía informada, mentalizada críticamente y democrática, es soslayar el hecho de que las escuelas nunca han tenido ese propósito.<sup>65</sup> Su misión es fabricar sujetos leales que no pongan en duda el orden social existente, dominado por las corporaciones. Que la escuela haya cumplido con creces este papel no es un accidente. El sistema educacional es tanto un proveedor de la cultura política dominante, como un producto de la misma.

Durante toda su existencia, las escuelas y universidades han sido objeto de preocupación para los conservadores, que quieren controlar lo que se enseña en ellas. Consideremos lo que le ocurrió a una de las series de libros de texto más progresistas que salieron en los años 30, *El hombre y su mundo cambiante*, de Harold Rugg y asociados. La Legión Americana, la Asociación Nacional de Fabricantes y otros grupos “patrióticos” lanzaron una campaña conjunta para retirar los libros de las aulas y de las librerías, tachándolos de antiamericanos y socialistas. De hecho Rugg no escribió virtualmente nada sobre el estado de guerra industrial de finales del siglo XIX y principios del XX, pero cometió la temeridad de mencionar la distribución marcadamente desigual de la renta nacional. Esto fue más de lo

que los grupos conservadores podían tolerar. Su campaña contra los libros de Rugg tuvo el éxito suficiente como para hacer descender sus ventas desde casi 300.000 ejemplares en 1938 a unos 20.000 en 1944.<sup>66</sup>

Durante los años 80, cuando algunas universidades empezaron a recomponer sus cursos sobre la civilización occidental, para permitir una diversidad mayor y un enfoque menos eurocéntrico, se alzaron los gritos de alarma de los conservadores, quienes acusaron a los radicales, feministas, “elites culturales” y minorías étnicas de intentar politizar la enseñanza y devaluar los niveles educativos. Tales críticas omitieron que el plan de estudios sobre la civilización occidental —que ellos querían preservar como si fuera un monumento cultural sacrosanto— no era más que la consecuencia de los cursos de propaganda patrocinados por el gobierno que se iniciaron durante la Primera Guerra Mundial en la Universidad de Columbia y otros cientos de instituciones patriotas. Elaborado por caballeros cristianos blancos que utilizaron altas dosis de historia, política y filosofía occidental estandarizada, el curso de Temas de Guerra se diseñó, según uno de sus directores, para inculcar a los estudiantes masculinos —que pronto iban a entrar en el ejército— “un entendimiento sobre la guerra y la suprema importancia para la civilización de la causa por la que iban a luchar”.<sup>67</sup>

Durante la Primera Guerra Mundial los funcionarios de las universidades intentaron imponer, a lo largo de toda la nación, los puntos de vista ideológicamente correctos. Nicholas Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, prohibió explícitamente el derecho a criticar la guerra, aduciendo que tal herejía no se podía tolerar, porque en tiempos de guerra la obstinación era sedición y la locura traición. Fue este mismo Butler quien dijo que “un proletariado educado era una constante fuente de problemas y un peligro para cualquier nación”.<sup>68</sup> En Columbia, Charles Beard, uno de los principales historiadores de la nación, fue interrogado y, según cuenta, se le ordenó “avisar a todos los componentes de mi

departamento que no impartieran ninguna enseñanza que supusiera falta de respeto a las instituciones americanas”. Beard describió a los dirigentes de Columbia y a su presidente Butler como “reaccionarios sin ninguna visión política, estrechos y medievales en cuestiones religiosas”, que querían “eliminar, humillar o aterrorizar a todo aquel que era progresista, liberal o con puntos de vista poco convencionales en materia política.”<sup>69</sup>

Después de la Primera Guerra mundial, muchas universidades y colegios tomaron el curso de Temas de Guerra como modelo para una nueva oferta llamada Civilización Contemporánea, que en este caso intentaba inmunizar a los estudiantes del comunismo y otras contaminaciones ideológicas. Los alemanes fueron reemplazados por los bolcheviques como gran amenaza para la democracia.<sup>70</sup> Durante los años de la guerra fría, millones de escolares americanos fueron tratados con dosis regulares de *Mi libro de lectura semanal* y *Acontecimientos actuales*, ninguno de los cuales aludía al movimiento de derechos civiles que estaba transformando las relaciones raciales en todo el país.<sup>71</sup> Las dos publicaciones reflejaban un mundo maniqueo: por un lado, la Unión Soviética, un demonio totalitario intentando aplastar bajo su bota al mundo entero, impulsada por una ideología peligrosamente emergente, equipada con armas de destrucción masiva; por el otro, los Estados Unidos, campeón de la libertad, la prosperidad, la paz y defensor de todo lo virtuoso y admirable entre las naciones. Veinte años más tarde, los editores de *Mi libro de lectura semanal* reconocerían que quizá su publicación “no estaba dentro de su línea de informar correctamente y sin sesgos”. Tal fallo, proclamaban, simplemente reflejó “los sesgos normales en esa época”.<sup>72</sup>

Hoy las campañas de derechas pretenden que los libros de texto y planes de estudios reflejen puntos de vista que ensalcen la historia americana, que pongan su mayor énfasis en el patriotismo, el mercado libre, los valores de la familia, la creatividad y otras verdades religiosas fundamentales.<sup>73</sup> Durante los disturbios en el condado de Kanawha, Virginia occidental,

que llamaron la atención del país cuando se hicieron violentos, el consejo de educación del condado adoptó medidas encaminadas, entre otras cosas, a que los libros de texto “promocionaran la lealtad a los Estados Unidos y a los diferentes estados... y enseñaran la verdadera historia y tradición de los Estados Unidos”, que “no debían difamar a los fundadores de la nación o interpretar erróneamente los ideales y causas por los que lucharon y se sacrificaron”.<sup>74</sup> El estricto seguimiento de estas líneas maestras podría supuestamente impedir a los libros de texto dar cuenta de la esclavitud, el racismo, el Watergate y otros temas que podrían inducir a los estudiantes a tener una opinión bastante crítica de nuestra tradición.<sup>75</sup>

Las controversias respecto al plan de estudios de la escuela superior repercuten a nivel nacional. En 1992, la Fundación Nacional para las Humanidades (NEH) y el Departamento de Educación elaboraron una amplia lista de temas docentes y de historia en un informe sobre “líneas maestras de la historia nacional” que ofrecía una guía —además de materiales ilustrativos y lecciones— para ayudar a las escuelas a mejorar su plan de estudios de historia y mejorar la formación de los estudiantes.<sup>76</sup> El primer borrador, un volumen titulado *Lecciones de Historia*, fue atacado por Lynne Cheney, director del NEH nombrado por Bush, que inicialmente había aprobado el proyecto, porque insultaba la “historia tradicional” en favor de una “corrección política”. A este le siguieron otros ataques en entrevistas, en emisoras de derechas, un voto condenatorio por 99 a 1 en el Senado y muchas críticas en los principales medios de comunicación.

Lejos de ignorar la Constitución, como le achacaban muchos críticos de derechas, el informe incluía una sección completa dedicada a la Constitución y a la Carta de Derechos y otras numerosas referencias constitucionales, intentando acomodar “diferentes criterios pedagógicos y de interpretación”.<sup>77</sup> Si el informe tenía algún defecto serio, no era su perspectiva radical, sino su carencia de perspectiva radical. Trataba temas de opresión racial y discriminación de género, pero su tratamiento de las realidades de

la clase poderosa, las luchas laborales y la tradición de los radicales en los Estados Unidos eran marcadamente inadecuadas.

Lo que molesta a los conservadores, aunque no lo dicen, no es que los historiadores liberales estén imponiendo su monopolio políticamente correcto, sino que se estén saliendo del monopolio ideológico conservador. *Lecciones de Historia* fue objeto de sus ataques, no porque fomentara las supuestamente doctrinarias ideas de las “elites culturales” de izquierdas, sino porque se apartaba ocasionalmente de las ideas patrióticas doctrinarias de la derecha. Lo que realmente perturbaba a críticos como Cheney era la falta de inclinación del informe a alentar exclusivamente la clase de “historia tradicional” que se extasía con las glorias y virtudes nacionales.

Las campañas de las derechas contra los planes de estudios y los libros de texto no son distintas a sus ataques contra los medios de comunicación. Las escuelas y los medios son el fiel reflejo del punto de vista centrista conservador del mundo. Pero tal punto de vista conservador no es suficiente para las derechas, que consideran de izquierdas todo lo que suena a “liberal”, y algo liberal está contaminado ideológicamente. Las discusiones sobre los planes de estudios, al igual que las discusiones sobre los medios de comunicación, están entre el centro “moderado” y la extrema derecha, y cualquier posición medianamente crítica de izquierdas está condenada al olvido.

Los que presiden nuestras instituciones educativas son plenamente conscientes de sus responsabilidades ideológicas, aunque nunca las describirían como ideológicas. Los estudiantes desinformados y aburridos son un pequeño precio que hay que pagar para asegurar la ortodoxia cultural y la hegemonía político-económica. Con todo ello la historia real es una de las primeras víctimas.

## NOTAS

1. Para una discusión sobre la distinción entre la historia como proceso social y el registro de la historia, ver *Silencing the Past*, de Michel Rolph Trouillot (Boston: Beacon Press, 1995), capítulo 1. Ranke hace una distinción entre *Geschichte*, que es más el hecho actual que forma el tema objetivo, y *Historie*, que es un proceso más subjetivo, “la ciencia que admite el tema (*Gegenstand*)” en sí mismo: Leopold von Ranke, *The Theory and Practice of History*, editado con una introducción de Georg Iggers y Konrad von Moltke (Indianápolis/Nueva York: Bobbs-Merrill, 1973), 50. Una distinción entre escribir historia y recopilar evidencias históricas, también la hace J.H. Hexter en *Doing History* (Bloomington: Indiana University Press, 1971), 15. Para la presente discusión la investigación y la escritura pueden considerarse como parte del mismo proceso.
2. Polibio, *Historias*, XII. 28.
3. Un historiador, por ejemplo, especula con que la Guerra de las Galias de Cesar “se hizo para captar votos a su candidatura al consulado en el año 49 a.de C.: Jane F. Gardner, introducción a Cesar, *The Civil War* (Londres: Penguin Books, 1967), 27.
4. Sobre historiadores/políticos en el siglo XIX, ver Felix Gilbert, *History: Politics or Culture? Reflections on Ranke and Burckhardt* (Princeton University Press, 1990), 9.
5. Gibbon, por supuesto, es más conocido por su monumental trabajo sobre la decadencia del Imperio Romano, a la que se hace referencia en más detalle en los capítulos 2 y 3. El mayor trabajo histórico de Tocqueville se refiere a la caída del antiguo régimen; Roosevelt escribió una biografía de Morris en 1888 y otros trabajos menores; Lodge editó los trabajos de Alexander Hamilton en doce volúmenes, publicados en 1904, reeditados por Haskell House en 1971; Watson escribió una historia de Francia, contratada con Macmillan en 1898 y analizada con benevolencia por C.Vann Woodward en *Tom Watson, Agrarian Rebel* (Londres, Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1975 [1938]), 335-339; el trabajo de Jaurès está todavía disponible en francés, editado por Albert Mathiez: Jean Leon Jaurès, *Historie Socialiste de la Révolution Française* (Nueva York: AMS Press, 1922-1927)

6. Gordon K. Lewis, *Slavery, Imperialism, and Freedom* (Nueva York: Monthly Review Press, 1978), 273.
7. Clive Ponting, 1940: *Myth and Reality* (Chicago: Ivan R. Dee, 1991), 1. No todo el mundo es de esta opinión. Por ejemplo John Keegan, que es tan crítico con los líderes conservadores como con los revolucionarios populares, acepta que los seis volúmenes de Churchill son correctos "como historia y como memorias". John Keegan, *The Battle for History* (Nueva York: Vintage, 1996), 50. Pero incluso él admite que la historia de Churchill es "triumfalista".
8. John Newsinger, "Churchill: Mith and Imperialist History", *Monthly Review*, enero 1995: 56-64; Ponting, 1940 *Myth and Reality*.
9. Demostrado por Clement Leibovitz, *The Chamberlain-Hitler Deal* (Edmonton, Alberta: Les Editions Duval, 1993)
10. Ponting, 1940: *Myth and Reality*, 50. Las elites británicas no fueron los únicos líderes burgueses obsesionados con el comunismo. Poco antes de que su país fuera invadido por las tropas alemanas, el primer ministro francés Paul Reynaud estaba proponiendo una invasión anglo-francesa del Cáucaso, con objeto de tomar los campos de petróleo rusos: Maurice Cowling, *The Impact of Hitler: British Politics and British Policy 1933-1940* (Chicago: University of Chicago Press, 1977), 363-364.
11. John Newsinger, "Churchill: Myth And Imperialist History", 56-57 y Clive Ponting, *Churchill* (Londres: Sinclair Stevenson, 1994). Más del 80 por ciento de las bajas alemanas se produjeron en lo que se llamó "el frente ruso".
12. Por supuesto, la cultura política en sí misma no está libre de los efectos de las clases poderosas. Mucho de lo que se piensa que es nuestra cultura común es "una cultura de clase transmitida selectivamente": Philip Wexler, "Structure, Text, and Subject: A Critical Sociology of School Knowledge", Michael Apple (ed.), *Culture and Economic Reproduction in Education: Essays in Class Ideology and the State* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1982), 279.
13. Acotación de Kenneth Harris en *New York Times Book Review*, 27 de abril de 1997, 30.
14. Harvey Kaye escribió un ensayo dirigido al tema de cómo y por qué las clases dirigentes intentan controlar la producción de la historia, pero sólo hace una mención pasajera a las sociedades capitalistas y a la Alemania nazi, enfocándose principalmente en la Unión Soviética y, en menor grado, en la China comunista. Como algunos otros de izquierdas, Kaye parece más interesado en señalar su preocupación por lo que llama "estalinismo" que en criticar el poder hegemónico capitalista, bajo el cual actualmen-

te vive el mundo entero; ver su *Why Do Ruling Classes Fear History? And Other Questions* (Nueva York: St. Martin's Griffin, 1996), 7-28.

15. Para una discusión y documentación más completas sobre las clases dirigentes, ver mi *Democracy for the Few*, 6ª edición (Nueva York. St. Martin's Press, 1995), especialmente los capítulos 2, 3, 6 y 12; también mi *America Besieged* (San Francisco. City Lights Books, 1998)
16. Los resultados de estas tres encuestas se publicaron respectivamente en *Washington Post*, 1 de noviembre de 1995; *Commentary*, 24 de octubre de 1994 y *New York Times*, 1 de marzo de 1995.
17. La encuesta publicada en *Times*, la analiza Christopher Hitchens en "Goodby to All That", Harper's Magazine, noviembre 1998, 39.
18. *New York Times*, 2 de enero de 1977.
19. Encuesta del Centro Constitucional Nacional: UAW Washington Report, 9 de octubre de 1998.
20. Hitchens, "Goodby to All That", 39-40. Hitchens señala que cuando la obra de teatro británica *La locura de Jorge III* fue llevada al cine, el título se cambió por *La locura del Rey Jorge*, porque los productores de Hollywood temían que las audiencias americanas pudieran pensar que ellos habían omitido las partes I y II.
21. Acton, *History of Freedom and Other Essays*, acotada en Ernest Scott, *History and Historical Problems* (Londres: Oxford University Press, 1925), 200.
22. Como observa Bailey, "El mundo comercial (de los EEUU) estaba especialmente satisfecho porque se aseguraba que los mercados hispano-americanos no estarían cerrados para ellos ". Thomas A. Bailey, *A Diplomatic History of the American People*, 10ª edición (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1970), 184-185.
23. Para un tratamiento más amplio sobre el expansionismo americano ver mi *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995). Mucho de lo que se llama "historia del pueblo" es realmente la historia de las rebeliones del pueblo. Igualmente importante es la historia de cómo se han utilizado el poder y la riqueza, con qué intereses y para qué propósitos. Entre los historiadores radicales que nos han dado cuenta de la resistencia del pueblo están: Howard Zinn, *A People's History of the United States* (Nueva York: Haroer & Row, 1980) ; Herbert Aptheker, *American Negro Slave Revolts* (Nueva York: International Publishers, 1987, originalmente 1943); Richard Boyer y Herbert Morais, *Labor's Untold Story* (Nueva York, United Electrical, Radio and Machine Workers, 1971), Sydney Lens, *Radicalism in America* (Nueva York: Thomas Y. Crowell,

- 1969) y Franklin Folsom, *America Before Welfare* (Nueva York: New York University Press, 1996)
24. Mark H. Leff, "Revisioning U.S. Political History", *American Historical Review* 100 (junio 1995): 843; también Gary B. Nash, "The History Children Should Study", *Chronicle of Higher Education*, 21 de abril de 1995: A60.
  25. Paul Goldstein, *Changing the American Schoolbook* (Lexington, Mass: D.C. Heath, 1978), 1.
  26. *New York Times*, 3 de Julio de 1971.
  27. Catherine Morland en *Northanger Abbey*, capítulo 16, acotación de portada en Edward Haallet Carr, *What Is History?* (Nueva York: Random House, 1961).
  28. James W. Loewen, *Lies My Teacher Told Me: Everything Your American History Textbooks Got Wrong* (Nueva York: New Press, 1995), 2.
  29. Harriet Tyson-Bernstein, *A Conspiracy of Good Intentions: America's Textbooks Fiasco* (Washington, D.C.: The Council for Basic Education, 1998), 3.
  30. Loewen, *Lies My Teacher Told Me*, 2.
  31. Hitchens, "Goodbye to All That", 42; ver también Alexander Stille, "The Betrayal of History", *New York Review of Books*, 11 de junio de 1998, 15-20.
  32. Esto no implica que los autores de libros de texto deseen evitar cosas desagradables, porque siempre están dispuestos a contar lo que consideran crímenes perpetrados por anarquistas, comunistas y otros revolucionarios.
  33. Samuel Elliot Morrison, *The Oxford History of the American People* (Nueva York: Oxford University Press, 1965). Ver las anotaciones críticas de Sender Garlin, *Three American Radicals* (Boulder, Colo.: Westview, 1991), XVII-XVIII.
  34. Rith Miller Elson, *Guardians of Tradition* (Lincoln, Neb.: University of Nebraska Press, 1964) 248-250.
  35. Elson, *Guardians of Tradition*, 252-256.
  36. Stewart Holbrook, *The Age of the Moguls* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1953), VIII.
  37. Elson, *Guardians of Tradition*, 287-288.
  38. Elson, *Guardians of Tradition*, 291.
  39. Frances Fitzgerald, *America Revised: History Schoolbooks in the Twentieth Century* (Boston: Little, Brown, 1979), 105, 109.

40. Fitzgerald, *America Revised*, 109, 155-157. Fitzgerald señala que la historia de la nueva izquierda nunca se incorporó a los libros de texto de los años 70. Podía haber añadido que tampoco se decía nada de la historia de la vieja izquierda.
41. Fitzgerald, *America Revised*, 55-57, 121.
42. Fitzgerald, *America Revised*, 8-12, 85-89, 150-155.
43. Fitzgerald, *America Revised*, 96, 101-102.
44. Consejo de Libros Interraciales para Niños, *Stereotypes, Distortions and Omissions in U.S. History Textbooks* (Nueva York: Centro de Recursos sobre Sexismo y Racismo para Educadores, 1977), 11. Para comentarios anteriores, ver R. Costo y J. Henry, *Textbooks and American Indian* (San Francisco: Indian Historical Press, 1970) y Jesús García y D.C. Tañer, "The Portrayal of Black Americans in U.S. History Textbooks", *Social Studies*, 76 (Septiembre 1985): 200-204.
45. Consejo de Libros Interraciales para Niños, *Stereotypes, Distortions and Omissions*, 18-26; el libro de texto mencionado es *The Pageant of American History* (Rockleigh, N.J.: Allyn and Bacon, 1975), 281-282. El Consejo señala también que "nuestra preocupación específica por la gente del tercer mundo y por las mujeres no implica que pensemos que nuestros libros de texto reflejen de forma veraz las experiencias de los trabajadores blancos. Realmente es necesario un análisis crítico del tratamiento de la historia de los trabajadores en nuestros libros de texto".
46. Michael Ignatieff, "Primitive Accumulation Revisited", en Raphael Samuel, ed. *People's History and Socialist Theory* (Londres: Routledge & Keegan Paul, 1981), 130; ver también Roxanne Dunbar Ortiz, "The Responsibility of Historians", *Monthly Review*, julio/agosto 1994: 60-65.
47. Karl Marx, *El Capital*, I, capítulos 26-33.
48. Ignatieff, "Primitive Accumulation Revisited", 130.
49. Jean Anyon, "Ideology and United States History Textbooks", *Harvard Educational Review* 49 (agosto 1979): 361-364.
50. Anyon, "Ideology and United States History Textbooks", 365-371.
51. *Congressional Quarterly's Guide to U.S. Elections*, 2ª edición (Washington, D.C.: Congressional Quarterly's Inc., 1985), 348.
52. Ver Ray Ginger, *The Bending Cross* (New Brunswick, N.J. Rutgers University Press, 1949) y Nick Salvatore, *Eugene V. Debs, Citizen and Socialist* (Urbana/Chicago: University of Illinois Press, 1982).

53. Para un tratamiento crítico del poder de la clase capitalista en el siglo XIX en los Estados Unidos, ver Gustavus Meyers, *History of the Great American Fortunes* (Chicago: Charles Kerr, 1911); Matthew Josephson, *The Robber Barons* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovitch, 1962, originalmente 1934); Gabriel Kolko, *The Triumph of Conservatism* (Chicago: Quadrangle Books, 1967, originalmente 1963); Richard DuBoff, *Accumulation & Power: An Economic History of the United States* (Armonk, N.Y.: M.E. Sharpe, 1989).
54. Anyon, "*Ideology and United States History Books*", 372. Carnegie amasó una fortuna de 400 millones de dólares.
55. Harold Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of the Big Business* (Nueva York: Harper Cxollins, 1975), 16-46.
56. Anyon, "*Ideology and United States History Textbooks*", 372-376.
57. Jean Anyon, "*Workwers, Labor and Economic History and Texbook Content*", en Michael Apple y Lois Weis (eds.), *Ideology and Practice in Schooling* (Philadelphia: Temple University Press, 1983), 51.
58. William Griffen y John Marciano, *Lessons of the Vietnam War* (Totowa, N.J.: Rowman & Allanheld, 1979). Este libro incluye una historia concisa y bien documentada de la Guerra de Vietnam, poniendo atención a los orígenes de la intervención americana.
59. Griffen y Marciano, *Lessons of the Vietnam War*, 163-165,167; ver también John Marciano, *Civic Illiteracy and Education* (Nueva York: Peter Lang, 1997).
60. Charlotte Kates, "*The Secret History*", *Collingswood Chronicle* (New Jersey), junio de 1995: 7. Para un estudio detallado de cómo la historia del socialismo en los Estados Unidos se presenta erróneamente en los libros de texto utilizados en New Platz, N.Y., ver Robert Weil, "*A Communist named Salvador Allende, The Teaching and Unteaching of Socialism in U.S. High School and Middle School Texts*", *Socialism and Democracy*, primavera/verano 1989: 89-117.
61. Kates, "*The Secret History*", 7. Interpretaciones aún más sesgadas de la historia podemos encontrarlas en los cursos ROTC para colegios y escuelas superiores, incluyendo agresivas defensas del militarismo americano, como las que Catherine Lutz, de la Universidad de Carolina del Norte, nos comenta en su estudio de dichos libros de texto. Uno de ellos nos enseña que el uso del ejército para "resolver disputas laborales" fue ampliamente respetado, como "cuando el ejército puso fin a la huelga nacional de ferrocarriles del año 1894": Ken Cunningham, "*High Schools Target of Military Invasión*", *On Guard*, vol.4, n° 3, 1994 (publicación de *Citizen Soldier*, Nueva York, N.Y.)

62. Lewie Coser, Charles Kadushin y Walter Powell, *Books: The Culture and Commerce of Publishing* (Nueva York: Basic Books, 1982), 3; y "The Media Nation: Publishing", *Nation*, 17 de marzo de 1997, 23-26. El grado de concentración dentro de las publicaciones en general no disminuye, y los principales grupos cosecharon facturaciones estimadas en unos 52.800 millones de dólares en 1995. La publicación de libros de texto es como cualquier otra industria corporativa, con sus altas y sus bajas. Mientras obtenía record de beneficios, McGraw-Hill forzó a más de cien empleados de la editorial a convertirse en empleados temporales de Kelly Girl en septiembre de 1997. Menos de un mes más tarde, la compañía les despidió, negándoles la paga de despido y otras compensaciones garantizadas en sus contratos como trabajadores temporales. Una semana antes de los despidos, la dirección de McGraw-Hill anunció que la división había ganado más dinero con los libros de texto que cualquier otra en la industria: Rob Neuwirth, "Quick-draw McGraw: Text Publisher Pulls Trigger on Writers", *American Writer*, invierno 1997-98: 7,13.
63. Kenneth Teitelbaum, "Critical Lessons from Our Past", en Michael Apple y Lina Christian-Smith, eds., *The Politics of the Textbook* (Nueva York y Londres: Routledge, 1991), 135.
64. Norman Solomon, "Virtual Mendacity", *Z Magazine*, Julio/agosto 1997, 27.
65. "La noción de que la escuela se creó como institución para fomentar la vida de la mente no tiene ninguna base histórica": Yheudi Cohen, "The State System, Schooling, and Cognitive and Motivational Patterns", en N.K. Shimahara y A. Scrupski (eds.), *Social Forces and Schooling* (Nueva York: David McKay, 1975), 110.
66. Apple y Christian Smith, *The Politics of the Textbook*, 4; Miriam Schipper, "Textbook Controversy: Past and Present", *New York University Education Quarterly* 14 (Primavera/verano 1983), 31-36; y Gary B. Nash, Charlotte Crabtree y Ross E. Dunn, *History on Trial: Culture Wars and the Teaching of the Past* (Nueva York: Knopf, 1998), 40.45.
67. Cyrus Veaser, correspondencia, *New York Times*, 23 de junio, 1988; también Carol Gruber, *Mars and Minerva: World War I and the Uses of the Higher Learning in America* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1975), y William Summerscales, *Affirmation and Dissent: Columbia's Response to the Crisis of the World War I* (Nueva York: Teachers College Press, 1970)
68. Arnold Petersen, Daniel De Leon: *Social Architect* (Nueva York: New York Labor News Co. 1941), II, 168. Para otros comentarios sobre y por Butler, ver Scott Nearing, *The making of an American Radical: A Political Autobiography* (Nueva York: Harper & Row, 1972)

69. Sobre el tratamiento erróneo de Beard, ver Richard Hofstadter y Wilson Smith, *American Higher Education*, vol. 2 (Chicago: University of Chicago Press, 1961), 883-892.
70. Gruber, *Mars and Minerva*, 241-242.
71. Marc Richards, "The Cold War world According to My Weekly Reader", *Monthly Review*, Octubre 1998: 36.
72. Richards, "The Cold War World According to My Weekly Reader", 34.
73. Hay muchas disputas sobre lo que los conservadores consideran valores inaceptables en los escritos que se utilizan en los cursos de la escuela superior. Algunas controversias están enfocadas a los planes de estudio de historia, porque la mayoría de la historia que se enseña pertenece al tipo convencional y "celebratorio". Ver Joan DelFattore, *What Johnny Shouldn't Read* (New Haven: Yale University Press, 1992); y Edward Jenkinson, *Censors in the Classroom* (Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1979)
74. Jenkinson, *Censors in the Classroom*, 23-24. Preparar a los estudiantes para ser buenos ciudadanos, sin embargo, rara vez incluye enseñarles a organizarse en comunidad, asociarse, presionar a la burocracia oficial u organizar movimientos políticos de protesta.
75. Ver los comentarios de un panel de investigadores de la Asociación Nacional Educativa: Jenkinson, *Censors in the Classroom*, 25.
76. Los grupos profesionales incluyen la Asociación Americana de Historia, la Organización de Historiadores Americanos, el Consejo Nacional para la Educación de la Historia, la Organización de Profesores de Historia. Su informe: Centro Nacional para la Historia en las Escuelas, *National Standards for United States History: Exploring the American Experience, Grades 5-12* (Los Angeles, 1994).
77. Mark H. Leff, "Revisioning U.S. Political History", *American Historical Review*, 100 (Junio 1995): 841. Para una información completa sobre esta controversia, ver Gary B. Nash, Charlotte Crabtree y Ross E. Dunn, *History on Trial* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1998), 149-277.

## **CURAS Y PAGANOS – SANTOS Y ESCLAVOS**

La historia es en gran medida una recopilación compuesta por un solo lado, el de los vencedores. Esto lo demuestra en gran medida la historia de los orígenes y triunfo de la Cristiandad. Aunque conocemos aberraciones tales como la Inquisición y la represión de la iglesia a científicos e investigadores como Galileo, la tradición popular pinta a la Cristiandad como una fuerza civilizadora de la antigüedad, un faro de luz en las épocas oscuras y una ciudadela de fe y enseñanza a través de los tiempos medievales.

La realidad es algo más. Durante más de mil años, el alto clero, presidido por eclesiásticos ricos y poderosos, señores de vastas satrapías, poseedores de esclavos y siervos, ha ejercido una influencia regresiva sobre todas las áreas de la cultura y la enseñanza.

### **El triunfo de la única fe verdadera**

En la antigua Roma, las normas paganas eran generalmente más tolerantes con la Cristiandad que la Cristiandad lo fue con el paganismo una

vez que tuvo una posición preponderante.<sup>1</sup> Los paganos politeístas solían aceptar todo tipo de dioses en su panteón, al que se añadían nuevas deidades de vez en cuando. Lo que les incomodaba de la Cristiandad era su inflexible monoteísmo y su actitud de considerar cualquier otra forma de adoración como impía e idólatra. He aquí una oscura secta, que presentaba un fantástico escenario cósmico de salvación eterna para sus prosélitos y llamas eternas para los paganos y sus ancestros.<sup>2</sup>

Cuando existió, la represión pagana a los cristianos parecía más impulsada por consideraciones políticas que teológicas. El lado pagano tenía sus fanáticos, los que creían en el antiguo orden y culpaban a la secta cristiana de todos los males de Roma. Siempre cauteloso con las sociedades privadas, el imperio miraba con desconfianza a los recalcitrantes adoradores de Jesús a los que se podía inducir a rezar *por* el emperador, pero nunca a rezarle *a* él. Con sus asociaciones internacionales secretas y no permitidas y su mesiánica creencia en el dios-rey Cristo, los cristianos no encajaban confortablemente en el panteón politeísta que presidía el deificado emperador romano.<sup>3</sup> La deslealtad a los dioses del estado se veía como una deslealtad al estado mismo.

En su conocida correspondencia con el emperador Trajano en el siglo I, Plinio el Joven dejaba claro que su preocupación era más política que religiosa. Informaba al emperador de que los cristianos de Bitinia habían abandonado su práctica de reunirse en secreto “desde mi edicto, publicado según tus instrucciones”, que prohíbe todas las asociaciones *políticas*” (la bastardilla es mía). Los que persistían al interrogarles en pertenecer a “este despreciable culto”, eran detenidos para ser ejecutados por su deslealtad.<sup>4</sup>

Trajano apoyó las medidas de Plinio, pero aconsejó que no hubiera excesos inquisitoriales: “Esta gente no debe ser perseguida”, y si se arrepienten deben ser perdonados, sin importar lo sospechosa que haya sido su conducta en el pasado. “Los panfletos anónimos que circulan no deben

formar parte de ninguna acusación. Crean un precedente de la peor clase y están completamente fuera de lugar con el espíritu de nuestra época.”<sup>5</sup>

Durante los primeros tres siglos, aunque era una institución ilegal, a la iglesia cristiana se la dejó tranquila mientras no fomentara ningún disturbio. En las escuelas de Roma y Atenas no había prejuicios con la religión. Uno podía confesar su fe en Júpiter o en Jesús. “Esto no le preocupaba a las autoridades a cargo de las escuelas.”<sup>6</sup> Generalmente, aparte de lo relativo a su preocupación por la paz y la estabilidad, los emperadores paganos eran contrarios a cualquier protesta acalorada contra los seguidores de Jesús. Al contrario que Plinio, la mayoría de los gobernadores romanos no eran partidarios de tratar con dureza a los cristianos que les traían, prefiriendo, más que castigarles, pedirles una mínima obediencia al emperador o una simple promesa que les diera la excusa para soltarles. Para los gobernadores,

“sonaba muy extraña esa doctrina de la resurrección, incluido el cuerpo, y esa fe en los libros de San Pablo. “¿No es un tipo extraño aquel que habla en arameo?”, cuentan que le preguntó un gobernador de Egipto al obispo Fileas en el año 305. “Seguro que no estuvo en la misma clase que Platón”. “Bien, entonces”, preguntó otro gobernador desesperado en Esmirna, en marzo de 250, “si el aire es importante para ti, ofrécele un sacrificio al aire”. “El aire no es importante para mí”, replicó el prisionero, “sino quien hizo el aire, el cielo y todas las cosas”. “Dime entonces, ¿quién los hizo?”. “No tengo derecho a decirlo”. Esta obstinación infantil era muy irritante. “¿Quieres esperar unos días para pensarlo?”, preguntó el gobernador que juzgaba a Coluto, también en Egipto, a principios del siglo IV...” “¿No te das cuenta de la belleza de la vida?”, preguntó el esperanzado juez. “No habrá ningún placer para ti si mueres. Pero escúchame y te salvarás”. “La muerte que se acerca”, dicen que Coluto contestó, “es más agradable que la vida que me ofreces”.<sup>7</sup>

“El cristianismo”, escribe Mattingly, “era una religión de paz, con la paz de Dios en su corazón”.<sup>8</sup> Uno nunca podría suponerlo por la forma en que los cristianos atacaron a otros cristianos que se desviaban algo respecto a su manera de pensar. Por encima de sus choques con las autoridades paganas, los seguidores de Cristo se enzarzaban en luchas fratricidas, a menudo por temas doctrinales esotéricos que parecerían frívolos a los lectores modernos. La historia primitiva de la Cristiandad “está más plagada de escisiones dentro de la propia iglesia que de amenazas externas”, señala Joyce Salisbury.<sup>9</sup> Según Edward Gibbon, los cristianos se infligieron más bajas entre ellos, debido a sus conflictos internos, que las que les ocasionaron los infieles. Esta sangría continuó más allá de la época de la Reforma. Fiándose de Grotius, Gibbon señala que el número de cristianos ejecutados por otros cristianos en una sola provincia, durante el reinado de Carlos V, excedió al de todos los mártires que perecieron a manos de los paganos en todo el Imperio Romano durante tres siglos.<sup>10</sup>

Casi desde el comienzo de la Cristiandad, las acusaciones por mala conducta o conducta criminal se sucedieron entre unas sectas cristianas y otras. El propio Pablo supuestamente fue víctima de este tipo de cosas en Roma. Desde el principio de su existencia, la Iglesia hizo los máximos esfuerzos para suprimir el gnosticismo, el marcionismo y el montanismo, seguidos de campañas contra otras diferentes ramas heréticas. La lucha entre las sectas cristianas en Roma fue tan violenta que necesitó la intervención del emperador y del prefecto de la ciudad.<sup>11</sup>

En el año 317, en ciudades de todo el norte de África, los disturbios entre cristianos donatistas y cristianos católicos costaron numerosas vidas.<sup>12</sup> Estos conflictos tenían algo que ver con la lucha de clases. La mayoría de los seguidores del donatismo eran de extracción baja, y su rechazo a la iglesia de Cartago era una parte de su hostilidad hacia los ricos. Los rebeldes donatistas condujeron a lo que Joseph Vogt llama “muchedumbres indisciplinadas” a “enfrentarse a los propietarios romanos y exigir a los dueños

de esclavos que no les obligaran a desempeñar tareas serviles”.<sup>13</sup> Hasta bien entrado el siglo IV, cuando la secta dominante se estableció como la religión preferida del imperio, la ortodoxia doctrinal de la cristiandad no estuvo firmemente asegurada.

Es usual pensar que la cristiandad se ganó los corazones y las mentes de la gente en la antigüedad en parte debido al ejemplo inspirador de sus mártires. Perowne escribe que “el heroísmo de los cristianos, haciendo frente a la muerte con calma, confianza y oraciones de perdón en sus labios, impresionó profundamente a sus hermanos paganos”.<sup>14</sup> Y Gibbon proclama que muchos espectadores gentiles se convirtieron ante el entusiasmo de los prosélitos condenados; “la sangre de los mártires... se convirtió en la semilla de la Iglesia”.<sup>15</sup>

Las evidencias que tenemos parecen indicar algo menos poético. Aunque se mantiene la vivencia en la imaginación popular gracias a películas de Hollywood como Ben Hur, la realidad es que las persecuciones “eran algo excepcional”, según Michael Grant.<sup>16</sup> Entre la cruel campaña de Nerón en los años 64-68 y la más limitada de Diocleciano en los años 303-304, hubo largos períodos de tolerancia, salpicados de algunos incidentes esporádicos de hostilidad y represión.<sup>17</sup> Comentando la “Gran Persecución” de Diocleciano, un destacado historiador católico, Monseigneur Dúchense, encuentra sólo una veintena de casos de martirio en todo el imperio.<sup>18</sup> En el breve interludio del año 361 al 363, después de que el cristianismo se había convertido en la religión establecida, hubo un intento totalmente ineficaz de restauración pagana por parte del emperador Julián (Julián el Apóstata), una campaña que “no fue presionante hasta el punto de que se derramara sangre”, según señala un escritor católico.<sup>19</sup>

Orígenes, un líder de la iglesia que escribió en el siglo III, admite candidamente que los que murieron por la fe eran “pocos” y “enumerables fácilmente”.<sup>20</sup> A pesar de su aserto de que el martirio fue “la semilla de la

iglesia”, el propio Gibbon considera que las víctimas fueron un número “poco considerable”. Especula con que estas cifras pueden haber sido magnificadas por la costumbre de aplicar el título de mártir a todos los confesores de la fe.<sup>21</sup> W.H.C. Frend señala que fueron “cientos y no miles” los cristianos que fueron martirizados.<sup>22</sup> Y Rodney Stark concluye que “el gobierno romano parece que se preocupó muy poco de la amenaza cristiana. Hizo un esfuerzo sorprendentemente pequeño para perseguir a los cristianos... [Las persecuciones] eran infrecuentes y afectaban a muy poca gente. Los primeros cristianos puede que tuvieran que hacer frente a algún grado de estigma social, pero a poca represión real.”<sup>23</sup>

Si fue así, ¿qué importancia pudo tener el martirologio como instrumento de proselitismo? Algunos individuos, como el mártir Justino, se convirtieron al cristianismo al ser testigos de la valentía con que los cristianos hacían frente a la muerte. Pero que el heroísmo de los mártires explique el triunfo de la cristiandad, eso es otra cosa. Incluso los propios cristianos cuentan que los más impresionados por tales sacrificios eran otros creyentes, que de ese modo se convencían de que el Espíritu Santo ayudaba a sus camaradas en el trance final. El número de paganos que vio morir en la arena a los cristianos fue sin duda una parte poco sustancial de la población del imperio, y el número que pudo experimentar una conversión religiosa aún mucho menor.

Por lo que sabemos, las multitudes que acudían a la arena arrojaban piedras y llenaban de improperios a los aspirantes a mártires, ofendidos por lo que los paganos percibían como arrogancia moral y espiritual. Fue el populacho pagano el que pidió que Cipriano, obispo de Cartago, fuera arrojado a los leones. “El clamor impaciente de la multitud denunciaba a los cristianos como enemigos de los dioses y de los hombres”.<sup>24</sup> No hay evidencia de protestas públicas de ninguna clase para detener la ejecución de cristianos. Si la hubiera habido, lo habríamos sabido a través de los propios cristianos. Que algún clérigo cristiano se opusiera a los entusiasmos de los

mártires sugiere que el martirio no fue una fuente principal de reclutamiento.<sup>25</sup>

Ser testigo de un martirio a veces tenía efectos contrarios. Lejos de inspirar la emulación entre los no conversos, la insistencia de Vibia Perpetua en ir a la muerte en la arena causó consternación y tristeza entre sus parientes y amigos paganos.<sup>26</sup> Incluso hubo muchos casos de cristianos que dieron marcha atrás, incluyendo el primer grupo de obispos, que carecieron de la fortaleza necesaria para perseverar en sus convicciones cuando tuvieron que hacer frente a la amenaza de su extinción. Tanto como los mártires podían inspirar a sus hermanos a mantener la fe, también podían suponer que se retractaran los aterrorizados creyentes menos resueltos.<sup>27</sup>

En un análisis final, el triunfo de la cristiandad se debe más al poder de Constantino que a la inspiración ejemplar de los mártires o al entusiasmo de las masas. Es cierto que el cristianismo presentaba un sistema de creencias más gratificante que el paganismo, con promesas de un más allá maravilloso y la atención de un Dios providencial. También ofrecía ventajas en la tierra, como la comunidad cerrada de fieles y ciertas facilidades para el cuidado de las viudas, los niños y los ancianos. No todas las donaciones se las embolsaba el clero; alguna parte se destinaba a caridad, al contrario que las contribuciones a los templos paganos, que se gastaban en fiestas y bebidas. El paganismo generaba poco sentido de la conexión con una divinidad sabia y cariñosa, ofreciendo por el contrario un número creciente de dioses, a veces de imperfecta moralidad.<sup>28</sup>

Stark explica que el crecimiento del número de los primeros cristianos fue debido a (a) la preocupación social comunitaria que los cristianos tenían entre ellos, lo que les permitió un grado más alto de supervivencia que a los paganos durante las epidemias (las evidencias de esto son escasas); (b) la prohibición por parte de la iglesia de las prácticas comunes entonces del infanticidio, el aborto y el control de natalidad, lo que dotó a los cris-

tianos de un crecimiento más rápido de su población, y (c) el alto porcentaje de conversiones de maridos paganos casados con mujeres cristianas.<sup>29</sup> Aún así, el crecimiento pudo no ser tan importante como se cree. A principios del siglo III, Orígenes observó que el número de seguidores de la fe era poco considerable. Extrapolando lo que sabía de Antioquía y de Roma, Gibbon sospecha que en la época anterior a Constantino, no más de un 5% de la población estaba bajo el estandarte de Cristo.<sup>30</sup>

Sin embargo, la iglesia cristiana era tolerada ampliamente, siendo una organización importante incluso antes de que Constantino llegara al poder. Su estructura bien elaborada y sus miembros, a menudo prestigiosos, fueron probablemente los que convencieron al emperador de incorporarla en su base política. Pero ninguna de estas consideraciones disminuye la importancia del inmenso apoyo material dado a la iglesia por Constantino y los emperadores que le sucedieron.

El edicto de Constantino del año 313 eliminaba el reconocimiento por parte del estado de los dioses tradicionales, pero con un tono de tolerancia que inicialmente colocaba en igualdad a todas las creencias. Teniendo que hacer frente a una mayoría pagana en el Senado y en todo el imperio, el emperador actuó con cautela. Garantizó el permiso para construir templos paganos en Constantinopla y, a finales del año 331, él mismo erigió varios en zonas donde el paganismo era especialmente fuerte. La mayoría de las veces promovió el cristianismo como su religión personal en sus escritos y comunicaciones públicas. Constantino restituyó las propiedades y casas de reunión expropiadas a los cristianos durante la persecución de Diocleciano en la década anterior. Suministró a la iglesia ingresos regulares, la mayoría a través de tierras y zonas de cultivo, garantizando su derecho a recibir legados. En unos pocos años las reglas del emperador ayudaron a transformar a la secta cristiana en una Iglesia Universal protegida por el estado, con majestuosos edificios e imponentes rituales.<sup>31</sup>

Bajo Constantino los obispos se convirtieron en dignatarios privilegiados, investidos con deberes oficiales y jurisdicción sobre casos civiles dentro de las comunidades cristianas y sobre delitos graves que afectaran a otros obispos, que de ese modo tenían el privilegio aristocrático de ser juzgados por sus iguales. El clero cristiano estaba exento de impuestos y tributos municipales. Este trato de favor indujo a rápidas conversiones de personas de gran riqueza para asegurarse puestos episcopales libres de impuestos. Constantino construyó una cadena de numerosas iglesias desde Roma a Tierra Santa. Y en el año 321 el estado adoptó oficialmente el Día del Señor, declarando festivo el domingo.<sup>32</sup>

Al mismo tiempo, el primer emperador cristiano se aseguró el mantenimiento de su poder terrenal. Constantino mató a su hijo, a su mujer y al hijo de once años de un fuerte rival, mientras estaba inmerso en guerras que causaron la muerte de cientos de miles de personas,<sup>33</sup> dando un ejemplo que emularon otros mandatarios cristianos durante siglos. Burckhardt señala que los dirigentes de la iglesia “no alzaron la voz contra este asesino egoísta”. Para garantizarse el favor de Constantino, el bien organizado clero se convirtió en “el más devoto apoyo para extender su poder”, sin tener en cuenta en absoluto que estaba con un pie en el paganismo y las manos manchadas de sangre.<sup>34</sup>

Todavía se debate si la conversión al cristianismo de Constantino fue sincera. Más importante es el impacto que tuvo sobre el panorama religioso. Bajo su mandato la iglesia alcanzó gran poder político y riquezas materiales, que le allanaron el camino para su triunfo terrenal. Y cuanto más crecía el cristianismo más menguaba la influencia del paganismo. En el siglo IV el paganismo estaba moribundo. Una vez Constantino dejó de apoyar sus santuarios y desvió sus tesoros a las arcas cristianas, cuando los antiguos templos dejaron de percibir impuestos municipales y donaciones del estado, el paganismo declinó de forma precipitada.<sup>35</sup> Conscientes del poder de los nuevos magistrados cristianos, un número sustancial de altos

cargos del imperio adoptaron la nueva fe reinante. Sólo en un año en Roma se bautizaron doce mil hombres, además de un número proporcional de mujeres y niños.<sup>36</sup>

Al mismo tiempo que crecía el poder terrenal de la iglesia, lo hacía su enemistad hacia cualquier clase de desviación teológica. Generalmente la buena voluntad para tolerar disidentes no se incrementa si crece el poder. En los años posteriores a Constantino, la práctica de la comunión y el bautismo estaba obligada por la policía, mientras que los obispos mantenían su norma de suprimir cualquier creencia competidora. En abril del año 356, Constantino II, sucesor de Constantino, publicó un edicto que sancionaba con la muerte a las personas culpables de adorar a ídolos.<sup>37</sup> Los seguidores de Cristo privaron a los paganos de sus casas de culto, destruyeron su literatura y sus iconos sagrados y les torturaron “con la autoridad de la ciudad”, para hacerles admitir su impostura religiosa.<sup>38</sup> Los disturbios que ocasionó el cierre de los templos paganos sólo indujeron a los obispos a pedir medidas más represivas. La determinación de incrementar las “oportunidades para la fe” fue un eufemismo para suprimir cualquier credo que se apartara de la Única Fe Verdadera. Como Agustín y otros argumentaron, la coerción contra los paganos y contra los cristianos que volvían al paganismo era una virtud, porque Cristo era como un general que debe utilizar medios militares para recuperar a los desertores.<sup>39</sup>

En su famoso debate con San Ambrosio, el aristócrata pagano Símaco levantó su voz a favor de la tolerancia religiosa y la libertad de conciencia: “Como no voy a arrepentirme, permitidme continuar con la práctica de mis antiguos ritos. Como soy libre, dejadme disfrutar de mis instituciones domésticas”. Como era predecible, Ambrosio, arzobispo de Milán, respondió que el cristianismo era la única doctrina de la verdad y que cualquier forma de politeísmo conducía al abismo de la perdición eterna. El emperador Teodosio, amigo de Ambrosio, hizo suyo el argumento del arzobispo y mandó al exilio de forma arbitraria a Símaco. Teodosio entonces propi-

ció la rápida conversión de todo el Senado romano, que consciente de los peligros de oponerse a una determinación del monarca, votó por amplia mayoría a favor de Jesús y contra Júpiter.<sup>40</sup>

Como señala Burckhardt, los paganos “no sabían, o habían olvidado, que el cristianismo, una vez tolerado, debía convertirse inevitablemente en la religión predominante”.<sup>41</sup> Realmente su intento era convertirse en la *única* religión. En enero del año 395, el paganismo estaba totalmente borrado de la vida pública y casi suprimido como fe. Con “la única iglesia universal verdadera, apostólica y romana” establecida por ley, ahora la herejía era sinónimo de subversión.<sup>42</sup> Los ritos paganos de sacrificio de animales y adivinación fueron declarados crímenes de alta traición contra el estado. El uso de guirnaldas, incienso y libaciones de vino, así como otras ceremonias inofensivas conducían al practicante a perder su casa y pagar multas en oro y plata. Aquellos que omitieran informar de tales actividades o de castigarlas tenían que hacer frente a severas sanciones.<sup>43</sup>

## Silenciando a los paganos

Cualquiera que intente investigar las críticas de los paganos a los primeros cristianos descubrirá que tal literatura no existe. Fue destruida por las autoridades de la iglesia después de que el cristianismo se aprobara como religión a principios del siglo IV. Para determinar lo que los escritores paganos pensaban del cristianismo, los investigadores modernos deben recurrir a comentarios en cartas y escritos que tienen que ver con otros asuntos. Otros fragmentos sobreviven, irónicamente, porque están mencionados por polemistas cristianos que intentaron rebatirlos.

Un crítico incansable fue el filósofo del siglo III Porfirio, un teísta neoplatónico y estudiante de Plotino. Los restos que han sobrevivido de su tra-

bajo en quince volúmenes, *Contra los Cristianos*, contienen muchos argumentos sorprendentemente modernos y produjeron respuestas críticas de muchas generaciones de escritores cristianos, incluyendo padres de la iglesia, como Jerónimo y Agustín.<sup>44</sup> A favor de Porfirio y otros filósofos paganos hay que decir que no hicieron uso de las acusaciones, que circulaban ampliamente, de que los cristianos practicaban las muertes rituales, el incesto, el canibalismo y el sexo en grupos.<sup>45</sup> En su lugar, se concentraron en lo que para ellos era la altamente improbable historia y teología del cristianismo, planteando cuestiones como:

—¿Por qué Dios eligió un lugar tan atrasado como Galilea para enviar a su hijo? Y, ¿por qué ese método tan laborioso y extraño de propagar la fe por todo el mundo?

—¿Por qué un Dios tan omnipotente y omnisciente necesita descender a la tierra en forma humana para traernos su reforma moral?

—¿Por qué Dios niega tan cruelmente la oportunidad de salvación a todas las innumerables generaciones que nacieron antes de la venida de Jesús? ¿Fue sólo entonces, después de un período tan largo, cuando se acordó juzgar a la raza humana?

—¿Cómo es que los cristianos toman sus orígenes del judaísmo y sin embargo rechazan muchas cosas de las que enseñan las escrituras judías? ¿Por qué Dios da ordenes contradictorias a Moisés y a Jesús?

—Si los Evangelios son informes de testigos presenciales, ¿por qué dan versiones diferentes sobre el sufrimiento y la crucifixión de Cristo?

—¿Por qué los acontecimientos milagrosos descritos en los Evangelios parecen tan llenos de mentiras y supercherías, como cuando las plácidas aguas del lago de Galilea se describen como un mar tumultuoso que Jesús calma antes de andar sobre ellas?

—¿Por qué Pedro preside la muerte de dos devotos creyentes que han entregado sus tierras y posesiones a la secta de Cristo, pero que han cometido el “pecado” de conservar algo para sí mismos?

—¿Por qué Jesús reaparece después de su muerte ante unas pocas y oscuras personas en vez de ante una multitud, o ante sus enemigos que nunca creyeron que era el Mesías? ¿Qué evidencia tenemos de que se pueda resucitar de la muerte?<sup>46</sup>

El emperador Constantino silenció la voz de Porfirio quemando sus tratados. Los siguientes emperadores pro cristianos también quemaron los escritos paganos que eran críticos con ellos. Un siglo después de Constantino, en el año 448, todas las copias de los trabajos de Porfirio que habían sobrevivido fueron condenadas a las llamas por las autoridades eclesiásticas. Otros paganos notables, cuyas obras también acabaron condenadas al fuego, fueron Celso, Galeno, Luciano y Julián el Apóstata.<sup>47</sup>

Un historiador actual que contempla favorablemente a los primitivos cristianos, Stewart Perowne, no menciona el modo en que estos erradicaron implacablemente toda la literatura crítica pagana. Del libro de Celso, *El Mundo Verdadero*, Perowne comenta lacónicamente que “no ha llegado hasta nosotros”, sin explicar por qué no ha llegado. Nos asegura que Celso empleó las “apelaciones usuales” y “todos los argumentos familiares” contra la fe cristiana, aunque no nos dice nada de cuáles eran esos argumentos familiares. Perowne también se refiere a los ocho volúmenes del “docto” y “gran trabajo apologético” de Orígenes, *Contra Celso*, “que ha llegado completo a nuestras manos”.<sup>48</sup> Al lector se le deja con la impresión de que los escritos de Orígenes han sobrevivido intactos por casualidad, mientras que por la misma razón los de Celso se han perdido completamente. Sabemos de las críticas de Celso sólo lo que Orígenes ha querido contarnos.

Algunos de los textos cristianos que incorporaban comentarios sobre la polémica de Porfirio, con el único propósito de refutar sus ideas, también fueron quemados para erradicar lo que el obispo Apolinario llamó “el veneno de su pensamiento”.<sup>49</sup> En suma, un rico conjunto de literatura crítica, un lado completo del monumental debate que duró dos siglos, está casi perdido para la historia porque el lado predominante decidió silenciar a sus oponentes a la fuerza cuando no podía hacerlo con argumentos.

## Aceptando los poderes establecidos

A veces se argumenta a favor de la cristiandad que limpió la sociedad occidental de la decadencia pagana y se alzó contra los poderes y privilegios de clase. “Renunciando a todo lo que el mundo pagano había codiciado y por lo que había luchado”, escribe Lewis Mumford, “el cristianismo dio los primeros pasos hacia la construcción de una nueva estructura”.<sup>50</sup> Esta es una hipótesis dudosa. Lejos de renunciar a los valores e instituciones de la antigüedad, la iglesia primitiva se adhirió a las nociones de la ley y la propiedad de los romanos, sin ofrecer resistencia a las reglas autocráticas del emperador o a la corrupción y venalidad del entorno real, ni a los ricos aristócratas, ni a las duras leyes criminales, ni a la despiadada máquina de los impuestos; tampoco tenemos noticia de ninguna protesta contra la pobreza, la esclavitud, la subyugación de la mujer y otros abusos sociales.<sup>51</sup> “Lo que es cierto”, señala Aram Vartanian, “es que la cristianización del Imperio Romano no supuso la democratización o liberalización de sus leyes. Roma continuó siendo lo que ahora llamaríamos una dictadura militar, incluso bajo el mejor de sus emperadores”. La iglesia se acomodó al absolutismo imperial existente “e incluso consideró a sus obispos de Roma “emperadores espirituales” de sus propios dominios”.<sup>52</sup>

Escribiendo en el *Wall Street Journal*, la historiadora conservadora Elizabeth Fox-Genovese habla de que “fue en la cristiandad donde se originó el concepto de libertad individual”.<sup>53</sup> De hecho, mucho antes de Cristo, durante la República Romana y antes de ella en la antigua Atenas y otras ciudades-estado de Grecia, existieron juristas paganos y líderes democráticos que expresaron su preocupación por los derechos de los ciudadanos contra el privilegio y la arbitrariedad de los poderes del estado.<sup>54</sup> A pesar de Fox-Genovese, es difícil localizar, entre todo el pensamiento de los cristianos primitivos, alguna advocación por los derechos individuales contra el poder secular o eclesiástico. Ese concepto no lo encontramos en Pablo, Jerónimo, Ambrosio o Agustín. Si acaso, lo que encontramos repetidamente es la aceptación del poder secular autocrático y un ansia de perseguir a los herejes, librepensadores, reformistas y otros con comportamientos heterodoxos.

En Europa, tanto antes como después de la Reforma, tanto en países protestantes como católicos, el clero establecido estaba usualmente del lado de los príncipes y contra los campesinos, mostrando poca simpatía por los derechos democráticos de la gente corriente. Incluso en los tiempos de la Revolución Francesa y los levantamientos de 1848, que alzaron la bandera de los derechos individuales contra las monarquías de toda Europa, los eclesiásticos católicos y protestantes estuvieron indefectiblemente al lado de los antidemócratas.<sup>55</sup> En la Edad Media la jerarquía eclesiástica se opuso a los gremios de trabajadores, y en los siglos XVIII y XIX y mucha parte del siglo XX, las iglesias católica y protestante se opusieron más que apoyaron a los sindicatos.<sup>56</sup>

No mucho después de la muerte de Jesús, el apóstol Pablo juró total obediencia al estado (el mismo estado romano que había crucificado a su salvador), proclamando en *A los Romanos* 13.1 que “los poderes establecidos están ordenados por Dios”. Como no hay autoridad que no exista si no es por la gracia de Dios, aquellos que no se someten a las reglas terrenas

están de hecho resistiéndose a la autoridad celestial “y recibirán su condena”. Predicando mientras el autócrata homicida Nerón estaba en el trono, Pablo asegura a sus seguidores que el gobernante es virtuoso y benigno, trabaja para el bien de todos y está dispuesto a castigar a los que hagan el mal. Hay que guardarle obediencia, no por temor, sino “por conciencia”, “porque es ministro de Dios”. Así que la gente tiene que “rendir tributo” (impuestos) a las autoridades, porque están al servicio de Dios.<sup>57</sup> Poco después de esto, a instigación de una facción cristiana rival, el propio Pablo se dice que fue arrestado y ejecutado por las autoridades seculares ordenadas por la divinidad.<sup>58</sup>

¿Aliviaron los cristianos la situación de los pobres, como suele creerse? De hecho, una vez que el Imperio Romano se hizo cristiano, el abismo entre ricos y pobres, especialmente en la parte occidental, alcanzó nuevas cotas, “con enormes riquezas concentradas en las manos de la clase senatorial”.<sup>59</sup> “Las distinciones de rango y grado se multiplicaron y las desigualdades en cuanto a la propiedad se ensancharon”.<sup>60</sup> El año 332 vio la promulgación de la ley que ataba a todos los *coloni* y a su progenie a los estados para los que trabajaban. De acuerdo con ella no podían ni abandonar ni separarse de sus amos. Reduciendo a los campesinos libres al estatus legal de siervos, los seculares y eclesiásticos dueños de las tierras se aseguraban una mano de obra permanente y barata. Igualmente en las ciudades los artesanos y comerciantes no tenían posibilidad de moverse. Los dos grupos privilegiados que estaban exentos de esta onerosa ley eran los dueños de las tierras y los altos cargos oficiales. “En cuanto al papel de la iglesia cristiana en todo esto”, incluso Vogt admite de mala gana, “no puede decirse que levantara ninguna voz de protesta contra la opresión de las clases medias y bajas”.<sup>61</sup>

En suma, en contra de la creencia convencional, la cristiandad no hizo gran cosa contra el poder socioeconómico dominante. La iglesia no alzó la voz contra las relaciones sociales injustas, que engendraban pobreza,

esclavitud y guerras de conquista –así como dominación patriarcal, crueldad con los animales y otras cosas parecidas. Bajo el Imperio Romano ya cristianizado los impuestos se hicieron todavía más opresivos y las leyes criminales más severas. Se abolió la crucifixión, pero quemar a la gente viva sobre una pira se convirtió en la forma más normal de ejecución, una forma de matar sin violar técnicamente la censura contra los derramamientos de sangre.

Durante la “era post clásica”, escribe Joseph Vogt, los juristas paganos eran “parcialmente responsables de una creciente brutalidad en las leyes criminales y en las formas de castigo... Numerosos crímenes estaban sujetos a la pena de muerte, a menudo ejecutada de forma horrible”. Vogt evita mencionar que la “era post clásica” fue la era cristiana y la creciente brutalidad de las leyes romanas sucedió durante el tiempo de la ascensión cristiana.<sup>62</sup> La práctica de la mutilación y la tortura –aplicada por los romanos en sus procedimientos judiciales bajo severas y limitadas circunstancias– se hizo más común y fue apoyada por las leyes. Las torturas reemplazaron a los tribunales. La rueda, la pira, el collar de clavos, la cama de clavos, la caja de clavos, las empulgaderas, los hierros candentes, la tinaja de agua hirviendo y las pinzas calientes se convirtieron en parte del terrible arsenal cristiano contra los herejes e infieles. El castigo de torturas –desde el hierro candente a los azotes– se trasladó a las zonas protestantes siglos más tarde, incluyendo los nuevos asentamientos en América del Norte.<sup>63</sup>

Algunas cosas cambiaron para mejor. En el siglo V se puso fin a las sangrientas extravagancias del anfiteatro. Agustín se refirió a los juegos romanos como “la inmundicia del circo en el pasado”.<sup>64</sup> Los líderes cristianos se oponían a la arena, no tanto por su sangrienta brutalidad como porque era un rito pagano en el que se rendía culto al emperador.<sup>65</sup>

Hubo otras reformas cristianas. La iglesia abolió los sacrificios humanos y denunció el infanticidio. Ciertas condiciones en las prisiones se

hicieron menos duras, al menos sobre el papel. El divorcio unilateral y como prerrogativa exclusiva del hombre se hizo más difícil, así como el mantenimiento de concubinas por parte de los hombres casados. Los obispos regularon que la prohibición del adulterio se aplicara tanto a las mujeres como a los hombres, lo que no era así entre los paganos romanos. Pero bajo los códigos de los primitivos cristianos el esposo de una adúltera podía compensar la injuria volviéndose a casar con otra mujer, mientras que la mujer de un adúltero no tenía ese derecho.<sup>66</sup>

Aquellos que celebran las aportaciones de la iglesia a la civilización occidental, puede que no quieran recordar una de sus más espantosas contribuciones a la tiranía humana, la Inquisición, una caza de herejes ordenada por el papado que asoló Europa desde principios del siglo XIII hasta bien entrado el XVIII. Dotados de autoridad casi ilimitada, envueltos en el secreto y libres de todo control, los inquisidores fueron causa de carnicerías y rapacidades sin ninguna traba, cobrando vidas y confiscando bienes, haciéndose ricos en el proceso, sin reconocer ningún derecho a los acusados y tratando a todos, desde el más pobre al más poderoso, como culpables potenciales.

La culpabilidad de la víctima se asumía por anticipado y la confesión se obtenía con astucia o con torturas. La asistencia regular a la iglesia y las generosas limosnas, la declaración verbal de profesar la doctrina ortodoxa con la más estricta devoción, todo era en balde. Porque el acusado podía estar incubando una herejía secreta. La Inquisición tenía que descubrir lo imposible: los pensamientos ocultos en la cabeza de una persona. Pero por fortuna la tarea era más fácil debido al procedimiento. No se necesitaba probar la culpabilidad de la víctima; la sola sospecha era suficiente para llegar al juicio fatal, que casi siempre terminaba en ejecución o, menos frecuentemente, en encarcelamiento de por vida en una oscura mazmorra.

Además de los jueces, la Inquisición contaba con sus secuaces armados, extorsionistas, espías y, por supuesto torturadores y ejecutores. Lea escribe que, excepto entre los visigodos, la tortura había sido “desconocida entre los bárbaros que fundaron las comunidades en Europa, y su sistema de jurisprudencia se había desarrollado libre de esta contaminación”. No fue hasta el siglo XIII cuando empezó a utilizarse “en casos contados” en los procedimientos judiciales, después de lo cual rápidamente se abrió camino con la Inquisición, administrada al principio sólo por las autoridades seculares —por mandato del tribunal de la Inquisición. En el año 1252 las leyes de la iglesia prohibían a los eclesiásticos estar presentes cuando se administraba la tortura, quizá por una aceptación implícita de que el procedimiento no era moralmente limpio. Pero unos años más tarde, los inquisidores y sus servidores se absolvían unos a otros de cometer esas “irregularidades” mediante una bula papal, de forma que podían supervisar personalmente las sesiones de tortura.<sup>67</sup>

Los que confesaban eran quemados por herejes. Los que aguantaban el dolor y la mutilación y no confesaban eran quemados por ser herejes no arrepentidos. La propia herejía tenía un significado convenientemente vago y elástico. Los prisioneros que confesaban bajo tortura eran torturados otra vez para obtener información sobre otros herejes entre sus familiares y amigos, y se les volvía a torturar si se retractaban de alguno de sus testimonios, después de lo cual se les quemaba en la hoguera. A veces los testigos también eran torturados para obtener de ellos el apropiado testimonio condenatorio. Cualquiera que mostrara simpatía o apoyara al acusado, quien se atreviera a cuestionar el proceso, era condenado al mismo destino.<sup>68</sup>

En el año 1484 los príncipes alemanes eran reacios a que la Inquisición romana entrara en Alemania. La Inquisición amenazaba con convertirse en un poder rival, inclinado a entrar en los negocios, condenando no sólo a los pobres, sino a la gente bien acomodada, expropiando sus bienes. Pero

la grave preocupación ocasionada por las insurrecciones de los campesinos hizo a los príncipes más receptivos. La Inquisición irrumpió en la escena oportunamente, en palabras de Michelet, “aterrorizando al país y calmando los espíritus rebeldes, quemando como brujos hoy a los que podían ser insurrectos mañana”, anulando la inquietud popular respecto a los intereses de los poderosos y actuando contra las brujas y los demonios.<sup>69</sup>

Un personaje inmortal, que para la mitología cristiana anduvo suelto por el mundo con renovado vigor durante la mayor parte de los últimos dos mil años fue Satán. Dotado de una inagotable potencia, sólo excedida por la del propio Dios, el demonio destilaba una presencia maligna contra la que tenían que luchar los hombres de la iglesia. A veces Satán desplegaba una ubicuidad que ni el propio Todopoderoso parecía poder emular. Cuanto más se le cazaba, más volvía a aparecer en todas partes de forma que el mundo de Dios parecía ser suyo. Realmente entre sus varios títulos están los de “Príncipe de las Tinieblas” y “Príncipe del Mundo”. Tanto en las profundidades de la noche como a plena luz del día, en caminos sombríos o en hogares bien iluminados, en dormitorios e incluso en los bancos de las iglesias, Satán encarnaba un genio maligno que podía adoptar la forma de cualquier criatura u objeto, siendo capaz de ocupar cualquier espacio, incluyendo los cuerpos de los simples mortales. Esto hizo que los jueces de la Inquisición a veces temblaran cuando una sucia viuda o un pastor asustado se arrastraban ante ellos, porque “esos demonios de las mentes simples de los pastores y las brujas pueden tener la ambición de entrar en un inquisidor”.<sup>70</sup>

Actualmente algunos historiadores tienen palabras apologéticas para la Inquisición. Ignorando todas las evidencias de lo contrario, Carlton Hayes y sus asociados proclaman que la condena más frecuente de la Inquisición era una simple multa y la confiscación de las propiedades, reservándose el castigo de prisión sólo para los “casos más severos”. A algunos sospechosos se les requería que hicieran costosas peregrinaciones o que “utilizaran una

marca distintiva en su ropa”. Hayes no menciona la tortura y proclama que la pena de muerte sólo se aplicó en “relativamente pocos casos” de los que se negaban a retractarse de su herejía o reincidían después de su retractación. Los inquisidores, parece, no quemaron herejes, sino que se esforzaron en salvar sus almas inmortales a través de la conversión.<sup>71</sup>

Una conclusión muy diferente es la que ofrece Lea, que ha llevado a cabo un monumental estudio sobre el tema: “Ardor fanático, crueldad arbitraria y codicia insaciable... era un sistema que bien pudiera parecer una invención del demonio”.<sup>72</sup> De hecho fue una invención de la iglesia de aquellos tiempos. Una religión no es algo que pueda sustraerse de los crímenes cometidos en su nombre. La lucha de la iglesia contra la herejía comenzó en la primera generación de su existencia y continuó sin descanso durante más de mil seiscientos años. Siglos de vigorosa cristiandad, de violenta propagación del monopolio de la fe, crearon el caldo de cultivo sobre el que la Inquisición echó sus raíces y floreció.

## Creyentes opulentos

Un punto de vista aceptado popularmente, como señala un escritor, es que “los que se convirtieron al cristianismo pertenecían por aplastante mayoría a las clases más bajas de la sociedad”.<sup>73</sup> Otro escritor mantiene que los que hacían proselitismo se dedicaron “principalmente, aunque no en exclusiva, a las clases más oscuras y pobres”.<sup>74</sup> Otro proclama que el cristianismo se ocupó de “implantarse entre los pobres e ignorantes, dedicando su apoyo durante siglos a los trabajadores”.<sup>75</sup>

Ciertamente, numerosos adoradores de Jesús procedían de las clases bajas, ya que la gran mayoría de la gente tenía medios modestos. Pero las primitivas sectas de Cristo no fueron principalmente vehículos de los opri-

midos y fracasados. Se enraizaron dentro de comunidades asentadas, entre ricos mercaderes, así como entre pobres trabajadores, prósperos esclavistas o esclavos, atrayendo a un número desproporcionado de gente de la clase media y alta, incluyendo contemporáneos de Jesús como José de Arimatea; Sergio Pablo, gobernador de Chipre y Publio, ciudadano principal de Malta.<sup>76</sup> El propio Jesús no parece demasiado preocupado con la condición de los pobres. Cuando sus apóstoles critican a una mujer porque ha derramado un precioso unguento sobre la cabeza de Jesús, “porque ese unguento podría haberse vendido por mucho dinero y haberlo dado a los pobres”, éste alaba a la mujer “por haberme ofrecido algo bueno”, y aconseja a sus discípulos que no se preocupen, “porque tendréis a los pobres siempre con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre”.<sup>77</sup>

Los Hechos de los Apóstoles revelan que Pablo —educado como ciudadano romano de clase alta— logra convertir a un cierto número de personas acaudaladas, tales como Erasto, “administrador de la ciudad” en Corinto, a Crispulo, jefe de la sinagoga de Corinto, a Félix, noble oficial romano y a su esposa, al rey Agripa, a Foebo, “patrón” de muchas personas, a Lidia, una rica mujer vestida de púrpura”, un producto de lujo, y a griegos y judíos de la ciudad de Éfeso, que respondieron a la llamada de Pablo destruyendo sus libros valorados en cincuenta mil piezas de plata.<sup>78</sup>

Como en cualquier secta, los seguidores de Jesús no eran diferentes en intentar convertir a personas de riqueza y rango que dieran prestigio y asistencia material a su causa. “Conscientes de su estatus precario dentro de la sociedad romana”, señala Torjesen, “las comunidades cristianas buscaban miembros de buen estatus social y fortuna para que funcionaran como sus protectores”.<sup>79</sup> Durante las primeras décadas de la cristiandad, varios apóstoles dependían de personas con medios para sus gastos, incluyendo el coste de sus numerosos viajes. Pablo y Bernabé viajaron a la distante Antioquía, no porque estuvieran movidos por el Espíritu Santo, sino porque el gobernador chipriota “les dirigió a una zona donde su familia

tenía tierras, poder e influencia”.<sup>80</sup> En tiempos, el clero cristiano vivió enteramente de las ofrendas de sus feligreses.

Durante el siglo III a los aristócratas conversos se les movía a puestos dirigentes dentro de la iglesia.<sup>81</sup> Cipriano de Cartago, un rico aristócrata y poseedor de tierras, se convirtió en benefactor de la iglesia después de su conversión y fue elegido fácilmente obispo, aunque era sólo un catecúmeno que aún no había sido bautizado.<sup>82</sup> Luise Schottrof mantiene que la iglesia primitiva estaba formada principalmente por personas de medios modestos, aunque observa que “las mujeres ricas y los hombres educados” hacían invisible el evangelio de los pobres y jugaban un papel predominante en la organización de la iglesia.<sup>83</sup> Desde Timoteo I (escrito probablemente a principios del siglo II y falsamente atribuido a Pablo) y Pedro I, hasta los tratados de Tertuliano (años 155-220) los líderes de la iglesia sintieron la necesidad de urgir a las mujeres cristianas a que renunciaran a los adornos elaborados, joyas, oro, trajes vistosos y cosméticos.<sup>84</sup> Tales admoniciones fueron tan persistentes que hacen pensar que muchas mujeres miembros de la iglesia podían poseer este tipo de atavíos.

Hubo una notable presencia de mujeres adineradas en la iglesia primitiva.<sup>85</sup> Una mujer cristiana de gran riqueza y posición social fue Egeria, quien en tiempos de Jerónimo destacó como “versada en la escritura y notable por su hospitalidad a obispos y monjes”.<sup>86</sup> También podemos mencionar a Melania la Joven, nacida en una rica familia romana a finales del siglo IV, que enseñó al emperador Teodosio y polemizó contra las herejías.<sup>87</sup>

El ascenso en la jerarquía de la iglesia era no sólo para aquellos que tenían una buena formación, sino también para los que se ganaban el patronazgo de partidarios ricos. Hacia la mitad del siglo III, por ejemplo, la rica matrona Lucila compró el obispado de Cartago para su sirviente Majorino por una buena cantidad de plata.<sup>88</sup> Otra rica mujer cristiana no

identificada financió la educación de Orígenes y lanzó su carrera como el más famoso teólogo de las iglesias de habla griega.<sup>89</sup> La visión que de la iglesia tenía Orígenes era la de una institución dirigida por hombres de clase alta, que guiaran a los elementos de la sociedad que lo necesitaran, como los trabajadores, las mujeres, los pobres y los carentes de formación.<sup>90</sup>

En el año 212 Tertuliano informó al gobernador de su provincia de que los cristianos copaban todos los estratos de la sociedad cartaginesa, “entre ellos hombres de tu propio rango, mujeres nobles y todas las personas importantes de la ciudad...”<sup>91</sup> En las ciudades del este también los cristianos influyentes pertenecían a los consejos ciudadanos. Durante los primeros años del reinado de Valeriano (260-267), el secretariado del emperador estaba formado principalmente por seguidores de Jesús.<sup>92</sup> El propio Valeriano pensaba que los caballeros romanos, senadores y damas de la clase alta estaban adscritos a la secta de Cristo.<sup>93</sup>

Si los primeros padres de la iglesia, como Agustín, Ambrosio y Jerónimo comandaban una iglesia de los indigentes y oprimidos, de esclavos y pobres campesinos, dieron francamente poca evidencia de ello. Descendiente de una familia aristocrática romana, Ambrosio (339-397) recibió una educación liberal, se codeó con la nobleza romana y sirvió como cónsul en Liguria. A la edad de treinta y cuatro años, antes de recibir el sacramento del bautismo, Ambrosio se transformó de gobernador en arzobispo de Milán.<sup>94</sup>

Jerónimo mantuvo correspondencia literaria con personas cultivadas de todo el mundo y se asoció con prósperos feligreses, uno de sus estudiantes fue el rico Pamacio.<sup>95</sup> Otra de las amistades más íntimas de Jerónimo fue Paula, una matrona romana de considerable fortuna y posición social que fundó monasterios.<sup>96</sup> Mientras vivió en Roma, desde el año 382 al 385, Jerónimo “enseñó ascetismo a un círculo de mujeres de gran fortuna”<sup>97</sup>, para las que esa enseñanza debió ser un agradable divertimento.

Si era conveniente, los seguidores de Jesús, influyentes líderes de la iglesia, a veces ocultaban sus prósperos orígenes. Cuando era obispo de Hipona, Agustín anunció (sermón 356) que “el regalo de una costosa vestimenta... puede presentárseme a veces como algo adecuado para que un obispo lo use, pero esto no cuenta para Agustín, que es pobre e hijo de padres pobres...” El obispo estaba mintiendo seriamente a su congregación. Él y sus padres eran de todo menos pobres. Nunca en su vida tuvo necesidades materiales. Cuando era joven, Agustín frecuentaba los baños y fue enviado a Cartago a proseguir sus estudios. Como otros jóvenes de clase alta, mantuvo una concubina, una mujer con la que no podía casarse por su baja extracción social, pero con la que vivió quince años y tuvo un hijo. Muy pronto Agustín fue nombrado para el prestigioso cargo de catedrático de retórica en Milán, donde residían los miembros de la corte imperial. Durante varios años residió en las posesiones de su familia en el estado de Tagaste.<sup>98</sup>

En una ocasión, el obispo Agustín reprendió a su congregación por no haber hecho una colecta de ropa para los pobres. Esto sugiere que la congregación no era pobre, sino caritativa.<sup>99</sup> El propio Agustín se asoció principalmente con cristianos bien situados. Estaba Nebridio, un amigo íntimo que tenía “grandes posesiones familiares y una casa”, Dióscoro, un joven griego y Alipio, un joven cartaginés, que se habían costeados los estudios en el extranjero, Romaniano, hombre de grandes riquezas cuyos ricos compañeros también estaban asociados con Agustín, Ponticiano, que ocupaba un alto cargo oficial en la corte del emperador, Inocencia, a quien Agustín describe como “una mujer muy devota de alto rango dentro del estado”, Hesperio, dueño de vastas propiedades, Verecundo, a cuya suntuosa casa Agustín se retiró por algún tiempo, Largo, prócónsul en África, el conde Darío, agente imperial enviado a África, Bonifacio, jefe militar del ejército romano, Clasiciano, descrito por Agustín como “un hombre de alto rango”, Proba, viuda de un hombre que se decía que poseía la mayor for-

tuna individual de todo el Imperio Romano y Paulino, que adquirió grandes riquezas por dos medios muy rápidos, una herencia y su matrimonio, y que, como obispo de Nola, erigió una basílica majestuosa para su congregación y una lujosa mansión para sí mismo y su rica esposa.<sup>100</sup>

No sin razón, un escritor católico moderno, Abbot Ricciotti, concluye que los cristianos “no eran inferiores a los paganos, y a menudo superiores” en estatus social. Muchos “eran cultos y educados”, “con altos cargos en el estado y líderes en sus comunidades”.<sup>101</sup>

Vogt parece hacernos creer que las riquezas de la iglesia en la época posterior a Constantino eran para dedicarlas “a aliviar la pobreza y el dolor... con el fin de aliviar la miseria donde la encontrarán”.<sup>102</sup> Pero, ¿cómo podía tener la iglesia suficientes recursos para aliviar la miseria donde la encontrarán, cuando la pobreza y la miseria eran la situación común? ¿Cómo podía la iglesia atender tan generosamente a las empobrecidas multitudes, no sólo sin vaciar sus arcas, sino incrementando más y más sus propias riquezas? Los individuos y las organizaciones se hacen ricos no regalando sus tesoros, sino acumulándolos. Así, por los años 250 hubo hombres como Pablo de Samosata, que mientras ocupaba la sede metropolitana de Antioquía acumuló una vasta fortuna personal, debida a “las frecuentes contribuciones de los más opulentos de sus feligreses”.<sup>103</sup>

La iglesia ha probado ser poco inmune a los halagos terrenales. Ya en el siglo IV, la corrupción, el lujo y la decadencia moral se habían convertido en un serio problema entre el clero y los monjes errantes que “se movían en busca de legados y herencias”.<sup>104</sup> En julio del año 370, el emperador Valentiniano indicó al papa que los clérigos y los ascetas solteros debían dejar de frecuentar las casas de mujeres influyentes y viudas con el fin de intentar conseguir para ellos o su iglesia los legados correspondientes. Veinte años más tarde su sucesor deploraba a esos “saqueadores del sexo

débil” a la vez que admitía que la ley no había hecho nada por detenerlos.<sup>105</sup> Aparentemente tampoco el papa.

Durante el reinado de Constantino, “la mayoría de los obispos, muchos de los curas y diáconos y algún miembro menor del clero eran o habían sido hombres ricos, que nunca habían hecho ningún trabajo productivo”.<sup>106</sup> En los siglos siguientes, los puestos más altos del clero los ocuparon los hijos de hombres adinerados y de familias de buena posición, hombres que dedicaron todas sus energías a mantener sus posesiones e incrementar sus ingresos.<sup>107</sup> En esos tiempos a los sacerdotes les nombraba la nobleza, mientras que otros cargos eclesiásticos eran vendidos al mejor postor.<sup>108</sup>

A finales del siglo VI la iglesia poseía cientos de miles de esclavos, que trabajaban en sus inmensas posesiones en la Galia, Italia, Grecia, Siria, Egipto y otros lugares del norte de África, mientras que los obispos disfrutaban de rentas considerablemente más altas que las de los gobernadores provinciales. Sólo en Italia la iglesia poseía 1.600 millas cuadradas de la mejor tierra.<sup>109</sup> El papa era el mayor señor feudal, que contaba entre sus feudos no sólo ciudades y principados, sino los reinos de Portugal, Aragón, Polonia, Sicilia, Hungría y, durante algún tiempo, Inglaterra.<sup>110</sup>

Más que aliviar la miseria si la encontraban, la iglesia primitiva se dedicó a acumular latifundios y explotar esclavos. Siendo la cristiandad un movimiento predominantemente urbano, la gran masa rural y pobre permaneció mucho tiempo inaccesible para predicadores viajeros como San Pablo, que se movió de ciudad en ciudad. “Los campesinos y esclavos de la tierra fueron las clases menos privilegiadas. La cristiandad no tuvo contacto con ellos durante largo tiempo”.<sup>111</sup> Los oprimidos rara vez tenían tiempo para dedicarlo a salvar sus almas inmortales. Los relativamente pocos clérigos cristianos que se aventuraban a ir a las áreas rurales no apreciaban mucho a sus pobres habitantes, considerándoles en algunos casos poco más que patanes y salvajes.<sup>112</sup> Un comentario de Orígenes revela la clase de

fanatismo que se podía esperar de los hombres de alto rango de la iglesia: “Ni un estúpido podría elogiar a los pobres de forma indiscriminada; la mayoría de ellos tienen muy mal carácter”.<sup>113</sup>

Empezando por Pablo, los cristianos dedicaron su atención a la devoción personal y a la salvación individual, sin presentar ninguna oposición a las condiciones económicas injustas de aquellos días. Este enfoque permitió a los cristianos atraer a personas de alto rango, incluyendo eventualmente al emperador, que decididamente estaba fuera de cualquier consideración religioso-económica igualitaria.

La connivencia con la autoridad terrenal y la riqueza continuó bien entrada la Reforma. Martín Lutero defendió la causa de sus ricos y poderosos patrones, los príncipes alemanes, denunciando a los campesinos empobrecidos y agobiados por los impuestos que se atrevieron a rebelarse.<sup>114</sup> El supuestamente austero Juan Calvino no fue inmune a los halagos de la realeza, manteniendo una amistad de treinta años con la duquesa de Ferrara, a quien presentó la primera copia de su obra *Institutos*.<sup>115</sup>

El cristianismo no es la única religión que ha atraído, y ha sido atraída, por seguidores influyentes en sus comienzos. Los primeros conversos al Islam fueron en su mayoría jóvenes de considerable posición. Los estudios sobre la Iglesia Mormona, la de La Ciencia Cristiana, la de La Unificación de la Iglesia, Hare Krishna y otras sectas en Norteamérica demuestran que sus seguidores fueron captados predominantemente en las clases más influyentes y educadas.<sup>116</sup> Mi impresión sobre los grupos budistas de California, Colorado, Nueva York y Massachussets es que sus componentes son gentes pertenecientes en su mayoría a las clases medias-altas de la sociedad. El propio Buda nació en una familia rica y privilegiada del norte de la India (año 560 a. de C.). Parece que la gente trabajadora y de rentas bajas, aunque no sea inmune a los entusiasmos evangélicos, generalmente

no tiene tiempo ni inclinación a afiliarse a nuevos sistemas esotéricos de creencias.

En un análisis final, contrariamente a la opinión generalizada, el cristianismo prosperó y triunfó porque supo alinearse con los prósperos y triunfantes. La sangre de los mártires pesó menos que la colaboración de las autoridades seculares, el temor a la espada y la hoguera.

## Santos para la esclavitud

La mayoría tiene la idea de que el cristianismo estuvo en contra de “toda esclavitud”, con su “idea del amor fraterno”, como señala un historiador.<sup>117</sup> Otro proclama que la iglesia de la época posterior a Constantino obedeció el mandamiento cristiano de “liberar al cautivo”.<sup>118</sup> De hecho, la iglesia no hizo tal cosa. Los textos sagrados cristianos no plantean ninguna crítica a la esclavitud. El Antiguo Testamento, incorporado como parte de la Biblia cristiana, perdona repetidamente a los que toman esclavos en la guerra. En el Libro de los Números 31.17-18, después de matar a todos los hombres de Midia, Moisés ordena a sus soldados que maten a todos los niños varones y a las mujeres maduras. Pero “a todas las niñas”, las vírgenes, “dejadlas vivas para vosotros”. Y así a través de gran parte del Antiguo Testamento: matanzas masivas, pillaje, rapiña y esclavitud son prácticas aceptables, a veces ordenadas por el propio Todopoderoso.<sup>119</sup>

El Nuevo Testamento, o guarda silencio o perdona la esclavitud. La proclama de San Pablo, en Galateos 3.28, de que “no hay ni esclavos ni libres, ni hombres ni mujeres, porque todos somos iguales ante Cristo Jesús” a veces se interpreta erróneamente como si fuera una declaración igualitaria. De hecho, está simplemente admitiendo las desigualdades del mundo e impulsando a sus seguidores a centrarse en la más alta —aunque

menos tangible— igualdad de que presumiblemente disfrutamos ante los ojos de Dios. La situación de uno en la vida no importa, porque Dios nos ama a todos, aunque con ese amor las desigualdades en la tierra permanecen intactas.

Pablo deja claro dónde están sus simpatías. Le dice a sus seguidores: “Rechazad a la mujer esclava y a su hijo, porque el hijo de una esclava no debe relacionarse con el hijo de una mujer libre”. Instruye a sus sirvientes para que “obedezcan a sus amos... con temor y temblor, con toda la firmeza de sus corazones, como a Cristo”. Les advierte que deben “obedecer en todo a sus amos, que son dignos de todo honor, ya que el nombre de Dios y su doctrina no deben ser objeto de blasfemia”.<sup>120</sup> Como toda la autoridad proviene de Dios, las órdenes del amo deben obedecerse.

Cuando un esclavo escapado (identificado como un “sirviente”), se une al entorno de Pablo y se convierte al cristianismo, el apóstol se enfrenta con un problema. Él se relaciona con Filemón, el amo de ese esclavo, que también es cristiano y regenta una iglesia en su residencia, donde el propio Pablo ha oficiado. Como cristiano, el esclavo es ahora como Pablo, “un prisionero de Jesucristo”, y en Cristo todos somos iguales. Sin embargo el apóstol, siempre consciente de los intereses terrenales del amo, le envía de vuelta a Filemón, con una carta indicando que debe ser tratado “ahora no como un sirviente, sino por encima de un sirviente, como hermano querido”.<sup>121</sup> Pablo no tiene ni una sola palabra crítica acerca del derecho de Filemón a tratar a otro ser humano como su propiedad. No tenemos constancia de por qué el esclavo se sintió impelido a librarse de un presumiblemente buen cristiano como Filemón, ni de cómo reaccionó al ser devuelto a su señor.

Hay que hacer notar que en la mayoría de las traducciones inglesas del Nuevo Testamento y en los escritos de los padres de la iglesia post-apostólica como Agustín, repetidamente encontramos el término erróneo de “sir-

viente” (“*servant*”) —que en el inglés contemporáneo equivale a un empleado libre— para describir lo que realmente son esclavos. Pablo no amonesta y reprende a los sirvientes, como nosotros entendemos el término, sino a los esclavos. Los términos griegos *doule* y *doulos* se traducen como sirvienta y sirviente, cuando se hace referencia realmente a esclavos. En latín, *servus* significa sirviente o esclavo, sin una verdadera distinción entre los dos términos y sin que se refiera a un trabajador libre; igual que en el inglés moderno, “servidumbre” (“*servitude*”) no se refiere a servicio, sino que es sinónimo de esclavitud. Estas traducciones eufemísticas ocultan la verdadera naturaleza opresora de las relaciones sociales durante la primera época del cristianismo, y su aceptación por ciertos apóstoles.

Manteniendo su propia conciencia de clase, los santos y obispos postapostólicos apoyaron por desgracia el delito de esclavitud de la clase dirigente. San Juan Crisóstomo aconseja a las viudas de los cristianos influyentes que no se vuelvan a casar, ya que ellas mismas son perfectamente capaces de mantener la disciplina de sus esclavos sin necesidad de un marido.<sup>122</sup> San Agustín considera la esclavitud como algo ordenado por Dios, como un correctivo necesario para algunos. Observa que incluso Daniel, “ese hombre de Dios”, confesó al Todopoderoso que los pecados de su pueblo fueron la causa de su esclavitud. “La primera causa de la esclavitud es entonces el pecado”, esto es, los pecados del esclavo. La cautividad “no puede evitarse por el juicio de Dios, y quién sabe cuál es el castigo adecuado para cada variedad de ofensa”.<sup>123</sup> Ningún esclavista ha disfrutado de una ideología más adecuada.

Refiriéndose a aquellas “circunstancias excepcionales” en las que los creyentes virtuosos se encuentran bajo el yugo de sus amos, Agustín nos ofrece esta curiosa sentencia: “Su baja posición hace al sirviente tan bueno como su alta posición daña a su amo”. Haciéndose eco de Pablo, aconseja a los esclavos que sirvan a sus dueños “con todas sus fuerzas... no con temor, sino con fidelidad y cariño”. Admite que Dios no creó a nadie para

que fuera esclavo, pero la pena de servidumbre actual “está señalada por la ley” para preservar “el orden natural y evitar que sea perturbado”.<sup>124</sup>

Otro ilustre “santo para la esclavitud” es Ambrosio. Para él la esclavitud es un sendero de rectitud, porque “cuanto más baja es la posición en la vida, más se exalta la virtud”.<sup>125</sup> Es innecesario decir que el aristocrático Ambrosio nunca pensó en exaltar su propia virtud colocándose como esclavo. Para San Ignacio, los esclavos deberían “soportar su esclavitud por la gloria de Dios, ya que Él puede ganar para ellos la mejor libertad” en la otra vida. Cuando unos esclavos cristianos propusieron que se comprara su libertad, empleando los fondos de una comunidad eclesiástica en Asia, Ignacio se opuso. Temía que una vez libres se convirtieran en “esclavos del deseo”.<sup>126</sup>

Las autoridades de la iglesia primitiva aleccionaron a los cristianos para que no dieran refugio a esclavos fugitivos. En los años 340, el Concilio de Gangra amenazó con excomulgar y anatemizar a cualquiera que provocase la insubordinación de esclavos. A los esclavos que se refugiaban en una iglesia se les devolvía a sus dueños después de un interrogatorio, con una reprimenda a cualquiera de las partes que se pensara que la merecía, un procedimiento cuyas consecuencias eran peores para el esclavo que para su dueño. La iglesia hizo poco por evangelizar esclavos, incluso aquellos que pertenecían a seguidores de Cristo. En su tiempo, los monasterios, que se encontraban entre los mayores poseedores de tierras, también estaban entre los mayores poseedores de esclavos. Muchos cristianos dueños de esclavos consideraban a los esclavos paganos mejores que los cristianos, porque aquellos no tenían excusa para no trabajar en festivo. A los esclavos generalmente se les negaba el bautismo, a menos que lo recomendara su dueño, y en cualquier caso se les aceptaba en la iglesia de mala gana.<sup>127</sup>

A los esclavos se les excluía de la ordenación del sacerdocio, porque como dijo uno de los primeros papas, y santo, León I, “el sagrado ministe-

rio se contamina con esa vil compañía, y se violan los derechos de sus dueños”.<sup>128</sup> Uno de los primeros concilios en España reguló que las mujeres cristianas que golpearan a sus sirvientas (esclavas) hasta matarlas, serían castigadas sin recibir la sagrada comunión durante varios años.<sup>129</sup> Esta sanción, relativamente suave, habla claro del poco valor que las autoridades eclesiásticas daban a la vida de un esclavo.

Es más fácil encontrar escritores paganos que fueran críticos con la esclavitud que cristianos. El jurista pagano romano Florentino, condenó la esclavitud por ser “contraria a la naturaleza”. Y el joven Séneca denunció con vigor el tratamiento inhumano que se daba a los esclavos —pero se abstuvo de invocar su emancipación.<sup>130</sup> Ocasionalmente, escritores cristianos deploraron la esclavitud de otros cristianos, pero aceptaron la esclavitud de los paganos, una práctica que posteriormente se hizo muy útil para forzar las conversiones. Realmente, desde el siglo XV al XVIII los misioneros cristianos en busca de conversiones forzadas estuvieron activamente conectados con los traficantes de esclavos.<sup>131</sup>

En suma, no hay nada entre los primitivos cristianos que rechazara la esclavitud de forma práctica o teórica y sí mucho que la apoyara. Y así fue durante mil años, durante toda la Edad Media. Hubo unas pocas excepciones, como la del papa Gregorio el Grande (540-604), que, al liberar a dos de los muchos esclavos que poseía la iglesia, habló de “los hombres cuya naturaleza es desde el principio libre” y que deben ser reinsertados a los derechos que tienen desde su nacimiento. Sin embargo Gregorio no ordenó una liberación general, excepto para los esclavos cristianos que eran propiedad de judíos. Ste. Croix no fue capaz de encontrar “ninguna condena general de la esclavitud, inspirada en el pensamiento cristiano, antes de la petición de los menonitas de Germantown en Pennsylvania en el año 1668”.<sup>132</sup>

Pero hubo cristianos disidentes a nivel individual más de un siglo antes de los menonitas. A principios de los años 1500, en Santo Domingo, Bartolomé de las Casas y otros pocos sacerdotes (incluyendo al dominico Antonio de Montesinos, probablemente el primer defensor de los derechos de los indios), clamaron contra la esclavitud de los nativos de las Indias Occidentales. Las Casas consiguió que el papa Pablo III publicara una bula papal declarando que los indígenas tenían razón y alma, y por tanto derecho a la libertad. Las Casas también luchó contra la utilización de esclavos africanos.

Estas voces fueron raras excepciones, que no deben distraernos del hecho de que hubo muchos clérigos que no solamente apoyaron el cruel vasallaje impuesto sobre la población nativa, sino que se beneficiaron de él, tanto en Méjico, como en Perú, la Española, California o las Filipinas.<sup>133</sup> Respecto a las Filipinas, bajo dominio español, los curas y frailes tomaron posesión de las tierras sin ningún título legal, “hasta que estuvieron en una situación de dictadura absoluta sobre sus respectivas parroquias”, escribe Charles Olcott. “La gente tenía cargas impositivas inmisericordes, mientras que los frailes, que eran los dueños de las tierras, estaban exentos de todo impuesto y acumularon fortunas... Circularon muchas historias, que no fueron negadas, de grandes inmoralidades por parte de los curas, además de su rapacidad y crueldad.”<sup>134</sup>

En California y el Caribe, las misiones eran centros de esclavitud de la población indígena, forzando a los nativos a trabajar en condiciones que equivalían a las de un esclavo. Normalmente gente saludable y vigorosa, los indios enfermaron y murieron en gran número al ser confinados a los recintos de las misiones.<sup>135</sup>

Durante siglos la iglesia fue la más grande esclavista de Europa. A finales del siglo XVI en España, los cristianos todavía debatían si los esclavos africanos y sus almas eran creaciones animales sub-humanas.<sup>136</sup> Bien

entrado el siglo XIX, en los Estados Unidos, mientras que algunos clérigos se unían a las filas abolicionistas, la mayoría seguían siendo firmes defensores de la esclavitud, muchos de ellos apoyándose en la Biblia para serlo. Y esto ocurría tanto en el Norte como en el Sur.<sup>137</sup>

No puede decirse que los cristianos predicaran una cosa el domingo y practicaran otra el resto de la semana. Respecto a la esclavitud, lo que predicaban y lo que hacían coincidía exactamente. Durante el Imperio Romano o durante la época de anteguerras en los Estados Unidos, la enseñanza cristiana ofreció una justificación ideológica para defender los intereses de una despiadada clase esclavista, encontrándose los propios cristianos incluidos en la misma. A pocos de nosotros nos han enseñado estas cosas en la escuela dominical o en ninguna otra escuela.

## NOTAS

1. Elaine Pagels, *The Gnostic Gospels* (Nueva York: Random House, 1979), XVIII; también Robert Wilken, *The Christians as the Romans Saw Them* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1984), XII; y John H. Smith, *The Death of Classical Paganism* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1976).
2. G.E.M. de Ste. Croix, *Why Were the Early Christians Persecuted? Past and Present* 26 (1963): 16-24; y Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, editado por D.M. Low (Nueva York: Harcourt, Brace, 1960) capítulo 16. He consultado varias ediciones diferentes del libro de Gibbon mientras escribía este, así que las notas variaran de acuerdo e eso.. Cito capítulo y página, pero no volumen, ya que según las ediciones se ha editado en uno, tres, seis o más volúmenes.
3. Hugh J. Schonfield, *The Passover Plot: New Light on the History of Jesus* (Nueva York: Bantam Books, 1967), 190-191; Harold Mattingly, *Christianity in the Roman Empire*

(Nueva York: W.W. Norton, 1967), 33 y 57; Stewart Perowne, *Caesars and Saints* (Nueva York: W.W. Norton, 1962), 58.

4. Plinio, *The Letters of the Younger Pliny* (Londres: Penguin Books, 1969), X, 96.
5. Plinio, *Letters* X, 97.
6. Giuseppe Ricciotti, *Julian the Apostate* (Milwaukee: Bruce Publishing, 1960), 197.
7. Robin Lane Fox, *Pagans and Christians* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1987), 421. Sobre la disposición al martirio de los cristianos primitivos, ver A.J. Dodge y James D. Tabor, *A Noble Death: Suicide and Martyrdom among Christians and Jews in Antiquity* (Nueva York: Harper, 1992).
8. Mattingly; *Christianity in the Roman Empire*, 49.
9. Joyce E. Salisbury, *Perpetua's Pasión: The Death and Memory of a Young Roman Woman* (Nueva York, Routledge, 1997), 173; también Gregory J. Riley, *One Jesus, Many Christs: How Jesus Inspired Not One True Christianity But Many* (Nueva York: Harper, 1997).
10. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 238.
11. Perowne, *Caesars and Saints*, 64-68; Joseph Vogt, *The Decline of Rome* (Nueva York: New American Library, 1965), 161.
12. Fox, *Pagans and Christians*, 625, 664.
13. Joseph Vogt, *The Decline of Rome* (Nueva York: New American Library, 1965), 92, 112.
14. Perowne, *Caesars and Saints*, 171.
15. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 215.
16. Michael Grant, *History of Rome* (Nueva York: Charles Scribner, 1978), 403-404. Sin embargo, Grant proclama que la persecución de Diocleciano produjo, "quizá tres mil mártires", lo que me parece una estimación exagerada: 405.
17. Gibbon señala que "la persecución de la iglesia gozó de muchos intervalos de paz y tranquilidad": *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 200.
18. Joseph McCabe, *History's Greatest Liars* (Girard, Kansas: Haldeman-Julius, 1951), 10-11. Ver también Ricciotti, *Julian the Apostate*, 49 y siguientes, para otro historiador católico que puso a la "Gran Persecución" entre interrogaciones escépticas.
19. Ricciotti, *Julian the Apostate*, 203. Para un tratamiento más extenso de Julián, ver Paul Allard, *Julien L'Apostat*, volúmenes 1 y 2, troisieme édition (Paris: Librairie Victor Lacroff, 1906, 1910); G.W. Bowersock, *Julian the Apostate* (Cambridge, Mass.: Har-

- vard University Press, 1978); y Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulos 22 y 23.
20. Robin Lane Fox, *Pagans and Christians* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1987), 434. Para una valoración mínima de Orígenes lo más impresionante es que su propio padre fue martirizado en Alejandría: Salisbury, *Perpetua's Pasión*, 22.
  21. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 214. Gibbon señala que la historia de Eusebio nos ofrece un pequeño número de mártires. 237. Y debemos tener en mente que Eusebio no quería subestimar los sacrificios hechos en nombre de la fe.
  22. W.H.C. Frend, *Martyrdom and Persecution in the Early Church* (Oxford: Basil Blackwell, 1965), 413.
  23. Rodney Stark, *The Rise of Christianity: A Sociologist Reconsiders History* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1996), 192.
  24. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 208, 211.
  25. Salisbury, *Perpetua's Passion*, 139-145; y Karen Jo Torjesen, *When Women Were Priests: Women's Leadership in the Early Church and the Scandal of Their Subordination in the Rise of Christianity* (San Francisco: HarperCollins, 1995), 90,207.
  26. *The Martyrdom of Saints Perpetua and Felicitas*, en Herbert Murillo (ed.), *The Acts of the Christian Martyrs* (Oxford: Clarendon Press, 1972), 109-119.
  27. Salisbury, *Perpetua's Passion*, 135; también los comentarios de Eusebio sobre los que se retractaron, en Stark, *The Rise of Christianity*, 179; y Gibbon, *The decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 216.
  28. Stark, *The Rise of Christianity*, 189, 211-212. Gibbon nos ofrece las causas principales para el triunfo de la cristiandad: "la evidencia convincente de la propia doctrina" y "la providencia dominante de su gran Autor"; y las causas secundarias: el celo inflexible de sus seguidores, la promesa de otra vida feliz y bienaventurada, el poder milagroso de Jesús y sus discípulos y "la moral pura y austera de los cristianos y su unidad y disciplina organizativa": *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 15, 143-144.
  29. Stark, *The Rise of Christianity*, 73-128; también Michael J. Gorman, *Abortion and the Early Church* (Downers Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1982).
  30. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 15, 187.
  31. Jacob Burckhardt, *The Age of Constantine the Great* (Nueva York: Pantheon Books, 1949 [1852]), 310; Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 20, 304-307.

32. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 610, 623-668; Grant, *History of Rome*, 410; Vogt, *The Decline of Rome*, 91-94, 97-98, 117; Burckhardt, *The Age of Constantine the Great*, 304-309; Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 20, 301.
33. Para una historia del reinado de Costantino, que enfatiza sobre su ambición y su ansia de poder, ver el trabajo clásico de Burckhardt, *The Age of Constantine the Great*, 285-286.
34. Burckhardt, *The Age of Constantine the Great*, 293-306.
35. Para más información sobre la caída del paganismo y la ascensión del cristianismo, ver Henry Chadwick, *The Early Church* (Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books, 1967); E.R. Dodds, *Pagan and Christian in the Age of Anxiety* (Nueva York: Norton, 1970); y Ramsay MacMullen, *Christianizing the Roman Empire* (New Haven: Yale University Press, 1984).
36. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 20, 299 y 420, y Vogt, *The Decline of Rome*, 118.
37. Ricciotti, *Julian the Apostate*, 82; Burckhardt, *The Age of Constantine the Great*, 319.
38. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 666; ver también George Mylonas, *Eleusis and Eleusinian Mysteries* (Princeton: Princeton University Press, 1961).
39. Grant, *History of Rome*, 453-458.
40. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 28, 411-412 y Vogt, *The Decline of Rome*, 162-163. En ese momento algunos paganos habían cambiado de un politeísmo antropomórfico a un platonismo monoteísta, como ocurrió con los filósofos romanos Plotinio y Porfirio. Cuando a veces habló de "providencia", Simaco parecía permanecer en el politeísmo, al contrario de lo que dice Cantor: Norman F. Cantor, *The Civilization of the Middle Ages* (Nueva York: HarperCollins, 1993), 73-74. Simaco recomendó a sus compatriotas que no abandonaran los antiguos rituales dirigidos a numerosas deidades e intentó la preservación de los templos paganos ante la oposición de los cristianos: Salisbury, *Perpetua's Pasión*, 10.
41. Burckhardt, *The Age of Constantine the Great*, 295.
42. Vogt, *The Decline of Rome*, 165; Jean Bacon, *The Greater Glory* (Bridport, Dorset: Prism Press, 1986), 10.
43. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 28, 419.
44. Ver San Agustín, *The City of God* X.9-32, XIX.23, XXII.26-28.

45. No hubo cargos de canibalismo o incesto contra ningún cristiano, si nos atenemos a los registros de los martirios: Salisbury, *Perpetua's Pasión*, 78.
46. Sobre los fragmentos de Porfirio que han sobrevivido, ver *Porphyry's Against the Christians: The Literary Remains*, con una introducción y epílogo de R. Joseph Hoffman (Amherst, N.Y.: Prometheus Books, 1994). Hoffman también incluye una discusión del filósofo pagano del siglo II, Celso, cuyo trabajo sólo conocemos a través de Orígenes, su más ardiente oponente cristiano: 147-151. Para información adicional sobre Celso, ver Robert L. Wilken, *The Christians as the Romans Saw Them* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1984), 94-125. Para comentarios sobre el trabajo de Orígenes, ver Charles Kannengiesser y William L. Petersen (eds.), *Origen of Alexandria: His World and His Legacy* (Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame, 1988). Para cuestiones actuales sobre el Jesús histórico, que ofrecen un tratamiento crítico de los Evangelios, cómo han llegado a ser lo que son, cuánto tienen de historia y de leyenda y cómo se han elevado a la categoría de Sagradas Escrituras, ver Burton L. Mack, *Who Wrote the New Testament: The Making of Christian Myth*. (Nueva York: HarperCollins, 1995) y Schonfield, *The Passover Plot*.
47. Wilken, *The Christians as the Romans Saw Them*, 126 y los comentarios de Hoffman en *Porphyry's Against the Christians: The Literary Remains*.
48. Perowne, *Caesars and Saints*, 121-122.
49. Hoffman, *Porphyry's Against the Christians*, 164-165.
50. Lewis Mumford, *The City in History* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1961), 243.
51. Mattingly, *Christianity in the Roman Empire*, 63-64.
52. Aram Vartanian, "Democracy, Religion and the Enlightenment" *Humanist*, noviembre/diciembre de 1991, 11. Sobre cómo los cristianos incorporaron las costumbres romanas sobre la ley, la propiedad y el gobierno, ver Richard Fletcher, *The Barbarian Conversion* (Nueva York: Holt, 1998).
53. *Wall Street Journal* Op-Ed, 30 de diciembre de 1994.
54. Hablo de Roma en más detalle en un libro venidero.
55. Joseph McCabe, *Rome's Syllabus of Condemned Opinión* (Girard, Kansas: Haldeman-Julius, 1950).
56. Para un ejemplo significativo del clero protestante conservador y su papel contra los trabajadores en América del Sur, ver Liston Pope, *Millhands and Preachers* (New Haven: Yale University, 1942).

57. Todas las acotaciones de Pablo en el párrafo son de *Romanos* 13.1-6.
58. El año fue el 64, o quizá un año o dos más tarde: Michael Grant, *History of Rome* (Nueva York: Charles Scribner, 1978), 345. Como dice Tácito, el pueblo romano había acusado al emperador de haber comenzado el gran incendio que destruyó la mayor parte de Roma en julio del año 64, como parte de un plan para fundar una nueva ciudad que llamara su nombre. Para desviar las sospechas de su persona, Nerón acusó a la nueva secta cristiana de ser los autores. Arrojó a los cristianos a las bestias en el anfiteatro, utilizó a algunos como antorchas vivientes para alumbrar los juegos por la noche en los jardines imperiales y a otros los crucificó: Tácito, *Annals* XV, 38-44; este tema también está tratado en Harold Mattingly, *Christianity in the Roman Empire* (Nueva York: W.W. Norton, 1967), 31 y en H.H. Scullard, *From Gracchi to Nero* (Londres: Methuen, 1959), 319-320. La tradición dice que entre las víctimas de Nerón estaban San Pedro y San Pablo. Algunos historiadores dicen que hay pocas evidencias de que los cristianos fueran perseguidos fuera de la capital. Otros dicen que la persecución no se limitó sólo a Roma. Suetonio le dedica al asunto sólo una frase: "También se inflingieron castigos a los cristianos, una secta que profesaba una creencia nueva y dañina": Suetonio, *Nero*, 16.
59. G.E.M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1981), 439. A pesar de su título este libro está dedicado en gran parte a la antigua Roma.
60. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 21.
61. Vogt, *The Decline of Rome*, 98.
62. Vogt, *The Decline of Rome*, 203.
63. Alice Morse Earle, *Curious Punishments of Bygone Days* (Rutland, Vermont: Charles E. Tuttle, 1972). Created on
64. Agustín, *Confessions* VI, 106. Constantino legisó contra los juegos de los gladiadores, y alguna vez morían: Lane fox, *Pagans and Christians*, 669.
65. Ver los comentarios de Tertuliano en Salisbury, *Perpatua's Pasión*, 127-128.
66. Vogt, *The Decline of Rome*, 105; Lane Fox, *Pagans and Christians*, 354.
67. Henry Charles Lea, *The Inquisition in the Middle Ages: Its Organization and Operation* (Nueva York: Citadel Press, 1961), 117-118. Esta es una edición de un solo volumen sacada del libro clásico de Lea "A History of the Inquisition of the Middle Ages" (1887).
68. Lea, *The Inquisition of the Middle Ages*, 96-97.

69. Jules Michelet, *Satanism and Witchcraft* (Nueva York: Citadel Press, 1939), 131-132.
70. Michelet, *Satanism and Witchcraft*, 136. Para un estudio de la identidad del demonio en la cristiandad primitiva, ver Elaine Pagels, *The Origin of Satan* (Nueva York: Random House, 1996). Sobre cómo la idea de Satán se utilizó como instrumento por parte de los poderosos para propósitos políticos y religiosos, ver Gerald Messadie, *A History of the Devil* (Nueva York: Kodansha, 1997).
71. Carlton J.H. Hayes, Marshall Whithed Baldwin y Charles Woolsey Cole, *History of Europe*, rev. ed. (Nueva York: Macmillan, 1956), 306.
72. Lea, *The Inquisition of the Middle Ages*, 257.
73. Erwin R. Goodenough, *The Church in the Roman Empire* (Nueva York: Henry Hold, 1931), 37.
74. Cyril E. Robinson, *History of the Roman Republic* (Nueva York: Thomas Y. Crowell/Apollo edition, 1965), 429.
75. C. Osborne Ward, *The Ancient Lowly*, vol. 2 (Chicago: Charles H. Kerr, 1900), 651.
76. Perowne, *Caesars and Saints*, 83; Jean Danielou y Henry Marrou, *The First Six Hundred Years* (Nueva York: Paulist Press, 1964), 240; Robert M. Grant, *Early Christianity and Society* (San Francisco: Harper y Row, 1977), 11.
77. Mateo 26.7-11.
78. Ver los artículos 13.7, 16.14, 18.8, 19.17-19 y 20.33-34, 24.24-26 y 26.28. Pedro también predicó ante gente influyente, como el infortunado Ananias y Safira; y Felipe predicó ante un “eunuco de gran autoridad al servicio de la reina Candacia de los etíopes”: artículos 5.1-2 y 8.27-31.
79. Torjesen, *When Women Were Priests*, 12. Algunos líderes heréticos eran gente acomodada. Por ejemplo, Marcio, un cristiano primitivo que rompió con la iglesia y fundó su propio movimiento, era un rico constructor de barcos.
80. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 294.
81. Torjesen, *When Woman Were Priests*, 91-92, 155.
82. Torjesen, *When Women Were Priests*, 99-100.
83. Luise Schottroff, *Lydia's Impatient Sisters: A Feminist Social History of Early Christianity* (Louisville, Kentucky: Westminster John Knox Press, 1995), 150.

84. Timoteo aconseja a las mujeres que “se arreglen de forma modesta y con sobriedad; no con oro, perlas u objetos costosos”. Ver también Pedro 3.3 y Tertuliano, “Sobre el aspecto de las mujeres”, en MacHaffie, *Readings in Her Story*, 27-33. La principal preocupación de Tertuliano era que las mujeres no usaran atuendos llamativos, que tentaran a los hombres y dieran lugar a sus impulsos impuros hacia la mujer.
85. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 311.
86. El comentario de MacHaffie en Barbara J. MacHaffie (ed.), *Readings in Her History: Women in Christian Tradition* (Minneapolis: Fortress Press, 1992), 40.
87. Elizabeth Clark, *The Life of Melania the Younger* (Nueva York: Edwin Mellen, 1984).
88. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 221.
89. Torjesen, *When Women Were Priests*, 91-92 y 100.
90. Orígenes, *Against Celsus*, 3.49, 51, 56, 59.
91. Salisbury, *Perpetua's Passion*, 61. Desde el 260 en adelante la iglesia “estaba captando más gente de clases altas que nunca”: Vogt, *The Decline of Rome*, 70.
92. Perowne, *Caesars and Saints*, 145; Lane Fox, *Pagans and Christians*, 268-269, 294-295, 311.
93. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 15, 188.
94. Ver Boniface Ramsey, *Ambrose* (Nueva York: Routledge, 1997); también Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 27.
95. Vogt, *The Decline of Rome*, 202, 208.
96. Jerónimo, “*To Eustachium, Memorials of Her Mother Paula*”, in MacHaffie, *Readings in Her Story: Women in Christian Tradition*, 33-40.
97. Acotación de Leinenweber: John Leinenweber (ed.) *Letters of Saint Augustine*, (Tarrytown, N.Y.: Triumph Books, 1992), 39.
98. Leinenweber, *Letters of Saint Augustine*, 17; también Agustín, *Confessions*. Cuando tenía dieciséis años, y no estando acuciado por el hambre ni la pobreza”, Agustín robó unas peras de un árbol de un huerto adyacente al de su familia, un acto por el cual nos ofrece seis páginas de mea culpas. El punto es que admite no estar acuciado por el hambre o la pobreza y que su familia tenía una casa con huerto. *Confessions*, II, 29.
99. “Al clero y al pueblo de Hipona”, en Leinenweber, *Letters of Saint Augustine*, 109-110.
100. Agustín, *Confessions*, VI, VIII y otros; Leinenweber, *Letters of Saint Augustine*; Agustín, *The City of God*, I, 10, XXII, 8; Vogt, *The Decline of Rome*, 170, 176, 202.

101. Ricciotti, *Julian the Apostate*, 31 y 194.
102. Vogt, *The Decline of Rome*, 118.
103. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 221.
104. Ricciotti, *Julian the Apostate*, 51.
105. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 310. Gibbon escribe sobre los monjes que en los años 381-384 practicaban el “saqueo santo”, regalándose con comidas y bebidas “a expensas del pueblo”. La denuncia de Libanio a los cristianos que comían “mas que elefantes” la consideró Gibbon una comparación injusta: “¡Pobres elefantes!, ellos son animales moderados”. *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 28, 145.
106. Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 495.
107. Lea, *The Inquisition of the Middle Ages*, 9.
108. Torjesen, *When Women Were Priests*, 225, y Malcom Hay, *Europe and the Jews* (Boston: Beacon Press, 1950), 158-159.
109. Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 495-496.
110. Hayes, Baldwin y Cole, *History of Europe*, 307.
111. E.A. Judge, *The Social Patterns of Christian Groups in the First Century* (Londres: Tyndale, 1960), 60; y Wayne A. Meeks, *The First Urban Christians* (New Haven: Yale University Press, 1983).
112. Hay que considerar la manera coercitiva e indiferente con la que Simeon trata a los pastores incultos durante su misión a Claudio: Lane Fox, *Pagans and Christians*, 289-291.
113. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 301.
114. En su *Against the Robbing and Murdering Hordes of Peasants*, Lutero escribe: “Dejad que castiguen, maten, hieran [a los campesinos], secreta o abiertamente, recordad que no hay nada más pernicioso y diabólico que un rebelde. Es lo mismo que matar a un perro loco...”
115. F. Whitfield Barton, *Calvin and the Duchess* (Louisville, Kentucky: Westminster John Knox, 1989).
116. Stark, *The Rise of Christianity*, 39-45, 54.
117. Harold Mattingly, *Christianity in the Roman Empire* (Nueva York: W.W. Norton, 1967), 13. Pero Mattingly concede que “no hubo un movimiento de total emancipación” de esclavos después de que el cristianismo se convirtiera en la creencia establecida.

118. Vogt, *The Decline of Rome*, 118.
119. Gibbon se refiere a "la lista sanguinaria" de crímenes, ejecuciones y masacres que "tiñen cada página" del Antiguo Testamento: *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 15, 150.
120. Las acotaciones de Pablo podemos encontrarlas respectivamente en *Galateos* 4.30, *Efesios* 6.5, *Colosianos* 3.22 y *Timoteo* 6.1.
121. Filemon 1-16.
122. Juan Crisóstomo, "Against Remarriage" en Sally Rieger Shore (ed.), *Studies on Women in Religion*, vol. 9 (Nueva York: Edwin Mellen Press, 1983).
123. Agustín, *The City of God* XIX. 15; ver también Daniel 9.4-13.
124. Agustín, *The City of God* XIX.15.
125. Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 421.
126. David Brion Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture* (Ithaca, N.Y. Cornell University Press, 1996), 87.
127. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 298-311; Burckhardt, *The Age of Constantine the Great*, 320.
128. Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 421-422.
129. Lane Fox, *Pagans and Christians*, 323.
130. M.I. Finley, *Aspects of Antiquity*, 2ª edición. (Nueva York: Penguin, 1968), 15 y 158; Jérôme Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome* (New Haven: Yale University Press, 1940, 1968), 57. Sobre las protecciones y "derechos" de los esclavos romanos en tiempos de los paganos, ver Carcopino, 56-61.
131. Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*. 424.
132. Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, 423. La información sobre Gregorio tiene esta misma cita.
133. Bartolomé de las Casas, *In Defense of the Indians* (De Kalb: Northern Illinois University Press, 1992); y Daniel Fogel, *Junipero Serra, the Vatican, and Enslavement Theology* (San Francisco: Ism Press, 1988), 18-25 y siguientes.
134. Charles S. Olcott, *William McKinley*, vol. I (Boston: Nueva York, Houghton Mifflin, 1916), 157-158.
135. Fogel, *Junipero Serra, the Vatican, and Enslavement Theology*, 129.

136. Norman F. Cantor, *The Civilization of the Middle Ages* (Nueva York: HarperCollins, 1993), 38.
137. Sobre el papel predominante a favor de la esclavitud que jugó el clero cristiano en los Estados Unidos, incluyendo muchos colegios de elite, ver Larry Hise, *Pro-Slavery: A History of the Defense of Slavery in America, 1701-1840* (Athens, Ga.: University of Georgia Press, 1987), 261-285 y otros.



## **OBISPOS Y BÁRBAROS, JEZABELES Y JUDÍOS**

El cristianismo tiene fama de haber salvado a la civilización occidental de la barbarie. En realidad, durante más de mil años, el período que algunos llaman “la edad de la fe”, los líderes de la iglesia persiguieron a herejes y judíos, defendieron la subyugación de las mujeres, propagaron la intolerancia y colaboraron con los señores seculares en la opresión al campesinado. Nuestros libros de texto y nuestras clases en la escuela dominical apenas han dicho nunca una palabra sobre estas cosas. La iglesia también estuvo en contra de los avances científicos y ejerció una censura con mano de hierro sobre la enseñanza, disfrutando del control monopolístico sobre la palabra escrita, un control que todavía influye en la comprensión popular del papel del cristianismo en la historia.

### **El mito del campesino devoto**

Como ejemplo de cómo la hegemonía del cristianismo monopolizó el recuento de la historia, podemos considerar la imagen imperante de los

campesinos medievales y su relación con la iglesia. A muchos de nosotros se nos ha enseñado que durante la Edad Media, los campesinos europeos disfrutaban de un sistema simbiótico de vasallaje con sus señores seculares o eclesiásticos. Además, encontraban descanso a su fatiga diaria gracias a sus profundas convicciones religiosas. Como un célebre libro de texto sobre historia europea señaló, “la devoción de los campesinos era proverbial”.<sup>1</sup> Haciendo referencia a esta imagen del campesino devoto, E.H. Carr nos dice:

“Me pregunto cómo hemos llegado a saber eso, y si es realmente cierto. Casi todo lo que sabemos de historia medieval, lo han seleccionado para nosotros generaciones de cronistas que estuvieron ocupados profesionalmente en la teoría y la práctica de la religión, y que además pensaban que ésta tenía una importancia suprema, reflejándolo todo en relación con eso, y poco más. La estampa del campesino ruso como persona devotamente religiosa la destruyó la Revolución de 1917. La estampa del hombre medieval devotamente religioso, sea cierta o no, es indestructible, porque casi todos los hechos que conocemos de él los han preseleccionado para nosotros la gente que creía eso, y quería que otros lo creyeran. Y una enorme cantidad de otros hechos, en los que posiblemente hubiéramos encontrado evidencias de lo contrario, se han perdido para la historia”.<sup>2</sup>

Durante los tiempos medievales, los guardianes de la fe fueron también los guardianes de los textos escritos, un hecho histórico que todavía está contenido en la palabra francesa “*clerc*”, que puede significar clérigo, escolar o empleado; y en la inglesa “*clerical*”, un adjetivo que se refiere tanto a los empleados como a los clérigos. Henry Charles Lea informa de que los eclesiásticos “monopolizaron... la educación en la época”.<sup>3</sup> De forma similar, Frederick Engels menciona cómo el monopolio del clero sobre la pala-

bra escrita dio a la educación “una naturaleza predominantemente teológica”.<sup>4</sup>

Con el control de la palabra escrita ejercido fuertemente por una de las partes, los campesinos prácticamente no tenían oportunidad de hablar por sí mismos. Aunque existen numerosos estudios de comunidades feudales, raramente ofrecen un testimonio directo del campesino común. Pero en 1965, no mucho después de que Carr proclamara que las evidencias de lo contrario “se habían perdido”, los tres volúmenes que han sobrevivido del Registro de la Inquisición de Jacques Fournier, obispo de Pamiers, transcritos entre los años 1318 y 1325, se recuperaron de la Biblioteca Vaticana y fueron publicados. Estos tomos contienen declaraciones exhaustivas sacadas de los juicios de la Inquisición en el pueblo de Montaillou, situado al sur de Francia, sospechoso de haber adoptado la herejía albigense. Nos ofrecen una descripción ricamente detallada de la vida del pueblo, tomada directamente de las bocas de los propios campesinos.

Sacado de estos registros de la Inquisición, Emmanuel Le Roy Ladurie ha escrito un estudio muy completo de la vida campesina en Montaillou. El cuadro resultante es el de una gente cuyos intereses iban más allá de la religión e incluían cosas como la propiedad, el cultivo, los servicios comunales cooperativos, la artesanía, los festivales, las relaciones familiares y los asuntos amorosos.<sup>5</sup> Los campesinos de 1318 eran amantes de sus hijos y lloraban más fácilmente que nosotros, tanto de felicidad como de tristeza. No eran particularmente entusiastas de ir a la iglesia, según uno de los disidentes religiosos, el cual nos dice: “Ni la mitad de los feligreses iban a escuchar las prédicas (de los curas), y tampoco entendían lo que estos decían”.<sup>6</sup>

Un aldeano le comentó a un grupo de hombres de la comunidad que “en vez de quemar herejes, debían quemar al propio obispo Fournier, porque nos pide tributos y diezmos de nuestros corderos”.<sup>7</sup> Aunque este

comentario se trataría por parte de los inquisidores como una blasfemia contra la iglesia, de hecho demuestra la queja decidida contra la explotación de clase. El campesino no quería que su trabajo y sus propiedades se vieran expropiados por un clérigo parásito y de alto nivel de vida. Los esfuerzos del obispo Fournier no se remitían exclusivamente a asuntos teológicos. Impuso diezmos onerosos, extendiéndolos a los productos agrícolas, que siempre habían estado exentos de ellos. Dos de los aldeanos llegaron a considerar el pagar a alguien para que matara al obispo, ya que “de esa manera no tendremos que pagar diezmos de los corderos”.<sup>8</sup> No sin razón, algunos de los acusados de herejes en el pueblo clamaban que “los curas no cumplen con su deber, no instruyen a sus feligreses como deberían y se comen la hierba que pertenece a su rebaño”. Y “el papa se alimenta de la sangre y el sudor de los pobres. Y los obispos y los curas, que son ricos e indulgentes consigo mismos, actúan del mismo modo”.<sup>9</sup>

La herejía de Montaillou parecía provenir menos de disputas teológicas y más de la resistencia al latrocinio económico ejercido por la jerarquía eclesiástica.<sup>10</sup> La impresión que da es que los campesinos no estaban envueltos en asuntos eclesiásticos tanto como la iglesia estaba envuelta en sus asuntos. No temían a Dios, sino a la Inquisición. No estaban preocupados por la salvación eterna, sino por la supervivencia en esta tierra.

El estudio de Le Roy Ladurie sobre Montaillou confirma las sospechas de Carr y destruye la historia convencional que pinta a los campesinos como rústicos devotos, que aceptan su situación en la vida como vasallos de los señores paternalistas. Este es el retrato creado en el punto de origen por los hombres de la iglesia en una Europa feudal, que probablemente tenía tantos señores eclesiásticos como seculares. Permanece hasta hoy día el cuadro de esclavos, siervos, indígenas colonizados y trabajadores que nos presentaron los que no ven razón para desvelar la parte más cruda de la historia de las clases. A los campesinos se les pinta como más o menos

contentos con su suerte, o “se les olvida convenientemente por parte de la mayoría de aquellos que enjuician el pasado”.<sup>11</sup>

Lo que está subestimado en los puntos de vista convencionales de esta “edad de la fe” son las fuerzas materiales de la explotación de clase. Engels vio en juego importantes intereses de clase en las guerras campesinas que estudió. Que a veces estuvieran encubiertas por un idioma religioso “se puede explicar por las condiciones de la época”.<sup>12</sup> Sería un error reducir todas las controversias religiosas a sus consecuencias económicas. Las disputas sobre las Escrituras, la liturgia y la naturaleza de la divinidad se perseguían y alguien podía terminar en la hoguera, pero al mismo tiempo frecuentemente entraban en juego intereses de clase. En Europa la imposición de diezmos, la venta de indulgencias y otras varias prácticas de la iglesia, que fueron temas candentes de la Reforma, constituyeron lo medios por los que la jerarquía eclesiástica expropió las ganancias de la gente corriente, creando una redistribución forzada de las rentas que avivó la inquietud de las masas.

No es sorprendente el descontento popular con asuntos teológicos tales como el monopolio de la iglesia sobre las Escrituras y su falta de interés por publicar una Biblia vulgata, o tolerar formas de culto informales centradas en los hogares. La oligarquía religiosa trabajaba hombro con hombro con la oligarquía económica, y las luchas populares contra una a menudo suponían luchas contra la otra. Realmente, en muchos casos las dos oligarquías eran una sola: el señor feudal era también el obispo y el abad del monasterio. La iglesia no sólo convivía con los terratenientes, sino que en la mayoría de los países de Europa era el mayor de todos, explotando a sus esclavos y siervos como cualquier señor feudal.

Aunque las condiciones variaban según las regiones, la situación del campesinado medieval estaba lejos de ser envidiable. Los campesinos tenían que hacer frente a grandes cargas, diezmos, impuestos, deudas perso-

nales, pagos por el uso de monopolios tales como los molinos, los hornos comunales y las bodegas. “Sus rentas y sus cosechas eran bajas, las cargas feudales pesadas y las deducciones por diversos conceptos para la iglesia, el señor y el estado les dejaban a ellos y a sus familias con lo mínimo para su subsistencia”. Además, las malas cosechas, la muerte del ganado, la guerra y las incursiones armadas les hacían vivir en una “continua pesadilla”.<sup>13</sup>

Durante siglos, los levantamientos esporádicos de los campesinos contra sus condiciones insufribles tuvieron tal importancia y furia que despertaron los temores en toda la Europa aristocrática. El año 579 vio la mayor insurrección campesina contra el rey merovingio a causa de los impuestos. Hubo revueltas muy serias en los años 841 y 843 contra la regla feudal en Sajonia. Las rebeliones campesinas del siglo XIII en Europa central y del norte sacudieron Drenter, Frisia oriental y occidental, Dithmarschen y especialmente Stedingerland desde el año 1207 al 1234. En Alemania hubo cuatro levantamientos importantes en los años 1300 y cuarenta en los 1400. Y no debemos olvidar la *Jacquerie* de 1358 en Francia, las insurrecciones masivas en toda Inglaterra en el año 1381, las de Flandes entre 1323 y 1328, la de Bohemia a principios del siglo XV, las guerras campesinas de Alemania durante la Reforma y las revueltas de los municipios franceses a principios del siglo XVII.<sup>14</sup> Incluso esta lista incompleta desmiente la imagen de una masa placida y rústica conviviendo de forma servicial con sus señores y obispos.

Los textos convencionales que cubren el período medieval a veces reconocen de pasada la pobreza y las desdichas de la vida de los siervos. Lo que rara vez reflejan es la conexión entre esa pobreza y la riqueza de los señores. En contra de lo que se cree de forma convencional, los conflictos de clase en los tiempos feudales no eran algo raro, sino constante. Incluso en los principios de la Edad Media hubo varias clases de resistencia campesina y con más frecuencia de lo que imaginamos: sabotajes, abandonos de la

hacienda, violación de prohibiciones, negativas a pagar tasas, a realizar ciertos trabajos o a cumplir ciertas normas.<sup>15</sup>

En su estudio de una comunidad cercana a St. Albans, Inglaterra, durante los siglos XIII y XIV, Rosamond Faith nos habla de una larga lucha entre los campesinos y sus señores a causa de las rentas, los trabajos forzados, los derechos comunales y el acceso a la caza y a la pesca.<sup>16</sup> Durante décadas, los habitantes del pueblo de St. Albans hicieron causa común con los campesinos en su resistencia a las pretensiones del abad, que les obligaba a abatanar sus tejidos y moler el grano en el molino de la abadía, teniendo que dejar una parte de cada cosa para el abad. Esto era oneroso y molesto para los campesinos, que preferían realizar esos trabajos en sus propias casas.

El cronista de la abadía muestra su indignación cuando nos da su versión de la historia —que es la única que tenemos—, una versión que invierte los papeles de víctima y culpable: “Los hombres de esta ciudad se sublevan contra nosotros como salvajes, cometiendo grandes desmanes; con no poco perjuicio para nuestra iglesia abatanan sus tejidos y muelen su grano donde quieren y —como si se les permitiera hacerlo— se aventuran a construir sus propios molinos manuales en sus casas”.<sup>17</sup> Para centrar el asunto, el abad envió bandas armadas que embargaron los molinos manuales, confiscaron los tejidos y el grano y apresaron a los que osaron resistirse.

Los molinos de la abadía eran grandes y caros, representaban una inversión sustancial de capital y una fuente considerable de beneficios. Los molinos manuales de los campesinos eran pequeños y baratos, pues sólo consistían en dos piedras redondas de molino. Era, escribe Faith, un conflicto de tecnologías”.<sup>18</sup> Pero era más un conflicto de relaciones entre las clases, el nacimiento de un embrión del capitalismo, que significaba:

–La concentración de los medios de producción en manos de unos pocos, que podían permitirse la inversión de capital (el molino de la abadía costaba 100 libras).

–La necesidad de amortizar la inversión y obtener beneficios.

–Disponer a la gente corriente de sus capacidades, de sus instrumentos y utensilios domésticos, transformándoles en consumidores dependientes de un servicio monopolístico.

–El uso de la fuerza armada para imponer una relación social de explotación ante la resistencia del pueblo.

Las revueltas contra estas condiciones y la forma brutal en que fueron aplastadas, rara vez aparecen en nuestros libros de texto. No es sorprendente que los escritores que niegan la opresión de clase en su época sean diligentemente inconscientes de la opresión de clase del pasado.

## La maldición de Eva

El género de la deidad de una sociedad está claramente determinado por el género de los que están en el poder. En el antiguo Egipto, Etiopía, Libia, Mesopotamia y otras civilizaciones primitivas, las mujeres ejercían la autoridad pública y jugaban un papel predominante en la sociedad –y las deidades femeninas eran el objeto principal de reverencia.<sup>19</sup> Estas culturas pre-indoeuropeas las describe la arqueóloga Marija Gimbutas como matriarcales, agrícolas, sedentarias, igualitarias y pacíficas. “Contrastan fuertemente con la cultura proto-indoeuropea, que fue patriarcal, estratificada, pastoral, ambulante y orientada a la guerra, impuesta en toda Europa excepto en las franjas del sur y del occidente... entre los años 4500 y 2500 (a, de C.)”.<sup>20</sup> En el mundo patriarcal en el que emergió el cristianis-

mo, las deidades eran convenientemente masculinas: Yaveh, Jehová, el Dios Padre, el buen rey Cristo y Jesús, el Hijo.

Algunos fieles proclaman, sin embargo, que la veneración cristiana a la Virgen Madre ayudó a elevar la baja posición de la mujer entre la sociedad de la época. De hecho, y a pesar de todas sus avemarías, los líderes masculinos de la iglesia proclamaron repetidamente la naturaleza inferior de las mujeres. Esto concuerda con la observación de Max Weber de que la igualdad de hombres y mujeres ante Dios, no es una indicación segura de que las mujeres disfrutaran de igualdad de oportunidades en las comunidades religiosas. Ni tampoco la presencia de figuras de veneración femeninas o líderes femeninos de culto denotan o promueven la igualdad de género dentro del culto, si ese culto o religión tienen un dios masculino o una mitología dominada por los hombres.<sup>21</sup> Refiriéndose a las comunidades rústicas cristianas, Jules Michelet resume que, aunque la Virgen como mujer ideal fue cada vez más estimada con el paso de los siglos, la mujer de la vida real siguió teniendo una baja consideración.<sup>22</sup> No debe sorprendernos, porque la imagen idealizada de María era la de una mujer dominada por el hombre: sufridora, alimentando a sus hijos, gentil, pasiva, leal y pura.

El punto de vista cristiano sobre la mujer ha salido menos de María que de la imagen que nos da el Antiguo Testamento de Eva, la corrupta del Edén, la que hace caso de las ofertas de Satán, la que ha traído el castigo y la aflicción a la humanidad y por culpa de la cual todas las mujeres deben vivir en expiación sumisa. En Génesis 3.16, Yaveh lanza una maldición a Eva por su desobediencia: “Multiplicaré tu dolor en la concepción, parirás a los hijos con dolor y sólo desearás estar con tu marido, y él mandará sobre ti”. La imagen de Eva como causa de la corrupción del género humano se debe a esto dentro de la mitología cristiana. Un himno que he oído recientemente en una iglesia episcopaliana contiene la línea, *mundi primam materiam, quam Eva turbavit* (“la primera materia del mundo, que Eva

convirtió en un caos”); y otro himno habla de *plagentia vulnera mortis, que Eva edificavit in tormenta animarum* (“las heridas de muerte que Eva ocasionó a las almas atormentadas”).<sup>23</sup>

Algunos discípulos de teología feministas tienden a menospreciar la misoginia inherente a la teología de los cristianos primitivos. Recalcan que la supremacía masculina fue un producto de la sociedad seglar en la que apareció la iglesia; al igual que el cristianismo nació como una secta y se convirtió en la corriente principal del mundo greco-romano, lo hizo la ideología de género dentro de las comunidades cristianas. Podemos concluir, dicen ellos, que la misoginia es algo históricamente accidental dentro del cristianismo, más que algo teológicamente central. Y no es necesario —o no debería serlo— tener prejuicios sexistas para ser un buen cristiano.<sup>24</sup>

Los que den la bienvenida a una noción no sexista del cristianismo, no deben subestimar las afirmaciones misóginas de las que están llenas las Sagradas Escrituras y otros escritos de la iglesia primitiva. El Antiguo Testamento, que es parte de la Biblia cristiana, está lleno de fulminaciones contra los idólatras y licenciosos, que describe como adoradores de las antiguas deidades femeninas. En Jeremías, Ezequiel y en todas partes, la devoción a la divinidad femenina se asimila a la prostitución, a la infidelidad, a la disipación y a la brujería.<sup>25</sup> Jezabel, esposa de un rey hebreo de Israel, se nos presenta como el prototipo de arpía, de hembra traidora y maligna, aunque su pecado real fue ser seguidora de la antigua religión de Aserah, una diosa femenina. Por ello fue muerta de forma horrible por un seguidor de Yaveh.<sup>26</sup>

De acuerdo con el Antiguo Testamento, una mujer joven debe ser lapidada hasta morir si resulta que no es virgen. Si un hombre se acuesta con una mujer que pertenece a otro, ambos deben ser lapidados hasta morir, “la mujer porque no gritó”. Pero un hombre que viola a una virgen que no pertenece a nadie, simplemente debe pagarle a su padre cincuenta piezas

de plata “y hacerla su esposa, porque la ha humillado”.<sup>27</sup> Hay que hacer notar que el pago por el daño no se le hace a la víctima, sino al paterfamilias, que es su dueño. La víctima ya no es más que una mercancía estropeada. No tiene más opción que acceder a un matrimonio con su violador para mitigar la vergüenza que ha caído sobre ella por ser violada. Mientras tanto el violador no sufre ninguna vergüenza por su crimen ni ninguna sanción seria, siempre que haga los arreglos oportunos con el patriarca del que es propiedad la virgen. Estas actitudes todavía prevalecen en algunas partes del mundo. Incluso en Norteamérica hay comunidades donde el estigma de la violación es más grande para la víctima que para el culpable.

Algunos hebreos tenían varias esposas, y algunos reyes del Antiguo Testamento coleccionaban tantas concubinas como podían mantener. Pero para las mujeres la historia era muy diferente. Una mujer que se atreviera a intimar con alguien que no fuera su marido era culpable de una vergonzosa abominación, a menudo considerada como un crimen capital. Bajo la ley levítica sólo el marido podía obtener el divorcio, y simplemente escribiendo una nota, la nota de divorcio. Una mujer casada, incluso siendo fiel y habiendo tenido hijos, no tenía ningún derecho y en la mayoría de los casos podía ser repudiada a voluntad.<sup>28</sup>

El Nuevo Testamento nos ofrece pocas cosas nuevas respecto a las relaciones de género. Timoteo 2.13-14 probablemente escribió —unas décadas después de la muerte de Pablo, aunque se apropió de su nombre y autoridad—: “Porque Adán fue creado primero, y después Eva. Y Adán no fue engañado, sino que fue la mujer quien cometió el pecado”. Esa misma epístola (2.11-12) nos instruye: “Dejad que la mujer aprenda en silencio y con sometimiento. Pero no consintamos una mujer que enseña, ni que usurpe la autoridad del hombre, porque ella debe callar”. También hay instrucciones de Pablo en Efesios 5.22-24: “Esposas, someteos a los maridos, como lo haríais ante el Señor... Como la iglesia se somete a Cristo, así las esposas deben someterse al marido en todo”; y en Corintios 11.3,7: “La

cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de toda mujer es el hombre”. El hombre “es la imagen y gloria de Dios, pero la mujer es la gloria del hombre”. De nuevo en Corintios 14.34-35: “Haced que las mujeres permanezcan en silencio en la iglesia, porque para ellas no está permitido hablar... y si quieren saber algo, que se lo pregunten a sus maridos en casa”.<sup>29</sup> El apóstol Pedro (3.1 2-6) instruye a las esposas a que mantengan la sujeción a sus maridos y mantengan sólo conversaciones castas y temerosas”.

Un siglo más tarde Orígenes se hace eco de las admoniciones de Pablo. “Porque es impropio de una mujer hablar en una asamblea, no importa lo que diga, incluso aunque sean cosas admirables y santas; hay que tenerlas poca consideración, ya que provienen de la boca de una mujer”.<sup>30</sup> Un contemporáneo más viejo que Orígenes, Tertuliano, escribiendo probablemente hacia el año 202, aconseja a la mujer que se comporte “con el arrepentimiento y lamentación de Eva”, que es lo mejor para expiar la ignominia que todas las mujeres han heredado de la primera mujer, el pecado original que sumió en la ruina a la raza humana. Insistiendo sobre este tema, Tertuliano continúa: “Tú eres la puerta del demonio. Tú eres la primera infractora de la ley divina. Tú eres quien convenció a Adán de que el demonio no era lo bastante valiente para atacar. Tú destruiste la imagen de Dios, que es el hombre”. Y es por el pecado de la mujer por lo que “incluso el Hijo de Dios tenía que morir”.<sup>31</sup>

Dos siglos más tarde, San Ambrosio, arzobispo de Milán, declaró: “Es justo y correcto que la mujer acepte como señor y maestro a aquel a quien hizo caer en el pecado”. Y San Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, advertía: “Entre las bestias salvajes no hay ninguna más dañina que la mujer”. San Agustín, obispo de Hipona, escribió que “la mujer está incompleta sin el hombre”, pero el hombre está completo en sí mismo, porque sólo él está hecho a imagen de Dios. El promotor de la Reforma Protestante en el siglo XVI, Martín Lutero, creía que “el reglamento y el

dominio pertenecen al hombre, como cabeza y amo de la casa”. Y un contemporáneo más joven de Lutero, Juan Calvino, mantenía que la igualdad política para las mujeres sería “una desviación del orden propio y original de la naturaleza”.<sup>32</sup>

Las mujeres no sólo son inferiores, sino carnalmente transgresoras. La iglesia ha estado preocupada durante mucho tiempo por la concupiscencia femenina. Consideraban el cuerpo de la mujer como peligrosamente seductor, fuente de lujuria, de la cual la propia mujer era culpable. Los inquisidores alemanes Kraemer y Sprenger describieron a la mujer como intelectualmente deficiente, incapaz de entender la filosofía, lastrada con una memoria débil, poco inclinada a la disciplina y dispuesta a seguir sus impulsos. Una mujer era una criatura imperfecta hecha de una costilla torcida y por tanto siempre dispuesta a engañar, más inclinada que un hombre a abjurar de su fe, más susceptible de tener pasiones maliciosas, una Jezabel desvergonzada dada a las abominaciones lujuriosas e inclinada a buscar venganza a través de la brujería. Todo lo cual explica por qué fueron acusadas de brujería muchas más mujeres que hombres: ellas “han embrujado con sus perversos hechizos a incontables hombres y animales” y están “aliadas con los demonios”.<sup>33</sup>

Las imágenes de mujeres lascivas enfebrecieron las mentes de los cristianos del sexo masculino, que intentaban borrarlas a base de denuncias. En la Revelación 2.20-23, San Juan el Divino denuncia a una mujer, líder de una iglesia de Tiatira: “Esa Jezabel que se llama a sí misma profetisa, que enseña y seduce a mis sirvientes para que cometan fornicación... la castigaré a ella y a todos los que cometan adulterio con ella. Y sus hijos lo pagarán con la muerte...”

Epifanio recrea su lucha teológica con las mujeres gnósticas como si fuera una escena de seducción: “Las mujeres que se encuentran bajo ese error herético, no sólo tienen la osadía de hablarme de él, sino que inten-

tan seducirme impúdicamente... porque me desean por mi juventud”.<sup>34</sup> Jerónimo relata una historia peculiar de un joven que estaba desnudo y encadenado a una cama de flores, con objeto de ser asaltado sexualmente por una bella y caprichosa cortesana. Para preservar su virtud y prevenir las tentaciones, el joven se arrancó la lengua.<sup>35</sup>

Al que no gana nadie en cuanto a los métodos para erradicar la concupiscencia es a Agustín, que escribió: “No hay nada que degrade tanto el espíritu como el atractivo de las mujeres y el contacto con sus cuerpos”. Si un hombre se ve incitado por “el aroma de una mujer o su largo pelo”, u otros “atributos femeninos”, y no puede encontrar “alivio a sus pasiones” en una mujer, debe volverse y “sembrar su semilla en un muchacho o en un hombre”.<sup>36</sup> De este modo el gran padre de la iglesia se defiende del encanto de las mujeres induciendo a los hombres a la homosexualidad e incluso a la pederastia.

Sobre el tema de las mujeres los dirigentes cristianos seculares no son menos que sus equivalentes eclesiásticos. El primer emperador cristiano, Constantino, reglamentó que las mujeres que fueran “cómplices voluntarias” en una violación —quién sabe lo que eso podía significar— fueran quemadas hasta morir, mientras que las no voluntarias fueran castigadas por no gritar lo suficiente como para atraer la atención de sus vecinos.<sup>37</sup> Colocando la carga de la prueba sobre la víctima, esta norma debió desanimar a las mujeres de pedir para el violador un castigo justo, siendo a la vez una invitación para los violadores.

Hubo mujeres que protestaron contra esta triste letanía misógina. Christine de Pizan (1363-1431) argumentó que si la Santa Madre María era la reina de los cielos y “cabeza del sexo femenino”, los hombres debían tratar a las mujeres con respeto y reverencia en vez de con abusos y reproches. Las mujeres debían ser aplaudidas por sus muchas contribuciones a la sociedad y a la civilización.<sup>38</sup> Estos sentimientos, cuando no eran reprimidos,

midos sin más, estaban destinados a dejar impasibles a los hombres de la iglesia.

El cristianismo no se encontró en medio de una sociedad greco-romana sexista —por no mencionar la sociedad sexista judía— sino que fue parte integral de aquellos mundos. Ausente de cualquier desafío teológico para lo contrario, el cristianismo apoyó fuertemente el despotismo patriarcal. Al igual que adoptó los valores de las clases dirigentes referentes a la esclavitud y otras relaciones socio-económicas, así lo hizo para incorporar el punto de vista dominante respecto al género femenino: las virtudes tradicionales de la mujer eran la castidad, la modestia, la sumisión, el silencio y la dedicación a la familia. Su esfera estaba limitada al hogar y aún allí tenía que amoldarse a los juicios del hombre.<sup>39</sup>

No fue siempre así. Cierta número de congregaciones semisecretas primitivas estaban lideradas por mujeres curas, obispos y profetisas.<sup>40</sup> Las mujeres aparecen en los documentos de la época identificadas como *diakonos* (ministro), *apostolos* (misionero), *presbíteros* (cura) y *episcopos* (obispo). Las repetidas admoniciones de Pablo para que las mujeres se abstuvieran de hablar en la iglesia y no ejercieran ninguna autoridad dentro de las congregaciones, serían superfluas si estas cosas no hubieran estado ocurriendo. San Epifanio (315-402) se quejaba de que “entre las mujeres hay obispos, presbíteros y otros cargos, como si no fueran de una naturaleza diferente”.<sup>41</sup>

En tiempos de Tertuliano y durante los dos siglos que siguieron (200-400) las mujeres fueron desapareciendo de los puestos dirigentes de la iglesia. El clero masculino se identificó con la palabra “padre”, un término que no se encuentra en los textos cristianos primitivos y que está específicamente rechazado en las Escrituras.<sup>42</sup> (Así podemos leer en Mateo 23.9: “Y no llaméis a ningún hombre padre sobre la tierra, porque el Padre sólo es uno y está en los cielos”.)

En las polémicas de este período, lo primero que encontramos son argumentos nimios contra el clero femenino, que hasta hoy han sido defendidos por la jerarquía vaticana: las mujeres no pueden ser ordenadas, porque Jesús sólo tuvo discípulos varones<sup>43</sup>; las mujeres no pueden predicar, porque Pablo pensaba que debían tener sujeta la lengua en las asambleas eclesíásticas<sup>44</sup>. La oposición masculina al clero femenino descansaba en la presunción de que al actuar en público la mujer es antinaturalmente masculina, eludiendo sus obligaciones en el hogar y con la familia, haciéndose propensa a la desvergüenza y a la impudicia.<sup>45</sup>

En gran parte de la Europa cristiana y durante siglos, la mujer tenía prohibido hacer declaraciones en los tribunales o dar testimonio. Se la forzaba a matrimonios que no elegían y podían ser repudiadas a capricho de sus esposos. Durante la Edad Media “las mujeres campesinas frecuentemente tenían que soportar trabajos más duros que los hombres, especialmente entre las clases más bajas del campesinado”.<sup>46</sup> Durante cientos de años de cristianismo, y hasta bien entrado el siglo XVIII, decenas de miles de mujeres fueron quemadas en la hoguera por brujas. A veces también lo fueron por otras transgresiones: contestar a un cura, por hurto, prostitución, masturbación, adulterio o tener un hijo siendo solteras.<sup>47</sup>

Michelet nos ofrece algunas estadísticas sugerentes sobre la quema de brujas: quinientas en tres meses en Génova en el año 1513, ochocientas en Wurzburg –casi de golpe– y mil quinientas en Bamberg, ambos lugares pueblos excepcionalmente pequeños. En Toulouse, cuatrocientas almas padecieron los horrores de un auto de fe de una sola vez. Los números fueron aún más elevados en España, donde se quemaba a judíos y moros junto con las brujas. Un juez de Lorraine, que quemó a ochocientas mujeres, alardeaba de que dieciséis de ellas se habían suicidado antes –se supone que para escapar a la tortura de las llamas– lo que él consideró la evidencia cierta de que eran culpables.<sup>48</sup> No había gran preocupación por el hecho de que pudiera caer un inocente. Como explicó un teólogo medie-

val, “¿por qué Dios va a permitir la muerte de un inocente? Él es justo. Si no mueren por los pecados que han cometido, en cualquier caso son culpables del pecado original”.<sup>49</sup>

Ya en el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, en la mayoría de los países cristianos a las mujeres se les negaba el derecho a la educación superior y no podían votar. El clero protestante y el católico estaban al frente de la lucha contra el sufragio de la mujer, argumentando que la sumisión femenina era algo ordenado por Dios. Las mujeres no podían actuar en juicios, obtener el divorcio, firmar contratos, abrir cuentas bancarias o reclamar derechos de propiedad contra sus maridos, incluido el derecho a controlar el dinero que ellas mismas ganaban o habían heredado. Las mujeres que lucharon por legalizar el aborto y la contracepción se encontraron con una resistencia vehemente, la más dura por parte de los fundamentalistas protestantes y la iglesia católica romana, que subsiste en nuestros días.<sup>50</sup>

Todavía en 1931, una encíclica papal de Pío XI proclamaba que el matrimonio suponía sujeción y obediencia de la esposa al marido. La encíclica reafirmaba una de León XIII, varias décadas anterior, que señalaba que la mujer ocupada en asuntos públicos y otras actividades fuera del hogar, causaba el abandono de los deberes para con su esposo y sus hijos, degradando su naturaleza femenina.<sup>51</sup>

En 1977, el Vaticano reafirmó su tradicional punto de vista de que las mujeres no podían ser ordenadas en el sacerdocio, porque eso violaba “la clase de ministerio deseada por Nuestro Señor Jesucristo y mantenida cuidadosamente por los apóstoles”.<sup>52</sup> Y ya en 1990, el papa Juan Pablo II abundó sobre la prohibición para las mujeres de acceder al clero y además les negó el derecho al control de la natalidad y al aborto legal.

Hacia la mitad del siglo XX, después de un prolongado debate, algunas religiones protestantes de los Estados Unidos ordenaron sacerdotes femeninos e incluyeron mujeres en puestos predominantes.<sup>53</sup> A pesar de

todos los esfuerzos de las mujeres los ministerios cristianos siguen estando predominantemente ocupados por los hombres al día de hoy. Al mismo tiempo, las mujeres siguen haciendo la mayoría de los trabajos no remunerados en la iglesia. Antiguamente existían las damas de la iglesia o *bénédictes*, como se les llamaba en Francia en el siglo XVI, que mantenían la capilla en orden. Hoy tenemos las damas de la iglesia que enseñan en las escuelas dominicales, organizan bazares, cocinan para los pobres, se encargan del correo y hacen trabajos voluntarios de caridad.

Actualmente los teólogos e historiadores masculinos continúan minusvalorando la historia del clero femenino entre los cristianos primitivos. “Cuando el nombre de una mujer [en la iglesia primitiva] se asocia con un título, tanto los traductores católicos como los protestantes tienden a minimizar el oficio”, señala Karen Jo Torjesen. “En vez de traducir *diakonos* como “ministro”, como hacen si se refiere a un hombre, arbitrariamente lo traducen como “diaconesa”, una categoría muy inferior.<sup>54</sup> Luise Schottroff cita teólogos masculinos que deciden por su cuenta que *diakonia*, cuando se aplica a mujeres, es un oficio de servicios de caridad, pero cuando lo aplican a hombres se convierte en un trabajo de misioneros como Pablo. Schottroff ha encontrado numerosos ejemplos en los textos primitivos que por supuesto no contienen esta diferenciación.<sup>55</sup>

Los teólogos alemanes de hoy día parecen aún más retrógrados que sus colegas americanos. Schottroff cuenta cómo fue objeto de anatema por parte de sus colegas masculinos alemanes cuando expuso sus tesis anti-patriarcales e igualitarias respecto al cristianismo.<sup>56</sup> Cuando Torjesen, profesora de estudios de religión para mujeres en la Universidad de Claremont, envió a su mentor alemán, Ekkehard Muhlenberg, una copia del libro “Cuando las Mujeres fueron Sacerdotes” (*When Women Were Priests*), él le escribió una nota diciendo “me temo que no puedo leerlo”. Igualmente, cuando Karen King editó un libro sobre imágenes femeninas del gnosticismo, y que envió con su agradecimiento a su mentor alemán,

Hans-Martin Schenke, descubrió que el tema no tenía ningún interés para él; le dio el libro a su esposa por si podía serle de alguna utilidad.<sup>57</sup>

Antiguamente los patriarcas levitas y después el clero cristiano se preocuparon de eliminar la adoración profundamente enraizada a las deidades femeninas. Muchas de las acusaciones de idolatría de Pablo iban dirigidas contra las diosas Artemisa e Isis. El primer emperador cristiano, Constantino, suprimió la adoración a Astoreh por “inmoral”. En el año 380, el emperador Teodosio cerró los templos de Eleusis y Artemisa. “Se decía que despreciaba la religión de las mujeres”.<sup>58</sup> La campaña para borrar a las deidades femeninas continúa hasta nuestros días en el marco de las escuelas. El enorme predominio de arqueólogos, historiadores y teólogos masculinos, imbuidos de su perspectiva patriarcal judeo-cristiana, ha influenciado sobremanera en lo que hay que enfatizar y lo que se considera que no merece la pena mencionar. Aunque se han desenterrado templos dedicados a divinidades femeninas en todas las excavaciones históricas, un escolar simplemente aprende del Antiguo Testamento que a las deidades femeninas se les adoraba principalmente “en campos y colinas”. Una conocida autoridad en arqueología describe la religión femenina como “una adoración de naturaleza orgiástica, con una mitología sensual y grosera”, reemplazada por la “pureza de vida” de Israel y el “noble monoteísmo”.<sup>59</sup>

Sin el beneficio de la evidencia, los escolares reducen la religión femenina prehistórica, con sus poderosas deidades, a un simple culto a la fertilidad. “Pero la evidencia arqueológica y mitológica de la veneración a diosas femeninas, como creadoras del universo, profetisas, dueñas de los destinos humanos, inventoras, curativas y valientes líderes en las batallas, sugiere que el título “culto a la fertilidad” es una simplificación grosera de una estructura teológica compleja”, según palabras de Merlín Stone.<sup>60</sup>

Mientras que la religión femenina pre-judaica está etiquetada con la palabra “culto”, un término que connota algo menos importante que “reli-

gión”, los rituales primitivos y mitologías asociados con el Yaveh judeo-cristiano (o Jehová) y más tarde Cristo, están siempre descritos respetuosamente con la palabra “religión”, así como las palabras “Dios”, “Señor” e incluso “Él” se escriben cuidadosamente con mayúscula, mientras que “reina del cielo” o “ella” no tiene el mismo tratamiento. La deidad femenina que fue adorada como creadora del universo frecuentemente queda resumida en un par de líneas, si es que se la menciona, y aunque aparece en la mayoría de los documentos históricos del cercano oriente como “Reina del Cielo”, algunos escritores la mencionan como “Madre Tierra”.<sup>61</sup> Una vez más las evidencias disponibles no son del agrado de la ideología establecida.

## La quema de libros

Una imagen que nos viene a la mente al pensar en la iglesia medieval es la de los monjes enclaustrados, mantenedores de la cultura y el saber, trabajando afanosamente con sus plumas de ave para producir hermosos manuscritos. Torjesen nos dice que “aquellos monasterios eran el soporte de la cultura del cristianismo en la Roma imperial, preservando la riqueza literaria de la época romana...”<sup>62</sup> Harold Mattingly ve a la iglesia como “un baluarte contra la barbarie existente” durante “los siglos oscuros”.<sup>63</sup> Henry Lucas describe a la iglesia medieval como “la depositaria de la vieja cultura... La filosofía, la teología, el arte, la literatura y el saber florecieron bajo sus alas protectoras”.<sup>64</sup>

La realidad es algo más. Una vez que la iglesia obtuvo su estatus oficial con Constantino, ocurrió lo que Luciano Canfora describe como “la experiencia triste de la guerra suscitada por el cristianismo contra la vieja cultura y sus santuarios: lo que significa, contra las bibliotecas... La quema

de libros fue parte del advenimiento e imposición del cristianismo”.<sup>65</sup> La quema de libros comenzó enseguida como práctica cristiana. Como está escrito en el Nuevo Testamento, los cristianos convertidos por Pablo en Éfeso respondieron a sus ruegos “y en el nombre del Señor Jesús” destruyeron una enorme cantidad de libros, valorados en cincuenta mil piezas de plata.<sup>66</sup> Después de legitimar el cristianismo, Constantino exigió la entrega de todos los objetos heréticos bajo pena de muerte. En el año 435, Teodosio II y Valentín III condenaron al fuego todos los libros sobre la herejía de Nestorio. Y se amenazó con castigar a todo aquel que no entregase los escritos maniqueos para su quema.<sup>67</sup>

Un cronista describe una escena en la capital durante el reinado de Justiniano que tuvo numerosos paralelismos en todo el imperio: varios griegos paganos “fueron arrestados de casa en casa, y sus libros se quemaron en el *Kynegion*, así como las imágenes y estatuas de sus miserables dioses”.<sup>68</sup> El *Kynegion* era el lugar donde se arrojaban los cuerpos de los condenados a muerte.

En el año 391, en Alejandría, una muchedumbre cristiana liderada por el obispo Teófilo, destruyó la mayor parte de la biblioteca más grande de la antigüedad, el Serapeum, el anexo o “biblioteca hija” del edificio principal (más tarde conocido como “Museum”). El Serapeum, llamado así porque albergaba el templo pagano de Serapis, contenía una colección irremplazable de pergaminos y códices sobre historia, ciencias naturales y literatura.<sup>69</sup> Gibbon se lamenta de esta destrucción de la biblioteca de Alejandría: “y cerca de veinte años después, el aspecto de las estanterías vacías suscitaba la indignación de todo aquel cuya mente no estuviera totalmente obnubilada por los prejuicios religiosos”.<sup>70</sup>

Canfora desmiente la falsa idea de que fue Julio Cesar –gran defensor de las bibliotecas y el saber– quien quemó la biblioteca de Alejandría, un mito renovado por la obra teatral de Bernard Shaw “Cesar y Cleopatra”. El

fuego ocurrido durante la expedición de Cesar a Alejandría fue en la fachada y de ningún modo cerca de la biblioteca. Hay documentación que evidencia que la biblioteca todavía tuvo décadas de florecimiento después de la expedición de Cesar a Egipto. Años después de que el Serapeum fuera destruido, los cristianos también destruyeron el Museum, la biblioteca principal, por lo que la destrucción llevada a cabo por los invasores islámicos en el año 641 no afectó más que a unos pocos escritos sin importancia.<sup>71</sup>

En la época pagana los romanos poseían bibliotecas de hasta 500.000 volúmenes. Pero con el cristianismo al mando, se cerraron las viejas academias y en muchas diócesis a los laicos se les prohibió leer incluso la Biblia.<sup>72</sup> A finales del siglo V la profesión de copista había desaparecido y con ella la reproducción de los escritos antiguos. Las seis bibliotecas monásticas más grandes del siglo VI contenían cantidades insignificantes de libros, entre doscientos y seiscientos volúmenes, la mayoría de contenido religioso.<sup>73</sup> Los griegos y los romanos habían producido una literatura rica, pero el cristianismo, entre el año 500 y el 1100, apenas dejó nada que pueda merecer nuestra atención. Michelet describe las escuelas eclesiásticas medievales como “iluminadas por una luz mortecina filtrada a través de un resquicio estrecho en la pared”. Durante cientos de años, “entre Abelardo y Ocam el progreso fue icero!”.<sup>74</sup>

La gran tradición greco-romana de educación y saber fue destruida, no sólo por el declinar del propio imperio sino también por la fuerza ideológica del cristianismo triunfante. Mientras que se la representa como un oasis del saber entre la ignorancia de la época oscura, la iglesia fue el mejor proveedor de esa ignorancia, ejerciendo una influencia regresiva en los campos de la literatura, la filosofía, el arte, el teatro, la ciencia, la medicina, la anatomía, la astronomía, las matemáticas y el comercio, suprimiendo todos los temas o confinándolos al servicio de la teología.

Durante la época oscura hubo pocos episodios de quema de libros, porque había pocos libros que quemar. El resurgir del saber que vino con la prosperidad creciente de los siglos XI y XII (etiquetados por algunos historiadores como la "Alta Edad Media"), también hizo resurgir las hogueras de la iglesia. En el año 1210 los escritos de algunos sospechosos de herejía en la Universidad de París, junto con trabajos de Aristóteles, fueron objeto de las llamas. En el 1229 el Concilio de Narbona condenó la posesión de cualquier fragmento de las Sagradas Escrituras por parte de los laicos. Se quemaron los trabajos de Jaime I de Aragón y de William de St. Amour. Los escritos prohibidos de los albigenses y los valdesianos también acabaron en el fuego. En 1239 el papa Gregorio IX intentó limpiar Europa Occidental de libros judíos, especialmente el Talmud, que él y su entorno creían erróneamente que contenía alusiones blasfemas al Salvador y a la Virgen. Desde el siglo XIII hasta principios del XV, en París, Aragón, Castilla, Toulouse y otros lugares, montañas de ejemplares del Talmud y otros libros hebreos supuestamente blasfemos fueron quemados públicamente.<sup>75</sup>

Hasta finales del siglo XVI la jerarquía eclesiástica llevó a cabo una campaña contra la lectura indiscriminada, tachándola de amenaza para el orden social y religioso. El saber por parte de los seglares se consideraba como un camino a la herejía. Pero del siglo XVII en adelante, con la gran proliferación de la palabra escrita, la política de las iglesias, tanto católica como protestante, no fue intentar la tarea imposible de negar completamente el acceso a los materiales escritos, sino controlar qué textos se leían y cómo se interpretaban.<sup>76</sup>

La iglesia cristiana de la antigüedad y de la Edad Media también declaró la guerra a la naturaleza y a la carne, lo que incluyó campañas contra la higiene corporal. Los grandes baños públicos de los romanos se cerraron. A los santos se les celebraba por no haberse lavado nunca. La representación de un cuerpo desnudo era un riesgo de pecado mortal. Las abluciones

personales se condenaban como una forma de deshonra, no sólo entre los religiosos, sino también entre los laicos. “¡No hubo un baño conocido durante mil años!”, grita el irreprimible Michelet.<sup>77</sup> No nos puede asombrar que tantos fieles padecieran diviesos, úlceras en la piel y otros tormentos dermatológicos.

Cuando se convirtió en la religión oficial del imperio, la iglesia declaró la guerra a los miles de hermosos edificios que habían servido como lugares paganos de veneración. “Muchos de esos templos eran los monumentos más bellos y espléndidos de la arquitectura griega”, se lamenta Gibbon. El emperador tenía interés en conservar el esplendor de sus ciudades y el valor de sus posesiones. Pero mientras permanecieran en pie, e independientemente de la utilización neutral que se les asignara, esos edificios podían ser la tentación de un posible resurgimiento pagano. Así que durante los años 380 y a lo largo de todo el imperio romano, “un ejército de fanáticos (cristianos), sin autoridad ni disciplina”, invadieron los pacíficos recintos paganos y perpetraron “la ruina de las estructuras más hermosas de la antigüedad...”<sup>78</sup>

El objetivo de los triunfantes adoradores de Jesús era convertir “todo el mundo conocido al cristianismo. El ataque se realizó en todas direcciones”.<sup>79</sup> Este celo misionero expansionista continúa en nuestro tiempo, contribuyendo a la eliminación de la memoria histórica y la herencia cultural de los pueblos indígenas en todo el mundo. Así como el cristianismo se expandía a tierras lejanas, así se desarrollaba también su mecanismo opresor, incluyendo la honorable práctica de la quema de libros. Por ejemplo en Méjico, a principios del siglo XVI, las autoridades eclesiásticas, apoyadas en las espadas de los conquistadores, acusaron a todos los libros de jeroglíficos aztecas y mayas de ser trabajos del demonio, quemándolos sistemáticamente, y privando a la humanidad de inigualables fuentes de datos históricos sobre las civilizaciones primitivas de Méjico.<sup>80</sup>

En 1995, un libro de gran difusión de Thomas Cahill mantenía vivo el mito de la iglesia como baluarte de luz y saber. Cahill retrata al clero monástico como “salvador” de la civilización clásica contra aquellos que él llama “sucios bárbaros”, que “cayeron sobre las ciudades romanas, saqueando obras de arte y quemando libros”.<sup>81</sup> Aunque es cierto que los bárbaros saquearon, Cahill no nos ofrece ni la más mínima evidencia que apoye sus repetidos asertos de que quemaron libros, lo que sí hicieron los cristianos durante largo tiempo, una *kulturkampf* contra la literatura y el saber. Los bárbaros parecían poco interesados en los textos escritos.

El único incidente que Cahill nos ofrece sobre destrucción de libros por parte de los invasores ocurrió siglos después de la caída de Roma, en Irlanda, cuando los “terroristas vikingos”, como él los llama, saquearon algunos monasterios y “destruyeron libros para quedarse como botín la pedrería que adornaba sus cubiertas”.<sup>82</sup> Hay que hacer notar que incluso en este caso su interés estaba en las valiosas gemas y no en la destrucción de los libros como tales.

Cahill nos ofrece la interesante teoría de que, desde los últimos días del imperio hasta lo que él llama “el surgimiento de la Europa medieval”, el clero irlandés, menos rígido y más letrado, rescató de la extinción la literatura clásica del antiguo folklore (incluyendo las ricas contribuciones propias irlandesas), reintroduciendo estos trabajos en Escocia y en el continente durante los siglos VII y VIII. La tesis de Cahill no es una invención suya. Otros historiadores han señalado que los monasterios irlandeses originaron un florecimiento impresionante del saber clásico. No solamente preservaron la literatura griega y latina, sino que la divulgaron con verdadero entusiasmo literario.<sup>83</sup> Si los irlandeses “salvaron la civilización” de ese modo, no fue de los bárbaros, sino de sus propios compañeros clérigos del continente.

Aparte de los monasterios irlandeses, hubo otros lugares que preservaron e incluso avanzaron la literatura y el saber: las haciendas privadas de algunos aristócratas intelectuales, algunas ciudades del Imperio Bizantino y el sudeste de Europa, los árabes del norte de África y España y otros lugares periféricos de la cristiandad. Pero el libro de Cahill habría tenido menos miras comerciales y más precisión si se hubiera llamado “Cómo los irlandeses jugaron un papel limitado pero valioso, junto con otros, en la preservación de una parte de lo que podría llamarse “civilización”.

Cahill no dice una palabra sobre el cierre de academias, la destrucción de bibliotecas, la quema de libros y la represión intelectual generalizada que llevó a cabo la iglesia cristiana desde antes de la caída de Roma y a través de mucho tiempo. Desde el año 320 hasta el 395 las veintiocho bibliotecas públicas de Roma “fueron cerradas para siempre, como tumbas”, como se lamenta Ammianus Marcellinus, historiador pagano del siglo IV.<sup>84</sup> De nuevo, la impresión es que los bárbaros fueron los culpables, pero este cierre ocurrió durante la dominación cristiana, años antes de que los bárbaros saquearan Roma en el año 410.<sup>85</sup>

Cahill deja caer unos cuantos detalles respecto a la lucha del cristianismo contra el saber, mencionando la hostilidad del papa Gregorio hacia los clásicos paganos y el temor de San Jerónimo al daño que podía hacer la lectura de Cicerón. Irónicamente, el único caso de quema de libros que señala Cahill se debe a un papa: Honorio III ordenó en 1225 la quema de todas las copias de un trabajo sobre metafísica de cierta originalidad del filósofo irlandés Juan Escoto Eriugena.<sup>86</sup>

Junto con el cierre de academias vino el cierre de las mentes. No había límites a la enemistad que los líderes de la iglesia sentían hacia el saber y las artes laicas. Los padres de la iglesia “despreciaban todo conocimiento que no fuera útil para la salvación”, junto con cualquier deleite terrenal, incluyendo la música, el arte y la literatura.<sup>87</sup> A principios del siglo III Ter-

tuliano expresó lo exultante y alegre que estaría en la otra vida viendo cómo los monarcas orgullosos, los filósofos sagaces, los celebrados poetas, dramaturgos, bailarines y otros se quemaban en el fuego eterno.<sup>88</sup> Con igual vehemencia Agustín desdeña las “así llamadas artes liberales” que distrajeran sus años jóvenes, cuando era “el esclavo vil de los sentimientos viles”. El saber de los seglares era peor que superfluo, era pernicioso. Sus estudios de retórica, lógica, música, geometría y aritmética le habían conducido, no a Dios, sino a la “perdición”. Pero ahora, como cristiano, sentía que podía pasar el resto de su vida estudiando las Sagradas Escrituras y aún así no tendría tiempo de sondear en todos sus ricos misterios.<sup>89</sup>

Antes de culpar a los bárbaros de haber destruido la civilización clásica, debemos cuestionarnos si los términos “civilización” y “bárbaros” expresan adecuadamente los respectivos niveles culturales de las fuerzas contendientes en el siglo V. En la mente de un lector moderno, “civilización” probablemente sugiere un grado más alto de desarrollo social y cultural que el que poseía el cristianismo del siglo V, y “bárbaros” nos sugiere la imagen de unos brutos peludos, vestidos con pieles de animales. De hecho, los pueblos del norte tenían un nivel de organización civil, cultura folklórica, agricultura y tecnología militar que en muchos aspectos eran iguales o no mucho menos avanzados que los existentes en el sur. En el siglo I (a. de J.), mucho antes del saqueo de Roma, la Galia era “un territorio más extenso, más poblado, más rico en recursos y sólo ligeramente menos avanzado tecnológicamente que Italia”.<sup>90</sup> Algo parecido podría decirse de Germania. En varias ocasiones durante los primeros siglos de la era cristiana, a diversos contingentes de germanos y otros pueblos del norte se les permitió asentarse en el imperio e incluso unirse al ejército romano. “Muchos de aquellos oficiales germanos fueron hombres de talento brillante, buenos modales y noble porte”.<sup>91</sup>

Otra imagen familiar pero errónea es la de Roma siendo saqueada y el imperio destruido por una horda de bárbaros intrusos. En el año 410 los

visigodos, bajo el mando del rey Alarico, entraron en la ciudad en un intento de forzar al emperador a que aceptase sus demandas de una tierra para establecerse. Muchos romanos, desmoralizados por los impuestos elevados, la corrupción y el despotismo del imperio, permanecieron indiferentes e incluso les dieron la bienvenida.<sup>92</sup> Los sirvientes y esclavos romanos se les unieron en los saqueos a las residencias de los ricos y a las muertes que siguieron. A las ordenes de Alarico los invasores hicieron poco daño a las iglesias, a los edificios públicos y a la ciudad en general.<sup>93</sup> Después de seis días los visigodos se marcharon. Podían haber saqueado Roma, pero apenas dañaron a la civilización romana.

Aún con la consiguiente conquista de territorio romano y la aparición de las tribus germánicas a lo largo de gran parte de la costa mediterránea, como señala Henri Pirenne, las tribus del norte lo que querían era asentarse “en esas regiones donde la suavidad del clima y la fertilidad del suelo eran comparables al encanto y la riqueza de su civilización”. Su objetivo no era destruir el imperio romano, “sino ocuparlo y disfrutar de él”. Lo que preservaron excedió con mucho a lo que destruyeron.<sup>94</sup>

Indudablemente, desde el siglo VI al X, las invasiones sucesivas de eslavos, búlgaros y magiares desde el este, piratas escandinavos desde el norte y sarracenos desde el sur, produjeron un efecto seriamente destructor sobre la sociedad y el comercio greco-romanos. El punto que hay que tener en cuenta, sin embargo, es que la mayoría del empobrecimiento civil tuvo lugar antes de estas invasiones, y debe achacársele a la estrechez del espíritu cristiano que luchó sin descanso por el monopolio y control de la vida cultural e intelectual. Mientras que la Europa occidental y central cristianas se hundían en la época oscura, el desarrollo del Imperio Bizantino al sudeste de Europa experimentaba un florecimiento intelectual extraordinario, junto con el mundo árabe.<sup>95</sup>

En suma, al contrario de lo que comúnmente se cree, debemos perder menos tiempo en criticar a los bárbaros y más en analizar el papel jugado por el cristianismo en el estancamiento intelectual que duró más de un milenio.

## Preparando el Holocausto

Al emerger como la religión oficial a principios del siglo IV, la iglesia cristiana lanzó un fuerte ataque contra las otras creencias. Respondiendo a los exhortos de sus obispos y sacerdotes, las multitudes cristianas destruyeron los templos y santuarios paganos, junto con los lugares de adoración de judíos, donatistas, maniqueos y otros infieles y herejes, muchos de los cuales lo pagaron con sus vidas, y que desde luego habían estado mucho mejor bajo los emperadores paganos que bajo sus sucesores cristianos.<sup>96</sup>

El tratamiento dado a los judíos fue especialmente horrible. Hasta principios del siglo V la política oficial romana reconocía el derecho de los judíos a practicar su extraña religión (extraña para los romanos porque era monoteísta), ya que convivían pacíficamente con sus vecinos gentiles y con el resto de la población.<sup>97</sup> En el año 41 el emperador Claudio recomendó a los alejandrinos “que fueran gentiles y amables con los judíos... y no deshonraran sus costumbres y la adoración a su dios”.<sup>98</sup> Los obispos cristianos generalmente tuvieron poco éxito al querer inducir a los emperadores a que dejaran de tratar al judaísmo como una religión protegida. Incluso décadas después del edicto de Constantino, que elevó el cristianismo al estatus de religión oficial, el emperador Teodosio (379-395) publicó un decreto señalando que la secta judía no estaba prohibida por ninguna ley, y que las asambleas judías no debían suprimirse ni sus sinagogas ser destruidas o expoliadas”.<sup>99</sup>

En su momento, la inmunidad civil de que habían gozado los judíos fue desapareciendo gradualmente bajo las reglas cristianas.<sup>100</sup> Durante la mayor parte del período de dos mil años, proclamas papales, sermones eclesiásticos, cartas pastorales, himnos, edictos conciliares y pronunciamientos de obispos y líderes teólogos, han caído en avalancha sobre los judíos por su negativa a abrazar el cristianismo y por la crucifixión de Jesús. Si leemos las Sagradas Escrituras, que es todo lo que tenemos al respecto, no parece que haya evidencias que puedan culpar a los judíos de la muerte de Cristo. Los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas indican claramente que la multitud judía no tuvo nada que ver con la conspiración contra Jesús. Si algo hubo, fue un entusiasmo de aprobación popular a sus sermones dirigidos contra la corrupción y los privilegios de la clase sacerdotal. Las acusaciones de Jesús hicieron que los fariseos y los ancianos conspiraran contra él, pero a causa de su popularidad entre la comunidad judía, se movieron con precaución. “Y los escribas y sacerdotes... buscaron la manera de poder destruirle: porque le temían, porque todo el pueblo admiraba su doctrina... Y querían apresarle, pero temían a la gente”.<sup>101</sup>

La multitud que pidió la crucifixión de Jesús fue un diminuto y poco representativo segmento de la población de los millones de judíos que aproximadamente habitaban Palestina, la mayoría de la cual probablemente nunca había oído hablar o tenido contacto directo con el predicador de Galilea. Los otros tres o cuatro millones de judíos que vivían en Antioquía, Alejandría, Roma y otros lugares del Imperio sabían muy poco de lo que estaba ocurriendo en Jerusalén y la mayoría nunca habían oído hablar de Jesús.

Escrituras aparte, sólo una teoría racista grotesca sobre la herencia y la culpabilidad colectiva, puede culpar de la muerte de Jesús a millones de judíos que no tuvieron nada que ver en el incidente, y otros millones que nacieron en los siglos sucesivos. Históricamente hablando, la crucifixión

fue el trabajo de las autoridades seculares romanas, que llevaron a cabo el hecho, incitados por un grupo de fariseos de la clase alta.

La imagen de los judíos como asesinos de Cristo tomó forma en el cuarto evangelio (atribuido a San Juan), cuyo autor, escribiendo desde una perspectiva hostil fuera del mundo judío, usa constantemente las palabras “los judíos” donde los otros evangelistas utilizan “escribas”, “ancianos” y “sacerdotes”, como los conspiradores contra Jesús.<sup>102</sup> La calumnia se ha ido repitiendo a través del tiempo, convirtiéndose en un dogma informal. En el año 200, Orígenes clamó que los judíos eran culpables del crimen más horrendo de todos: la muerte de Cristo, por lo que debían sufrir la destrucción de su nación.<sup>103</sup> En ese tiempo, San Clemente, siendo ya papa, declaró que los judíos eran culpables de la persecución de Nerón a los cristianos.<sup>104</sup> Medio siglo más tarde, San Cipriano pidió la expulsión de todos los judíos de su diócesis, a punta de espada si fuera necesario.<sup>105</sup> Más de un siglo más tarde, San Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla y uno de los principales padres de la iglesia, declaró que “los judíos sacrifican a sus hijos a Satán... son peores que bestias salvajes... que los animales más viles... Su religión es enfermiza... Dios siempre ha odiado a los judíos”.<sup>106</sup> La sinagoga, comentó a su congregación, era “peor que un burdel”; era “un lugar de reunión de judíos criminales... una madriguera de ladrones, morada de la iniquidad y refugio del mal”. Los judíos “sólo saben una cosa, satisfacer sus estómagos, emborracharse, matarse los unos a los otros como villanos y cocheros”. Y los cristianos estaban fuertemente aleccionados para no asociarse jamás con esos “rapaces, codiciosos y pérfidos ladrones... esa nación de asesinos y verdugos”.<sup>107</sup> A este mismo Crisóstomo lo describe un protestante como “el más elocuente de los oradores” que nos trajo “mensajes de verdad y amor”. Y el cardenal Newman describe a Crisóstomo como “un alma caritativa y brillante” con un temperamento emocional “elevado, refinado, como transformado por un toque celestial”.<sup>108</sup> En nuestros días, el sociólogo Rodney Stark, que sigue la moda académica de

presentarse como un comentarista neutral, argumenta que no debemos despreciar a Crisóstomo como si fuera un “loco fanático”, sino verle como uno entre los muchos líderes eclesiásticos que trabajaron duro para separar la iglesia de la sinagoga, en una época en que las dos estaban todavía muy entrelazadas. Los ataques de Crisóstomo al judaísmo “reflejan los esfuerzos para consolidar la fragmentada fe (cristiana) en una estructura católica claramente definida”.<sup>109</sup> De hecho, no hay razón para asumir que estos dos puntos de vista sobre Crisóstomo son mutuamente excluyentes: el obispo llevó a cabo resueltamente su trabajo para consolidar la fe y también fue un loco fanático.

Consideremos a otros obispos santos. San Ambrosio, arzobispo de Milán, defendió la quema de una sinagoga por parte de la muchedumbre cristiana, diciéndole al emperador Teodosio con tono deliberadamente desafiante: “Declaro que fui yo quien incendió la sinagoga, porque realmente yo di la orden para que lo hicieran, porque no debe existir ningún lugar donde se niegue a Cristo”.<sup>110</sup> En el año 415, San Cirilo, obispo de Alejandría, incitó a una multitud cristiana a que expulsaran a los judíos de la ciudad y expoliaran sus propiedades.<sup>111</sup> Por ese tiempo, San Agustín, obispo de Hipona, declaró que el destino de los judíos era estar oprimidos y dispersos, y que “la verdadera imagen de un hebreo es Judas Iscariote, que vendió al Señor por unas monedas de plata. El judío nunca podrá entender las Escrituras y llevará para siempre la culpabilidad de la muerte de Jesús”.<sup>112</sup> San Jerónimo avisaba que “los judíos son mentirosos congénitos que atraen a los cristianos hacia la herejía. Deberían ser castigados hasta su confesión”.<sup>113</sup>

Jerónimo, Ambrosio, Agustín y otros no fueron unos frailes oscuros. Fueron doctores en teología e importantes hombres de la iglesia, cuyos escritos han tenido gran difusión e influencia. Otorgaron gran credibilidad al discurso anti-semita, que continuó a través de toda la Edad Media y ha llegado hasta nuestros días.<sup>114</sup> En el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino

consideró legal y deseable “de acuerdo con la costumbre, condenar a los judíos, a causa de su crimen, a la esclavitud perpetua...”<sup>115</sup> Varios siglos más tarde, Martín Lutero, convencido de que su versión modificada del cristianismo sería aceptada rápidamente por los judíos, se puso furioso al darse cuenta de lo contrario. Su malévol obstinación fue la que les hizo poco dispuestos a convertirse, concluyó Lutero, y no cualquier deficiencia en su doctrina. Así que atacó a los judíos con toda la fuerza de su odio, instigando a que se destruyeran sus sinagogas y sus casas y que a ellos se les expulsara del país: “Verdaderamente perversa, venenosa y diabólica es la existencia de estos judíos... nuestra peste, tormento e infortunio”.<sup>116</sup>

Eric Meyers nos informa de ricos hallazgos arqueológicos en Italia y cerca de Galilea que demuestran la existencia de comunidades judías y cristianas conviviendo juntas en armonía, algo que no concuerda con el surgimiento del cristianismo como religión triunfante en el siglo IV.<sup>117</sup> En España y otros lugares de Europa occidental, durante la época oscura (años 500-1000), hubo una serie de decretos por parte de la iglesia y los estados ordenando al pueblo y al bajo clero que se abstuviera de mantener relaciones amistosas con los judíos. Esto sugiere que la gente hacía poco caso de esas directrices, prefiriendo continuar con sus relaciones sociales diarias con los judíos, sin percibirles como demoníacos o peligrosos.<sup>118</sup> Como Joshua Trachtenberg comenta:

“Las reiteradas y constantes diatribas de la iglesia contra las relaciones sociales y religiosas entre los dos grupos (“hasta el punto de que los cristianos analfabetos dicen que los judíos rezan mejor que nuestros curas”, se quejaba Agobard), contra comer, beber o convivir con judíos, demuestran que había una intimidad cordial entre ambos. Incluso el clero tenía prohibido relacionarse con judíos.

...Los cristianos entraban en el servicio de casas judías, como sirvientes o cuidadoras de niños y los judíos comerciaban con artículos eclesiás-

ticos. Las relaciones de negocios eran fluidas y amistosas y hay muchos ejemplos de asociaciones comerciales entre miembros de las dos creencias".<sup>119</sup>

El judío de la leyenda cristiana, el causante de la muerte de Cristo que rechazó y fue rechazado por Dios, la encarnación del diablo que llevaba a cabo ritos sangrientos, brujería anti-cristiana, profanación de la hostia consagrada y otras abominaciones, esa criatura tenía poco que ver con el judío real que conocía la gente corriente. Ese judío endemoniado "era enteramente la creación del pensamiento teológico; una planta exótica que no enraizó de una forma rápida en las tierras de reciente conversión. El campesino europeo tenía que aprender —y lo haría muy lentamente— que el judío teológico era el mismo que el vecino de cuya amistad disfrutaba y con quien trabajaba todos los días".<sup>120</sup>

El anti-semitismo usualmente se achaca a prejuicios populares y a la más o menos espontánea histeria de las masas. De hecho, las campañas anti-judías, como otras cazas de brujas políticas, raciales y religiosas, están frecuentemente iniciadas y construidas desde las alturas. Gran parte de la vida política lleva consigo la manipulación racional de los sentimientos irracionales por parte de las clases dirigentes. Durante los primeros siglos del cristianismo, el anti-semitismo fue un producto de los líderes religiosos y seculares, cuyo interés era asegurar su influencia sobre el pueblo. El problema era que las masas no compartían su preocupación por los herejes e infieles. Tampoco el campesinado tenía un especial interés en el propio cristianismo, manteniendo durante siglos ciertas prácticas ancestrales de magia y hechicería.<sup>121</sup> Si hicieron falta siglos de presión para implantar el sentimiento anti-semita, quizá se deba parcialmente a que desde un principio el sentimiento cristiano era muy tibio.

Los judíos, proscritos oficialmente, sirvieron como víctimas propiciatorias, culpándoseles de las hambrunas, las plagas, el pillaje, las carencias materiales y otras supuestas manifestaciones de la ira divina. El anti-semi-tismo ayudó a distraer al pueblo de sus verdaderos motivos de queja sobre la tierra, los impuestos y los diezmos. Mejor era que la gente quemara una sinagoga que desahogara su furia sobre la hacienda, el monasterio y la catedral, estos últimos utilizados por sus compañeros cristianos, que por cierto eran sus verdaderos opresores.

A lo largo de toda la Edad Media y en tiempos posteriores, los judíos padecieron una serie de impedimentos legales y sociales que disminuyeron su estatus social y les estigmatizaron a los ojos de los cristianos. Estuvieron sujetos a conversiones forzadas, confinamientos periódicos, expulsiones, impuestos especiales, extorsiones, confiscación de sus propiedades, prohibición de sus prácticas religiosas y quema de sus sinagogas. Se les prohibió desempeñar cargos públicos y otras profesiones. Tuvieron vetada la posesión de tierras y los negocios de importación y exportación. En varios lugares se les prohibió el matrimonio y otras relaciones sociales con los cristianos. Y hubo ocasiones en las que se obligó a los niños judíos a dejar sus familias para ser depositados en casas de acogida y monasterios.<sup>122</sup> No se explica lo que hacían en los monasterios con los niños.

En el año 1215, a iniciativa del papa Inocencio III, el cuarto Concilio Lateranense (un concilio ecuménico), adoptó una serie de medidas para degradar y empobrecer a la población judía de Europa: boicots comerciales, ostracismo social, expulsión de todos los puestos de responsabilidad y uso de un distintivo que hiciera bien visible la pertenencia a la raza proscrita de los judíos.<sup>123</sup>

No en todas partes había avidez de infligir tales injurias a los judíos, según señala Malcom Hay. “El odio fue producto de la propaganda clerical”. Durante la Edad Media, en países como España, “no hubo ninguna

clase social excepto el clero que mostrara inclinación a atacar a los judíos, quienes con su inteligencia y su trabajo, contribuyeron a la prosperidad del país... Pero el papado veía la prosperidad de los judíos como contraria a las Sagradas Escrituras y una amenaza para el cristianismo”.<sup>124</sup> Como dejaron claro los líderes de la iglesia en repetidos pronunciamientos, a los infieles judíos había que permitirles vivir, pero sólo en un estado de miseria bajo el yugo cristiano, de forma que pudieran dar testimonio de la verdadera fe de la cual ellos tozudamente abjuraban. “Su propio pecado les confería a la esclavitud eterna”, según dijo el papa Gregorio a sus obispos en el año 1233.<sup>125</sup>

A principios del período medieval, los esfuerzos de la iglesia por enfrentar a judíos y cristianos tuvieron el efecto deseado. Aún entonces, el anti-semitismo de la gente corriente “sólo lo apoyaba la política oficial de la iglesia, propagada activamente por todos sus órganos de instrucción popular, con el peso añadido de decretos legislativos de las autoridades seculares y eclesiásticas”.<sup>126</sup> Las masas que atacaban y despojaban a los judíos, reduciéndoles a niveles desesperados de empobrecimiento, a menudo las dirigían los nobles y el más alto clero, que veían la oportunidad de quedarse con sus propiedades o evadir el pago de deudas contraídas con ellos.<sup>127</sup>

Una excepción notable a esa caza de judíos llevada a cabo por papas y obispos fue Inocencio IV, quién a mediados del siglo XIII, de forma repetida y vigorosa, clamó por el trato humano a los judíos y urgió a las autoridades seculares a defenderles de la avaricia de los cristianos. Sus proclamas “sorprenderán a los lectores que conozcan los libros de historia, (en los cuales) los judíos aparecen sólo como codiciosos usureros...”<sup>128</sup> Y hablando de esto, los usureros cristianos eran mucho peores que sus colegas judíos, que solían hacer préstamos a intereses más bajos. Numerosos observadores, desde Geoffry de París, un cronista medieval, hasta Thomas Witherby, inglés del siglo XIX, ofrecen testimonios similares respecto a la

buena voluntad de los prestamistas judíos, que incurrían en mayores riesgos y aplicaban intereses más razonables. Incluso el obispo Grosseteste, que no era amigo de los judíos, aconsejó a sus fieles que recurrieran a los prestamistas judíos, que eran más razonables, que a los usureros cristianos, porque esos “no tenían misericordia”. A algunos de los prestamistas cristianos carentes de escrúpulos los financiaban los propios obispos y príncipes, que participaban en los beneficios.<sup>129</sup>

Si alguien tenía la obsesión del dinero eran los ricos eclesiásticos y los líderes seculares cristianos, quienes a este respecto diferían poco de las otras clases dirigentes de la historia. Las autoridades que dirigieron las expulsiones en masa de los judíos de Inglaterra, Francia, Alemania y España desde finales del siglo XIII hasta finales del XV podían haber estado impulsadas por el deseo de preservar la “pureza cristiana” de sus territorios, pero su motivación más importante fue la codicia. Las propiedades de los judíos, sus casas, el oro, la plata y las piedras preciosas fueron confiscadas. Como señala Malcom Hay, los obispos y príncipes que asaltaron las comunidades judías “estuvieron animados por el mismo motivo de beneficiarse económicamente”. Dondequiera que hubiese cargos difamatorios contra los judíos, “el resultado siempre era el mismo: el dinero judío pasaba a manos de sus cazadores”. A los judíos que tenían dinero o propiedades se les perseguía hasta la muerte.<sup>130</sup>

Comunidades judías enteras fueron masacradas, a menudo por orden de papas, obispos, sacerdotes y nobles. Las mayores masacres ocurrieron en Alemania, una de las peores en el año 1196. Hubo otras masacres en Inglaterra en 1290 y en varias ciudades europeas durante la epidemia de peste negra entre los años 1347 y 1350. Los dos siglos siguientes vieron masacres en Hungría, España y Ucrania.<sup>131</sup> En 1451 Juan de Capistrano dirigió a la Inquisición contra los judíos del norte de Europa, en una orgía sangrienta que no impidió que fuera canonizado como santo y defensor de la fe. Durante las Cruzadas, a petición de los líderes de la iglesia, las tropas cris-

tianas consideraron su deber masacrar a la población judía como preludio a sus campañas contra los infieles en Tierra Santa.<sup>132</sup>

Hubo momentos durante la Edad Media en que la iglesia y las autoridades del estado llevaron a cabo verdaderas atrocidades anti-semitas. Pero nunca hubo ninguna denuncia de la enfermedad teológica que incubaba esta violencia. La suavidad de los escritos papales deplorando el trato brutal a los judíos contrastaba con la vehemencia y virulencia de la jerarquía eclesiástica en sus ataques contra sus ofensas (una de las cuales era emplear sirvientes cristianos o no mostrar la suficiente humildad).<sup>133</sup> Tenemos el ejemplo de San Bernardo, que aunque criticó la masacre de judíos en las Cruzadas, desencadenó su odio contra ellos en unas homilías en las que les tachaba de peores que “bestias brutas”, “una raza que no tenía por padre a Dios, sino al diablo, y que además eran asesinos”.<sup>134</sup>

Durante los siglos XIV y XV la conversión al cristianismo ya no era una vía de escape a la persecución. Uno de los primeros objetivos de la Inquisición española fueron los judíos que se habían convertido, pero que eran sospechosos de practicar secretamente el judaísmo. Miles de *conversos* acabaron en la hoguera. De ese modo “la sangre judía” continuó considerándose un contaminante, independientemente de la adscripción religiosa, lo que constituyó la base del anti-semitismo nazi.<sup>135</sup> En Rusia y Europa oriental, a mediados del siglo XVII, las matanzas de judíos estuvieron acompañadas de terribles torturas; a las víctimas se les amputaban las manos y los pies, se les despedazaba, eran despellejados vivos, quemados en el horno o en la hoguera o sumergidos vivos en agua hirviendo.<sup>136</sup>

Desde el siglo XIX en adelante los judíos fueron ganando libertades en todos los países de la Europa cristiana, aunque continuaron enfrentándose a discriminaciones muy serias. En el año 1800, en los Estados Unidos, los judíos tuvieron que abandonar todos los cargos públicos, ya que la mayoría de las constituciones estatales requerían que los funcionarios

públicos creyeran en la divinidad de Jesús.<sup>137</sup> En Alemania, Rusia, Rumanía y otros lugares los judíos continuaron teniendo limitaciones respecto a dónde podían vivir y se les prohibió desempeñar ciertas profesiones y puestos en la administración. Comunidades enteras de judíos estuvieron obligadas a convertirse o emigrar.<sup>138</sup> En Rusia, el gobierno zarista acusó a los judíos de ser explotadores del campesinado. Durante todo el siglo XIX y hasta la Revolución Bolchevique de 1917, los campesinos asaltaron cientos de asentamientos judíos mientras la policía miraba para otro lado.<sup>139</sup>

Hacia finales del siglo XIX el papa Pío IX se opuso sin éxito a una ley italiana que garantizaba a los judíos la igualdad de derechos en el país. Y para desviar la atención de la opinión pública de los ataques contra el clero de aquellos días, Pío publicó una serie de pronunciamientos contra los judíos. Mientras tanto, las publicaciones católicas de toda Europa lanzaban diatribas anti-judías.<sup>140</sup> Los políticos conservadores fundaron organizaciones y publicaciones anti-semitas en Alemania, Francia, Austria, Hungría y otros países.<sup>141</sup>

El antiguo teólogo jesuita Peter de Rosa señaló que, mientras que la iglesia romana publicó alrededor de cien documentos oficiales anti-semitas durante siglos, “no hubo ningún decreto conciliar, encíclica papal, bula o directiva pastoral, que sugiriese que el mandato de Jesús “ama a tu prójimo como a ti mismo”, se aplicase también a los judíos”.<sup>142</sup> Hasta 1959, y por orden expresa de Juan XXIII —que la *Enciclopedia Judaica* describe como “el primer papa que mostró un alto respeto personal por los judíos y el judaísmo”— no se eliminaron los pasajes anti-semitas de la oración de los viernes santos, incluyendo su referencia a los “pérfidos judíos”.<sup>143</sup> Y hasta el Segundo Concilio Vaticano en 1965, los líderes de la iglesia no condenaron formalmente el anti-semitismo y rechazaron la idea de los judíos como culpables de la crucifixión de Jesús.

Contemplado en este contexto histórico, el Holocausto no es algo que ocurrió misteriosamente sin saber por qué. Preguntar de forma incrédula “¿Cómo pudo ocurrir tal cosa?”, es soslayar el hecho de que el pueblo judío ha sido difamado, perseguido y masacrado durante casi dos milenios. Cuando llegaron los nazis, su mensaje virulento cayó sobre un terreno fertilizado largamente por la vieja guerra del cristianismo contra los judíos. Pierre van Paassen concluye “que Hitler ni hubiera podido ni le habría hecho lo que le hizo al pueblo judío... si nosotros no hubiéramos preparado su camino con nuestra propia actitud de enemistad hacia los judíos, nuestro egoísmo y nuestras enseñanzas anti-judías en iglesias y colegios”.<sup>144</sup> Otros, como Trachtenberg, Cohn, Schotroff, Grosser y Halperin están de acuerdo en que “el espíritu subyacente del Holocausto data de hace casi dos mil años”.<sup>145</sup>

Hannah Arendt discute fuertemente ese punto de vista, proclamando que el anti-semitismo moderno es sólo un fenómeno contemporáneo; el mundo moderno y las edades antigua y media están separadas por un abismo respecto a los asuntos judíos. Es más, argumenta, el anti-semitismo moderno es racista en su forma, sin raíces en la cristiandad, y en sí mismo es anticristiano.<sup>146</sup> (Aquí Arendt debe estar pensando en las tensiones anticristianas del nazismo y en alguno de los cultos atávicos *volk* alemanes.)

El punto de vista de Arendt es susceptible de una discusión seria. Defender una discontinuidad total entre el mundo antiguo y el moderno, como ella hace, “va contra el sentido común y contra la historia”, argumenta John Gager.<sup>147</sup> No hay más períodos fijos y distintos en la historia que los preconcebidos en las mentes de los historiadores, quienes por necesidad deben imponer algún tipo de organización en el tiempo y las experiencias sociales. Ciertamente, el Nuevo Testamento ha hecho la transición de la antigüedad a la era moderna y, respecto al antisemitismo cristiano, algunas partes del Nuevo Testamento echaron las primeras semillas. Hay

pasajes del cuarto Evangelio que avivaron el mito de los judíos como asesinos de Cristo.

A pesar de Arendt, las imágenes de los judíos como causa de los desastres económicos, como bestias sangrientas, avariciosos, traidores, sanguinuelas de la comunidad gentil y culpables de sufrimientos y desastres, todas esas caricaturas propagadas por papas, obispos y santos durante siglos, podemos encontrarlas también *mutatis mutandis* en la propaganda nazi. El ministro de propaganda nazi Joseph Goebbels dejó clara su deuda a la postura cristiana cuando exclamó: “Tal es su maldad, que no nos sorprendería ver a un judío como la personificación del diablo entre nosotros, representando todo aquello que es maligno”.<sup>148</sup>

Para ser exactos, no todas las caricaturas antisemitas nazis provinieron de fuentes cristianas; algunas llegaron por la vía de las organizaciones políticas de derechas del siglo XIX y otros propagandistas laicos. Pero todas ellas tenían un origen teológico. Un estudio de Uriel Tal nos muestra el impacto en Alemania, durante el Segundo Reich (1870-1914), de dos corrientes antisemitas, una cristiana, propagada extensamente por pastores de la iglesia y teólogos, y otra explícitamente anticristiana. Esta última también se basaba en fuentes cristianas.<sup>149</sup> Por ejemplo, la expresión “los judíos son nuestra desgracia”, adoptada por el líder del partido social-cristiano en Alemania a finales del siglo XIX, más tarde se hizo popular como lema nazi. Aunque se le atribuye erróneamente al ideólogo nacionalista Treitschke, la frase se debe a Lutero.<sup>150</sup>

Más significativas que las palabras lo fueron las terribles prácticas del cristianismo: el encierro y el hacinamiento, la negación de cualquier derecho legal o económico, la expropiación de bienes, la destrucción de sinagogas, el saqueo y destrucción de casas y negocios judíos, la quema de libros de literatura judía, seglar o religiosa, el uso forzado de distintivos humillantes, el asalto, la tortura y las masacres, todo esto formó parte de la

guerra de los cristianos contra los judíos siglos antes de que los nazis llevaran a cabo éstas mismas prácticas, de forma más sistemática entre los años 1933 y 1945, exterminando a seis millones de judíos en lo que se conoce como el Holocausto.

El antisemitismo nazi tuvo una función de válvula de escape similar a la que en su tiempo tuvo entre los antiguos cristianos. Los propagandistas de Hitler culparon a los judíos de todos los males sociales existentes, en un esfuerzo por desviar la atención popular de los principales causantes de las injusticias económicas y los tiempos difíciles.<sup>151</sup>

El propio Vaticano parece haber reconocido, con retraso, la relación entre el antisemitismo tradicional cristiano y su variante nazi. En 1998 publicó una declaración formal denunciando los crímenes perpetrados contra los judíos durante siglos, y deplorando la actuación de las naciones cristianas respecto a su ayuda a los judíos durante la opresión nazi:

“Durante mucho tiempo han circulado interpretaciones injustas y erróneas del Nuevo Testamento respecto al pueblo judío y su supuesta culpabilidad, engendrando sentimientos hostiles hacia este pueblo. El hecho de que la Shoah tuviera lugar en Europa, esto es, en países de larga tradición de civilización cristiana, suscita la cuestión de la relación entre la persecución nazi y la actitud de los cristianos hacia los judíos durante siglos... La historia de las relaciones entre judíos y cristianos es tormentosa... El balance de estas relaciones es totalmente negativo... La semilla dañina del antisemitismo no debe volver a echar raíces en ningún corazón humano.”<sup>152</sup>

Aunque es loable por los sentimientos que expresa, la declaración del Vaticano también es criticable por lo que deja de decir. El antisemitismo lo contempla sólo como una “actitud”, mantenida por un grupo de cristianos sin diferenciar, un producto de algo que se describe vagamente como “civi-

lización cristiana". Las relaciones entre judíos y cristianos se declaran "tormentosas" y "negativas", lo que equivale a una situación falsa de equilibrio. Pero se omite cualquier referencia al papel crucial jugado por la propia iglesia, los siglos de calumnias y atrocidades llevadas a cabo por papas, obispos, santos, monjes, multitudes guiadas por la iglesia e inquisidores. La declaración del Vaticano también omite cualquier mención a la colaboración entre miembros prominentes de la jerarquía eclesiástica y los nazis, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial.<sup>153</sup>

Aunque la persecución de judíos en toda la cristiandad duró casi dos mil años, a menudo no se menciona en los libros de texto de historia europea, excepto en las referencias al Holocausto nazi. Las grandes contribuciones del pueblo judío a la ciencia, la medicina, el arte, la literatura, el comercio y la política rara vez se mencionan, aunque algunas veces son una referencia de cómo se forzó a los judíos a convertirse en usureros (por no hablar de los usureros cristianos).

En suma, al contrario de la creencia popular, desde los principios de su historia el cristianismo apoyó la autocracia eclesiástica y seglar, la opresión de clase, la esclavitud, la discriminación de la mujer y el antisemitismo. Durante siglos tuvo un efecto seriamente regresivo sobre todas las áreas del saber. Además, los dirigentes de la iglesia torturaron y ejecutaron a decenas de miles de "brujas" y exterminaron poblaciones enteras de herejes, infieles y judíos.

Lejos de defender los derechos humanos, el cristianismo fue frecuentemente su antagonista. La mayoría de las luchas por la justicia de clase, la emancipación, la igualdad de género, la tolerancia religiosa y otros derechos las han realizado grupos seglares, no religiosos, un hecho que raras veces se explica en nuestras aulas.

En décadas recientes, todos los que dentro de la iglesia católica romana han luchado por los derechos humanos y la justicia social, han sido

suprimidos por el Vaticano, bajo el mandato de Juan Pablo II. A finales de los años 70, el Vaticano dejó caer todo su peso contra el movimiento de la teología de la liberación. Juan Pablo II llenó todo el colegio cardenalicio de conservadores. En Latinoamérica nombró gran número de obispos conservadores, lo que empobreció las diócesis urbanas, trasladando a los liberales a áreas rurales remotas. Suprimió la mención a la teología de la liberación en los seminarios e impuso los manuales vaticanos, silenciando a los teóricos de esta corriente, separando al clero liberal o radical de cualquier puesto de responsabilidad.<sup>154</sup> Los preladados tenían que administrar las almas y evitar mezclarse en luchas políticas. Mientras tanto, Juan Pablo II, el más político de todos los papas, apoyaba activamente los compromisos políticos de los curas y seglares más conservadores que operaban en una organización casi fascista, el Opus Dei.<sup>155</sup> El propio papa intervino continuamente en temas internacionales, prestando oídos a los políticos contrarrevolucionarios e incluso entrando en una alianza clandestina con el presidente Reagan, en un intento de apresurar la desaparición del comunismo en Europa Oriental.<sup>156</sup>

En la mayoría de las escuelas, los educadores que plantean cuestiones serias sobre la teoría y la práctica del cristianismo, corren el riesgo de encontrarse con incómodas presiones por parte de padres, sacerdotes o sus superiores.<sup>157</sup> Los que se envuelven en investigaciones críticas sobre la historia del cristianismo tienen que hacer frente a ciertos obstáculos. Como señala Gager:

“La mayor parte de la tarea de dismantelar la versión ortodoxa del pasado consiste en la construcción laboriosa e inteligente de conjeturas. La frustración es una compañera constante. El problema no es simplemente que las fuentes de información de las “otras voces” hayan desaparecido. Tales voces, después de todo, pertenecen a los despojos de los vencedores y frecuentemente se han extinguido en las llamas de

la celebración. La frustración más persistente nace de la dificultad de alterar nuestras formas habituales de pensar. Sin saberlo, percibimos el pasado conforme a los paradigmas que se crearon hace muchos siglos.<sup>158</sup>

Hoy día hay que investigar mucho y muy duramente, para encontrar alguna discusión crítica sobre el lado más oscuro de la historia del cristianismo en los principales medios de comunicación, en los libros de texto de historia, en las publicaciones de la corriente principal o en otros medios de difusión públicos. La historia ha sido amable con los cristianos, incluso con el peor de ellos, porque son los cristianos los que la han escrito en su mayor parte y porque el cristianismo organizado persiste como fuerza coercitiva en la sociedad occidental.

## NOTAS

1. Carlton J. H. Hayes, Marshall Whithed Baldwin y Charles Woolsey Cole, *History of Europe*, rev. ed. (Nueva York: Macmillan, 1956), 308.
2. Edward Hallett Carr, *What is History?* (Nueva York: Random House, 1961), 12-13.
3. Henry Charles Lea, *The Inquisition of the Middle Ages: Its Organization and Operation* (Nueva York: Citadel Press, 1961), 5.
4. Frederick Hengels, *The Peasant War in Germany* (Nueva York: International Publishers, 1966), 52.
5. Emmanuel Le Roy Ladurie, Montaillou, *The Promised Land of Error* (Nueva York: Vintage, 1979) El archivo original de la Inquisición de la biblioteca vaticana está citado por Le Roy Ladurie como: Jean Duverny (ed.), *Le Registre d'Inquisition de Jacques Fourmier, évêque de Pamiers* (1318-1325), 3 volúmenes (Toulouse, 1965).

6. Le Roy Ladurie, *Montaillou*, 246. La devoción por la ortodoxia puede medirse por el testimonio de una campesina que admitió haber tenido relaciones con un sacerdote. Ella consideraba que esto no podía disgustar a Dios, porque “a mí me gustó”. Cualquiera cínico entre nosotros podría pensar que era el propio cura quien alimentaba esta teología inusual. De hecho, ella misma tuvo cuidado en añadir: “Pero ahora, con él, ya no me agrada. Ya que me conoció carnalmente, pensaría que era un pecado”: 151 y 159.
7. Le Roy Ladurie, *Montaillou*, 69
8. Le Roy Ladurie, *Montaillou*, 321. En 1334 el obispo Fournier fue elegido papa de Avignon bajo el nombre de Benedicto XII.
9. Le Roy Ladurie, *Montaillou*, xi, 317 y 333.
10. Le Roy Ladurie, *Montaillou*, 231 y 242.
11. G.E.M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1981), 351.
12. Engels, *The Peasant War in Germany*, 50-51. De modo similar, Finley describe los disturbios en Judea durante el siglo I, “El pueblo estaba fuertemente dividido, y es característico de la historia de los judíos durante este periodo que las divisiones de clase y los conflictos políticos no se diferenciaban de las disputas sectarias religiosas”: M.I. Finley, *Aspects of Antiquity* (Nueva York: Viking Penguin, 1968), 181. Ver mi discusión sobre Josephus en el capítulo 3.
13. Werner Rösener, *Peasants in the Middle Ages* (Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1992), 140 y 272.
14. Rösener, *Peasants in the Middle Ages*, 237-251, también las diversas Fuentes alemanas, francesas e inglesas que cita Rösener, 310; B.N. Slicher van Bath, *The Agrarian History of Western Europe, 500-1850* (Nueva York: St. Martin's Press, 1964), 189; Roland Mousnier, *Peasant Uprisings* (Nueva York: Harper & Row, 1970); A.L. Morton, *A People's History of England* (Nueva York: International Publishers, 1968 [1938]), 120-127; Y. Agibalova y G. Donskoy,, *History of the Middle Ages* (Moscú: Progress Publishers, 1982), 112-113, 133-144; Engels, *The Peasant War in Germany*; Marc Bloch, *French Rural History* (Berkeley: University of California Press, 1966); Yves-Marie Berce, *History of Peasant Revolts: The Social Origins of Rebellion in Early Modern France* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1990).
15. Todo esto conduce a Rösener a observar que, “no es necesaria una revisión de los rígidos tópicos de la lucha de clases para saber que durante toda la Edad Media hubo revuel-

tas y resistencias campesinas, aunque estas fueron más frecuentes en unos países que en otros". Rösener no explica por qué alude a "los rígidos tópicos de la lucha de clases" cuando estudia realidades de esta lucha, o que quiere decir con esos términos dentro de este contexto: *Peasants in the Middle Ages*, 237.

16. Rosamond Faith, "The Class Struggle in Fourteenth Century England", en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory* (Londres: Routledge & Keagan Paul, 1981), 50-60.
17. Faith, "The Class Struggle in Fourteenth Century England", 52.
18. Faith, "The Class Struggle in Fourteenth Century England", 54.
19. Para una discusión sobre alguna literatura pertinente, ver Merlin Stone, *When God Was a Woman* (Nueva York. Harcourt Brace, 1976), 30-61.
20. Marija Gimbutas, *The Goddesses and Gods of Old Europe*, nueva edición (Berkeley, California: University of California Press, 1982), 9 y otras.
21. Max Weber, *Economy and Society*, vol.2, editado por Guenther Roth y Claus Wittich (Nueva York: Bedminster Press, 1968), 488. Irónicamente, según crecía la devoción a María lo hacía también el poder del clero masculino, y el papel eclesiástico de las mujeres disminuyó o fue eliminado: Caroline Walker Bynum, *Fragmentation and Redemption: Essays on Gender and Hbody in Medieval Religion* (Nueva York: Zone Books, 1991), 58-59.
22. Jules Michelet, *Satanism and Witchcraft: A Study in Medieval Superstition* (Nueva York: Citadel Press, 1939), 22.
23. Los himnos eran respectivamente "O Splendidissima Gemma" y "O Clarissima Mater", cantados en un concierto benéfico en la Grace Cathedral Church, en San Francisco, en marzo de 1999.
24. Karen Jo Torjesen, *When Women Were Priests* (San Francisco: Harper-San Francisco, 1995), 155-172; Cullen Murphy, *The World According to Eve: Women and the Bible in Ancient Times and Our Own* (Boston: Houghton Mifflin, 1998), 140; también Leonard Swidler, *Jesus Was a Feminist*", *Catholic World*, enero 1971: 177-183.
25. Jeremias 3.6-13, 20-1; Ezequiel 23.7-8, 36-39; Isaías 2.10-11, 17, 3.1-3, 4.17-19.
26. Reyes 9.5-6, 22, 30-37 y Stone, *When God Was a Woman*, 188-189.
27. Todo esto se encuentra en el Deuteronomio 22.20-24, 28-29.
28. Stone, *When God Was a Woman*, 191-192.

29. En esa misma epístola, de forma algo contradictoria, Pablo reconoce mujeres “profetisas” en la iglesia, lo que parece aceptar mientras mantengan cubiertas sus cabezas en un gesto de modestia: Corintos 11.5-6.
30. Origen acotado en Torjesen, *When Women Were Priests*, 114.
31. Tertuliano, “*On the Apparel of Women*”, reimpresso por Barbara J. MacHaffie (ed.), *Readings in Her Story: Women in Christian Tradition* (Minneapolis: Fortress Press, 1992), 27.
32. Agustín, Lutero y Calvino son citados en Stone, *When God Was a Woman*, 226-227; y Madalyn Murray O’Hair, *Women and Atheism* (Austin, Texas: American Atheist Press, 1979), 11-12.
33. Heinrich Kraemer y Jacob Sprenger, *Malleus Maleficarum*, publicado en 1486, extractado por MacHaffie (ed.), *Readings in Her Story*, 53-56. Michelet describe a Sprenger como “lerdo”, un “monje imbecil” y un “tonto intrepido”, perfectamente capacitado para llevar a cabo las justificaciones dogmáticas de las matanzas de brujas y herejes de la Inquisición: Michelet, *Satanism and Witchcraft*, xii, 129-130, 145. Por supuesto las mujeres eran un objetivo especial, según nos cuenta Michelet en palabras del rey Luis XIII: “Por cada brujo, diez mil brujas”.
34. Epifanio, *Panarion* 37.2, citado por Torjesen, *When Women Were Priests*, 112.
35. La “extraña historia” de Jeronimo, como la cuenta Gibbon, se encuentra en su “*Legend of Paul the Hermit*”: Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 16, 209.
36. Agustín, *Soliloquia* I.40.
37. Sarah B. Pomeroy, *Goddesses, Whores, Wives and Slaves: Women in Classical Antiquity* (Nueva York: Schocken Books, 1975), 160. Incluso Agustín fue más lúcido sobre este asunto que el emperador, argumentando que, ya que no eran dueñas de su voluntad, las víctimas de la violación “no tenían por qué avergonzarse” y permanecían puras de alma, aunque con sus cuerpos mancillados: *The City of God*, I. 16-18 y II. 2.
38. Christine de Pizan, *The Book of the City of Ladies* (Nueva York: Persea Books, 1982).
39. Torjesen, *When Women Were Priests*, 118-121.
40. Sobre la igualdad de generos en al iglesia primitiva, ver Luise Schottroff, *Lydia’s Impatient Sisters: A Feminist Social History of Early Christianity* (Louisville, Kentucky: Westminster John Knox Press, 1995), 214-218.

41. Torjesen, *When Women Were Priests*, 5 y 44. Sobre los puestos de responsabilidad desempeñados por las mujeres en la iglesia primitiva, ver también W.H.C. Frend, *The Rise of Christianity* (Philadelphia, Fortress Press, 1984).
42. Schotroff, *Lydia's Impatient Sisters*, 31, 23.
43. Torjesen, *When Women Were Priests*, 6.
44. Torjesen, *When Women Were Priests*, 7, 37-39, 114-121.
45. Torjesen, *When Women Were Priests*, 43-44.
46. Rösener, *Peasants in the Middle Ages*, 184.
47. O'Hair, *Women and Atheism*, 14.
48. Michelet, *Satanism and Witchcraft*, xi-xii, 144-147.
49. Michelet menciona a Spina: *Satanism and Witchcraft*, xii-xiii.
50. Para un resumen general de la opresión patriarcal y alguna literatura relevante, ver mi *Land of Idols: Political Mythology in America* (Nueva York: Martin's Press, 1994), 142-156.
51. "Sobre el matrimonio cristiano: Encíclica de Su Santidad el Papa Pío XI", *The Catholic Mind*, 22 de enero de 1931, extractado en MacHaffie (ed.), *Readings in Her Story*, 163-166.
52. "Declaración sobre la cuestión de la admisión de la mujer al ministerio sacerdotal", en Leonard y Arlene Swidler (eds.), *Women Priests: A Catholic Commentary on the Vatican Declaration* (Nueva York: Paulist Press, 1977), 38-40.
53. Ver MacHaffie (ed.), *Readings in Her Story*, 191-207. Para una crítica de la persistencia de ideas misóginas en la teología y la práctica cristianas, ver Mary Daly, *The Church and the Second Sex* (Boston: Beacon Press, 1985).
54. Torjesen, *When Women Were Priests*, 5.
55. Schotroff, *Lydia's Impatient Sisters*, 219-220.
56. Schotroff, *Lydia's Impatient Sisters*, 17-19.
57. Las experiencias de Torjesen y King las menciona Murphy en *The Word According to Eve*, 207.
58. Stone, *When God Was a Woman*, 193-194.
59. Stone, *When God Was a Woman*, xviii-xix.

60. Stone, *When God Was a Woman*, xix-xx.
61. Stone, *When God Was a Woman*, xx-xxi.
62. Torjesen, *When Women Were Priests*, 224.
63. Harold Mattingly, *Christianity in the Roman Empire* (Nueva York: W.W. Norton, 1967), 76.
64. Henry S. Lucas, *A Short History of Civilization* (Nueva York & Londres: McGraw-Hill, 1943).
65. Luciano Canfora, *The Vanished Library* (Berkeley: University of California Press, 1987), 192.
66. Hechos de los Apóstoles, 19.17-19.
67. Lea, *The Inquisition of the Middle Ages*, 250.
68. Un cronista de Antioquía, mencionado por Canfora, *The Vanished Library*, 193.
69. Canfora, *The Vanished Library*, 91,192.
70. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, editado por D.M. Low (Nueva York: Harcourt, Brace, 1960), capítulo 28, 417.
71. Canfora, *The Vanishing Library*, 82-99. Canfora señala que el último personaje famoso asociado con la gran biblioteca de Alejandría ha sido Theon, cuya hija, la famosa Hypatia, estudiante de geometría y música, fue barbaramente asesinada en el año 415 por los seguidores de Jesús, que sospechaban que era una hereje.
72. Helen Ellerbe, *The Dark Side of Christian History* (San Rafael, California: Morningstar Books, 1995), capítulo 4.
73. J. W. Thompson, *The Medieval Library* (Nueva York: Hafner Publishing Co., 1939).
74. Michelet, *Satanism and Witchcraft*, xviii. En su *History of Europe*, de 1.089 páginas, Hayes, Baldwin y Cole dedican una sección muy breve al “Desarrollo de la literatura y el arte cristianos” en los siglos IV y V, que trata integralmente de los escritos religiosos de los padres de la iglesia, con breves referencias a los frescos y esculturas encontrados en las catacumbas. No se menciona la campaña cristiana para suprimir el arte seglar, su literatura, su filosofía y su ciencia.
75. Lea, *The Inquisition of the Middle Ages*, 249-252.
76. Francois Furet y Jacques Ozouf, *Reading and Writing: Literacy in France from Calvin to Jules Ferry* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982); y Harvey Graff, *The Literacy Myth* (Nueva York: Academic Press, 1979).

77. Michelet, *Stanism and Witchcraft*, 79.
78. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 28, 414-415.
79. Burton L. Mack, *Who Wrote the New Testament: The Making of the Christian Myth* (Nueva York: HarperCollins, 1995), 291,294-295.
80. Fogel, *Junipero Serra, the Vatican, and Enslavement Theology*, 25.
81. Thomas Cahill, *How the Irish Saved Civilization* (Nueva York: Doubleday, 1995), 3.
82. Cahill, *How the Irish Saved Civilization*, 210.
83. Hayes, Baldwin y Cole, *History of Europe*, 124-125.
84. Cahill, *How the Irish Saved Civilization*, 181-182. Vogt considera a Ammianus “el último gran historiador de Roma”, que “a menudo sobrepasa a su maestro Tácito en exactitud y observación carente de prejuicios”. *The Decline of Rome*, 148.
85. Cahill apunta que las incursiones de los bárbaros las utilizaban como excusa los grandes terratenientes para extender su “protección” sobre un campesinado libre, pero asediado, expropiando sus tierras y reduciendo al campesino y a su familia a una vida de servidumbre; *How the Irish Saved Civilization*, 36-37.
86. Cahill, *How the Irish Saved Civilization*, 158-159, 182,210.
87. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 15, 166.
88. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 15, 160.
89. San Agustín, *The Confessions of Saint Augustine* (Nueva York: Modern Library, 1949), IV, 71, 72 y XII. Agustín llegó incluso a luchar contra la música en la iglesia, temiendo que eso le llevara al “peligro del placer”, una consideración que le hizo –en un raro reconocimiento de su exceso puritano– reconocer que “creo que me equivoqué por exceso de severidad”. X. 228-229.
90. Arthur D. Kahn, *The Education of Julius Caesar* (Nueva York: Schocken Books, 1986), 235.
91. Samuel Dill, *Roman Society in the Last Century of the Western Empire* (Nueva York: Meridian Books, 1958), acotado por Edward Goldsmith, *The Great U-Turn, De-industrializing Society* (Hartland Bideford, Devon, 1988), 6; ver también Finley, *Aspects of Antiquity*, 150.
92. Carcopino, *Daily Life in Ancient Rome*, x; Cantor, *The Civilization of the Middle Ages*, 103.
93. Agustín cita el fracaso de Alarico en el saqueo de iglesias cristianas como prueba de la influencia de Cristo: Agustín, *The City of God*, I, 1-7.

94. Henri Pirenne, *Medieval Cities* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1956, originalmente 1925), 3, 5; Cantor también señala que los visigodos “al introducirse en el imperio, no querían destruir, sino participar de su nivel de vida más alto”: *The Civilization of the Middle Ages*, 90 y 101-102.
95. Hayes, Baldwin y Cole, *History of Europe*, 141-142.
96. Michael Grant, *History of Rome* (Nueva York: Charles Scribner, 1978), 458.
97. John G. Gager, *The Origins of Anti-Semitism: Attitudes Toward Judaism in Pagan and Christian Antiquity* (Nueva York y Oxford: Oxford University Press: 1983), 41-53.
98. Gager, *The Origins of Anti-Semitism*, 48.
99. Gager, *The Origins of Anti-Semitism*, 97-98; ver también 16-17 y 134-159 para los puntos que se mencionan. Al mismo tiempo, los líderes romanos no dudaron en reprimir las rebeliones populares en Judea de forma brutal. Josephus nos refiere “la crueldad sin precedentes de los romanos” para aplastar un levantamiento judío, masacrando a 3.600 personas en un solo día; y en Alejandría informa que hubo una matanza de 50.000 judíos en el año 66, también en un solo día: Josephus, *The Jewish War II*. 306-308, 326-328, 496-498.
100. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 22, 361.
101. Marcos 11.18, 12.12; ver también Mateo 21.46, 27.20 y Lucas 19.47-48.
102. Ver Juan 5.10, 5.16-18, 7.1, 7.11-13, 10.31-33, 18.20-40, 19.1-6; ver también Hechos 10.39, 13.45-50; Tito 1.10-14; Tesalonianos 2.14-16; Charlette Klein, *Anti-Judaism in Christian Theology* (Piladephia: Fortress Press, 1978); John Dominic Crossan, *Who Killed Jesus: Exposing the Roots of Anti-Semitism in the Gospel Story of the Death of Jesus* (San Francisco: HarperSan Francisco, 1996) y Hay, *Europe and the Jews*, 12-16.
103. Orígenes, *Against Celsus*, acotado por Paul E. Grosser y Edwin G. Hlperin, *Anti-Semitism: The Causes and Effects of a Prejudice* (Secaucus, N.J.: Citadel Press, 1976), 57.
104. Edward H. Flannery, *The Anguish of the Jews: Twenty-Three Centuries of Anti-Semitism* (Nueva York: MacMillan, 1965), 27.
105. Dagobert Runes, *The Jew and the Cross* (Nueva York: Philosophical Library, 1996), 41.
106. Acotado por Fred Gladstone Bratton, *The Crime of Christianity* (Boston: Beacon Press, 1969), 84-85; ver también Runes, *The Jew and the Cross*, 61-62.
107. Acotado por Hay, *Europe and the Jews*, 27.
108. Ambos acotados por Hay, *Europe and the Jews*, 27.

109. Rodney Stark, *The Rise of Christianity: A Sociologist Reconsiders History* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1996), 66-67.
110. Dagobert Runes, *The War Against the Jews* (Nueva York: Philosophical Library, 1968), 113.
111. Heinrich Graetz, *History of the Jews*, citado por Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 79.
112. Agustín, *The City of God* 18.46 y Runes, *The War Against the Jews*, 58.
113. Runes, *The War Against the Jews*, 96.
114. Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 80-81.
115. Flannery, *The Anguish of the Jews*, 95.
116. Hay, *Europe and the Jews*, 166-167 y Bauer, *A History of the Holocaust*, 22.
117. Los estudios de Meyers se resumen y citan en Stark, *The Rise of Christianity*, 68.
118. Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 86.
119. Joshua Trachtenberg, *The Devil and the Jews* (New Haven: Yale University Press, 1943), 159-160.
120. Trachtenberg, *The Devil and the Jews*, 162.
121. Sobre este asunto, ver Michelet, *Satanism and Witchcraft*.
122. Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 58-103.
123. Hay, *Europe and the Jews*, 86-87.
124. Hay, *Europe and the Jews*, 35.
125. Hay, *Europe and the Jews*, 104-105.
126. Trachtenberg, *The Devil and the Jews*, 7, 14.
127. Hay, *Europe and the Jews*, 98, 117-118.
128. Hay, *Europe and the Jews*, 112-119.
129. Hay, *Europe and the Jews*, 95-102. El comentario del obispo en la 96.
130. Hay, *Europe and the Jews*, 152.
131. Yehuda Bauer, *A History of the Holocaust* (Nueva York: Franklin Watts, 1982), 10.
132. Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 58-103, 146; Flannery, *The Anguish of the Jews*, 52; Hay, *Europe and the Jews*, 41-42.

133. Hay, *Europe and the Jews*, 68-69, 103-104.
134. Hay, *Europe and the Jews*, 54-56.
135. Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 154; ver también Yitzhak Baer, *History of the Jews in Christian Spain*, vol. 2 (Philadelphia: Jewish Publication Society of America, 1961); Bauer, *A History of the Holocaust*, 21.
136. S.M. Dubnov, *History of the Jews in Russia and Poland* (Philadelphia: Jewish Publication Society of America, 1920), 146-148, 164-165.
137. Flannery, *The Anguish of the Jews*, 248-251.
138. Dubnov, *History of the Jews in Russia and Poland*, 346-358, 404-406.
139. Flannery, *The Anguish of the Jews*, 189-190; Dubnov, *History of the Jews in Russia and Poland*, 114-120.
140. Runes, *The War Against the Jews*, 114; Norman Cohn, *Warrant for Genocide* (Nueva York: Harper & Row, 1966), 39 y Hay, *Europe and the Jews*, 107-108.
141. Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 206-254.
142. De Rosa acotado en James Haught, *Holy Horrors* (Buffalo, N.Y.: Prometheus Books, 1990), 157-165.
143. *Encyclopedia Judaica* (Jerusalén: Keter Publishing House, n.d.), vol.10, 159.
144. Pierre van Paassen, *The Forgotten Ally* (1943), acotado en Hay, *Europe and the Jews*, 12.
145. La acotación es de Grosser y Halperin, *Anti-Semitism*, 3; ver también Trachtenberg, *The Devil and the Jews*, 5-6; Cohn, *Warrant for Genocide* y Schotroff, *Lydia's Impatient Sisters*, 16.
146. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1966), xi.
147. Gager, *The Origins of Anti-Semitism*, 267.
148. Goebbels mencionado por Jean Bacon, *The Greater Glory* (Bridport, Dorset/San Leandro, California: Prism Press, 1986), 34.
149. Uriel Tal, *Christians and Jews*, 304, citado por Gager, *The Origins of Anti-Semitism*, 267.
150. Hay, *Europe and the Jews*, 337, 18-19 y 310.
151. Ver mi *Blackshirts and Reds: Rational Fascism and the Overthrow of Communism* (San Francisco: City Lights Books, 1997), 16.

152. Comisión para las relaciones religiosas con los judíos, *We Remember: A Reflection on the Shoah* reimpreso por *New York Times*, 17 de marzo de 1998.
153. Sobre los arreglos de la iglesia con el nazismo antes y durante la guerra, ver Guenter Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany* (Nueva York: McGraw-Hill, 1964).
154. *Los Angeles Times*, 4 de setiembre de 1984; *Washington Post*, 4 de setiembre de 1984; *Attenzione*, mayo de 1981: 16-20; *The Guardian*, 19 de abril de 1989; Daniel Fogel, *Junipero Serra, the Vatican, and Enslavement Theology* (San Francisco: Ism Press, 1988), 165-173. Para mí Juan Pablo II será siempre el papa de la CIA.
155. Penny Lernoux, "Opus Dei and the Perfect Society", *Nation*, 10 de abril de 1989: 482-487; Curtis Bill Pepper, "Opus Dei, Advocatus Papae", *Nation*, 3/10 de agosto de 1992: 139-140.
156. Carl Bernstein, "The Holy Alliance", *Time*, 4 de febrero de 1992: 28-32; David Willey, *God's Politician, John Paul at the Vatican* (Nueva York: St. Martin's Press, 1993).
157. Ver Edward Jenkinson, *Censors in the Classroom* (Carbondale y Edwardsville, III: Southern Illinois University Press, 1979); Joan DelFattore, *What Johnny Sholudn's Read: Textbook Censorship in America* (New haven y Londres: Yale University Press, 1992).
158. Gager, *The Origins of Anti-Semitism*, 266.



## LA HISTORIA COMO FALSIFICACIÓN

Los que se encargan de fabricar la historia frecuentemente introducen distorsiones en el punto de origen, bien antes de que la historia se escriba o incluso antes de que los hechos sucedan. Este proceso inicial de control no suele dejar nada a la suerte, sino que todo queda bien atado por parte de los que están en el lugar adecuado para manejar los datos. Aquí hay algunos ejemplos de ese fenómeno.

### Supresión en el punto de origen

Consideremos cómo mantuvo sus archivos la Inquisición. Aunque cometieron crímenes horribles contra cientos de miles de personas inocentes, sin siquiera cuestionarse su propia rectitud y su enorme poder, los inquisidores tuvieron buen cuidado de dejar ciertas cosas fuera de sus registros. La tortura fue la pieza fundamental de su *modus operandi*, sin embargo en los archivos oficiales de los procedimientos del tribunal las referencias a la tortura son curiosamente pocas. Se conseguían las confe-

siones, pero raras veces se indicaba por qué medios. En seiscientos casos del archivo de Toulouse desde 1309 a 1323, sólo uno menciona que el acusado se había retractado de una confesión hecha bajo tortura. Pero en el registro de su confesión original no se mencionaba para nada la tortura.<sup>1</sup>

El testimonio de víctimas supervivientes y otros observadores nos dice que, a pesar de la ausencia de un registro oficial, la tortura era la forma usual de conseguir las confesiones de los desdichados inocentes. Charles Henry Lea observa que el jefe de la Inquisición de Toulouse “expresó enfáticamente su opinión sobre la utilidad de la tortura, tanto con los acusados como con los testigos, como para no poner en duda su utilización”.<sup>2</sup> Sin embargo, es interesante que las autoridades evitaran mencionar su práctica en los registros oficiales, quizá pensando que las referencias a la tortura restarían validez a un sistema de investigación que, por decirlo suavemente, tenía confianza en sus propios métodos.

Probablemente la víctima más famosa de un auto de fe es Jeanne d'Arc (conocida en el mundo de habla inglesa por el nombre erróneo de “Joan of Arc”)<sup>3</sup>. Su juicio, ejecución y subsecuente rehabilitación demuestran no sólo cómo la historia la distorsionan los vencedores en el punto de origen, sino, en este caso poco común, cómo se lleva a cabo una reconstrucción honesta cuando los vencedores son a su vez vencidos. Nacida en 1412, Jeanne d'Arc fue una campesina inculta que empezó a tener visiones místicas durante su adolescencia. A la edad de diecisiete años dirigió las fuerzas francesas que levantaron el sitio de Orléans. Después de cierto número de otros hechos de armas señalados, la Doncella de Orléans, nombre con el que se la conocía, fue capturada y puesta en manos del tribunal de Rouen bajo el cargo de herejía. Ni siquiera en ese tiempo se puso en duda el carácter político del juicio. La inquisición se hizo cargo, pero fueron los ingleses quienes pagaron los gastos del tribunal y controlaron los procedimientos. Y cualesquiera que fuese el resultado del juicio se aseguraron de

retener la custodia de la prisionera, a quien consideraban una seria amenaza para sus planes.<sup>4</sup>

Al no tener la más ligera evidencia de su “herejía”, la acusación se basó en su atuendo masculino como prueba visible de su falta de feminidad, su espíritu antinatural y su negativa a someterse a la autoridad de la iglesia, lo que por tanto confirmaba su “herejía”. Jeanne le dio una explicación más mundana: “Es más lícito y digno usar ropas de hombre ya que estoy con los hombres, que ropas de mujer”.<sup>5</sup> Hacia el final de su juicio, cuando se dio cuenta de que ni Dios ni los franceses iban a venir a rescatarla, abjuró, aceptando firmar un documento de penitencia y usar ropas de mujer, declarando que prefería firmar a ser quemada. (*“Eh bien, je préfère signer plutôt qu’être brûlée”*.) Sin embargo, se la consideró no arrepentida y culpable de herejía, siendo quemada en la hoguera en 1431.<sup>6</sup>

Veinticinco años más tarde, las fuerzas francesas a las órdenes de Carlos VII liberaron Rouen y toda Normandía, haciendo posible aclarar cómo se llevó a cabo el juicio a la Doncella. Los documentos se conservaban en el arzobispado y un cierto número de testigos estaba vivo todavía, incluyendo los notarios del tribunal que habían transcrito fielmente el testimonio de Jeanne. En un juicio de rehabilitación ordenado por Carlos, se descubrió que los doce artículos de la acusación contra la Doncella, incluyendo el cargo de que no se sometía a la autoridad de la iglesia, nunca le fueron leídos, incluyéndose testimonios que justo eran lo contrario de los que ella había dado.<sup>7</sup>

El documento oficial de abjuración (*cédule*) que se encontró en los archivos del tribunal era una larga declaración en la que Jeanne se acusaba repetidamente a sí misma de haber fingido revelaciones, blasfemado contra Dios y los santos, incitado al cisma, deseado el “derramamiento cruel de sangre humana” y usado atuendos que eran “disolutos” y “contra la decencia natural”. ¿Qué es lo que realmente Jeanne d’Arc había confe-

sado de todas esas abominaciones? La respuesta llegó durante el juicio de rehabilitación, cuando los notarios y otros testigos oculares revelaron la existencia de otra *cédule* diferente de la increíble que se había incluido en los archivos oficiales, la cual estaba firmada por la analfabeta Jeanne con una X, después de haberle sido leída. Como varios testigos recordaron, era una breve declaración de no más de siete u ocho líneas en la que ella accedía a abandonar los atuendos masculinos y someterse a la autoridad de la iglesia, lo que ella creyó que le iba a librar de la hoguera. Ese documento había desaparecido de los archivos del tribunal.<sup>8</sup>

Un informe anterior al juicio sobre la vida previa de Jeanne —que había provocado la cólera del obispo porque era muy favorable para ella, pues la mostraba como una persona decente y bien considerada— tampoco se encontró. Además Jeanne había accedido a someterse a un examen físico (llevado a cabo por una honesta matrona) para probar que era virgen. Este informe tampoco apareció en los archivos, sin duda porque fracasó en su intento de apoyar la imagen de “reprobable ramera” que confeccionaron algunos de sus oponentes.<sup>9</sup>

Respecto a la “reincidencia” de la Doncella, que fue la excusa para quemarla, los archivos oficiales daban la impresión de que ella había vuelto a utilizar ropas de hombre desafiantemente y a la primera oportunidad, demostrando con esa práctica enfermiza su subordinación a la herejía. Pero en el juicio de rehabilitación se descubrió algo más a ese respecto. Una nota señalaba que sus carceleros le habían escondido sus ropas de mujer entregándole sólo las de hombre, que ella se vio obligada a usar para salir de su celda. Otros testigos declararon que los ingleses la hacían objeto de “improperios y violencia” en la prisión cuando se vestía de mujer, dejándola con “la cara llena de lagrimas, desfigurada y ultrajada”. Hay un testimonio de que un lord inglés la violó o intentó violarla cuando se vistió de mujer, haciéndola volver a los atuendos de hombre aunque sabía que eso podía ser su condena.<sup>10</sup>

Algunos de los que participaron en el primer juicio y habían contribuido a su condena, no estaban muy felices con el nuevo juicio. Cuando se les llevó ante el tribunal de rehabilitación, insistieron en que todo había sido hacía mucho tiempo y, por supuesto, no podían recordar gran cosa. Y en cualquier caso habían jugado un papel sin importancia en los procedimientos.<sup>11</sup>

Los cargos de herejía imputados a Jeanne d'Arc veinticinco años antes, fueron revocados ante las evidencias obtenidas por el nuevo tribunal.<sup>12</sup> En suma, nuestro conocimiento de la historia en este caso hubiera sido totalmente diferente si las fuerzas francesas no hubieran expulsado a los ingleses de Normandía, teniendo así la oportunidad de saber la verdad.

Cuando se trata de suprimir materiales históricos, nadie supera a la jerarquía católica romana. Mientras que los gobiernos ocultaban documentos durante décadas, los mandatarios del Vaticano lo hacían durante siglos. Consideremos el caso de Filippo Tamburini, un sacerdote que en 1995 escribió un libro sobre los crímenes cometidos hace siglos por los monjes, monjas, curas y algunos nobles y mercaderes. El asesinato, la sodomía, la fornicación, el adulterio, la castración, el bestialismo, el robo, la falsificación y la piratería se encontraban entre las transgresiones. Tamburini utilizó documentos que databan de los años 1451 al 1586, sacados de los archivos secretos del Vaticano (*l'archivio segreto vaticano*), donde él había trabajado durante doce años. Consistían en declaraciones públicas de penitencia de pecadores que querían volver a sus puestos eclesiásticos o civiles. En cada caso, la iglesia garantizaba el perdón para esos flagrantes asesinos, violadores, ladrones y otros tipos de criminales.<sup>13</sup>

Pero no hubo perdón para el padre Tamburini, que estaba destinado a sufrir el destino de los soplones. Como la mayoría de las organizaciones, el Vaticano estaba inclinado a tratar más duramente a los que hacían públicos sus crímenes institucionales, que a aquellos que los habían cometido.

Llamado antes a ser arzobispo, Tamburini fue despedido de los archivos y sometido a una severa condena por haber publicado documentos vaticanos sin permiso. Su único consuelo pudo ser que si lo hubiera hecho en épocas anteriores su sanción hubiera sido mucho más severa.

Cuando fue entrevistado, Tamburini declaró, quizá demasiado ingenuamente: "Puede que hayan pensado que era material proveniente del sacramento de la confesión y que por tanto he publicado algo que no debería haber hecho. Pero son casos públicos".<sup>14</sup> Obviamente, lo que agravió al Vaticano fue que se sacaran a la luz "casos públicos" que ellos habían mantenido bajo llave durante quinientos años, casos que revelaban la tolerancia de la jerarquía para con la peor clase de crímenes cometidos por la mejor clase de gente.

Los gobiernos están entre los primeros supresores y fabricantes de información histórica. Y los archivos de guerra están entre los más ocultos y más a fondo adulterados. Consideremos la famosa y totalmente desastrosa batalla de Passchendaele durante la Primera Guerra Mundial, en la que el comandante en jefe británico Sir Douglas Haig envió a un ejército entero a su destrucción al hacerles avanzar nueve mil yardas hacia dentro de un pantano indefendible. Las pérdidas en Passchendaele fueron tan devastadoras que los archivos del ejército británico se limpiaron totalmente para ocultar la verdad al público. La historia oficial fijó las bajas británicas en 238.000 hombres. El propio Haig horrorizado dijo en privado: "¿No hemos perdido realmente medio millón de hombres?", lo cual estaba más cerca de la verdad.<sup>15</sup> Incluso un libro estándar de referencia como la enciclopedia Langer cifra las bajas de Passchendaele en 400.000, una cifra mucho más alta que la oficial.<sup>16</sup> Aunque la batalla sucedió en 1917, la mayoría de la documentación existente en el Reino Unido se mantiene en secreto fuera de la Oficina de Archivos Públicos.

En su investigación reveladora sobre Haig, Dennis Winter descubrió que los archivos oficiales sobre la Primera Guerra Mundial fueron “distorsionados sistemáticamente”, tanto durante el conflicto como después.<sup>17</sup> Winter descubrió que el diario del comandante Haig había sido reescrito después de los acontecimientos, incluyendo una aparentemente misteriosa anticipación de los hechos, calculada para hacerle parecer un previsor brillante y para disfrazar su infalible habilidad para escoger el momento y lugar más catastrófico para tomar sus decisiones militares.<sup>18</sup>

La triste carencia de habilidades tácticas de Haig ya se hizo evidente en 1915 en la “batalla” del Maine, con una serie de maniobras chapuceras y oportunidades perdidas. En una ocasión opinó que “la artillería sólo parece realmente efectiva contra tropas inexpertas”, los cañones “están sobrevalorados” y “la caballería tendrá un campo de acción mucho más grande en guerras futuras”.<sup>19</sup> Para demostrar estas últimas dos hipótesis, Haig envió a toda su caballería contra los cañones en Monchy les Proeux, con los terribles resultados que eran predecibles.

Haig no fue el único en trampear la historia en su punto de origen. Las descripciones más detalladas del Gabinete Británico de Archivos de 1914 a 1918 todavía permanecen inaccesibles para el público. Los archivos de la Oficina de Guerra, el diario y notas del primer ministro y los documentos personales de diversos funcionarios y oficiales se mantienen bajo llave, fuertemente ocultos, o han desaparecido. Muchas órdenes, informes de la inteligencia, diarios de jefes de unidades (que era obligatorio llevar) y resúmenes de reuniones han sido destruidos para hacer imposible cualquier investigación de la historia oficial.<sup>20</sup>

El historiador designado en principio para escribir una narración oficial popular de la Gran Guerra (como se llamó a la Primera Guerra Mundial), fue Sir John Fortescue, antiguo bibliotecario real y autor de un estudio altamente respetado sobre el Ejército Británico. Considerado “una

elección ideal, solvente hasta el punto de ser tedioso”, como lo describe Winter, Fortescue produjo un volumen en 1918 que violó todas las expectativas oficiales. Afirmaba que el gobierno había fracasado al no prevenir la guerra, teniendo poder para hacerlo, que Haig había sido presa del pánico durante la retirada de Mons, que un comandante había desertado durante la batalla de La Cateau y que Sir John French (predecesor de Haig como comandante en jefe), había sido sobrepasado por los acontecimientos, quedando reducido a un espectador perplejo. Por decir tales verdades, Fortescue fue despedido y su manuscrito suprimido.<sup>21</sup>

Tras todas estas actitudes había algo más que un deseo de proteger egos y reputaciones públicas. Los líderes británicos habían visto cómo cuatro monarquías —los Romanov, los Habsburgo, los Hohenzollern y los Otomanos— habían caído por sublevaciones populares. En la propia Gran Bretaña, como recuerda Winter, los dirigentes hacían frente a unos sindicatos militantes, a la rebelión irlandesa y a un pueblo rencoroso que sospechaba que no se le había contado la historia completa de una guerra chapucera que había durado cuatro terribles años, en la que habían muerto un millón de británicos, en la que habían sido heridos otros dos millones y medio y que había dejado intacto al ejército alemán. Se temía que si actuaban candidamente revelando todas esas pérdidas y decepciones el único resultado sería una rebelión pública y una amenaza para toda la estructura de la clase dirigente. Como dijo un secretario de gabinete: “¿Es realmente un beneficio público derribar a todos nuestros héroes de sus pedestales? Es el mismo efecto que se produciría si la jerarquía eclesiástica ordenara revelar evidencias históricas contra sus santos”.<sup>22</sup>

Lo que es aún más notable es que la tapadera siguiera funcionando hasta setenta años más tarde. En los años 80, cuando Winter se embarcó en su estudio sobre Haig, descubrió que las actas de las conferencias del Staff College “habían desaparecido de repente cuando pedí acceder a ellas. El diario del conde de Derby apareció y desapareció en una semana”. El dia-

rio de Lord Rawlinson, que Winter y otros historiadores habían consultado previamente, se “desmaterializó” repentinamente del Museo del Ejército y le aseguraron que nunca había estado allí. Todo eso le llevó a Winter, después de diez años de investigación, a comentar irónicamente que “pocos historiadores han tenido la fortuna de recibir indicaciones tan claras de que su investigación iba por el buen camino”.<sup>23</sup>

Un ejemplo de cómo las clases dominantes pueden controlar lo que se dice sobre su propia historia nos lo ofrece el historiador Carroll Quigley, que durante veinte años estudió al grupo de la Mesa Redonda Cecil Rhodes-Alfred Milner, que tuvo una influencia tan decisiva en la política británica desde 1891 hasta la Segunda Guerra Mundial. El propio Quigley estaba muy cercano a las clases dirigentes en los Estados Unidos y Gran Bretaña. Después de dar clases en Princeton y Harvard dedicó el resto de su carrera al Servicio de Extranjero de la Georgetown School, fue consultor de la Institución Brookings, del Pentágono y del Departamento de Estado y enseñó historia y Civilización Occidental. No por casualidad Quigley estaba de acuerdo con la mayoría de las elites de la Mesa Redonda, pero tuvo dificultades por alguno de sus métodos y por su influencia sobre los acontecimientos y su control sobre el registro de los mismos:

“Ningún país que precie su seguridad debería permitir que el grupo Milner formado en Gran Bretaña –esto es, un pequeño número de hombres–, sea capaz de manejar tanto poder en la administración y en la política, tenga un control tan completo sobre la publicación de los documentos relativos a sus acciones, sea capaz de ejercer tal influencia sobre los medios de información que crean la opinión pública y monopolice completamente la historia escrita de su propia época y su enseñanza”.

Este comentario es del primer libro de Quigley, *The Anglo-American Establishment*<sup>24</sup> (La clase dirigente anglo-americana), que fue rechazado por quince editoriales y finalmente apareció más de treinta y dos años después de su terminación. Su trabajo principal, *Tragedy and Hope* (Tragedia y Esperanza), fue retirado inmediatamente después de su publicación en 1966. Quigley quiso recobrar las planchas de la editorial Macmillan, pero después de muchos rodeos el editor se lamentó de que las planchas hubieran sido destruidas “inadvertidamente”.<sup>25</sup>

## La guerra fría en los archivos

Con la victoria política llega la oportunidad de monopolizar los archivos históricos. Después de que la República Federal Alemana (Alemania Occidental) se anexionase la República Democrática Alemana (Alemania Oriental) en 1990 (lo que erróneamente se llamó “reunificación”), los archivos oficiales de la RDA, bibliotecas y textos escolares se purgaron sistemáticamente de materiales e ideas que estuvieran en conflicto con la ortodoxia procapitalista y anticomunista de la perspectiva de Alemania Occidental. El prestigioso Instituto Otto-Suhr de Berlín se cerró y su biblioteca de 230.000 volúmenes fue diseminada, incluyendo las colecciones que habían reemplazado a las que fueron destruidas durante la quema de libros de los nazis en los años 30. Los materiales del instituto sobre anti-semitismo se dispersaron mediante subastas, junto con su colección de 78.000 volúmenes de historia y política de izquierdas y los 31.000 volúmenes que tenían que ver con la connivencia conservadora que precedió a la toma del poder por los nazis en Alemania.<sup>26</sup>

La destrucción voluntaria de cualquier biblioteca es algo atroz. En el caso de la del Instituto Otto-Suhr, a los estudiantes progresistas de todo el

mundo que están estudiando la historia del Tercer Reich, el nazismo y el antisemitismo, se les ha privado deliberadamente de una fuente de información muy rica. La disolución del instituto y su biblioteca “es parte de un conjunto más grande, tanto en Alemania como en el resto del mundo”, observa Patricia Brodsky. Las bibliotecas públicas de la antigua República Democrática Alemana “se han quemado o vaciado de los libros pertenecientes a la historia de la RDA, al marxismo-leninismo y otros temas similares”. La policía ocupó y cerró temporalmente el Archivo Central del Partido y el Instituto de la Historia del Movimiento de los Trabajadores en Berlín, otros centros significativos de investigación. A la vez las bibliotecas de varias ciudades alemanas se incautaron, se destruyeron los ejemplares de los periódicos de izquierdas y se amenazó con perseguir a todo aquel que distribuyera publicaciones “subversivas”.<sup>27</sup>

Los funcionarios de la República Federal también lanzaron una campaña para borrar los recuerdos antifascistas de monumentos y museos de los campos de concentración. Toda un ala del museo de Buchenwald, dedicada a asuntos tales como la solidaridad internacional en el campo, el tribunal de crímenes de guerra y “la bien documentada continuidad entre el Tercer Reich y el liderazgo político-industrial de la República Federal, se han desmantelado”, informa Brodsky. En su lugar ahora hay un memorial a los internados en la posguerra, quienes en su mayor parte fueron colaboradores de los nazis implicados en los crímenes del Holocausto. Estos asaltos sobre los materiales históricos que eliminan los indicios contra el fascismo y la reacción no son una cosa rara, “ilustran el resurgir de las campañas de la guerra fría para oscurecer y, si es posible, destruir cualquier vestigio de cultura antifascista”.<sup>28</sup>

Como era de esperar, la lucha por definir la historia de Alemania se ha extendido al campo de la educación y las escuelas. Durante más de dos décadas después de la Segunda Guerra Mundial, las cuestiones críticas sobre el Tercer Reich no se fomentaron en la República Federal. Las escue-

las de Alemania Occidental no enseñaban casi nada sobre el nazismo (mientras que las de Alemania Oriental lo hacían condenándolo sin paliativos). La antigua filiación nazi de figuras destacadas de la economía de la República Federal no se mencionaba. El nazismo se contemplaba como una aberración del pasado. Sus horribles crímenes sólo se atribuían al genio personal y demoníaco de Adolfo Hitler, así como el movimiento nazi en su integridad.<sup>29</sup>

Pero en los años 70, los estudios escolares empezaron a tomar un giro más crítico, no dejando lugar a dudas sobre las atrocidades del nazismo. Sin embargo, el proceso fue limitado y muchos simpatizantes de los nazis permanecieron en puestos de responsabilidad.<sup>30</sup> Algunos historiadores de Alemania Occidental todavía no juzgan demasiado severamente el pasado hitleriano. Hay biógrafos de Hitler que enfatizan sus cualidades y consecuciones, sin mencionar para nada los crímenes masivos que perpetró contra la humanidad.<sup>31</sup> Historiadores como Ernst Nolte parecen culpar del nazismo al movimiento comunista, argumentando que la amenaza del bolchevismo hizo que la burguesía alemana cerrara filas en torno a un reaccionarismo militante. Hitler y sus seguidores temían que el comunismo soviético tuviera como objetivo de sus nefastos designios a Alemania, así que los nazis lanzaron una campaña para salvar su nación. La propia guerra fue un intento de Hitler de construir un occidente unificado, como baluarte contra la marea roja, argumenta Nolte. En respuesta, Richard Evans apunta que entre 1940 y 1941 Hitler dedicó casi por entero sus fuerzas a subyugar Europa Occidental, sin dar la más mínima muestra en sus conferencias militares y discusiones de que temiera un ataque ruso. De acuerdo con el ministro de propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, el líder nazi creía (correctamente) que la URSS permanecería fuera del conflicto tanto tiempo como pudiera, dejando que los poderes capitalistas se consumieran unos a otros.<sup>32</sup>

Algunos siempre hemos argumentado que los nazis veían a la Unión Soviética como el último objetivo de su agresión.<sup>33</sup> Esto difiere de decir, como hace Nolte, que Hitler estaba actuando para defender a Occidente de una Unión Soviética dispuesta a una guerra de conquista, o que Moscú amenazara la supuesta libertad político-económica de las elites alemanas como para justificar la aceptación, y en muchos casos el apoyo activo, a un movimiento tan monstruoso como el nazismo.

Nolte y otros también subestiman el alcance y ferocidad de la brutalidad militar alemana durante la guerra, incluido el Holocausto. Al tener que hacer frente a la amenaza roja, Alemania supuestamente no tenía elección para actuar tan decisiva y severamente contra el este como lo hizo. Andreas Hillgruber, Joachim Fest y otros conocidos historiadores neoconservadores de Alemania Occidental compartieron la postura de Nolte en parte o en su totalidad, haciendo pocos esfuerzos para investigar en los Archivos Militares Alemanes en Friburgo o en los documentos capturados a los nazis y en otros materiales, que ofrecen un retrato más completo de las atrocidades cometidas en las zonas de Europa oriental ocupadas por los nazis, incluida la Unión Soviética.<sup>34</sup> Su trabajo, si no fue equivalente a negar el Holocausto, hizo el mismo efecto de desdibujar la línea entre los hechos y la ficción, entre el perseguido y el perseguidor.<sup>35</sup>

El ataque lanzado contra la historia socialista de Alemania Oriental por la Alemania Occidental capitalista nos recuerda que la guerra fría no ha terminado. Continúa en todo su apogeo en el campo de la ideología y la historiografía. Una década después del derrumbamiento de la Unión Soviética, una serie de documentales de televisión, libros y artículos, continúa propagando el viejo clamor de que la Unión Soviética estaba firmemente decidida a conquistar el mundo. El objetivo de los ideólogos anti-comunistas es dejar claro que no hay un sistema alternativo que haga peligrar la hegemonía del capitalismo global.

Hasta principios de los años 90, los historiadores de la guerra fría contaban casi exclusivamente con los archivos de occidente para deducir las intenciones de la Unión Soviética. Pero en años recientes los rusos y sus antiguos aliados del Pacto de Varsovia han empezado a abrir sus archivos para la investigación. Esto ha permitido a algunos historiadores de la corriente principal y otros practicantes de la guerra fría, hacer una selección a su medida de documentos que apoyen su punto de vista de que un “mundo libre” asediado actuó en defensa propia contra la implacable amenaza del monstruo soviético.<sup>36</sup>

Una lectura más cuidadosa de los materiales de archivo soviéticos y artículos basados en ellos, sugiere una interpretación marcadamente diferente. Investigando la literatura, Melvyn Leffer llega a la conclusión de que “la guerra fría no fue un simple caso de expansionismo soviético y reacción americana... Los líderes soviéticos no estaban centrados en promover la revolución mundial”. Más bien estaban preocupados de forma prioritaria en rehacer su país, mantener su seguridad y proteger sus fronteras. “Gobernando una tierra devastada por dos guerras mundiales, temían el resurgimiento de las fuerzas alemanas y japonesas. Se sentían amenazados por unos Estados Unidos que fueron los únicos entre los combatientes que salieron de la guerra más poderosos y armados con la bomba atómica”. Los soviéticos no tenían planes premeditados “para hacer comunista la Europa Oriental, apoyar a la China comunista o entrar en la guerra de Corea”.<sup>37</sup>

Los historiadores estándar de la guerra fría asumen que la Unión Soviética ejerció un control férreo sobre sus dóciles “naciones satélites”, que no eran más que marionetas dentro del monolítico “bloque soviético”. Los nuevos documentos arrojan una luz muy diferente sobre las relaciones entre Moscú y sus aliados. Los líderes comunistas de Polonia, Hungría, Alemania Oriental, Cuba, Afganistán y otros lugares “podían actuar de

acuerdo con sus propios intereses, envolviendo a veces al Kremlin en asuntos que no deseaba”.<sup>38</sup>

Los nuevos materiales de archivo que han salido a la luz también revelan que Stalin no estaba determinado a imponer sus designios a las economías y sociedades de Europa Oriental. Incluso en 1947 pareció cauteloso para no actuar precipitadamente, especialmente cuando sus relaciones con los poderes occidentales eran inciertas.<sup>39</sup> Los documentos muestran, como un cierto número de estudiosos han señalado, que Stalin no deseaba una confrontación con occidente. Sobre todo, la política soviética estaba basada en consideraciones de seguridad.<sup>40</sup> Esta visión de la historia todavía tiene que suscitar la atención de los medios de comunicación y editoriales de libros de texto, que están en manos de las corporaciones, y que por tanto ven la guerra fría como un producto del intento de expansión soviético contra el “Mundo Libre”.

## **EE.UU. La historia clasificada**

Los líderes americanos están orgullosos del flujo libre de información en nuestra sociedad, supuestamente abierta. Sin embargo ellos mismos ocultan o destruyen material, con lo que distorsionan seriamente la historia en su punto de origen. Millones de documentos del gobierno han permanecido clasificados durante cincuenta años o más. Los documentos del Departamento de Guerra sobre el asesinato de Abraham Lincoln se mantuvieron en secreto durante sesenta años, pasando a ser del dominio público hacia mediados de los años 30. Investigando la conspiración que rodeó la muerte de Lincoln, Theodore Roscoe descubrió que algunos de esos documentos de la “Inteligencia Secreta del Ejército Americano” todavía estaban clasificados, casi cien años después del asesinato.<sup>41</sup> ¿Cuál es la

cuestión de seguridad nacional que podía esgrimirse en este asunto? ¿Cuántos espías confederados podían estar pululando tras las filas de la Unión en 1960, año en que se publicó el libro de Roscoe?

Quizá una de las revelaciones más controvertidas de la historia reciente de los Estados Unidos es la que se conoció como los Papeles del Pentágono, una historia de alto secreto sobre la involucración de los Estados Unidos en Indochina desde la Segunda Guerra Mundial hasta mayo de 1968. El informe se le encargó al Secretario de Defensa, Robert McNamara, y lo realizaron treinta y seis historiadores anónimos, la mayoría catedráticos que trabajaban para el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa. Este informe reveló cómo los funcionarios engañaron durante dos décadas al Congreso y al pueblo de los Estados Unidos, mientras estaban inmersos en una guerra de agresión y desgaste en Indochina. Un consultor del Departamento de Defensa, Daniel Ellsberg, arriesgándose a ir a prisión y sacrificando su carrera, se hizo con una copia de los documentos y los puso en manos del *New York Times* y del *Washington Post*, con el compromiso de su publicación. Por intereses de la “seguridad nacional”, el Departamento de Justicia del presidente Nixon fue a los tribunales para intentar evitar la publicación de los documentos. En su decisión final, el Tribunal Supremo decidió que los periódicos podían seguir publicando los documentos, una sentencia inusual con la que la justicia rescató un fragmento de la historia del secreto oficial.<sup>42</sup> Sacando a la luz los métodos engañosos y criminales de la participación en la guerra de Indochina, los Papeles del Pentágono no perjudicaron la seguridad nacional, como habían reclamado los funcionarios, sino que plantearon cuestiones preocupantes sobre la legitimidad de la política americana en Indochina, lo que era la verdadera causa de la preocupación.

Suprimir documentos es uno de los trabajos principales de la seguridad del estado. En 1995, el Departamento de Defensa, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y los Departamentos de Estado y Justicia llevaron a

cabo 3,6 millones de actuaciones de clasificación. En 1996, el número subió hasta 5,8 millones, o lo que es lo mismo 21.500 por cada día laborable del año.<sup>43</sup> Se gastan 16.000 millones de dólares anuales en los trabajos de clasificar esta creciente enormidad de documentos secretos, en la que se ocupan a tiempo completo 32.397 empleados federales. Todo ello a pesar de la orden ejecutiva del presidente Clinton de promover la desclasificación.<sup>44</sup> Publicada en 1995, la orden presidencial ejecutiva n° 12.958 ordena la liberación automática de documentos que hayan permanecido secretos durante veinticinco años o más, dando un límite de diez años a los que queden bajo secreto. Sin embargo, en lo que parece una válvula de escape gigantesca, la orden admite excepciones para los materiales “muy sensibles”. Al mismo tiempo, la administración Clinton extendió al Consejo de Seguridad Nacional la misma protección de que gozan los documentos de la Casa Blanca, respecto a confidencialidad de documentos.<sup>45</sup>

Desde 1993 a 1996, como parte del esfuerzo de desclasificación, la Agencia de Seguridad Nacional (NSA), servicio de espionaje del Pentágono, sacó a la luz más de 1,3 millones de páginas de diversos documentos, los cuales tenían un mínimo de cincuenta años de antigüedad, algunos de ellos referentes a la Primera Guerra Mundial. Los funcionarios de la NSA no supieron explicar por qué esos materiales habían permanecido en secreto tanto tiempo. La liberación de documentos representó sólo una mínima parte de los billones de páginas que permanecen clasificadas en los archivos de la agencia.<sup>46</sup>

Se hace extremadamente difícil, si no imposible, mantener unos registros históricos correctos cuando la información vital está clasificada, después circula entre pequeños círculos dentro de la seguridad del estado y después poco a poco se libera al cabo de décadas o de siglos.<sup>47</sup> Esto nos lleva a la advertencia de Carroll Quingley sobre el grupo Milner: Cómo una camarilla de políticos maneja el poder sobre los acontecimientos a la vez

que monopoliza la información sobre ellos, impidiendo así que haya responsabilidades democráticas.

Los investigadores también se ven frustrados cuando los materiales están redactados de forma tan farragosa que no tienen valor real cuando se desclasifican. Tengo en mi poder documentos del FBI que datan de 1956, y que fueron desclasificados cuarenta años más tarde en 1996, referentes a las actividades y la muerte sospechosa del líder sindicalista Walter Reuther, y todos los textos son ilegibles.<sup>48</sup> Lo mismo ocurre con los documentos del FBI relativos a Lee Harvey Oswald y al asesinato de John Kennedy, con el sello de “Alto Secreto”, que datan de 1963 y fueron desclasificados en septiembre de 1994, después de muchas presiones de los investigadores del caso.<sup>49</sup> Tales ejemplares ilegibles ponen un rasgo peculiar al concepto de “libertad de información”, haciendo que uno se pregunte, ¿qué es lo que hay que esconder?

El último director del FBI, John Edgar Hoover, sus colegas de la CIA y las agencias de inteligencia militares amontonaron archivos con datos sobre famosos escritores, poetas y artistas, incluyendo personajes tan notables como William Faulkner, Ernest Hemingway, Archibald MacLeish, Robert Frost y Georgia O’Keeffe. Los agentes del gobierno, no sólo controlaron sus escritos y conferencias, sino que intervinieron sus líneas telefónicas, abrieron sus equipajes, interceptaron su correo e intimidaron a sus allegados. Los agentes del FBI llegaron incluso a amenazar a libreros para que les informaran de qué libros estaban leyendo los investigados. Hoover tenía una lista de los políticos y periodistas que consideraba incómodos para negarles empleos, promociones, pasaportes y recompensas. Cuando Herbert Mitgang esgrimió el Acta para la Libertad de Información para reclamar esos archivos que las agencias mantenían sobre autores y artistas famosos, mucho de lo que pidió le fue negado y otra gran parte era ilegible, incluso documentos referidos a escritores que habían muerto hacía cuarenta años.<sup>50</sup> De nuevo surge la pregunta, ¿qué es lo que hay que

esconder? Y ¿cómo podemos impedir que las agencias del estado fabriquen su propia versión de la historia, incluyendo la historia de cómo ellas mismas violan nuestros derechos democráticos?

La CIA y otras agencias americanas de inteligencia tuvieron una estrecha colaboración con las fuerzas militares y paramilitares de Guatemala, que datan de la época del derrocamiento, auspiciado por los Estados Unidos, del gobierno reformista democráticamente elegido en Guatemala en el año 1954. Estas agencias americanas tienen extensos archivos sobre los más de 200.000 muertos y desaparecidos de Guatemala. Bajo presión de la CIA, el presidente Clinton se retractó de sus anteriores compromisos para liberar los archivos. En 1996, después de muchas protestas por parte de los críticos con la política americana, la administración Clinton desclasificó miles de documentos referentes a actos contra los derechos humanos, la mayoría relativos a casos en los que ciudadanos americanos en Guatemala habían sido torturados y asesinados. Los funcionarios guatemaltecos esperaban que los documentos pudieran revelar información útil sobre los lazos entre la CIA y el ejército de Guatemala, que estaba acusado de cometer la mayoría de los crímenes. Pero los documentos que llegaron estaban tan cortados que contenían poco o nada que no fuera ya conocido. “Ninguno de esos documentos tiene valor para un procedimiento judicial... No son documentos desclasificados, son documentos censurados”, anunció Julio Arango Escobar, responsable del equipo nombrado por el gobierno de Guatemala. Uno de los diarios más importantes de Guatemala, *Prensa Libre*, se quejó de que, como en el pasado, “lo único que se conocía era lo que quería la CIA”. Y Helen Mack, una activista de los derechos humanos cuya hermana fue asesinada por los militares guatemaltecos, señaló que Washington continuaba encubriendo los abusos de la CIA y el Departamento de Defensa para evitarles el repudio de la gente.<sup>51</sup> En suma, gran parte de la terrible historia de los Estados Unidos, apoyando los asesinatos

políticos en Guatemala, ha sido suprimida por las agencias que participaron en los hechos.

Después de varios años más de presión, gran parte de la información pertinente se liberó de los archivos de la Comisión para la Clarificación Histórica de Guatemala, sabiéndose que el ejército guatemalteco había cometido “actos de genocidio” contra los mayas durante treinta y seis años. Los documentos desclasificados revelaron cómo el gobierno de los Estados Unidos dio dinero y entrenamiento al ejército de Guatemala y, junto con compañías privadas americanas, “ejerció presiones para mantener en el país una estructura socioeconómica injusta y arcaica”. Además, el gobierno americano y sus diversas agencias, incluida la CIA, prestaron apoyo directo o indirecto a las operaciones ilícitas del estado, muchas de las cuales se llevaron a cabo “sin respeto por ningún principio legal o los valores éticos y religiosos más elementales, perdiendo cualquier vestigio de moral humana...”<sup>52</sup>

El Acta de Libertad de Información (FOIA) “permite que la CIA sea extremadamente tacaña al responder a las peticiones de documentos por parte de historiadores, periodistas y ciudadanos”.<sup>53</sup> Enfrentada a un pleito con la FOIA respecto a su papel en el golpe de 1954 en Guatemala, la CIA liberó unas 1.400 páginas de las 180.000 existentes, y eso cerca de medio siglo después de los acontecimientos. La agencia destruyó la mayoría de sus archivos relativos a otras acciones encubiertas durante los años 1950 y 1960, incluidos los referentes a su papel en el derrocamiento del primer ministro reformista de Irán, Mohammed Mossadegh, en 1953.<sup>54</sup> Un cierto volumen de documentos del Departamento de Estado sobre Irán, publicados en 1990, omitió cualquier mención a la participación de la CIA en el golpe. Como protesta, Warren L. Cohen, un historiador del estado de Michigan, dimitió de su puesto como jefe del Comité del Departamento de Estado sobre documentación histórica y diplomática, declarando que “el Departamento de Estado está jugando con la historia”. El libro correspon-

diente, llamado “Relaciones exteriores de los Estados Unidos” (*Foreign Relations of the United States*) se encuentra ahora orgullosamente en miles de bibliotecas.<sup>55</sup>

La CIA prometió que liberaría documentos sobre el golpe de Irán en 1953, la invasión de Cuba en Bahía Cochinos en 1961, sus operaciones de apoyo a los intereses políticos de Francia e Italia en los años 40 y 50, los levantamientos en Indonesia y el Tibet en los años 50 y 60, las insurrecciones en el Congo Belga y la República Dominicana en los años 60 y las acciones secretas en Corea del Norte y Laos. Pero poco es lo que ha visto la luz.<sup>56</sup> La agencia tampoco menciona su participación en las brutales guerras de desgaste contra los gobiernos revolucionarios de Nicaragua, Mozambique, Angola y Afganistán durante los años 80, que acabaron causando millones de muertos y la destrucción de los cuatro países. Ni dice nada de su apoyo a los escuadrones de la muerte, que han matado a cientos de miles de campesinos, sindicalistas, estudiantes, curas, etc. a lo largo de toda América Latina y partes de Asia y África.<sup>57</sup>

En 1996, harto de promesas incumplidas para liberar archivos, George C. Herring, de la Universidad de Kentucky, dimitió del Grupo de Revisión Histórica de la CIA. Un órgano creado supuestamente para asistir a la agencia en la desclasificación de datos. Herring se refirió a las promesas de la CIA como un simple “mito cuidadosamente alimentado”.<sup>58</sup> Otro miembro del grupo, el historiador John Lewis Gaddis, señaló que “liberar los documentos, para la CIA puede ser un beneficio, ya que de no hacerlo da la impresión de que tiene algo que ocultar”.<sup>59</sup> ¿Es que hay algo que ocultar?

Se dan numerosas razones para explicar la resistencia de la CIA a la desclasificación:

—Se dice que la agencia está envuelta en una “cultura del secretismo” y no puede asimilar la idea de liberar la información.<sup>60</sup> Pero de hecho la

agencia no tiene el menor problema para desclasificar información que pueda beneficiarle a ella o a alguna de sus operaciones.

—Los esfuerzos para desclasificar están supuestamente atascados por la inercia burocrática. Realmente la CIA tiene poca inercia burocrática para movilizar vastos recursos para su intervención terrorista en el extranjero. Con un presupuesto de unos 3.000 millones de dólares al año, la agencia dedica menos de un millón a los trabajos de desclasificación.<sup>61</sup> No hay inercia burocrática sino un intento político deliberado para mantener el atasco.

—Se sugiere que la CIA no quiere verse en el aprieto de tener que reconocer sus fracasos, como el de Bahía Cochinos.<sup>62</sup> De hecho el fiasco de Bahía Cochinos ya lo conoce todo el mundo. Es más cierto decir que la CIA no quiere que se conozcan sus maquinaciones de más éxito.

—Los funcionarios de la agencia dicen que deben ser cuidadosos con la desclasificación para no comprometer sus “fuentes de información y sus métodos”. Aquí sí estamos mucho más cerca de la verdad.<sup>63</sup> Las fuentes de información de hace medio siglo ciertamente no deben estar muy operativas, pero la CIA no quiere descubrir sus *métodos*. A través de su historia, la agencia a utilizado todos los crímenes y maquinaciones imaginables para que los *Fortune 500* tengan un mundo más seguro, utilizando propaganda falsa, guerra económica, soborno, elecciones amañadas, sabotaje, demolición, robo, complicidad con el crimen organizado, tráfico de drogas, escuadrones de la muerte, bombardeos, tortura, masacres y guerras de desgaste.

En resumen, sí que hay algo que esconder, incluso en casos que tienen cincuenta o sesenta años de antigüedad. Es un error pensar que la CIA, o cualquier otra agencia nacional de seguridad, se niegan sin razón a desclasificar materiales sobre asuntos que hace tiempo que han pasado a la historia. La agencia entiende que dar publicidad a los métodos criminales y violentos de sus operaciones desde hace décadas (a) dañaría su imagen y

la de sus futuras intervenciones, originando una protesta que podría amenazar su funcionamiento y su fundamento, (b) cuestionaría la legitimidad del intervencionismo de los Estados Unidos en su totalidad, sus objetivos y sus propósitos y (c) invitaría a preguntas como la de si la CIA continúa cometiendo los mismos crímenes hoy día —y no hay razón para creer que no.

Además de estar clasificados o recortados, los documentos del gobierno de los Estados Unidos también se destruyen o se “pierden”. A veces la pérdida no ocurre sólo para suprimir la historia, sino para eludir la justicia. Por ejemplo, durante un siglo a los indios nativos americanos se les ha despojado del dinero y las tierras prometidas por el gobierno federal. Las tierras las ha expropiado el gobierno generalmente para hacer gaseoductos, oleoductos o explotaciones madereras. Medio millón de nativos americanos que eran beneficiarios pueden haber perdido unos 10.000 millones de dólares en el último siglo. Al llevarse el caso a los tribunales federales, los funcionarios del gobierno informaron a los demandantes “que los archivos referentes a esos gaseoductos, oleoductos y explotaciones madereras habían desaparecido en muchos casos”.<sup>64</sup> De hecho, los registros oficiales del gobierno nunca “desaparecen” y raras veces se “pierden”. Lo cierto es que alguien los destruye por razones que nadie conoce mejor que ese alguien.

Consideremos la conspiración Irán-contras. Antes de dos comités de investigación del Congreso, el coronel Oliver North describió tranquilamente cómo destruyó cientos de páginas de material referente al caso, cambiando la historia de esa operación secreta antes de que pudiera escribirse. En 1986 se descubrió que la administración Reagan había estado enviando en secreto armas por valor de millones de dólares a Irán, un país que la Casa Blanca había acusado públicamente de apoyar el terrorismo. Entonces, el equipo secreto de North, saltándose el Congreso, la ley y la Constitución, desvió los fondos de la venta de armas a Irán a los mercenarios nicaragüenses conocidos como “contras”, quienes estaban llevando a

cabo una guerra de terror y desgaste, apoyada por la CIA, contra el pueblo de Nicaragua y su gobierno sandinista de carácter reformista. Las evidencias indican que la guerra de los “contras” estuvo también financiada con dinero del tráfico de drogas, en el que estaban envueltos muchos colaboradores y agentes de la CIA. Alguna de las rutas secretas que se usaban para introducir las armas en Nicaragua servían a su vez para introducir cocaína en los Estados Unidos.<sup>65</sup> El informe del Congreso resultante de las investigaciones sobre el caso Irán-contra contribuyó más a cubrir que a descubrir la verdad, evitando cualquier prueba sobre el papel de la CIA en el tráfico de drogas.<sup>66</sup> Gran parte de este episodio del Irán-contra permanece oculto y probablemente se ha perdido para la historia.

Por cada controversia que es objeto de titulares en los periódicos, como la de los Papeles del Pentágono o escándalos como el Irán-contra, hay docenas de otros casos a los que sólo se presta una atención pasajera, si es que se le presta alguna atención. En 1991, al comienzo de la Guerra del Golfo, cuando Henry González, responsable del House Banking Committee, intentó investigar la política seguida con Irak, el Consejo Nacional de Seguridad convocó una reunión entre agencias para suprimir cualquier desbloqueo de materiales referentes al caso. González acusó al Departamento de Agricultura de estar todo un fin de semana destruyendo documentos relativos a la investigación. Un alto funcionario confirmó que había habido una “destrucción a gran escala” de documentos en el Departamento de Justicia, “más grande que cualquier otra que yo pueda recordar”. En otras numerosas ocasiones la administración simplemente se negó a suministrar los archivos que González había solicitado, o alegó que se habían “perdido”.<sup>67</sup>

Después de aterrizar en Haití en 1994, oficialmente para restaurar la estabilidad y la democracia en ese maltrecho país, las tropas de los Estados Unidos sustrajeron más de 150.000 páginas de documentos y fotografías del cuartel general del ejército de Haití y del FRAP, el grupo paramilitar

más temido en el régimen anterior. Funcionarios del régimen elegido democráticamente del presidente Jean-Bertrand Aristide, dijeron que la devolución de los documentos era indispensable para poder perseguir y desarmar a los violadores de los derechos humanos relacionados con el régimen militar anterior. Los grupos pro-derechos humanos de Haití culpaban al FRAP de la mayoría de las tres mil muertes sucedidas entre los años 1991 y 1994, junto con otros miles de incidentes de violación, tortura, palizas e incendios. Pero Washington continuó reteniendo los documentos porque, en opinión de un consejero de Aristide, contenían datos sobre la financiación y apoyo de los Estados Unidos a los escuadrones de la muerte haitianos, así como información sobre localización de depósitos de armas escondidas por todo el país por los grupos de derechas. Washington, señaló el consejero, no quería ver a los asesinos y torturadores en los tribunales de Haití “para que no se descubriese que habían estado apoyados y pagados por la inteligencia americana”.<sup>68</sup>

En 1975 el Congreso ordenó la divulgación de las cintas de Nixon en la Casa Blanca, tres mil setecientas horas de conversaciones privadas entre el presidente Nixon y sus colaboradores. Veintiún años más tarde sólo se habían divulgado sesenta y tres horas.<sup>69</sup> El expresidente Nixon litigó furiosamente para mantener las cintas en secreto. Nixon ejerció lo que podríamos llamar una ocultación póstuma, porque después de su muerte sus seguidores continuarían retrasando la liberación de las cintas. Con el amparo de una orden judicial consiguieron el derecho a separar y destruir las partes “privadas” de las mismas, proceso que duró seis años y le costó a los contribuyentes más de 600.000 dólares. La mayoría de las partes “privadas” eran discusiones políticas entre Nixon y otras personas, que los funcionarios del Archivo Nacional consideraron “privadas” porque el presidente estaba actuando no como tal, sino como jefe del partido republicano o con alguna otra de sus atribuciones.<sup>70</sup> Esta decisión supuso que Nixon

pudo poner un velo sobre su período presidencial históricamente tan significativo.

Junto con los secretos del gobierno, existen muchos otros centros en el país que retienen a toda costa los documentos privados de personas que alguna vez tuvieron responsabilidades políticas. Las familias de los personajes importantes también son a menudo lentas en abrir sus archivos. Las corporaciones públicas y privadas sólo liberan una pequeña parte de sus documentos. Por eso, la verdad que se descubre a través del proceso de desclasificación para el público en general es realmente escasa”.<sup>71</sup>

Las bibliotecas presidenciales presentan problemas análogos, ya que a menudo, más que servir a la historia, lo que quieren es preservar la imagen de un presidente en particular. Varios investigadores se han quejado de que los materiales disponibles de la biblioteca Kennedy se han recortado de tal manera que distorsionan nuestro conocimiento de la etapa presidencial de John F. Kennedy.<sup>72</sup> La biblioteca Kennedy está administrada por la Administración Nacional de Archivos, que supuestamente está obligada por ley a ser imparcial. Del mismo modo, la biblioteca presidencial de Ronald Reagan y el Centro para los Asuntos Públicos en Simi Valley, California, parece ser más un mausoleo que un centro de investigación. Incluso su director, Richard Norton Smith, admite que mucho de lo que muestra es demasiado hagiográfico. Aunque Reagan dejó el cargo en 1989, la mayoría de los documentos de su biblioteca siguen siendo inaccesibles por razones de “seguridad” o porque todavía no se han procesado.<sup>73</sup>

Como los libros de texto, las escuelas y las bibliotecas presidenciales, los museos de historia se han convertido en “un instrumento para que las clases dominantes de los Estados Unidos —consciente o inconscientemente— se apropien del pasado”, escribe el historiador Mike Wallace. Argumenta que los museos tienden a “falsificar la realidad a favor de las clases

dominantes. Generan maneras convencionales de contemplar la historia” que justifican la misión del capitalismo como algo natural e inevitable.

“Y quizá más importante, generan la forma de no ver nada. Ocultando los orígenes y el desarrollo de la sociedad capitalista, erradicando la explotación, el racismo, la discriminación de género y la lucha de clases, ignorando la existencia de amplias bases de tradición opositora y las culturas populares y relegando a la mayoría de la población a un papel invisible como forjadores de la historia, los museos impiden que los visitantes puedan imaginar órdenes sociales alternativos, pasados o futuros”.<sup>74</sup>

El mismo tipo de historia, saneada y mitológica, lo presentan los numerosos parques temáticos históricos patrocinados por las corporaciones, desde Williamsburg a Disneylandia.<sup>75</sup> Los memoriales y estatuas ecuestres de los parques públicos, los centros del gobierno y los ayuntamientos de las ciudades ofrecen una visión histórica igualmente sesgada. El Monte Rushmore está esculpido con las cabezas colosales de Washington, Jefferson, Theodore Roosevelt y Lincoln: dos esclavistas, un imperialista y un emancipador casi forzoso. En 1999 hubo una discusión muy seria sobre si conceder un sitio en Rushmore a Reagan, el presidente que hizo mucho por los ricos, mientras que dejaba el mundo más deteriorado y más pobre.

Por todos los Estados Unidos los monumentos rinden homenaje a figuras militares que participaron en guerras injustas, incluyendo la defensa de la esclavitud sudista y las matanzas de nativos americanos, mejicanos, hispanos, filipinos y otros. Pocos son los monumentos dedicados a abolicionistas, pacifistas, anarquistas, socialistas, sindicalistas radicales, luchadores por la libertad y los derechos civiles y otros defensores del igualitarismo, cuyos esfuerzos nos han llevado hasta las pequeñas cotas de democra-

cia y justicia social que tenemos hoy. En todo Estados Unidos no existe un solo monumento a los heroicos voluntarios de la Brigada Abraham Lincoln, que lucharon contra el fascismo durante la Guerra Civil Española (1936-1939), excepto una oscura placa en el City College de Nueva York a los estudiantes caídos que sirvieron en dicha brigada.<sup>76</sup>

La idea de que los documentos oficiales contienen la verdadera historia de lo que se cuece dentro de los círculos del poder es una presunción que se cuestionan muchos historiadores, mantiene Daniel Ellsberg. Gran parte de la información pública es engañosa, escrita para encubrir o justificar la política del momento. “Casi nunca sucede que el gobierno piense que su jefe y su política se verán favorecidos por la verdad y nada más que la verdad”. Los archivos públicos —que consisten en declaraciones oficiales, entrevistas y documentos desclasificados— “siempre están distorsionados y contienen gran cantidad de mentiras”, concluye Ellsberg por propia experiencia. El material clasificado como alto secreto es más fiable pero sigue siendo inadecuado; hay muchas cosas que no se escriben por temor a las filtraciones. El investigador meticoloso debe fiarse de una combinación de documentos oficiales, materiales extraoficiales, cartas privadas, diarios, conversaciones confidenciales o escuchadas por casualidad (cuando se pueden llegar a conocer), entrevistas anónimas y otros testimonios. Incluso entonces, no hay garantías de que llegue a la verdad.<sup>77</sup>

Entre las cosas que raramente se descubren en los comunicados oficiales, señala Ellsberg, está una de las que preocupan de forma predominante a los que hacen política, que es la de los costes políticos internos. Aunque siempre se tiene presente, esta preocupación rara vez se admite en el área de política extranjera, donde el mito reinante es el de que este tipo de cálculos no forman parte del arte de gobernar. Otras deliberaciones y decisiones que nunca se escriben son las referentes al uso de la amenaza nuclear y los riesgos inherentes a la misma, los sobornos a gobiernos extranjeros, las conspiraciones para cometer asesinatos políticos, los golpes de estado

contra otros gobiernos, la financiación de escuadrones de la muerte, torturadores y terroristas, el apoyo a masacres y las conexiones con el crimen organizado y el tráfico de drogas. De acuerdo con Ellsberg, la mayoría de estas ocultaciones no pretenden proteger operaciones cara al enemigo extranjero, sino evitar su difusión pública, limitar los costes políticos o eludir la persecución criminal.<sup>78</sup>

## **Escuchando a la mayoría silenciosa**

Si gran parte de la historia la escriben los vencedores, ¿quién habla entonces en nombre de la mayoría silenciosa? A través de los siglos han sido escasos los que hayan contado su gloria y su miseria; pocos los que tomaran nota de esas almas oscuras que lloraron por los seres queridos perdidos en guerras famosas, de esos pueblos pacíficos destruidos por el holocausto del conquistador, de esas mujeres con el corazón destrozado a causa de los saqueos militares y los violadores.

Fue Cesar, y no aquellos a los que venció, quien escribió la Guerra de las Galias.<sup>79</sup> Podemos leer muchas cosas sobre la grandeza de Carlomagno, pero ¿quién contó las miserias del pueblo que Carlomagno esclavizó en las minas? Hay gran cantidad de libros que nos hablan de las hazañas de Dario el Grande, Alejandro el Grande, Catalina la Grande, Pedro el Grande, Federico el Grande y otros grandes parecidos, cuyas proezas mayores fueron la explotación y eliminación de esforzados pueblos. Pocos han sido los cronistas que han registrado cómo cambiaron el curso de la historia las mujeres y hombres que crearon las técnicas y habilidades de nuestra civilización; aquellos que desarrollaron la agricultura y diseñaron los primeros carros, las artes de pesca, los primeros telares, los tornos y los hornos, que cultivaron los primeros huertos, viñedos y jardines, que descubrieron

el uso de las hierbas medicinales, que inventaron la palabra escrita, los cálculos aritméticos y los instrumentos musicales, aquellos que hicieron lo que Thorsten Veblen llamó “el trabajo de la civilización”.<sup>80</sup> A alguno de ellos lo recuerda Bertolt Brecht en su poema “Preguntas de un trabajador que lee”:

¿Quién construyó las siete puertas de Tebas?  
Los libros están llenos de nombres de reyes.  
¿Fue un rey quien llevó los pesados bloques de piedra?  
Y Babilonia, tantas veces destruida,  
¿quién volvió a levantarla cada una de esas veces?  
¿En cuál de las casas de Lima en las que brilla el oro, vivieron aquellos  
que las construyeron?  
La tarde en la que la Muralla China quedó terminada,  
¿dónde se habían ido los obreros?...  
Felipe de España lloró cuando se hundió su flota.  
¿No había nadie más por quien llorar?  
Federico el Grande ganó la Guerra de los Siete Años.  
¿Quién la ganó con él?...  
Una victoria en cada página,  
¿Quién cocinó para el banquete de esa victoria?  
Un gran hombre cada diez años.  
¿Quién pagó el precio?...

Darle al pueblo lo que se merece es algo más que reconocer su penoso trabajo para la sociedad. Es reconocer que la gente corriente ha sido la fuente de la mayoría de las contribuciones positivas que han hecho la vida tolerable e incluso posible. A los príncipes y presidentes, plutócratas y primeros ministros, les debemos los horrores de la guerra y la conquista, las tecnologías del control y la destrucción y la apropiación rapaz que ha enriquecido a unos pocos y empobrecido a la mayoría. Son las luchas de la

gente corriente las que nos han dado las mejoras sociales y la democracia que tenemos.

Una historia de la gente corriente nos daría (a) el conocimiento de los crímenes de las clases dirigentes, muchos de los cuales se han ignorado e incluso alabado por parte de los historiadores de la corriente principal y (b) un conocimiento completo de cómo el pueblo ha luchado en cada época contra la opresión, un tema que los historiadores de la corriente principal raras veces mencionan, excepto de pasada o para desaprobarlo.<sup>81</sup>

El aburguesamiento de la historia tiene lugar antes de que sea escrita, en el punto de origen. Los documentos públicos y personales y los informes de noticias se desvían siempre en la dirección de la clase más alta, y están escritos por aquellos que tienen la educación, la autoridad y el tiempo para hacerlo. En su estudio sobre las luchas de las mujeres del sur, Anne Firor Scott señala: "Este libro tiene que ver sobre todo con las mujeres que dejaron huella en la historia, lo que significa las mujeres educadas y de familias ricas. En aquellos tiempos las mujeres de los pequeños granjeros y las esclavas vivían, criaban niños, trabajaban duro y morían, dejando pocas huellas para el historiador que venía después."<sup>82</sup>

Aunque este es casi siempre el caso, no es completamente cierto. Existen registros históricos que incluyen algo más que los pensamientos y los hechos de los poderosos. Sin duda es más fácil localizar los documentos que estos han dejado. Ciertamente los periódicos, que eran propiedad de miembros de su clase, otorgaron a los individuos de buena posición un grado de atención que rara vez era similar al dedicado a los de situación inferior (como sigue ocurriendo hoy día). Pero la información sobre la mayoría silenciosa la podemos encontrar entre los documentos de los propios opresores. Como Herbert Aptheker nos recuerda, leyendo entre líneas se pueden obtener datos reveladores a partir de las cuentas de las plantaciones, las actas de los tribunales, los archivos de las prisiones, los informes

de la policía, periódicos, cartas y diarios. Además los trabajadores, incluidas las mujeres afroamericanas, que presumiblemente eran las más oprimidas, tenían docenas de organizaciones y dejaron evidencias de sus impresionantes luchas.<sup>83</sup>

Respecto a las luchas en Inglaterra durante el período Tudor-Stuart (1485-1688), Christopher Hill nos dice que los pobres e incultos no dejaron muchas evidencias escritas, por lo que investigó sus actos y sus ideas a partir de representaciones populares, literatura del estilo de *Pilgrim's Progress*, folklore oral sobre Robin Hood y cosas similares. También se puede detectar algo de lo que hizo la gente común a través del estudio de cartas, charlas y declaraciones oficiales de la alta burguesía, la nobleza y el clero.<sup>84</sup>

Un ejemplo de cómo la conciencia política de las masas se puede reflejar en los archivos de los opresores, lo encontramos en los miles de ficheros acumulados por la policía secreta en la Italia de Mussolini, que revelan la gran oposición al fascismo. Los informes de la policía sobre hechos sospechosos en fábricas y barrios, los panfletos que circulaban secretamente, los actos aislados de sabotaje y las pintadas sobre edificios públicos e incluso paredes de retretes, apoyando a Lenin y a Stalin y mostrando la hoz y el martillo, todo ello registrado de forma velada por la policía, nos dan una imagen completamente diferente de Italia bajo el fascismo, y ayudan a explicar el importante papel jugado por el partido comunista italiano durante la guerra de los partisanos y después la Segunda Guerra Mundial.<sup>85</sup>

Aunque frecuentemente se asume que la gente trabajadora fue demasiado inculta para dejar documentos escritos, de hecho a principios del siglo XIX, con el trabajo de agencias de ayuda, hubo en Inglaterra una creciente comunicación escrita entre grupos de la clase trabajadora. También se asume que las vidas de la gente corriente eran demasiado grises como para merecer que quedaran registradas, o que ellos carecían del tiempo

suficiente para dedicarlo a trabajos literarios. Sin embargo, “periódicos intermitentes, autobiografías escritas durante un período de años y, a menudo, hacia el final de la vida, son bastante frecuentes”, según nos informa John Burnett. “La gente trabajadora que deseaba escribir, encontraba tiempo y energía para hacerlo a última hora en la noche, los domingos y los raros días de fiesta, en los períodos de desempleo y en la vejez”. “Pero sigue siendo cierto”, añade Burnett, “que los registros directos, personales, de la gente trabajadora no han sido considerados como una fuente importante de datos históricos, y que el campo de este tipo de materiales permanece casi inexplorado”.<sup>86</sup>

Todo esto nos habla de la cuestión de cómo los registros históricos los realizan fuerzas que a menudo están fuera del alcance del historiador. Estas fuerzas potentes también impactan directamente sobre los propios historiadores, como veremos en el siguiente capítulo.

## NOTAS

1. Henry Charles Lea, *The Inquisition of the Middle Ages: Its Organization and Operation* (Nueva York: Citadell Press, 1961), 119-120.
2. Lea, *The Inquisition of the Middle Ages*, 120.
3. El nombre de la familia de Jeanne era d'Arc. Su padre fue Jacques d'Arc, su madre Isabelle d'Arc. Cambiar Jeanne d'Arc por “Joan of Arc” sería como cambiar Alexis de Tocqueville por “Alex of Tocqueville”,
4. Régine Pernoud, *Joan of Arc: By Herself and Her Witness* (Nueva York: Stern y Day, 1982), 160-162.
5. Pernoud, *Joan of Arc*, 221.

6. Pernoud, *Joan of Arc*, 179, 196, 212-214 y André-Marie Gerard, *Jeanne, la mal jugée* (París: Bloud et Gay, 1964), 324.
7. Gerard, *Jeanne, la mal jugée*, 320-331 ; Pernoud, *Joan of Arc*, 261-268. El Tribunal de Rehabilitación lo mencionan algunos como Tribunal de Reivindicación: ver Daniel Rankin y Claire Quintal en su acotación a *The First Biography of Joan of Arc, With the Chronicle Record of a Contemporary Account* (Pittsburg: University of Pittsburg Press, 1964), 4.
8. Pernoud, *Joan of Arc*, 214-215 ; Gerard, *Jeanne, la mal jugée*, 329-330.
9. Pernoud, *Joan of Arc*, 167-169.
10. "Un grand seigneur anglais qui tenta de la prendre par force": Gerard, *Jeanne, la mal jugée*, 332 ; también Pernoud, *Joan of Arc*, 218-220.
11. Pernoud, *Joan of Arc*, 263.
12. "El trabajo se hizo muy a fondo y después de eso, del cargo de herejía no quedó nada": Pernoud, *Joan of Arc*, 268.
13. Filippo Tamburini, *Santi e Peccatori: Confessioni e Suppliche dai Registri della Penitenzieria dell'Archivio Segreto Vaticano, 1451-1586* (Milán: Instituto di Propaganda Libreria, 1995).
14. Daniel Wakin, "Vatican Stirred Up Over Book on Clerical Sins", San Francisco Chronicle, 25 de marzo de 1995.
15. Denis Winter, *Haig's Command: A Reassessment* (Nueva York: Viking, 1991), 95, 110-113. Winter encontró mucha documentación en Australia y Canadá que confirmaba el número más alto de bajas, demostrando que los archivos británicos se habían falseado, lo que tampoco quiere decir que los archivos canadienses y australianos fueran puros y sin distorsiones. Para un intento reciente de dar una visión completa de este asunto, ver Robin Prior y Trevor Wilson, *Passchendaele: The Untold Story* (New Haven: Yale University Press, 1996).
16. William Langer, *An Encyclopedia of World History*, 5ª edición. (Boston: Houghton Mifflin, 1980), 960. Fiándose de fuentes británicas, otro trabajo informativo estima sólo 244.897 muertos y heridos en Passchendaele: John Ellis, *Eye-Deep in Hell: Trench Warfare in World War I* (Nueva York: Panteón Books, 1976), 95.
17. Winter, *Haig's Command*, 3-4; específicamente, ver 225-257 y 303-315.
18. Winter, *Haig's Command*, 225-257.

19. Alan Clark, *The Donkeys* (Los Asnos) (Londres: Pimlico, 1991, originalmente 1961), 17-18, 22. El título peculiar del libro de Clark está tomado de una conversación entre el Mariscal de Campo Ludendorff, que dijo que “los soldados ingleses luchaban como leones” y el General Hoffman, que le replicó: “Cierto. Pero esos leones están dirigidos por asnos”. También John Laffin, *British Butchers and Bunglers of World War One* (Rendón: International Publishers Marketing, 1996), documentos de cómo los ineptos generales británicos enviaron repetidamente a las tropas a su destrucción durante la Primera Guerra Mundial.
20. Winter, *Haig's Command*, 247,307-308.
21. Winter, *Haig's Command*, 241-243.
22. Winter, *Haig's Command*, 239, acotando a Maurice Hankey.
23. Winter, *Haig's Command*, 5.
24. Carroll Quigley, *The Anglo-American Establishment* (Nueva York: Books in Focus, 1981), 197 y xi.
25. Carroll Quigley, *Tragedy and Hope: A History of the World in Our Time* (Nueva York: MacMillan, 1996); también la discusión en Daniel Brandt, “Philantrophists at War”, *NameBase NewsLine*, n° 15 (Octubre-Diciembre de 1996), 1-2.
26. Patricia Brodsky, “Germany Report: The Selective War on History”, (*Progressive Clearinghouse Bulletin* 5 1998): 13, comentando un artículo de Klaus Hartung en *Die Zeit* (Hamburgo), 7 de noviembre de 1997.
27. Brodsky, “Germany Report: The Selective War on History”, 13-14.
28. Brodsky, “Germany Report: The Selective War on History”, 14. Estos acontecimientos los ha documentado en gran detalle Monika Zorn (ed.), *Hitlers zweimal getötete Opfer: Westdeutsche Endlösung des Antifaschismus auf dem Gebiet der DDR* (Las víctimas que Hitler mató dos veces: La solución final de Alemania Occidental para el antifascismo en el territorio de la República Democrática Alemana) (Friburgo: Ahriman Verlag, 1994).
29. Richard J. Evans, *In Hitler's Shadow: West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past* (Nueva York: Pantheon Books, 1989), 11-14.
30. Para considerar las simpatías pro-nazis de los tribunales de la República Federal: Ingo Müller, *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1991), 201-298.

31. Por ejemplo, Werner Maser, *Hitler: Legend, Myth & Reality* (Nueva York: Harper & Row, 1973).
32. *The Goebbels Diaries 1939-1941*, citados en Evans, *In Hitler's Shadow*, 46. Ernest Nolte produjo un texto central: *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945: Nationalsozialismus und Bolschewismus* (Frankfurt, 1987), resumido y comentado por Evans, 27.
33. Ver mi *The Sword and the Dollar: Imperialism, Revolution, and the Arms Race* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989), 141; para comentarios adicionales sobre el nazismo, ver mi *Blackshirts and Reds: Rational Fascism and the Overthrow of Communism* (San Francisco: City Lights Books, 1997), 1-22.
34. Evans, *In Hitler's Shadow*, 57-91.
35. Ver también la discusión crítica de Nolte y Fest en Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory* (Nueva York: Plume/Penguin, 1994), 211-215.
36. Por ejemplo, John Lewis Gaddis, "The Tragedy of Cold War History", *Foreign Affairs* (Enero/Febrero de 1994): 142-154 y Douglas J. MacDonald, "Communist Bloc Expansion in the Early Cold War: Challenging Realism, Refuting Revisionism", *International Security* (Invierno 1995/96): 152-188.
37. Melvyn P. Leffler, "Inside Enemy Archives: The Cold War Reopened", *Foreign Affairs* (Julio/Agosto 1996): 120-135.
38. Leffler, "Inside Enemy Archives: The Cold War Reopened", 122, 129-131; también William A. DePalo Jr., "Cuban Internationalism: The Angola Experience, 1975-1988", *Parameters* 23 (Otoño 1993): 61-74 y Hope M. Harrison, "Ulbricht and the Concrete Rose: New Archival Evidence on the Dynamics of Soviet-East German Relations and the Berlin Crisis, 1958-1961", *Cold War International History Project Working Paper N° 5*, Woodrow Wilson International Center, 1993, citado por Leffler, 130.
39. Leffler, "Inside Enemy Archives: The Cold War Reopened", 122-123.
40. Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev* (Cambridge, Mass.: Harvard university Press, 1996), 74, 125 y 276-277; Sergei Goncharov, John Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao and the Korean War* (Stanford: Stanford University Press, 1993).
41. Theodore Roscoe, *The Web of Conspiracy: The Complete Story of the Men Who Murdered Abraham Lincoln* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall. 1959, 1960), ix.

42. David Rudenstine, *The Day the Presses Stopped: A History of the Pentagon Papers Case* (Berkeley: University of California Press, 1996); también R.W. Apple Jr., "25 Years Later, Lessons From the Pentagon Papers", *New York Times*, 23 de junio de 1996.
43. Oficina de Vigilancia para la Seguridad de la Información, Informe al Presidente (Washington D.C.: Administración Nacional de Archivos, 1995 y 1996); Orden Ejecutiva 12829, "Programa de Seguridad Nacional Industrial", Registro Federal, vol. 58, n° 5, 8 de enero de 1993; Oficina de Dirección y Presupuestos, "Oficina de Vigilancia para la Seguridad de la Información; Información Clasificada de la Seguridad Nacional" 32 CFR Part 2001, Registro Federal, vol.60, n° 198, 13 de octubre de 1995.
44. Oficina de Vigilancia para la Seguridad de la Información, Informe al Presidente, 1995, 1 y *Washington Post*, 15 de mayo de 1994. Alrededor del 80% de los costes de clasificación corresponden a facturas de contratistas de la industria de defensa.
45. Orden Ejecutiva 12958, "Información clasificada de la Seguridad Nacional", Registro Federal, vol.60 n° 76, 20 de abril de 1995 y *New York Times*, 26 de marzo de 1994.
46. *New York Times*, 5 de abril de 1996.
47. Dennis Effle, "*The Second Crucifixión of Oliver Stone*", *Probe*, 22 de mayo de 1995: 13-14.
48. Sobre Reuther, ver la pieza de investigación que escribí junto con Peggy Karp: "*The Wonderful Life and Strange Death of Walter Reuther*", en mi *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996), 192-207.
49. Los documentos sobre Reuther me los proporcionó William Gallagher, periodista de investigación de WJBK-TV, Detroit, quien los obtuvo bajo el Acta de Libertad de la Información. Los de Oswald, suministrados por el investigador Peter Dale Scott, fueron reproducidos por *Open Secrets* (publicación de la Asociación sobre Asesinatos Políticos, Washington D.C., enero de 1995, 7.
50. Herbert Mitgang, *Dangerous Dossier: Exposing the Secret War Against America's Greatest Authors* (Nueva York: Donald I. Fine, 1998).
51. Los comentarios de Arango Escobar, *Prensa Libre*, los de Mack, *New York Times*, 9 de agosto de 1996; ver también *Guatemala News e Information Bureau*, julio de 1998.
52. "*Guatemala, Memory of Silence*", informe de la Comisión para la Clarificación Histórica, Guatemala City, 25 de febrero de 1999 y *New York Times*, 26 de febrero de 1999.
53. David Corn, "*Secrets From the CIA Archives*", *Nation*, 29 de noviembre de 1993, 660. Corn resume un número de atrocidades de la CIA reveladas tras la liberación de 500.000 páginas referentes al asesinato de John F. Kennedy.

54. *New York Times*, 29 de mayo de 1997; Stephen Schlesinger, "The CIA Censors History", *Nation*, 4 de julio de 1997, 20-21 y Eric Alterman, "The CIA's Fifty Candles", *Nation*, 6 de octubre de 1997, 5-7.
55. R.J. Lambrose, "The Abusable Past", *Radical History Review*, primavera 1992, 152.
56. *New York Times*, 8 de abril de 1996.
57. Ver la discusión sobre "Los principales metodos del imperialismo", en mi *The Sword and the Dollar* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989), 37-62 y en mi *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995) 23-30.
58. *New York Times*, 20 de mayo de 1997.
59. *New York Times*, 8 de abril de 1996.
60. Escribiendo en el *New York Times*, 8 de abril de 1996, Tim Weiner ve un choque de culturas entre los frios guerreros de la CIA y los historiadores de mentes abiertas.
61. *New York Times*, 8 de abril de 1996.
62. Peter Kornbluh piensa que si se descubrieran más cosas de la operación de la Bahía de Cochinos " la CIA se vería en un aprieto". Ver su "The CIA's Cuban Cover-up", *New York Times*, 16 de abril de 1996.
63. Como argumentó una agencia oficial en el *New York Times* del 20 de mayo de 1997.
64. *New York Times*, 23 de febrero de 1999.
65. Sobre la conexión contra-CIA-drogas, ver Peter Dale Scott y Jonathan Marshall, *Cocaine Politics: Drugs, Armies, and the CIA in Central America* (Berkeley: University of California Press, 1991); también Jonathan Marshall, Peter Dale Scott y Jane Hunter, *The Iran-contra Connection* (Boston: South End Press, 1998), 34-47, 64-68, 134-139; *Christian Institute Special Report, The Contra Drug Connection* (Washington D.C.), noviembre 1987; "Is there a Contra Drug Connection?" *Newsweek*, 26 de enero de 1987 y *New York Times*, 20 de enero de 1987. El presidente Reagan admitió tener total conocimiento de la venta de armas a Irán, pero dijo que no tenía ni idea de lo que ocurría con el dinero producto de esas ventas. Le pidió al público que creyera que unos actos ilegales de tal magnitud los llevaba a cabo personal subordinado, entre ellos su propio Consejero Nacional de Seguridad, sin consultar con él para nada. En declaraciones posteriores, sus subordinados dijeron que Reagan había jugado un papel muy activo en todo este asunto.

66. *Report of the Congressional Committees Investigating the Iran-Contra Affair* H.-Rep. 100-443, S-Rep. 100-216, 100th Congress, 1ª sesión (Washington, D.C.: Government Printing Office, 1987).
67. Jack Colhoun, "White House Losses Evidence", *Guardian*, 23 de marzo de 1992 y Stephen Pizzo con Mary Fricker y Kevin Hogan, "Shredded Justice", *Mother Jones*, enero/febrero 1993, 17.
68. *New York Times*, 28 de noviembre de 1995. Al menos una persona altamente situada en el FRAPH alardeó de sus conexiones con las agencias de inteligencia americanas.
69. En 1996, el historiador Stanley Kutler ganó finalmente una batalla legal que prometía alcanzar la total liberación de las horas que quedaban, aunque no hubo una sentencia firme. Kutler mantenía que las cintas revelarían una historia muy diferente de las "memorias a la carta" del presidente Nixon y sus antiguos ayudantes: *New York Times*, 13 de abril de 1996.
70. *Washington Post*, 11 de agosto de 1998.
71. Dennis Effle, "The Second Crucifixión of Oliver Stone", *Probe*, 22 de mayo de 1995: 13.
72. Ronald Kessler, "History Deleted", *New York Times*, 30 de abril de 1996.
73. Edmund Morris, "A Celebration of Reagan, What the Presidential Library Reveals About the Man", *New Yorker*, 6 de febrero de 1998, 48 y 54.
74. Mike Wallace, *Mickey Mouse History and Other Essays on American Memory* (Philadelphia: Temple University Press, 1996), 24-25. Gracias a los esfuerzos de los historiadores públicos, los museos industriales últimamente han cambiado su enfoque desde los objetos industriales y los patrones a las luchas y contribuciones de las clases trabajadoras: 88.
75. Wallace, *Mickey Mouse History and Other Essays on American Memory*, 134-174.
76. Carta dirigida a mí por Edward L. Remais, del comité para la fundación de una Asociación para el Estudio de la República Española y la Guerra Civil Española, en mayo de 1997. Los mismos sesgos podemos encontrarlos en otras culturas políticas burguesas. Así en Italia podemos encontrar muchas estatuas de emperadores pero pocas dedicadas a Gracchi u otros líderes populares de la entigüedad.
77. Daniel Ellsberg, entrevistado por Christian Parenti y por mí, Kensington, California, 8 de febrero de 1999.
78. Entrevista a Ellsberg, 8 de febrero de 1999.

79. De acuerdo con Plinio el viejo, las guerras de Cesar costaron 1.192.000 vidas, lo que puede explicar por qué Cesar no da cifras de víctimas en sus escritos. La cifra de Plinio es lo bastante precisa como para creer que se acerca a la verdad. Sin embargo, las bajas debieron ser bastante más elevadas: Plinio, *Natural History* VII. 91-92.
80. No se puede negar que la historia de la corriente principal nos ha suministrado datos valiosos sobre la vida social a lo largo de las diferentes épocas; por ejemplo, Henri Pirenne, *Economic and Social History of Medieval Europe* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1937); Edmund Morgan, *The Puritan family: Religion and Domestic Relations in 17th Century New England* (Nueva York: Harper and Row, 1996) y Peter Laslett, *The World We Have Lost: England Before the Industrial Age*, 2nd ed. (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1971).
81. El interés público en la historia de la gente y en los puntos de vista alternativos en general, se puede medir por la popularidad de trabajos tan valiosos como los de Howard Zinn, *A People's History of the United States* (Nueva York: Harper & Row, 1996) y James W. Loewen, *Lies My Teacher Told Me* (Nueva York: New Press, 1995).
82. Anne Firor Scott, *The Southern Lady: From Pedestal to Politics, 1830-1930* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), xi.
83. Herbert Aptheker, *Racism, Imperialism, & Peace: Selected Essays by Herbert Aptheker*, editado por Marvin Berlowitz y Carol Morgan (Minneapolis: MEP Publications, 1987), 130-131. Tera W. Hunter recupera algunas de las voces de las masas afroamericanas rebuscando en fuentes poco favorables: ver su *To Joy My Freedom: Southern Black Women's Lives and Labors After the Civil War* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997). Ver también Jesse Lemisch, "Listening to the Inarticulate: William Widge-r's Dream and the Loyalties of American Revolutionary Seamen in British Prisons". *Journal of Social History* 3 (otoño 1969): 1-29. Lemisch ha hecho otras contribuciones importantes a la "historia desde su fondo"; ver Jesse Lemisch, "The Radicalism of the Inarticulate: Merchant Seamen in the Politics of Revolutionary America", en Alfred F. Young (ed.), *Dissent: Explorations in the History of American Radicalism* (De Kalb: Northern Illinois University Press, 1968), 37-82 y su "The American revolution Seen From the Bottom Up", en Barton J. Bernstein (ed.), *Towards a New Past: Dissenting Essays in American History* (Nueva York: Vintage 1969), 3-45.
84. Christopher Hill, *Liberty Against the Law: Some Seventeenth Century Controversies* (Londres y Nueva York: Penguin/Allen Lane, 1996) y Christopher Hill, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution* (Harmondsworth, Middlesex y Nueva York: Penguin, 1972, 1975).

85. Franco Andreucci, "Subversiveness and anti-Fascism in Italy", en Raphael Samuels(ed.), *People's History and Socialist Theory* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1981), 199-204.
86. John Burnett (ed.), prefacio a *Annals of Labour: Autobiographies of British Working-Class People 1820-1920* (Bloomington & Londres: Indiana University Press, 1974), 9-10.



## TRAS LOS PASOS DE RANKE

Durante siglos, escribir historia ha sido la dedicación favorita de abogados, clérigos, hombres de negocios y gentes de fortuna. Hubo escribas de corte que dieron fe de los acontecimientos de forma que agradara a sus monarcas. Y hubo caballeros historiadores aficionados que escribieron para caballeros lectores. Hasta mediados del siglo XIX casi no había profesores de historia en las universidades de los Estados Unidos. En 1884, año en que se organizó la Sociedad Histórica Americana, no había más que quince profesores y cinco profesores adjuntos que enseñaran exclusivamente historia; otros combinaban la historia con las ciencias políticas, la filosofía u otras materias. En ese tiempo, el crecimiento de la sociedad industrial trajo consigo el incremento de la población estudiantil y la correspondiente profesionalización de las disciplinas académicas, incluida la historia.<sup>1</sup> En 1895, año de fundación de la Revista Americana de la Historia, había unos cien profesores de historia con dedicación exclusiva, la mitad de los cuales había estudiado en una universidad alemana. “La profesionalización de la historia significó una transformación gradual del historiador, de caballero intelectual a profesor intelectual, que se ganaba el apoyo que recibía según la enseñanza que impartía”.<sup>2</sup> Hoy los escribas de

los monarcas han desaparecido, pero otros continúan prestando sus servicios como historiadores de corte.

## **El servidor de su majestad**

Uno de los más renombrados historiadores europeos del siglo XIX fue Leopold von Ranke, cuya aversión a la revolución popular y devoción por el absolutismo le hicieron ganar el favor de los monarcas germanos. Ranke vio la revolución de 1830 como el inicio de una serie de rebeliones populares que amenazarían a la institución monárquica en toda Europa. Creía que Europa era la región que Dios había elegido para el desarrollo de la única religión verdadera, el cristianismo, y que la monarquía era su mejor protector. En 1831 decidió editar un diario político patrocinado por el gobierno prusiano. Dos años más tarde, siendo ya profesor de la Universidad de Berlín, lanzó una serie de ataques en el periódico contra el liberalismo, incluidas las “ideas peligrosas” de la Revolución Francesa. Ranke no tenía nada que decir en defensa de los derechos individuales. Se opuso a una constitución para Prusia y a la implantación de un parlamento prusiano, sin importarle lo limitados que fueran sus poderes.<sup>3</sup>

Para Ranke la historia tenía que estar basada objetivamente en hechos, y los hechos reflejados en documentos. Pero como los documentos los producía principalmente el estado, “la historia objetiva basada en datos” tendía a ser la historia refractada a través de las lentes oficiales, totalmente conveniente para las predilecciones conservadoras de Ranke. Lord Acton consideró a Ranke un académico de gran altura, “casi el Colón de la historia moderna”. Sin embargo, incluso Acton señaló que Ranke conectaba más con las relaciones movedizas de los gabinetes y las facciones que con las fuerzas más amplias que hacían la historia.<sup>4</sup>

En 1841, el rey Federico Guillermo IV de Prusia nombró a Ranke historiador oficial del estado prusiano. Como consecuencia, Guillermo le hizo su consejero personal y miembro del Consejo de Estado. Otro admirador real de Ranke, Maximiliano II de Baviera, le ofreció un puesto en la Universidad de Munich, que él rechazó, y entonces le nombró presidente de la Comisión Histórica de la Academia Bávara de Ciencias, entidad de nueva creación. Con el apoyo financiero que recibió del gobierno bávaro, la comisión creó una institución para el estudio de la historia alemana, que después apoyó la publicación del *Historische Zeitschrift*, primer diario sobre la profesión histórica hasta el día de hoy.<sup>5</sup>

Lo que resulta evidente de todo esto es que los monarcas germanos de la época de Ranke se tomaban la historia muy seriamente. Financiaron cátedras, comisiones, periódicos y sociedades profesionales, teniendo buen cuidado de que estuvieran dirigidos por caballeros que compartieran sus propios puntos de vista sobre cómo había que contar el pasado y el presente.

De los Estados Unidos le llegaron a Ranke honores adicionales. En 1885, sin dejarse influir por sus sentimientos antidemocráticos, los caballeros historiadores de la recientemente formada Asociación Americana de Historia eligieron a Ranke como su primer miembro honorario, con ocasión de lo cual George Bancroft se refirió a él como “padre de la ciencia histórica” y “el historiador más grande de Alemania”.<sup>6</sup>

Coexistiendo con conservadores como Ranke en la profesión de historiadores dentro de Alemania hubo algunos liberales y demócratas, pero no tuvieron recompensas tan grandes, ni sus obras tuvieron la misma difusión, ni tampoco disfrutaron de cargos del estado, de sociedades honoríficas o puestos académicos. Podemos mencionar el caso de Theodore Mommsen, contemporáneo de Ranke. Al principio de su carrera, y por recomendación de su maestro Otto Jahn, del Ministerio de Cultura de

Sajonia, Mommsen fue nombrado profesor de leyes en la Universidad de Leipzig. Después de dos años fue despedido por sus ideas demócratas, junto con su mentor Jahn y otro profesor, Moritz Haupt. Esto ocurrió durante la época de represión posterior a la revolución de 1848, cuando el gobierno quiso purgar de disidentes la universidad. Mommsen pudo sobrevivir en su profesión trasladándose a Suiza, a invitación de la Universidad de Zurich, una institución menos asediada.<sup>7</sup> En 1881 fue elegido para el Reichstag y se fue haciendo cada vez más liberal según se hacía viejo. Gran parte de su vida política activa se desarrolló después de haber ganado una buena reputación como historiador de la antigüedad, lo que explica cómo consiguió sobrevivir en su juventud y su madurez dentro de su profesión académica.<sup>8</sup>

Dentro de la profesión de historiador en Alemania hubo algunos hegelianos de izquierdas, como el famoso Wilhelm Zimmermann, cuyo trabajo sobre el campesinado alemán fue un clásico de la historia radical durante un siglo, sirviendo de base para el libro de Engels sobre el mismo tema. Apenas editado en 1841, el primer volumen fue prohibido en Baviera y en Württemberg. No mucho después de su intervención en los levantamientos de 1848, Zimmermann fue expulsado de su puesto como profesor en el Karlsruhe Polytechnic y vivió el resto de su vida en un pueblo apartado, cerca de Stuttgart, en marcado contraste con la vida regalada de Ranke.<sup>9</sup>

En los años 30 y 40 del siglo XIX, cuando la política era un asunto demasiado peligroso para un debate abierto, los jóvenes hegelianos se dedicaron a temas teológicos y filosóficos.<sup>10</sup> Pero dados los estrechos lazos entre la iglesia y el estado en Alemania, se sospechaba que un movimiento de crítica religiosa podía cristalizar en una oposición política. Por tanto no es raro que Federico Guillermo IV, el mismo monarca que concedió tantos honores a Ranke, quisiera, según sus propias palabras, “cortar de raíz la semilla de dragón del hegelianismo”.<sup>11</sup>

Una víctima de la represión de Guillermo fue Bruno Bauer, al que se privó de su puesto de profesor a causa de sus puntos de vista filosóficos poco ortodoxos, incluyendo sus críticas a los Evangelios y su negación de la historia de Cristo. Otra víctima fue Arnold Ruge, que fue expulsado de su puesto de profesor después de haber rechazado una cátedra. También estaba Karl Marx, que fue compañero de Bauer y de Ruge. Aunque dotado de una formación doctoral y unas capacidades excelentes, Marx nunca puso un pié en la universidad.<sup>12</sup>

En Inglaterra, por supuesto, “la intelligentsia de la universidad, desde el principio, estuvo copada por las clases dirigentes”, que fueron entrenadores de los cuadros oficiales del país y de las colonias.<sup>13</sup> Sin embargo, aquí y allá podemos encontrar algún historiador lo suficientemente iconoclasta como para que su carrera tuviera un final triste. Podemos mencionar el famoso caso de Thorold Rogers, que trabajó desde los años 1860 a los 1890 en una monumental historia social y económica, cuya versión resumida sirvió como texto para el movimiento socialista hasta bien entrado el siglo XX.<sup>14</sup> Aunque con frecuencia introducía comentarios poco amistosos sobre el socialismo y sus escritos, Rogers apoyó la huelga de los granjeros y levantó su voz contra los conservadores, hasta el punto de que tuvo que abandonar su puesto de profesor en Oxford.<sup>15</sup>

Igual que en la Alemania monárquica y en la aristocrática Gran Bretaña, ocurrió en la republicana América: reconocidos radicales tuvieron una mínima supervivencia en puestos académicos. Por ejemplo, Daniel DeLeon, que obtuvo un preciado puesto en la recientemente inaugurada Escuela de Ciencias Políticas del Columbia College en 1882. Elegido presidente de la Academia de Ciencias Políticas en 1884/85, DeLeon parecía lanzado a una carrera prometedora. Pero un día, mientras estaba sentado con algunos de sus colegas, una manifestación de trabajadores irrumpió en la calle debajo de sus ventanas. Celebraban su victoria después de una dura huelga en la que habían sido maltratados por los empresarios y la policía. Al acercarse

a la ventana para observar la manifestación, los colegas de DeLeon expresaron tal desprecio por los trabajadores que eso le enfureció. Al poco tiempo DeLeon dio su apoyo a Henry George, abogado radical a quien los sindicatos apoyaban para alcalde de Nueva York. Empezó hablando públicamente a favor de George, identificándose como “Profesor DeLeon, del Columbia College”. El presidente Barnard, apoyado por los funcionarios de Columbia, actuó rápidamente para terminar con ese “desafuero” de asociar el nombre de su institución a la “monstruosa agitación” que amenazaba con “derribar la estructura de la sociedad civilizada”.<sup>16</sup>

Columbia era un pilar del orden establecido, preparando a los jóvenes para puestos de responsabilidad en el mundo financiero y legal y los estamentos superiores del gobierno. Las actividades políticas de DeLeon impidieron que fuera un miembro permanente del cuadro académico de Columbia.<sup>17</sup> Aunque había demostrado considerable habilidad como becario y como pedagogo, no se le ofreció el puesto de catedrático, como normalmente debería haber sucedido. En 1889, asqueado, dejó la facultad.<sup>18</sup>

En el siglo XX en los Estados Unidos fueron despedidos gran número de profesores radicales. Entre las víctimas más conocidas están E.A. Rose, Scott Nearing, Edward Bemis y Paul Baran. Merece mención especial el caso de Thorstein Veblen. Aunque su formación formal fue en económicas, Veblen se dedicó a la historia de la burguesía y las ciencias sociales, que consideraba como algo más que una apología del sistema político-económico existente. Se dice que su estilo de vida personal, incluido un divorcio tormentoso y sus relaciones ilícitas con varias mujeres, fueron la causa de su agitada carrera académica. Uno de sus editores pone las cosas en su sitio, afirmando que lo que deterioró la carrera académica de Veblen “no fue tanto su *ménage* inestable como sus peligrosos pensamientos. No encajaba, dijeron, como profesor”. Congelaron su escaso salario y retrasaron sus promociones. A pesar de su fama, su productividad y la relativamente amplia difusión de sus escritos, sus posibilidades para puestos superiores

disminuyeron y nunca se le concedió ninguna ayuda para los proyectos que presentaba.<sup>19</sup>

En 1918 Veblen publicó *The Higher Learning in America* (La enseñanza superior en América), una crítica fulminante de la mistificación y la hipocresía que reinaban en el mundo académico. Cuando se le preguntó por un subtítulo para el libro, contestó sólo parcialmente en broma: “Un estudio de la depravación total”. En 1925, incapaces de ignorar totalmente sus grandes contribuciones académicas y su celebridad entre el público culto, la Asociación Americana de Economía ofreció a Veblen la nominación para su presidencia, un vergonzoso reconocimiento por lo tardío. Incluso entonces, la invitación llegó sólo después de acalorados choques entre los asociados. Veblen rechazó la oferta, señalando con amargura que había llegado tarde.<sup>20</sup>

## Una “profesión aristocrática”

Es cierto que la gente frecuentemente percibe la realidad, presente y pasada, de acuerdo con la posición que ocupa en el orden social, por lo que no hay ningún misterio en que la historia que nos llega tenga la perspectiva de los caballeros anglo-protestantes. Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, y hasta tiempos recientes, los departamentos de historia de las principales universidades están cubiertos por hombres, cristianos, caucásicos y de opiniones políticamente convencionales, quienes ven las luchas del mundo *de haut en bas*, sin haber conocido inseguridades económicas serias y con poca comprensión de las tribulaciones de la vida de la clase trabajadora.

Hasta 1890 muchos caballeros historiadores, en palabras de uno de ellos, “no ambicionaban ser conocidos como profesores de historia de

América”, y hacían hincapié en su formación europea y su deseo de evitar que “se les considerase como americanos provincianos”.<sup>21</sup> Relativamente pocos cursos de historia de América se ofrecían en Harvard y Yale, y ninguno en Princeton. Este esnobismo empezó a disminuir después de la guerra hispano-americana de 1898, cuando los Estados Unidos fueron reconocidos como un poder mundial por parte de las naciones europeas. Durante los siguientes cincuenta años la historia de América se convirtió en un campo cultivado más asiduamente por los profesores e investigadores.<sup>22</sup>

En los Estados Unidos, durante la primera mitad del siglo XX, un número notable de historiadores eran gente de fortuna (George Beer con el tabaco, Rodees con el hierro, Beard con la agricultura), o editores de grandes publicaciones de negocios (Oberholtzer), o escribas casi oficiales de Rockefeller y Ford (Nevins), o almirantes de la armada (Mahan y Morrison).<sup>23</sup> Uno de ellos, Rodees, señaló en términos claros que ellos concebían la historia como una “profesión aristocrática” y “como el pasado de los ricos”.<sup>24</sup> Herbert Aptheker describe a los caballeros historiadores de esa época como ultranacionalistas, chauvinistas, defensores de la supremacía blanca y elitistas de clase:

“Escribieron y concibieron la historia de la misma forma en que los jueces burgueses han interpretado y administrado tradicionalmente la ley, y por las mismas razones... Naturalmente, aquellos individuos tenían ‘una cuidadosa preocupación por preservar sus fortunas’, como un benévolo comentarista señaló al hablar de Schouler. Por supuesto, en sus libros ‘los granjeros y jornaleros aparecían raras veces’, como se dijo de McMaster. Ciertamente, alguien como Fiske detestaba a los populistas, y Rodees pensaba que los trabajadores ‘siempre eran altivos y rebeldes’, mientras que para Oberholtzer los sindicalistas eran verdaderos demonios, culpables de ‘locuras y excesos’, que convertían a ‘canallas extranjeros’ en ‘multitudes sanguinarias’.”<sup>25</sup>

Los fundadores de la profesión histórica en los Estados Unidos, escribe Mark Leff, “se definieron a sí mismos y a sus audiencias como caballeros, como intelectuales gentiles y elites sociales”, trabajando conjuntamente con la clase de los patricios “para frenar los excesos democráticos que tanto les repelían”.<sup>26</sup> No es sorprendente que Henry Adams no pudiera recordar haber oído mencionar los nombres de Karl Marx o August Comte durante sus días de estudiante en Harvard, los dos escritores radicales considerados más influyentes en su tiempo.<sup>27</sup> Como era normal, el propio Adams se convirtió en un historiador decadente de la variedad de caballeros aficionados, que lamentó las intrusiones democráticas de la sociedad de masas y la desaparición de la elegancia preindustrial.<sup>28</sup>

Algunos caballeros historiadores han sido más conservadores que otros. Samuel Flagg Bemis, por ejemplo, pregonó tan celosamente el papel de los Estados Unidos en la historia del mundo que sus estudiantes le “armaron caballero americano Flagg Bemis”. Algunos, como David Saville y Henry Steele Commager tuvieron inclinaciones liberales en algunos temas, aunque lastradas gravemente por la peor clase de prejuicios étnicos. Así, para Muzzey los indios nativos americanos manifestaban “una estupidez estólida que ningún blanco podría igualar”. La época de la Reconstrucción fue un “travestismo” para colocar a los ignorantes, superfluos y simplones esclavos sobre sus antiguos amos”; eso obligó a los gobiernos de los estados del sur a permitir que los bribones e inferiores negros dieran rienda suelta a “una indescriptible orgía de extravagancias, fraudes e incompetencias”.<sup>29</sup>

Henry Steele Commager ayudó a Samuel Eliot Morison a escribir un libro de texto de historia de América de gran éxito, que sólo tenía palabras amables para los esclavistas del Sur y un solo nombre para los cuatro millones de esclavos africanos: “Sambo, cuyos errores provocaron la cólera y las lágrimas de los abolicionistas... sufrieron menos que cualquier otra clase en el sur”. Y “la mayoría de los esclavos fueron... aparentemente feli-

ces... Habría mucho que decir de la esclavitud como situación transitoria entre la barbarie y la civilización. El negro aprendió el lenguaje de sus amos y aceptó en cierto grado su moral y sus principios religiosos”.<sup>30</sup> El libro de texto de Morison-Commager tuvo varias ediciones posteriores durante más de veinte años.

El sesgo etno-clasista del caballero historiador fue evidente desde el principio. En 1895 el primer ejemplar de la *Revista Histórica Americana* incluía una declaración de apertura de William M. Sloane, futuro presidente de la Asociación Histórica Americana de Historia: “Somos europeos de viejo cuño”, que “trajimos con nosotros desde Inglaterra, Irlanda, Escocia, Holanda, Alemania y Francia” una “forma de vida ordenada y seria” y hemos creado “una serie de instituciones americanas características”. El radicalismo de la democracia europea —que Sloane comparó desfavorablemente con la “democracia moderna y ordenada de la “América inglesa”— si no se le ponían restricciones, traería “la anarquía y la ruina” y “destruiría la grandeza de hacer y escribir la historia”.<sup>31</sup> Como muchos de sus socios, Sloane temía que las tendencias niveladoras de la democracia radical amenazaran sus privilegios profesionales y de clase y disminuyeran la calidad de vida que tenían él y los de su clase.

En los Estados Unidos, antes de la Segunda Guerra Mundial, las normas aceptadas por los patricios en la universidad “a menudo excluían de la vida académica a la gente que étnicamente era diferente del anglosajón blanco, con ascendencia protestante”<sup>32</sup>: judíos, católicos, afroamericanos, latinos y asiáticos. En la época de la posguerra el crecimiento de las inscripciones en entidades estatales y federales de educación superior, trajo consigo una diversidad más grande de etnias, clases y —en menor grado— orientación política entre los historiadores académicos. La mano de hierro anglo-patricia conservadora sobre la profesión fue perdiendo fuerza, aunque no desapareció. Y con ello llegó una mejora en la calidad de la historiografía y algunos profesores se preocuparon de que hubiera un entendi-

miento mayor de la realidad histórica de los poderes de clase y la explotación.<sup>33</sup>

Tal transición no llegó sin que los patricios lo notaran. En 1957, en Yale, como las barreras de clase y las restricciones religiosas desaparecieron en la posguerra, debido a la influencia de los jóvenes brillantes que se acogieron a los beneficios del Acta del Soldado, el jefe del departamento de historia confió sus preocupaciones al presidente de la universidad, haciéndole notar que mientras que en el programa de graduados del departamento de inglés “todavía hay un nivel de clase cultivada, profesional y de buen hacer, por contraste, el de historia parece reclamar la atención del estrato social más bajo”. Refiriéndose a los aspirantes doctorales de su propio departamento, se quejaba de que “muy pocos de nuestros candidatos son hijos de profesionales; la mayoría declaran la ocupación de sus padres como conserje, vigilante, vendedor, tendero, librero, empleado del ferrocarril, droguero, sastre, mecánico, administrativo, huevero y cosas por el estilo”.<sup>34</sup>

¿Qué tenía de malo tener historiadores que proviniesen de un “estrato social más bajo”? Dirigiendo la reunión anual de la Asociación Americana de Historia en 1962, su presidente, Carl Bridenbaugh, a su vez producto de la clase de los patricios, mencionó sus preocupaciones etno-clasistas respecto a esa “gran mutación” (en términos suyos). Sabiendo que el Acta del Soldado permitía acomodar a toda clase de personas que en tiempos pasados no hubiera podido ir al instituto, Bridenbaugh se lamentaba: “Muchos de los jóvenes practicantes de nuestra profesión, o que todavía son aprendices, son producto de una clase media-baja o tienen origen extranjero, y sus emociones a menudo van por el camino de las reconstrucciones históricas”. Con una formación urbana e influenciados por las actitudes de sus padres en el Viejo Mundo, sufrían de las “deficiencias de su entorno”. Aunque no era culpa suya, carecían de la comprensión “propia de los historiadores que habían surgido del campo o de pequeñas ciudades”.<sup>35</sup>

La referencia de Bridenbaugh a la educación urbana, a los extranjeros y a las clases bajas que estaban entrando en la profesión dejaba clara su fanática convicción, compartida por los otros miembros de la profesión, de que sólo los blancos, de clase media-alta, hombres y protestantes de las ciudades “sólidas americanas”, tenían la inteligencia adecuada y la experiencia enraizada para las complejidades divinas de la historia de América.<sup>36</sup>

Los patricios conservadores no eran los únicos que participaban de esta especie de ensalada de auto-halagos. Incluso una mente radical e independiente como la de William Appleman Williams, a menudo proclamaba que su procedencia de una pequeña ciudad del medio oeste explicaba su visión penetrante de la historia de los Estados Unidos.<sup>37</sup> Se podría argumentar igual de fácilmente que ser de una pequeña ciudad, anglo-protestante y etno-clasista es un problema más que una ventaja, cuando se intenta sondear en la variada y principalmente urbana “experiencia americana”. Un caso puntual es el de John Franklin Jameson, primer editor de la *American Historical Review*, quien, de acuerdo a su biógrafo, sintió que su “ambición por escribir sobre historia social de América se frustró a causa del disgusto obvio que sentía por las masas y por los grupos étnicos distintos al suyo”.<sup>38</sup>

Los planes de acción que comenzaron a principios de los años 70 trajeron una diversidad étnica y de género mucho mayor al mundo académico. Pero el viaje de los no graduados hasta la graduación y eventualmente a un puesto en los mejores colegios y universidades sigue siendo un proceso de socialización conservador no apto para críticos iconoclastas. Tampoco el estilo de vida cambia mucho todo eso. Como el historiador Theodore Hamerow nos cuenta:

“Ahora los descendientes del *Mayflower* o los hijos de la Revolución Americana son minoría en muchos campus. Sin embargo, de una forma latente, la vieja y gentil tradición todavía vive. El carácter de la vida académica todavía refleja las maneras de Nueva Inglaterra o de los caballeros del sur, sosegado, digno, ecuánime y ligeramente reservado. Hoy aquellos que aprenden su profesión en colegios y universidades pueden proceder de un espectro social o étnico más amplio, pero se espera que en muchas maneras se adapten a la forma de hablar y la apariencia del viejo estilo patricio. Gradualmente serán absorbidos y asimilados... El refinamiento erudito cultivado en las mejores escuelas es un componente de la vida académica, con sus maneras elegantes y su estudiosidad aristocrática. Si los fundadores de la Asociación de Historia Americana pudieran visitar un campus contemporáneo, podrían asombrarse de las complexiones morenas de algunos profesores, de los nombres con extraños sonidos célticos, latinos o semitas, pero el sabor, la atmósfera de la vida colegial les resultaría familiar”.<sup>39</sup>

## Purgando a los rojos

De los recién llegados al mundo académico a mediados de siglo, los que de lejos encontraron mayores dificultades fueron los comunistas y otros radicales. Consideremos la carrera de Herbert Aptheker, un prolífico historiador y durante la mayor parte de su vida miembro del partido comunista. Aptheker produjo excelentes trabajos sobre las revueltas de los esclavos; editó una documentada historia de los afroamericanos en siete volúmenes y los documentos de W.E.B. Du Bois. Nos describe la discriminación que encontró a los comienzos de su carrera:

“Mi título de graduado en Columbia incluía el de doctor obtenido en febrero de 1943. Previo a eso mis esfuerzos por conseguir un trabajo en

colegios de Nueva York fueron un fracaso, y la razón fue claramente política. Cuando volví de combatir en Europa y hablé con el profesor WL. Westermann sobre las posibilidades de un puesto en Columbia, me dijo gentilmente que no era posible para Columbia contratar a una persona con mis creencias políticas. Después de eso, las cartas que envié a la oficina de empleo y al departamento de historia de Columbia no tuvieron respuesta. Mis esfuerzos para conseguir un empleo continuaron durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Lo intenté en Howard, en la Universidad de Wisconsin, en Reed y en muchos otros sitios. Los departamentos mostraron su interés en contratarme en Reed, en Northern Illinois, Buffalo y otros lugares, pero siempre se producía el corte a nivel administrativo –normalmente sin ninguna comunicación escrita– aunque en Buffalo hubo una primera y entusiasta oferta del presidente y después una nota de esa misma persona, comunicándome que la administración no veía favorablemente mi nombramiento”.<sup>40</sup>

Aptheker continúa el relato de cómo posteriormente fue invitado a algún curso o lectura ocasional en diversos colegios, a veces después de largas luchas, como en la Universidad de Carolina, Chapel Hill, donde tuvo que litigar contra la universidad al ser invitado a hablar y después negársele el acceso al campus por parte de la administración, o en la Universidad de Yale, donde se le pidió que enseñara en un curso, lo que la administración inicialmente se negó luego a reconocer.<sup>41</sup>

Otro historiador prolífico pero subempleado fue Philip Foner, quien escribió y editó libros pioneros sobre historia de los trabajadores, historia afroamericana y temas similares. Foner y sus tres hermanos estuvieron entre los más de cuarenta profesores y empleados despedidos del City College de Nueva York en 1941, durante la caza de brujas anticomunista llevada a cabo por el notorio Comité Rapp-Coudert, de la legislatura del

estado de Nueva York. Hasta veinticinco años después Foner no encontró otro puesto como profesor.<sup>42</sup>

Durante los años 40 y 50, en todas las universidades de la nación a cientos de enseñantes se les negaron contratos o se les anularon los que tenían a causa de sus ideas políticas. Los que se opusieron a tales purgas fueron conminados al silencio. Muchos tuvieron que firmar humillantes “juramentos de lealtad” como requisito para mantener sus empleos. En algunos casos el FBI mantuvo una oficina en los campus, trabajando coordinadamente con la administración para revisar los expedientes de los estudiantes y profesores y reclutar espías que informaran de sus compañeros y catedráticos. De acuerdo con un estudio, William F. Buckley fue un informante habitual en los campus, al igual que Henry Kissinger. Protegido de Arthur Schlesinger Jr., Kissinger abría el correo de los estudiantes e informaba de su contenido a las autoridades federales.<sup>43</sup>

Entre los académicos de izquierdas que se las arreglaron para sobrevivir dentro del sistema universitario, muchos tuvieron un camino muy duro que recorrer, como William Appleman Williams tuvo ocasión de comprobar. A principios de los años 50, Williams desarrolló un punto de vista crítico con la ortodoxia imperante en la guerra fría, tachando la política de los Estados Unidos de contraproducente, estúpida y miope. Creía que eran posibles unas relaciones normales entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.<sup>44</sup>

Las críticas de Williams a la política exterior americana no tenían un contenido marxista como tal. Simplemente parecía no entender que los Estados Unidos no tuvieran interés en alcanzar un entendimiento con Moscú y se dedicaran a atacar a cualquier país que se saliera del sistema global capitalista.<sup>45</sup> Sin embargo, su trabajo fue lo suficientemente crítico como para ser objetivo de los defensores de la guerra fría en el gobierno y en el mundo académico. No pudo ver sus artículos publicados en los dos

periódicos más importantes de la profesión, el *American Historical Review* y el *Mississippi Valley Historical Review*. Un ensayo suyo que presentaba un punto de vista crítico con la política de los Estados Unidos en Latinoamérica desde 1917 a 1933, con una simple nota al pie como fuente primaria y casi todo el resto basado en materiales de archivo, fue devuelto por los editores por estar “insuficientemente documentado”. Otro de sus trabajos lo rechazó un famoso personaje conservador experto en relaciones exteriores porque Williams había citado documentos que normalmente no se usaban, que parece que iban más allá de lo permitido por el Departamento de Estado.<sup>46</sup>

Williams se ganó bastantes seguidores entre los estudiantes y el público políticamente formado. Sin embargo, tuvo que soportar la cancelación de contratos de libros sobre temas políticos, siendo acusado de rojo por sus colegas, intimidado ferozmente por los defensores de la guerra fría como Theodore Draper, que le atacó desde publicaciones como la revista *Time* y le acosó de forma persistente desde el Comité de Actividades Antiamericanas.<sup>47</sup> Los biógrafos de Williams concluyen: “Se le ofrecieron pocas ayudas, pocos trabajos, y no particularmente prestigiosos, en el transcurso de su carrera, y se le premió sólo de forma honoraria (por un colegio de la comunidad negra), y a pesar de su presidencia de la Organización Americana de Historia nunca dejó de estar en una lista negra informal.”<sup>48</sup>

De la forma menos académica, el historiador de Harvard Oscar Handlin atacó el libro de Williams *The Contours of American History*, calificándole de “inmoderado y escandalosamente polémico”, “absurdo” y “un engaño”.<sup>49</sup> En 1971, Michael Harrington, un “socialista democrático” y obediente anticomunista, acusó a Williams de ser un “leninista” a causa de sus puntos de vista críticos sobre el imperialismo americano.<sup>50</sup> Uno de los detractores más persistentes de Williams fue el conocido historiador Arthur Schlesinger Jr., que le atacó repetidamente por ser un “profesor pro-comunista” que no se daba cuenta de que la ideología marxista y la

“paranoia” de Stalin habían hecho inevitable la guerra fría. Schlesinger utilizó el *New York Times* y otros medios masivos de información para dirigir una cruzada ideológica contra todos “los sentimentales”, “los utópicos, los llorones” y otros “compañeros de viaje” que “se ablandaban... ante la penetración del comunismo”.<sup>51</sup> En contraste, los artículos y comentarios de Williams, incluyendo sus respuestas a los ataques de Schlesinger, sólo encontraban salida en publicaciones de circulación mucho más pequeña, tales como *Nation* y *Monthly Review*. Un firme defensor del patriotismo fue Samuel Eliot Morison. En su charla de toma de posesión de la presidencia de la Asociación Americana de Historia en 1950, titulada “La fe de un historiador”, Morison pedía el final de las “imprecaciones” de los críticos antibélicos que “están fuera de lugar y son perjudiciales”. Quería que la historia de los Estados Unidos se escribiera desde “un sano punto de vista conservador”, lo que para él era igual a fiable y objetivo. Morison, antiguo almirante, lanzó sus propias imprecaciones tocando el tambor de la guerra fría y el anticomunismo, disparando salvas contra todos aquellos de su profesión que tuvieran puntos de vista críticos con las implicaciones militares de los Estados Unidos y contra la guerra en general. El historiador, decía, “debe respeto a la tradición y a la memoria de nación”. Al carecer del suficiente entusiasmo patriótico, los historiadores son responsables de la “falta de preparación espiritual” de la juventud para la Segunda Guerra Mundial. En las dos décadas anteriores a ese conflicto “le han quitado a la gente sus héroes” y “han rechazado a los hombres de buena voluntad, volviéndose hacia otros que no lo son, los comunistas”. Revisando las declaraciones de Morison, Jesse Lemisch, un crítico progresista de la historia de la corriente principal, piensa que por desgracia “nadie parece haberse dado cuenta de lo absurdo que es un almirante cubriéndose a sí mismo con el manto de la objetividad, mientras arenga a su audiencia sobre las glorias de la guerra y los males del pacifismo”.<sup>52</sup>

En los años 50, las purgas del mcarthysmo en el mundo académico fueron seguidas por la supresión de la Nueva Izquierda a finales de los 60, una campaña que continuó en décadas posteriores. Famosos historiadores de la corriente principal, tales como Oscar Handlin, Samuel Eliot Morison y Daniel Boorstin, apoyaron con fuerza la guerra de los Estados Unidos en Indochina y las medidas represivas contra los estudiantes y sus colegas antibelicistas.

Cuando se trata de tocar las trompetas del patriotismo fundamentalista y de alabar la imagen de América como si fuera un regalo de Dios al mundo, no ha habido ningún historiador más persistente que Daniel Boorstin. En 1953, antes de la creación del Comité de Actividades Antiamericanas, Boorstin señaló insistentemente a antiguos amigos y profesores como comunistas subversivos, declarándose luchador incansable contra el comunismo. En los años 60 denunció a estudiantes radicales por “dispépticos y siciticos” y defendió la Universidad de Chicago cuando ésta rechazó a estudiantes que tenían un pasado de activismo político.<sup>53</sup>

Durante la última parte del siglo XX, el dominio conservador de la profesión de historiador se ha debilitado, pero no ha desaparecido. La ausencia de un monopolio conservador no significa un dominio de la izquierda, aun cuando las elecciones en los altos niveles profesionales las ganen gente de izquierdas. En 1999, Eric Foner, que ha escrito extensamente sobre el abolicionismo y la Reconstrucción en sentido favorable, y que ha estado envuelto en varios temas políticos de disidencia en los campus, llegó a presidente de la Asociación Americana de Historia (quince mil miembros). El mismo año, David Montgomery, autor de estudios detallados sobre la vida de los trabajadores e involucrado en luchas laborales, fue nombrado presidente de la Organización de Historiadores Americanos (nueve mil miembros). La elección de personas de izquierdas como Foner y Montgomery no contradice la observación de Jon Wiener de que de los

miles de miembros de ambas asociaciones, “sólo una pequeña parte son radicales o activistas”.<sup>54</sup>

Los iconoclastas, los marxistas y los revisionistas siguen siendo una minoría, siempre vulnerable al castigo político por parte de sus colegas más conservadores y de la administración. Como señala Herbert Saphiro, “la idea de que el mundo académico en los Estados Unidos está dominado por radicales que quieren imponer sus ideas en la educación superior no se ajusta a la realidad. Los profesores con puntos de vista políticos de derechas continúan enseñando y nadie les molesta en sus puestos. Los conservadores están presentes en innumerables departamentos académicos y ninguna Universidad está en manos de gente de izquierdas”.<sup>55</sup> Un estudio de dos sociólogos demuestra que sólo el 12% de los historiadores dedicados a la enseñanza admiten ser “de izquierdas”, y un 14% “conservadores”. El resto se identifica como liberal o centrista.<sup>56</sup>

La propia estructura de las instituciones de enseñanza superior en los Estados Unidos, con sus administradores conservadores, los consejos de dirección dominados por elites influyentes de los negocios, la creciente participación de las corporaciones en las funciones universitarias y la dependencia de asignaciones públicas y privadas, van contra cualquier atisbo de predominio radical.

Las bolsas de disidentes que se encuentran en algunos campus, representan sólo una salida de la conformidad ideológica estándar de la mayoría de las instituciones de la sociedad americana. Pero eso es suficiente para incurrir en la cólera de aquellos que ven en el más ligero signo de heterodoxia la evidencia de una toma de posición de izquierdas.<sup>57</sup> Realmente, lo que preocupa a los que se quejan de la tiranía de lo políticamente correcto en los campus no es la ortodoxia de los “tiranos” políticamente correctos, sino su salida de esa ortodoxia, su voluntad de explorar de una manera crítica los problemas étnicos, de género o de clase, en formas que nor-

malmente se consideran tabú. Liderando la lucha contra el revisionismo radical y multicultural han estado historiadores conservadores como C. Van Woodward, Gertrude Himmelfarb, Eugene Genovese, Arthur Schlesinger Jr. Y Daniel Boorstin. A la guerra mccarthysta que llevaron a cabo para suprimir a los disidentes radicales la llamaron hipócritamente lucha valiente por la libertad de expresión.<sup>58</sup>

La verdad es que los académicos de la corriente principal todavía predominan en la mayoría de los campus y controlan la mayoría de las escuelas de graduación, periódicos académicos, fundaciones y fondos para investigación profesional. En los años recientes esta investigación ha tomado un giro hacia análisis de datos numéricos y temas oscuros y angostos, pero de mayor confianza y políticamente seguros en cuanto a metodología y conceptos.<sup>59</sup>

Los historiadores como Schlesinger y Boorstein han ido tras los pasos de Ranke, sirviendo con fe al poder establecido y rapiñando todos los honores, incluyendo la elección para puestos académicos, prestigiosos premios y empleos privados de alto nivel. Schlesinger sirvió en la administración Kennedy y Boorstin fue nombrado bibliotecario del Congreso. Disfrutando de los beneficios de sus carreras militantes con el poder, avisaban a sus colegas de que abandonarían cualquier aventura que pudiera causar su deterioro profesional.<sup>60</sup>

## **Publicando y “privatizando”**

Entre los académicos de izquierdas que han logrado sobrevivir dentro del sistema universitario, algunos se inmunizaron contra las fuerzas de la corriente principal. Siendo más académicos que de izquierdas, primero se preocuparon de mostrarse juiciosos y moderados, en armonía con “los

matices complejos”, como para ignorar la dura realidad. Se preocuparon de presentarse a sí mismos como personas por encima de cualquier ideología “ortodoxa” de izquierdas. En esto empezaron a parecerse a sus colegas de la corriente principal más ortodoxos.

En su ansia de neutralizarse a sí mismos, los intelectuales tienden a neutralizar los temas que tratan. Pero la historia nunca es neutral. Y relativamente poco es casual o accidental. Mientras que no asumamos que hay una intención en todo lo que ocurre no podremos darnos cuenta de los propósitos humanos y de los intereses políticos que presiden sus acciones. Este tipo de historia no es muy “caballerosa” en el sentido patricio, ni muy matizada –si por “matizada” entendemos la habilidad académica para silenciar y diluir la cruda realidad de la economía política y el poder de clase.

Consideremos a Michael Apple, un educador que ha producido valiosas críticas de libros de texto y publicaciones. Apple nos dice repetidamente que es “limitador”, “simplista” y “mecánico” ver la dominación económica como el mayor determinante del predominio ideológico; más “matizadas” y “elegantes” son las explicaciones que tienen en cuenta otras variables. Al mismo tiempo proclama que las corporaciones editoriales no tienen ninguna motivación ideológica, porque ponen las consideraciones económicas por encima de las ideológicas cuando deciden publicar: “En el crecientemente concentrado campo de las publicaciones, la censura y el control ideológico son un problema mucho menor de lo que se cree comúnmente. No es la uniformidad ideológica o alguna “orden del día” política lo que cuenta a efectos de muchas de las ideas que están o no disponibles para el gran público. Lo que de verdad cuenta es la infame “línea de la rentabilidad”.<sup>61</sup> Los grupos editoriales corporativos no ejercen por tanto una censura política; simplemente responden al mercado, a lo que quiere el público.

Apple no nos ofrece ninguna evidencia que apoye esta conclusión, ni explica por qué la rentabilidad es lo único determinante de lo que llega a publicarse. Sin duda, los libros que no presentan ningún problema ideológico se miden en primer lugar por su potencial de ventas. Pero un análisis verdaderamente matizado nos permite llegar a otros casos en los que, *independientemente de la rentabilidad*, las consideraciones ideológicas pueden influir. En vez de desechar mecánicamente esa posibilidad, debemos estar al tanto de títulos que prometen buenas ventas y beneficios altos, pero que no llegan a publicarse o a tener la distribución adecuada porque políticamente están más allá de la línea, incluyendo trabajos de famosos autores. También podemos conocer casos en los que la rentabilidad y la ideología se interrelacionan, más que considerarse mutuamente excluyentes.

En cualquier caso, si una explicación está más matizada que otra eso no supone que esté más enraizada en la realidad. Eso tendría que determinarlo una investigación empírica. Es interesante sin embargo, que en las raras ocasiones en que Apple nos ofrece ejemplos específicos del mundo real, los hechos parecen apoyar lo contrario de lo que opina, como cuando la Asociación Nacional de Fabricantes y otros grupos reaccionarios del mundo de los negocios consiguieron suprimir una serie de libros de texto de historia de Harold Rugg a causa de su orientación progresista.<sup>62</sup>

Al entrar en el siglo XXI encontramos la industria de las publicaciones dominada por unos ocho grupos multimillonarios.<sup>63</sup> Estos gigantes no se distinguen por su voluntad de apoyar los esfuerzos de autores progresistas, incluso de aquellos que cuentan con una audiencia sustancial. Esto lo demuestra la dificultad de estos escritores para encontrar un editor importante y la frecuencia con que tienen que recurrir a publicar ellos mismos o a pequeñas casas que sólo tienen un acceso limitado a los mercados y pocos recursos promocionales.

En 1888 Osborne Ward terminó su estudio en dos volúmenes sobre las luchas de los trabajadores en la antigüedad, un tema largamente olvidado por los historiadores de su tiempo. La primera edición de este trabajo circuló de forma privada. Durante casi veinte años Ward fue incapaz de encontrar un editor, porque, como explicó Charles H. Kerr, “ninguna empresa capitalista tomaría la responsabilidad de publicar un libro tan revolucionario, y no existían editoriales socialistas”.<sup>64</sup> En 1907 el trabajo de Ward lo publicó el colectivo socialista de Kerr y recibió una acogida entusiasta entre aquellos que se enteraron de su existencia.

En 1920, el socialista americano Upton Sinclair escribió una crítica muy dura contra el negocio editorial, *The Brass Check*, en la cual retrataba las editoriales de los Estados Unidos como poco más que instituciones claudicantes, que servían a los ricos y despreciaban a los pobres. Un conocido le dijo que era inconcebible que en América se permitiera la publicación de ese libro. Después de experiencias exasperantes con Doubleday y Macmillan, Sinclair decidió publicarlo él mismo. El libro tuvo seis ediciones y vendió 100.000 ejemplares en seis meses, aunque hoy día es difícil de encontrar.<sup>65</sup>

Como señalé en el primer capítulo, la historia de los trabajadores es algo todavía casi olvidado en los libros de texto de los Estados Unidos. Richard Boyer y Herbert Morais colaboraron en la realización de la *Labor's Untold Story*, un relato de las luchas industriales desde los años 1860 a los 1950. El libro se imprimió y fue distribuido por la Unión de Trabajadores de Electricidad, Radio y Maquinaria de América, un sindicato radical y honesto. Aunque basado en una buena investigación, interesante en su contenido, de estilo accesible y ampliamente traducido y difundido en el extranjero, el libro de Boyer y Morais sigue siendo casi desconocido entre el público de los Estados Unidos y raramente se utiliza como referencia por parte de los historiadores y otros escritores.<sup>66</sup>

En el día de hoy, los libros de publicación propia, o editados por sindicatos de izquierdas no gozan de los beneficios del programa de Catalogación de Publicaciones de la Biblioteca del Congreso, un servicio público financiado con los impuestos.<sup>67</sup> Y si está sin catalogar, la mayoría de las librerías no lo adquieren, por lo que se le niega una difusión más amplia. Judy McDermott, jefe de la biblioteca del Congreso, desechó los libros de publicación propia por considerarlos carentes de calidad profesional y no comercializables, por tratar de asuntos de audiencia limitada. Por supuesto, muchos libros publicados para la red comercial están escritos pobremente y tienen una audiencia limitada, aunque están catalogados, se almacenan y circulan en las librerías.<sup>68</sup> Dentro de la Asociación de Bibliotecas Americanas, las bibliotecas públicas y académicas tienden a excluir por disidentes los estudios marxistas y sobre los trabajadores y los trabajos históricos críticos. “Los administradores de bibliotecas raras veces se quejan de que esta situación confunde a los usuarios y distorsiona la historia”.<sup>69</sup>

Las editoriales se lo piensan dos veces antes de incurrir en las iras de las poderosas corporaciones multinacionales, sobre todo si la editorial es propiedad de uno de esos grupos, como lo son casi todas las importantes. Muchos títulos valiosos pero controvertidos simplemente son rechazados para su publicación. “Menos frecuentemente, los manuscritos que ya han entrado en imprenta y se han anunciado en el catálogo de publicaciones, se retiran literalmente de las prensas”.<sup>70</sup> Algunas veces, cuando los editores se dan cuenta con retraso de que han firmado un contrato para un libro de tendencia izquierdista o problemático, el contrato se anula antes de la publicación, o si el libro ya ha salido, el editor —sin tener en cuenta la infame “línea de la rentabilidad”— corta todas las campañas de promoción, retiene la distribución y destruye las copias en almacén. Este proceso se conoce entre los editores como “privatización”, pero raras veces sale a la luz. Una encuesta entre varios editores importantes de Nueva York demos-

tró que para todos ellos el término “privatización” era familiar y todos sabían su significado. Ninguno estaba dispuesto a emplearlo ante los autores. Como uno de ellos dijo, “los autores no conocen esa palabra. Y no la van a aprender de mi boca”.<sup>71</sup>

Un libro de Edward Herman y Noam Chomsky, que trata de la represión violenta llevada a cabo por la seguridad nacional de los Estados Unidos en todo el mundo, fue contratado en primer lugar por la Warner Modular Publications. Los editores estaban decididos de forma entusiasta a su promoción. Pero justo antes de su publicación en 1973, empleados de la corporación matriz, la Warner, tuvieron noticia del trabajo, les molestó su contenido “antipatriótico” y decidieron que no viera la luz del día. Aunque ya se habían impreso veinte mil copias y se habían puesto anuncios en el *New York Review of Books*, la corporación Warner se negó a su distribución –violando las obligaciones contractuales. La campaña de anuncios se canceló y miles de folletos que incluían el libro se destruyeron. Los ejecutivos de Warner Modular fueron advertidos de que la distribución del libro de Herman-Chomsky supondría su inmediato despido.

Los editores de Warner Modular buscaron salvar la publicación del libro ofreciéndose a publicar como contrapeso un trabajo que apoyaba fuertemente la política intervencionista americana en el extranjero. Al principio la empresa matriz aceptó la idea de mala gana, pero enseguida decidió cerrar la Warner Modular, vendiendo todos sus activos y contratos a una pequeña compañía desconocida, que no hizo nada por promocionar el libro. Mientras tanto, el libro de Herman-Chomsky tuvo gran éxito en el extranjero, siendo traducido a varios idiomas. Los autores comprendieron que la censura corporativa que sufrieron lo fue en función del contenido político del libro, sin tener nada que ver con consideraciones de mercado. El trabajo fue reeditado por South End Press, una pequeña editorial independiente de títulos progresistas, con recursos promocionales muy limitados.<sup>72</sup>

En 1974 Gerald Colby terminó un trabajo sobre una historia crítica de los negocios de la familia Du Pont, que cubriría el período desde 1771 hasta la actualidad. Colby tenía todas las indicaciones de que su libro sería un superventas. Los derechos los adquirió una subsidiaria del Club del Libro del Mes; recibió críticas favorables del *New York Times*, de *Los Angeles Times* y de otros medios; se comenzó a vender rápidamente. Pero un ejecutivo de Du Pont informó al Club del Libro del Mes que Du Pont encontraba el libro ofensivo y “querellable”. Ante el temor de acciones legales, la editorial eliminó el libro de sus listas.<sup>73</sup>

El libro de Colby presentaba un panorama extremadamente poco grato de la historia de Du Pont: su actividad como rompedores de huelgas, su búsqueda de trabajadores blancos mal pagados, su apoyo a las causas de derechas, su papel en el rearme de la Alemania nazi, violando el Tratado de Versalles y cosas de ese estilo. Pero, ¿el libro era “querellable”? William J. Daly, consejero general de Prentice-Hall, editor de Colby, constató que, aparte de cuatro errores menores y uno o dos adjetivos cuestionables, era adecuado para su publicación. Se adoptaron las sugerencias de Daly antes de su publicación. Sin embargo, Prentice-Hall cortó la impresión del libro y eliminó el presupuesto de promoción. Aunque siguió habiendo una gran demanda, ya no hubo copias en almacén.

Colby denunció a Du Pont y a Prentice-Hall por violación de contrato. El caso fue a los tribunales y tuvo hasta tres apelaciones con fallos contrarios a Colby, porque su libro “tenía un punto de vista marxista de la historia” y por tanto estaba limitado a un mercado muy reducido y no merecía una fuerte inversión en su promoción, una decisión que antepuso un juicio político a los hechos del caso.<sup>74</sup>

Algunos editores mantienen la ilusión de que actúan de forma independiente. Escribiendo en el *New York Times*, Edwin McDowell menciona a un funcionario de McMillan que proclama: “Ultimamente hemos publi-

cado libros con los que no necesariamente estamos de acuerdo, política o filosóficamente, y los hemos apoyado hasta el final". Si hay relativamente pocos títulos de naturaleza radical en las listas, no es a causa de la censura, sino por la percepción del editor de "si podrá venderse y por la calidad de sus argumentos", mantiene un editor en Morrow, sin la más ligera indicación de que el sentido del editor para evaluar "la calidad de los argumentos" podría también estar influenciado ideológicamente.<sup>75</sup> McDowell pone en duda la creencia de que los editores no quieren saber nada de los libros que puedan ofender a los propietarios de sus corporaciones. "Varios ejemplos significativos apuntan en otra dirección", proclama. Pero ofrece sólo un ejemplo, mencionando a Richard E. Snyder, presidente de Simon & Schuster: "Poco después de ser comprados por Gulf & Western, publicamos *Global Reach*, parte del cual es una crítica a Gulf & Western. Nunca pensé en discutir el libro con los ejecutivos de la corporación, y ellos tampoco pensaron en discutirlo conmigo. Supe meses más tarde que ese libro no les agradaba, pero nunca interfirieron en la operación".<sup>76</sup>

Incluso si los jefes de Snyder nunca discutieron sobre el libro con él, sí se dio cuenta de que no les había gustado su publicación. Uno se pregunta si eso no le daría la pauta para la próxima vez que un libro crítico con las corporaciones multinacionales estuviera sobre su mesa. En cualquier caso, uno de los autores de *Global Reach*, Richard Barnet, recuerda el asunto de una forma algo diferente, haciendo notar que su libro fue publicado por Simon & Schuster en 1974, justo antes de que la compañía fuera absorbida por la Gulf & Western. En aquellos momentos de la absorción, Sydney le preguntó a Barnet si le gustaría conocer al presidente de la Gulf & Western y visitar Brasil para ver todas las cosas buenas que la corporación estaba haciendo allí.<sup>77</sup>

Cinco años más tarde, Simon & Schuster rechazó un libro titulado *Corporate Murder*, de Mark Dowie, el periodista de investigación que descubrió que la Ford Motor Company había diseñado el modelo Pinto con

unos depósitos de gasolina peligrosos, y después de saberlo siguió comercializándolo. El editor del libro, Nan Talese, le dijo a Dowie que el presidente de Simon & Schuster, Richard Snyder, “se oponía vehementemente al manuscrito, porque, entre otras razones, le parecía que a las corporaciones no les iba a gustar”.<sup>78</sup> Vivir bajo la sombra de un gigante parece surtir efecto, incluso para editores de mente ostensiblemente abierta como Snyder.

Los ejemplos anteriores de censura sólo arañan la superficie. No es poco razonable asumir que hay muchos más casos que no conocemos, porque la supresión por ideología en una sociedad que pretende gozar de gran libertad de expresión, está por fuerza encubierta por toda clase de excusas, como la previsión de ventas y la calidad del producto.

## Comercializando el material correcto

“El incremento en el número de libros sobre historiografía y metodología histórica es proporcionalmente más grande que el incremento del número de historiadores”, escribe un miembro de la profesión.<sup>79</sup> Sin embargo, si uno confiara solamente en lo que los historiadores de la corriente principal tienen que decir sobre su disciplina, uno no sabría que las ideas y la información no se comunican de una forma democrática. Los historiadores tienen que conocer en profundidad el método histórico, cómo la historia se relaciona con otras ciencias sociales, guardarse de las trampas y falacias a la hora de buscar evidencias, aceptar pocas cosas por simple fe, y saber cómo deben sumergirse en el contexto histórico del tema sin dejar de mantener la perspectiva y la imparcialidad, mostrando imaginación y recursos, destreza y sagacidad y otras cualidades de la erudición creativa.<sup>80</sup>

Tales libros parecen asumir que el trabajo de un historiador tiene las mismas posibilidades de alcanzar buenas audiencias que el de cualquier otro. Apenas podemos encontrar una sola palabra en esta literatura sobre la comercialización de la historia y las fuerzas ideológicas, dentro de la economía corporativa, que determinan la distribución de los estudios históricos. Se dice poco de por qué ciertos libros cuentan con subvenciones, se promocionan y comentan ampliamente, ganan premios y se mantienen en el mercado durante largos períodos, mientras que otros volúmenes nunca emergen de una oscuridad que no parecen merecer más que los anteriores la celebridad. ¿Qué es lo que contribuye a estas diferencias? Seguramente, no podemos excluir los factores ideológicos.

Los grandes editores, los grandes distribuidores y las grandes cadenas de comercios, determinan en gran manera qué libros hay que llevar a las librerías, de qué forma se exhiben, cuáles deben ocupar lugares prominentes en las mesas y escaparates, o cuáles deben permanecer casi escondidos en una oscura estantería. Las librerías independientes —que mantienen entre sus fondos los libros de escritores serios y progresistas y títulos culturalmente diversos— están siendo absorbidas por las cadenas gigantes como Borders y Barnes & Noble. Para maximizar los beneficios, las grandes cadenas dedican proporcionalmente gran cantidad de espacio a los libros bien presentados y de venta rápida. Obtienen beneficios sustanciales vendiendo espacio publicitario en sus cientos de escaparates y mostradores y consiguiendo descuentos preferenciales por parte de los editores, que los pequeños no pueden obtener. El descuento preferencial que las cadenas obtienen de las grandes editoriales hace que estén menos dispuestas a comprar a los pequeños editores alternativos, que no pueden ofrecer esos descuentos ni gastarse dinero en comprar espacios para sus nuevos títulos.<sup>81</sup>

Muchos mayoristas reducen el número de títulos que almacenan, eliminando los de venta más lenta en un intento de reducir sus costes de

inventario. Los libros que no son de ficción y otros que están en “la mitad de las listas”, son las primeras víctimas. Mantener los libros de izquierdas fuera de las estanterías tiene así una justificación financiera, pero también “se ajusta confortablemente al conservadurismo político de los propietarios de las corporaciones editoriales más importantes”.<sup>82</sup> Determinados lectores todavía pueden conseguir títulos que sean realmente críticos con la versión estándar de la historia y la política de los Estados Unidos, pero tienen que buscar concienzudamente, ya que cada vez más y más librerías independientes están siendo empujadas fuera del negocio.

El sesgo ideológico también se produce a través del criterio de cuáles libros, y cuáles no, se comentan en los medios de información más importantes. Los títulos críticos y progresistas merecen menos atención, excepto quizá para ser atacados. Una comentarista regular del *Boston Globe*, diario de reputación liberal, le dijo a un editor de South End Press que “sería despedida” si se dedicaba a comentar trabajos de escritores de tendencia radical.<sup>83</sup> Publicaciones como *Choice*, *Kirkus*, *Library Journal* y *Publishers Weekly*, utilizadas por bibliotecas y librerías para decidir sus adquisiciones, también seleccionan lo que comentan, tendiendo a ignorar —o denunciar— títulos que van más allá de las normas ideológicas.

“Los comentarios reflejan necesariamente los puntos de vista de los comentaristas, que son producto del sistema educativo americano, que promociona la moderación y el conservadurismo y repudia el radicalismo. Los comentaristas son empleados del entorno ortodoxo de las universidades o las editoriales comerciales”, argumenta el bibliotecario Charles Willet. Los títulos que adquieren tanto las escuelas como las bibliotecas públicas, añade, son los que se inclinan hacia los puntos de vista convencionales del pasado y del presente, seleccionados por bibliotecarios y catedráticos “que suelen considerar a las editoriales universitarias y de las corporaciones como objetivas y de confianza, mientras que rechazan a las pequeñas editoriales tachándolas de políticas y poco fiables”. Si ha habido

algún cambio ha sido en una dirección más regresiva; al tener las bibliotecas públicas y universitarias que hacer frente a ingresos en declive, adquieren aún menos títulos alternativos.<sup>84</sup>

La distribución y exhibición que reciben los autores varía de acuerdo con su proximidad a la corriente política principal. Los libros de ex-presidentes, líderes militares famosos u otras figuras prestigiosas los contratan grandes editoriales, con anticipos millonarios que raras veces se recuperan con las ventas. En un intento de recuperar el enorme anticipo, el editor suele invertir adicionalmente grandes sumas en promoción, lo que a menudo supone una pérdida mayor. Los costosos contratos con celebridades suelen perseguirse con denuedo a pesar de su dudosa rentabilidad, porque se piensa que el prestigio del autor redunda en el de la propia editorial, o que evita que otra compañía de la competencia obtenga un superventas potencial, o quizá porque muchos editores, como otras gentes sin imaginación, se ponen de rodillas ante la estela de las celebridades.

Aparte de las celebridades, ¿quiénes son los otros escritores que consiguen promociones especiales? En algunos casos señalados, los que mantienen la ortodoxia ideológica. Consideremos las investigaciones históricas llevadas a cabo alrededor del asesinato de John F. Kennedy. Como presidente, Kennedy fue odiado profundamente por las fuerzas de derechas de este país, incluyendo gente poderosa que le veía como “carente de inteligencia”.<sup>85</sup> Había traicionado el interés nacional, decían, negándose a ir contra Cuba, haciendo gestos de aproximación a Castro y negándose a la escalada en la guerra de Vietnam. Le veían como un liberal que iba contra el mundo de los negocios, o como cercano al marxismo que llevaba al país por la senda equivocada.<sup>86</sup>

Durante unos treinta años la prensa corporativa y otros fabricantes de opinión ignoraron las perturbadoras revelaciones que los investigadores independientes habían desenterrado sobre el asesinato de Kennedy. Estas

investigaciones apuntaban a una conspiración para asesinar al presidente y a una conspiración para ocultar el crimen. Como mínimo, los investigadores levantaron las suficientes cuestiones serias como para poner en duda la versión oficial de la Comisión Warren de culpar a Lee Harvey Oswald del asesinato del presidente Kennedy.<sup>87</sup>

Un golpe final contra la amnesia de los medios lo dio la película de Oliver Stone, *JFK*. Producida a finales de 1991, expuso a millones de espectadores los muy inquietantes aspectos del asesinato. *JFK* fue atacada repetidamente en los principales medios escritos y emisoras siete meses antes de su producción, generalmente en términos cáusticos y generales. Los medios de información, guardianes ideológicos, desparramaron sobre Stone todo tipo de invectivas, a la vez que evitaban la tarea más difícil de refutar los puntos sustanciales que planteaba la película, y sin mencionar para nada la literatura histórica sobre la que se basaba el filme. Una exposición completa de la conspiración para el asesinato, que podía involucrar a la CIA y al servicio militar de inteligencia, podía originar un descrédito muy serio sobre las principales instituciones de la nación.<sup>88</sup>

*JFK* de Oliver Stone continuó siendo atacada años después de su estreno inicial. Stone fue tachado de “maníaco chillón” y de “sujeto peligroso”, culpable de “hacer trampas casi patológicas con la historia”. La idea de una conspiración en las altas esferas fue ridiculizada como algo fantástico que sólo existía en la imaginación del director de cine. Como la Comisión Warren, la prensa asumió a priori que Oswald fue el único asesino. En 1978, cuando un Comité Selectivo llegó a la conclusión de que hubo más de un asesino envuelto en el tiroteo a Kennedy, el *Washington Post* mencionó en un editorial que lo más probable es que no hubiera conspiración, aunque sí “tres o cuatro delincuentes” que actuaron independientemente uno de otro, espontánea y simultáneamente, para matar al presidente.<sup>89</sup> En lugar de una teoría de la conspiración, el *Post* creó una teoría de la coincidencia, que era la explicación más fantástica de todas.

Mientras tanto, en respuesta a la pregunta ¿Oswald actuó solo?, los investigadores más independientes llegaron a la conclusión de que de ninguna manera. No fue sólo él quién disparó a Kennedy, aunque actuó como hombre de paja, concluyen los críticos.

Al despertar un renovado interés entre el público por el asesinato de Kennedy, los medios otorgaron una excesiva publicidad a un tal Gerald Posner, un abogado-escritor de Nueva York poco conocido, ayudándole a catapultar su libro, *Case Closed*, a la lista nacional de superventas. El libro de Posner ignoró las evidencias abundantes de la conspiración, y con falta total a la verdad llegó a la conclusión de que Lee Harvey Oswald era un perturbado de izquierdas que fue el único que mató a Kennedy.<sup>90</sup> Nunca antes nadie que escribiera sobre el asesinato de Kennedy había dicho tales estupideces. El libro de Posner gozó de los mejores espacios en librerías y grandes almacenes en toda la nación. El propio Posner contó con espacios en todos los medios, siendo considerado como la primera autoridad en el caso.<sup>91</sup> Se le dedicaron grandes columnas, cartas, artículos y críticas aduladoras en las principales publicaciones de los Estados Unidos. Una crítica de su libro en el *Journal of American History* parecía más un espacio publicitario que la evaluación de una investigación histórica.<sup>92</sup> *Case Closed* fue alabado como “brillantemente claro” y “lúcido y convincente” por los críticos del *New York Times*, que por supuesto sabían que las conspiraciones para asesinar a un presidente no ocurren en un hermoso país como los Estados Unidos.<sup>93</sup>

Las carencias de *Case Closed* no se mencionaron en ningún medio de comunicación importante. Ninguno de los eruditos y comentaristas señaló el mal hábito de Posner de referirse a fuentes de información para apoyar su postura, cuando de hecho no las tenía. Es más, cita muy selectivamente como nueva “prueba” científica los estudios realizados por Failure Analysis Associates, sin mencionar que la compañía había elaborado evidencias para *ambas partes* en el juicio simulado a Lee Harvey Oswald por

parte de la American Bar Association. En su declaración, el presidente de Failure Analysis, Roger L. McCarthy, mencionó que “un tal Gerald Posner” había consultado los materiales del procedimiento sin saber “que había materiales adicionales preparados por Failure Analysis para la defensa. Increíblemente, Mr. Posner no mencionaba el hecho de que el jurado que oyó y vio todo el material técnico que él creía tan definitivo para “cerrar” el caso... también vio el material preparado para la defensa, y no pudo llegar a un veredicto”.<sup>94</sup>

Posner tiene otro hábito malo. Cita entrevistas con gente a la que nunca entrevistó y que niega las afirmaciones que él pone en sus labios. Así, antes de la existencia del Comité sobre Operaciones del Gobierno en noviembre de 1993, afirma que entrevistó a dos de los patólogos del caso Kennedy, los doctores James Humes y J. Thornton Boswell, que supuestamente le admitieron que se habían equivocado en su opinión original sobre la localización de la herida en la cabeza de Kennedy, optando por una herida de entrada más alta, que encajaba mejor con la teoría de que el disparo vino del almacén de libros donde Oswald supuestamente estaba apostado.<sup>95</sup> Pero el doctor Gary Aguilar, experto en evidencias médicas relativas al asesinato, telefoneó a Humes y Boswell: “Ambos me dijeron que no habían cambiado de opinión sobre las heridas de Kennedy. Mantenían lo dicho en el *JAMA (Journal of the American Medical Association)*, que contradice a Posner. El doctor Boswell me dijo que nunca había hablado con Posner”.<sup>96</sup>

¿Hemos de creer, se pregunta Aguilar, que Boswell le admitió a Posner que vio una herida más alta en la cabeza a la vez que declaraba lo contrario a su colega patólogo, el editor de *JAMA*, en una entrevista publicada en el periódico (27 de mayo de 1992)? ¿Hemos de creer que Boswell olvidó que había cambiado su propio testimonio bajo juramento y el informe de la autopsia en una conversación con Posner? Además esta retractación de Humes y Boswell hubiera tenido una enorme significación desde el punto

de vista forense. ¿Por qué Posner no mencionó estas novedades a su “caso cerrado” en otras ediciones de su libro? Hay demasiadas inconsistencias en el trabajo de Posner y sólo una revisión completa de sus materiales de investigación podría establecer si Humes y Boswell se retractaron. Pero a pesar de repetidas peticiones, Posner se niega a descubrir sus notas, grabaciones y archivos.<sup>97</sup>

En *Case Closed*, Posner mantiene que James Tague, un testigo del asesinato, fue herido por un fragmento del primero de los tres disparos.<sup>98</sup> Tague mantiene que no fue herido por el primer disparo, lo que significa que debió haber una cuarta bala disparada por alguien distinto al único asesino de Posner.<sup>99</sup> En una conversación telefónica en abril de 1994, Tague le dijo a Gary Aguilar lo mismo que había declarado ante la Comisión Warren, por lo que contradecía la reconstrucción de su testimonio dada por Posner. Algo aún más perturbador: en *Case Closed* Posner cita dos entrevistas a Tague que apoyan su versión del testimonio. Pero Tague informó a Aguilar que nunca había hablado con Posner.<sup>100</sup>

Posner “escoge los testimonios sobre la base de las tesis que quiere probar”, comenta G. Robert Blakey, presidente del House Select Committee on Assassinations. “En todo su libro Posner utiliza nuestra investigación cuando sirve para sus propósitos, pero no la utiliza cuando va en contra de sus tesis”. Un ejemplo: El agente del servicio secreto Paul Landis que estaba cubriendo la carrera de la comitiva, oyó tiros que venían tanto del montículo de hierba como del almacén de libros. Posner conoce la existencia de Landis; le menciona como testigo creíble para el primer tiro, pero ignora su testimonio sobre la dirección del tercer disparo, así como ignora el testimonio de otros que informaron de disparos desde el montículo de hierba.<sup>101</sup>

Hay muchas cuestiones que Posner no resuelve: ¿Qué ocurre con los testigos que vieron algo diferente a lo que la Comisión Warren —y Posner—

dicen que vieron? ¿Qué hay de las conexiones de Oswald con grupos de derechas y con los servicios de inteligencia? ¿Qué ocurre con los grupos operativos que han surgido como participantes en el complot?<sup>102</sup> Posner simplemente ignora las evidencias descubiertas por los investigadores o “a menudo presenta lo opuesto a lo que la evidencia dice”, comenta David Wrono en el *Journal of Southern History*.<sup>103</sup>

Aquellos que han intentado exponer las distorsiones que –según parece, a propósito– tiene el trabajo de Posner, raras veces han contado con tiempo o espacios en los medios de comunicación más importantes.<sup>104</sup> El espacio no nos permite una exposición más amplia para refutar el trabajo de Posner, pero ciertamente las preguntas sin contestar y los materiales clasificados o desaparecidos son suficiente para que un historiador responsable no pueda decir que Posner ha cerrado el caso y nos ha dicho la última palabra.

No debemos olvidar el zumbido en nuestras mentes de la palabra “conspiración”, lo que nos lleva a la idea de que las elites en el poder pueden operar de forma interesada sin ningún escrúpulo y a veces con resultados letales. Si el autor de *Case Closed* nos quiere liberar de la histeria de una conspiración, “¿qué podemos pensar de las afirmaciones de Posner de que sus críticos le han amenazado con asesinarle?”<sup>105</sup>

Volviendo a la pregunta que nos hacíamos antes: ¿Por qué diferentes autores, tratando los mismos temas históricos desde diferentes puntos de vista, disfrutan de acogidas tan diametralmente opuestas? ¿Por qué algunos son lanzados al estrellato, mientras que otros, cuyo trabajo es al menos igual de bueno y experto, languidecen en una relativa oscuridad? La característica distintiva entre los dos es a menudo política. Posner les ha dado a los guardianes del sistema la respuesta que querían: el asesinato sólo fue la aberración de un solo hombre, que revela que no ha habido nada siniestro respecto a la seguridad nacional.

Para concluir, la historia no es precisamente lo que los historiadores dicen que es, sino lo que las agencias del gobierno, las corporaciones editoriales, las cadenas de distribución, los eruditos de la *mass media*, los críticos y otros guardianes ideológicos quieren poner en circulación. No debemos sorprendernos de que la baraja juegue a favor del que posee y corta las cartas.

## NOTAS

1. W. Stull Holt, *Historical Scholarship in the United States and Other Essays* (Seattle: University of Washington Press, 1967), 4 y 15 y Theodore S. Hamerow, *Reflections on History and Historians* (Madison, Wisc.: University of Wisconsin Press, 1987), 4.
2. Hamerow, *Reflections on History and Historians*, 4.
3. Ver mi ensayo "A Dialogue on Politics", en Leopold von Ranke, *The Theory and Practice of History*, (Indianapolis/Nueva York: Bobbs-Merrill, 1973), 102-103. Para detalles de la vida de Ranke, ver la introducción de Geog Iggers y Konrad von Moltke, especialmente xxviii-xxix y xxx-xxxv; y Felix Gilbert, *History: Politics or Culture, Reflections on Ranke and Burckhardt* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1990), 11-45.
4. John Emerich Edward Dalberg-Acton, *Essays in the Study and Writing of History*, vol. 2 de *Selected Writings of Lord Acton*, editado por J. Rufus Fears (Indianapolis: Liberty Fund, 1986), 165-172. De acuerdo con Acton, Ranke era incapaz de comprender que aquellos que investigaban en archivos que él ya hubiera consultado, pudieran encontrar algo nuevo en ellos.
5. Introducción de Iggers y Moltke a Ranke, *The Theory and Practice of History*, xxxiv-xxxv.
6. Holt, *Historical Scholarship in the United States*, 20.
7. Dero A. Saunders y John H. Collins, introducción a Theodore Mommsen, *The History of Rome* (Clinton, Mass.: Meridian Books, 1958), 5.
8. Saunders y Collins, aintroducción a Mommsen, *The History of Rome*, 11.

9. Sobre Zimmermann, ver Bob Scribner, "Revolutionary Heritage: The German Peasant War of 1525", en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory* (Londres: Routledge & Keagan Paul, 1981), 242-244.
10. David McLellan, *Karl Marx, His Life and Thought*, 41. (Frogmore, St. Albans, Inglaterra: Paladin, 1976), 31.
11. Acotado por McLellan, *Karl Marx, His Life and Thought*, 41.
12. McLellan, *Karl Marx, His Life and Thought*, 41-45.
13. Gordon K. Lewis, *Slavery, Imperialism, and Freedom: Studies in English Radical Thought* (Nueva York: Monthly Review Press, 1978), 267.
14. James E. Thorold Rogers, *Six Centuries of Work and Wages* (Londres: George Allen & Unwin Ltd., 1884), con frecuentes reediciones en 1923 y una nueva edición en 1949). El trabajo original en siete volúmenes tenía un título desalentador, *History of Agriculture and Prices*, cuyo primer volumen salió en 1864 y tuvo un comentario favorable de Marx en el primer volumen de El Capital.
15. Para comentarios sobre la carrera de Rogers, ver Raphael Samuel, "People's History", en Samuel, *People's History and socialist Theory*, xxvi-xxvii.
16. Esta nota es de L. Glen Seretan, *Daniel deLeon: The Odyssey of an American Marxist* (Cambridge, Mass.: Harvard university Press, 1979), 13-15.
17. Seretan, *Daniel DeLeon*, 14-17.
18. Para selecciones de sus escritos, ver Arnold Petersen, *Daniel DeLeon: Social Architect*, vols.1 y 2 (Nueva York: New York Labor News, 1941); Daniel DeLeon, *Two Pages from Roman History* (Palo Alto: New York Labor News, 1959) y Daniel DeLeon, *Socialist Reconstruction of Society* (Palo Alto: New York Labor News, 1977).
19. Max Lerner (ed.), *The Portable Veblen* (Nueva York: Viking Press, 1948), 10.
20. Lerner, *The Portable Veblen*, 10-11, 19. Ver también Thorstein Veblen, *The Higher Learning in America, A Memorandum on the Conduct of Universities by Business Men* (Nueva York: B. W. Huesch 1919).
21. Mencionando a Herbert B. Adams en Holt, *Historical Scholarship in the United States*, 50-51.
22. Holt, *Historical Scholarship in the United States*, 51-52.
23. Herbert Aptheker, *The Unfolding Drama: Studies in U.S. History by Herbert Aptheker*, editado por Bettina Aptheker (Nueva York: International Publishers, 1978), 140. La guía

de viaje de Fodor describe a Samuel Eliot Morison como “el historiador bracamán”, que, junto con Nelson Rockefeller y George Bush, fue uno de los “aristocráticos” frecuentadores de la Maine Coast: *Fodor's Maine, Vermont, New Hampshire* (Nueva York: Fodor's Travel Publications, 1995), 15.

24. Acotado en Aptheker, *The Unfolding Drama*, 140.
25. Aptheker, *The Unfolding Drama*, 141.
26. Mark H. Leff, “*Revisioning U.S. Political History*”, *American Historical Review* 100 (Junio de 1995): 832. Ver también los comentarios de John Higham, *History: Professional Scholarship in America* (Nueva York: Harper, 1973), 8. Muchos caballeros historiadores estaban dotados de tres sonoros nombres anglo-patricios, muy convenientes a su clase y que recuerdan los sobrenombres adoptados por los aristócratas de la antigua Roma: Frederick Jackson Turner, John Ford Rhodes, Charles Francis Adams, Henry Baxter Adams, James Truslow Adams, Worthington Chauncey Ford, Archer Butler Hurlbert, Wilson Porter Shortridge, John Spencer Basset, Ulrich Bonnell Phillips, Moses Coit Tyler, Wilbur Fisk Gordy, Albert Bushnell Hart, Harold Underwood Falkner, Henry Eldridge Bourne, Vharles Woolsey Cole, Marshall Whithed Baldwin, y podríamos seguir. Como se ha dicho de la clase patricia, poseían el 80% de la riqueza y el 90% de los nombres.
27. Henry Adams, *The Education of Henry Adams* (Nueva York: Random House, 1931, originalmente 1918), 60.
28. Este tema fue al menos tan mencionado en su correspondencia privada como en sus escritos públicos; ver Ernest Samuels (ed.), *The Selected Letters of Henry Adams* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1992).
29. David Saville Muzzey, *An American History* (1911), acotado en Gary B. Nash, Charlotte Crabtree y Ross E. Dunn, *History on Trial: Cultural Wars and the teaching of the Past* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1998), 27.
30. Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *The Growth of the American Republic* (publicado primero en 1930), acotado en Nash, Crabtree y Dunn, *History on Trial*, 60-61.
31. William M. Sloane, “*History and Democracy*”, *American Historical Review*, 1 (Octubre de 1895): 9-10, 15-16.
32. Hamerow, *Reflections on History and Historians*, 121-122.

33. Stephen Steinberg, *The Academic Melting Pot* (Nueva York: McGraw-Hill, 1974), 153-166; también Harvey J. Kaye, "Whose History Is It?" *Monthly Review*, noviembre de 1996, 30.
34. "Informe del Departamento de História para 1956/57", *A. Whitney Griswold Presidential Papers*, Yale University, acotado en Peter Novick, *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession* (Nueva York: Cambridge University Press, 1988), 366.
35. Carl Briden Baugh, "The Great Mutation", *American Historical Review* 68 (1963): 322-323, acotado en Nash, Crabtree y Dunn, *History on Trial*, 54.
36. Nash, Crabtree y Dunn, *History on Trial*, 54.
37. Paul M. Buhle y Edward Rice-Maximin, *William Appleman Williams: The Tragedy of Empire* (Nueva York y Londres: Routledge, 1995), 1.
38. Morey Rothberg y Jacqueline Goggin, eds., *John Franklin Jameson and the Development of Humanistic Scholarship in America* (Athens, Ga.: University of Georgia Press, 1993), xxx. El comentario es de Rothberg.
39. Hamerow, *Reflections on History and Historians*, 122-123.
40. Acotado en Staughton Lynd, "The Bulldog Whitewashed: A Critique of the Investigation of Herbert Aptheker's Nonappointment at Yale University", *Nature, Society, and Thought* 10, números 1 y 2 (1997): 119-120.
41. Lynd, "The Bulldog Whitewashed", 121-154.
42. Morris U. Schappes, "Phillip S. Foner at City College: Victim of the Rapp-Coudert Committee", en Ronald Kent et al. (eds.), *Culture, Gender, Race, and U.S. Labor History* (Westport, Conn.: Greenwood, 1993), 177-187. Michael Bauman, "400 in N.Y. Mark Achievements of Labor Historian Philip Foner", *The Militant*, 27 de febrero de 1995, 7. Otro hermano también volvió a dar clases a mitad de los sesenta. Los otros dos hermanos se hicieron miembros sindicales. Para la historia de cómo el mundo académico no se opuso a las purgas mccarthystas, sino que contribuyó a ellas, ver Ellen Schrecker, *No Ivy Tower: McCarthyism and the Universities* (Nueva York: Oxford University Press, 1986).
43. Sigmund Diamond, *Compromised Campus: The Collaboration of Universities with the Intelligence Community, 1945-1955* (Nueva York: Oxford University Press, 1992), 139-166; ver también Jesse Lemisch, *On Active Service in War and Peace: Politics and Ideology in the American Historical Profession* (Toronto: New Hogtown Press, 1975), 43-66; Ellen

- Schrecker, *No Ivy Tower*; Buhle y Rice-Maximin, *William Appleman Williams*, 45, 70-73.
44. Ver *William Appleman Williams, The Tragedy of American Diplomacy* (Nueva York: Norton, 1988, originalmente 1959 y revisado en 1962 y 1972); y su *Empire as a Way of Life* (Nueva York: Oxford University Press, 1980); y Henry W. Berger, *A William Appleman Williams Reader: Selections of His Major Historical Writings* (Chicago: Ivan Dee, 1992). Williams no era totalmente consciente de los problemas puestos de relieve por el marxismo, ver su *The Great Evasion: An Essay on the Contemporary Relevance of Karl Marx and on the Wisdom of Admitting the Heretic into the Dialogue about America's Future* (Chicago: Quadrangle Books, 1964).
45. Para un desarrollo de este punto, ver mi *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995).
46. Buhle y Rice-Maximin, *William Appleman Williams*, 69.
47. Buhle y Rice-Maximin, *William Appleman Williams*, 96-102.
48. Buhle y Rice-Maximin, *William Appleman Williams*, 95.
49. Lemisch, *On Active Service in War and Peace*, 111.
50. Buhle y Rice-Maximin, *William Appleman Williams*, 265.
51. Arthur Schlesinger Jr. acotado en Lemisch, *On Active Service in War and Peace*, 83 y 188.
52. Lemisch, *On Active Service in War and Peace*, 69-70.
53. Lemisch, *On Active Service in War and Peace*, 66-67, 103-105, 109.
54. Jon Wiener, "Scholars on the Left", *Nation*, 1 de febrero de 1999, 7.
55. Herbert Saphiro, "Political Correctness and the U.S. Historical Profession", *Nature, Society, and Thought* 10, números 1 y 2 (1997): 327-328.
56. Everett Carl Ladd Jr. y Seymour Martin Lipset, *The Divided Academy: Professors and Politics* (Nueva York: McGraw-Hill, 1975), 327-369.
57. Para ejemplos difundidos por los conservadores que nos harían creer que el mundo académico ha sido trastornado por las fuerzas multiculturales y radicales, ver Martin Anderson, *Imposters in the Temple* (Nueva York: Simon & Schuster, 1992); Allan Bloom, *Closing of the American Mind* (Nueva York: Simon & Schuster, 1987); Roger Kimball, *Tenured Radicals* (Nueva York: Harper & Row, 1990) y Dinesh D'Souza, *Illiberal Education* (Nueva York: Free Press, 1991). El libro de D'Souza tuvo una crítica favorable de C. Van Woodward y aún más de Eugene Genovese; ver la posterior

- "Heresy, Yes-Sensitivity, No: An Argument for Counterterrorism in the Academy", *New Republic*, 15 de abril de 1991: 30-35.
58. Ver Sapiro, "Political Correctness and the U.S. Historical Profession", 309-339 y Leff, "Revisioning U.S. Political History", 840; también mi *Against Empire*, capítulo 10, "The Empire in Academia". Para conocer mis propias experiencias sobre la represión política en la enseñanza, ver mi *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996), 235-252.
59. Ver la crítica de la psicohistoria en el capítulo 7.
60. Para uno de los muchos ejemplos, ver Arthur Schlesinger Jr., *History as Therapy: A Dangerous Idea*, Op-Ed, *New York Times*, 3 de mayo de 1996.
61. Michel Apple, "The Culture and Commerce of the Textbook", en Michel Apple y Linda Christian-Smith (eds.) *The Politics of the Textbook* (Nueva York y Londres: Routledge, 1991), 31. Apple menciona a Lewis Coser y sus asociados: "Ultimamente si hay alguna censura se basa sólo en la rentabilidad. Los libros que no son rentables, no importa cuál sea su tema, no tienen una consideración favorable": Lewis Coser, Charles Kadushin y Walter Powel, *Books: The Culture and Commerce of Publishing* (Nueva York: Basic Books, 1982), 31.
62. Sobre la supresión de las series de Ruggs, ver la discusión del capítulo uno.
63. Viacom, Time Warner, News Corporation (Murdoch), Advance Publications (Newhouse), Bertelsman AG, Hearst, Pearson PLC y Von Holtzbrinck. Para una lista detallada de los nombres de las diversas subsidiarias, ver *Nation*, 17 de marzo de 1997: 23-27.
64. Nota del editor a C. Osborne Ward, *The Ancient Lowly* (Chicago: Charles H. Kerr Cooperative, 1907), v.
65. Upton Sinclair, *The Brass Check: A Study of American Journalism* (Pasadena, California: publicado por el autor (1920); John Ahouse, *Upton Sinclair Bibliography* (Los Angeles: Mercer & Aitchison, 1994), ix; Upton Sinclair, *The Autobiography of Upton Sinclair* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1962), 223.
66. Richard O. Boyer y Herbert M. Morais, *Labor's Untold Story*, (Nueva York: United Electrical, Radio & Machine Workers of America, 1955, 1972). Se pusieron a la venta ediciones anteriores del libro de pequeñas compañías radicales: Cameron Associates y Marzani y Munsell.
67. Los datos para catalogación se encuentran en la contraportada del libro. Nos dan el nombre del autor, la fecha de su nacimiento y los diversos temas de los que trate el libro,

lo que a veces determina si es o no adquirido por personas que van buscando un tema determinado.

68. "El Programa de Catalogación discrimina a los libros de edición propia", *Lbrarians at Liberty* (CRISES Press, Gainesville, Florida), Junio de 1997, 27.
69. Charles Willet, coordinador de Alternativas a la Edición de la Mesa de Responsabilidades Sociales de la Asociación Americana de Bibliotecas, en una carta dirigida a mí, el 21 de septiembre de 1995.
70. Jon Wiener, "Murdered Ink", *Nation*, 31 de mayo de 1993: 743. Wiener discute seis títulos controvertidos de autores famosos que se suprimieron por unos u otros motivos por la presión corporativa. Ver también Mark Crispin Miller, "The Crushing Power of Big Publishing", *Nation*, 17 de marzo de 1997, 11-18.
71. Charlotte Dennett, "Book Industry Refines Old Suppression Tactic", *American Writer*, marzo de 1984: 6.
72. Noam Chomsky y Edward S. Herman, *The Washington Connection and Third World Fascism*, (Boston: South End Press, 1979). Este episodio de supresión corporativa es de la nota introductoria del libro, xiv-xvii, y está basado en declaraciones a los autores por parte del editor y el editor asociado de Warner Modular Publications.
73. Dennett, "Book Industry refines Old Suppression Tactic", 5-6; Elizabeth Bowman, "Corporate Censorship", *Daily World*, 15 de octubre de 1981.
74. Gerard Colby, "My Turn", *American Writer*, marzo de 1984: 6; Bowman, "Corporate Censorship"; John Judis, "Book Biz Censors", *In These Times*, octubre 12-18, 1983: 2. El libro en cuestión es de Gerard Colby Zilg, *Du pont: Behind the Nylon Curtain* (Nueva York: Prentice Hall, 1974). Desde entonces Colby ha omitido de su nombre el Zilg.
75. Edwin McDowell, "Publishing: Censorship Can Take Indirect Forms", *New York Times*, 18 de febrero de 1983.
76. McDowell, "Publishing..."; ver Richard Barnet y R.E. Müller, *Global Reach: The Power of the Multinational Corporations* (Nueva York: Simon & Schuster, 1974).
77. Richard Barnet, entrevista telefónica conmigo, el 21 de febrero de 1999.
78. Wiener, "Murdered Ink", 749. Wiener cita a Ben Bagdikian como la fuente de esa historia.
79. Joseph Strayer en su introducción a Marc Bloch, *The Historian's Craft* (Nueva York: Random House, 1953): vii.

80. Una conclusión a la que yo llegué por mi muestreo da la vasta literatura historiográfica: Bloch, *The Historian's Craft*; Edward Hallet Carr, *What is History?* (Nueva York: Random House, 1961); R.G. Collingwood, *The Idea of History* (Nueva York: Oxford University Press, 1956); Leopold von Ranke, *The Theory and Practice of History and Historical Problems* (Londres: Oxford University Press, 1925); C. Vann Woodward, *Thinking Back: The Perils of Writing History* (Baton Rouge/Londres: Louisiana State University Press, 1986); Marie Collins Swabey, *The Judgment of History* (Nueva York: Philosophical Library, 1954); Allan Lichman y Valerie French, *Historians and the Living Past* (Arlington Heights, Ill.: Harlan Davidson, 1978); Robin Winks (ed.), *The Historian as Detective: Essays on Evidence* (Nueva York: Harper & Row, 1968); David Hackett Fischer, *Historian's Fallacies: Toward a Logic of Historical Thought* (Nueva York: Harper & Row, 1970) y James West Davidson y Mark Hamilton Lytle, *After the Fact: The Art of Historical Detection* (Nueva York: Alfred Knopf, 1982); este último volumen debería haberse titulado con más propiedad "El arte del aplazamiento histórico", ya que los autores parecen incapaces de llegar a alguna conclusión, en uno u otro sentido, sobre el controvertido caso que investigan, lo que presumiblemente demuestra su juicioso control. Sólo en un caso relativamente poco discutible y políticamente seguro (la muerte de Silas Deane) llegan a una conclusión definida.
81. Sanford Berman, "The Kids of Censorship that Librarians (mostly) Don't Talk About", *Minnesota Library Association Newsletter* agosto/septiembre de 1996, reimpresso en *Librarians at Liberty*, junio de 1997: 18-19.
82. Craig Gilmore, "Notes on the Book Trade", *Monthly Review Newsletter*, invierno 1997: 2-4.
83. Ellis Goldberg, "Bookstores Have Their Own Censorship", *Guardian* (Nueva York), 15 de marzo de 1989: 2.
84. Charles Willet, "Librarians as Censors", *Librarians at Liberty* (CRISES Press, Gainesville Florida), junio de 1995: 6-7.
85. En 1992 yo estaba escuchando una emisión nocturna de la KGO. El invitado era Mark Lane, conocido investigador del asesinato de JFK y autor. Llamó un hombre que se identificó sólo como una persona que había estado con el servicio de inteligencia en Japon cuando Kennedy fue abatido. Dijo que era una impresión generalizada entre todos los miembros de su unidad que Kennedy había sido asesinado porque "no se había portado bien con la comunidad de la inteligencia nacional". La noticia de su muerte fue recibida con agrado.
86. Este era ciertamente el punto de vista de Reagan, compartido por otros conservadores. Después de que Kennedy ganara la nominación demócrata para presidente en julio de

1960, Reagan comentó: “Habrà que seguir de cerca a Mr. Kennedy y a ese “osado e imaginativo programa” de su propia cosecha. Bajo ese corte de pelo juvenil y descuidado está el Karl Marx de hace un siglo. No hay nada nuevo en la idea de un gobierno que sea un “gran hermano” para todos nosotros”. Más tarde Reagan mantuvo que los liberales como Kennedy tenían una cosa en común con los “socialistas y comunistas”: que querían arreglar sus problemas con acciones de gobierno”: Kitty Kelley, *Nancy Reagan, The Unauthorized Biography* (Nueva York: Simon & Schuster, 1991), 125-126.

87. Para una muestra de esta literatura, ver Michael L. Kurtz, *Crime of the Century: The Kennedy Assassination from a Historian's Perspective* (Knoxville, Tenn.: University of Tennessee Press, 1982); Mark Lane, *Rush to Judgment: A Critique of the Warren Commission's Inquiry into the Murders of President John F. Kennedy, Officer J.D. Tippit and Lee Harvey Oswald* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1966); Sylvia Meagher, *Accessories After the Fact: The Warren Commission, the Authorities and the Report* (Nueva York: Vintage Books, 1992, originalmente 1967); Jim Marrs, *Crossfire: The Plot that Killed Kennedy* (Nueva York: Carroll & Graf, 1989); Jim Garrison, *On the Trail of the Assassins: My Investigation and Prosecution of the Murder of President Kennedy* (Nueva York: Sheridan Square Press, 1992); David S. Lifton, *Best Evidence* (Nueva York: Carroll & Graf, 1980); Peter Dale Scott, *Deep Politics and the Death of JFK* (Berkeley, Calif.: University of California Press, 1993); Stewart Galanor, *Cover-Up* (Nueva York: Kestrel Books, 1998); Gaeton Fonzi, *The Last Investigation* (Nueva York: Thunder's Mouth Press, 1993); Charles A. Crenshaw, M.D., *JFK: Conspiracy of Silence* (Nueva York: Signet, 1992) y los dos artículos que yo escribí sobre el esesinato de JFK en mi libro *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996), 153-191.
88. Un punto mencionado por el columnista Tom Wicker, que rechazó las “salvajes afirmaciones” de Stone: *New York Times*, 15 de diciembre de 1991. El *Washington Post* (19 de mayo de 1991) dedicó a George Lardner Jr. la primera página completa de su sección “Outlook” del domingo para atacar a Stone por su “estúpida ficción”. Lardner fue una elección interesante. Nunca comentaba películas, pero era el reportero del *Post* que cubría las actividades de la CIA sin haber criticado nunca a la agencia por sus crímenes en todo el mundo.
89. *Washington Post*, 6 de enero de 1979.
90. Gerald Posner, *Case Closed: Lee Harvey Oswald and the Assassination of JFK* (Nueva York: Random House, 1993).
91. La aparición de Posner en el programa “Crossfire” (Fuego Cruzado) de la CNN fue una de las raras ocasiones en que tuvo que enfrentarse a un crítico de las conclusiones de

la Comisión Warren, el doctor Cyril Wecht, pero tuvo el amplio apoyo de los otros dos invitados, Michael Kinsley y John Sununu, ambos seguidores de la línea oficial.

92. Thomas C. Reeves, comentario de *Case Closed* en *Journal of American History*, 81 (Diciembre 1994): 1379-1380.
93. Para una muestra completa de la cobertura dada a Posner en forma de críticas favorables, editoriales y cartas, ver Geoffrey C. Ward, "The Most Durable Assassination Theory: Oswald Did It Alone", *New York Times Book Review*, 21 de noviembre de 1993: 15.16; Christopher Lehmann-Haupt, "Kennedy Assassination Answers", *New York Times*, 9 de setiembre de 1993; *New York Times*, 26 de junio de 1994 y 26 de marzo de 1998; *Washington Post*, 24 de agosto de 1993; Gerald Posner, "Who Was Lee Harvey Oswald?" *Penthouse*, noviembre de 1993; Gerald Posner, "Cracks in the Wall of Silence", *Newsweek*, 12 de octubre de 1998: 49; "New Probe Says Oswald Was JFK's Lone Assassin", *San Francisco Chronicle*, 23 de agosto de 1993.
94. Declaraciones de Roger L. McCarthy, suscritas bajo juramento el 6 de diciembre de 1993, que me proporcionó Gary Aguilar.
95. Hearing Before the Legislation and Natinal Security Subcommittee of the Committee on Government Operations, House of Representatives, 103º congreso, 1ª sesión, 17 de noviembre de 1993 (Washington, D.C.: Oficina de Ediciones del Gobierno), 112-113.
96. Gary L. Aguilar, carta al editor, *Federal Bar News & Journal*, 41 (Junio de 1994): 388. Posner siempre ha proclamado que Boswell "se retractó", pero siempre se ha negado a mostrar cualquier evidencia al respecto. Posner dice que había grabado una conversación con Boswell en abril de 1992, en la que este último cambió su testimonio, sin embargo se niega a mostrar también ese material. Cuando la Mesa para la Revisión de los Archivos del Asesinato (nombrada por el presidente Clinton para desclasificar los documentos relativos al mismo) le pidió a Posner que mostrara sus notas y cualquier cinta que tuviera de sus entrevistas, Posner volvió a negarse. "El contacto inicial de la Mesa para Revisión con Posner no tuvo ningún resultado. La Mesa para la Revisión nunca recibió respuesta (de Posner) a una segunda carta solicitando sus notas". *Final Report of the Assassination Records Review Board*, John R. Tunheim, presidente (Washington, D.C.:Oficina de Ediciones del Gobierno, 1988), 134.
97. Gary L. Aguilar, "Gerald Posner and the Evidence, Some Irreconcilable Differences", *Open Secrets*, noviembre de 1995: 6-7.
98. Posner, *Case Closed*, 325-326.

99. Harold Weisberg, *Case Open: The Omissions, Distortions, and Falsification of "Case Closed"* (Nueva York: Carroll & Graf, 1994), 159.
100. Aguilar, carta, *Federal Bar News & Journal*, junio de 1994: 388 y en Posner, *Case Closed*, 553, en la cita 31 se lee: "Entrevista con James Tague, 19 de enero de 1992 y las notas 32 y 33 también citan entrevistas con Tague. En su crítica del libro de Posner para el *Journal of Southern History* 6 (Febrero de 1995): 186-188, David R. Wrone señala: "Inundan el libro un número masivo de errores, que lo convierten en un verdadero campo de minas". Uno de los muchos errores que enumera es que Posner sitúa a Tagger bajo el triple paso inferior, cuando estaba veinte piés más al este, donde no podía haber sido herido por los fragmentos de la primera bala.
101. G. Robert Blakey, "The Mafia and JFK's Murder", *Washington Post Weekly Edition*, 15-21 de noviembre de 1993: 23-24. Blakey tuvo un espacio en el Post porque, aunque rechazaba la teoría de un único asesino, culpaba a la mafia y no a los servicios de inteligencia del asesinato de Kennedy. Para una refutación de esta tesis, ver "Afterword", de Carl Oglesvy en Garrison, *On the Trail of the Assassins*, 295-308.
102. Ver Mark Lane, *Plausible Denial: Was the CIA Involved in the Assassination of JFK?* (Nueva York: Thunder's Mouth Press, 1991); Robert D. Morrow, *First Hand Knowledge: How I participated in the CIA-Mafia Murder of President Kennedy* (Nueva York: Shapolsky Publishers, 1992); Glen Sample y Mark Collom, *The Men on the Sixth Floor* (Garden Grove, Calif.: Sample Graphics, 1995); Hugh C. McDonald, *Appointment in Dallas* (Nueva York: Hugh McDonald Publishing Group, 1975).
103. Crítica de Wrone a *Case Closed* en *Journal of Southern History* 6 (Febrero de 1995): 186.
104. Para críticas a la investigación de Posner, ver Peter Dale Scott, "Gerald Posner and the False Quotation Syndrome", *Prevailing Winds*, primer número, 1995: 58-63; también la crítica de Scott al libro de Posner en el mismo número; George Costello "The Kennedy Assassination: Case Still Open", *Federal Bar News and Journal*, 41 (Marzo/Abril de 1994): 233; Galanor, *Coverup*; Weisberg, *Case Open* y Aguilar, "Gerald Posner and the Evidence", 6-7.
105. Charley Shively, carta al editor, *Journal of History*, 82 (Junio de 1995): 389.



## **LA EXTRAÑA MUERTE DEL PRESIDENTE ZACHARY TAYLOR. UN ESTUDIO DE LA FABRICACIÓN DE LA HISTORIA DE LA CORRIENTE PRINCIPAL**

Lo que sigue es una demostración detallada de cómo se construye políticamente la memoria histórica, de cómo especulaciones insostenibles o altamente cuestionables se transforman en una historia aceptable para los funcionarios públicos, los historiadores académicos y los medios de información. El proceso es similar a la publicidad. Algunos ingredientes básicos de la publicidad son la omisión, la distorsión y la repetición. Respecto a la repetición, uno podría impresionarse de cómo los historiadores de la corriente principal, al igual que los periodistas de la corriente principal, validan sus ideas con las ideas que ya han producido antes ellos mismos, de cómo sin contar con evidencias o investigaciones independientes, vuelven una y otra vez a dar por buenos hechos que no se sostienen, creando credibilidad a través de un proceso de repetición. Si se reitera lo suficientemente a menudo por parte de “expertos y otras fuentes reputadas”, una afirmación termina aceptándose como cierta. Junto con el periodismo envasado existe la historia envasada. Realmente, a menudo los dos traba-

jan conjuntamente para apoyar conclusiones políticamente seguras. Este parece ser el caso referente a la muerte del duodécimo presidente de los Estados Unidos, Zachary Taylor.

En la noche del 4 de julio de 1850, el presidente Taylor enfermó repentinamente. Cinco días más tarde, a la edad de sesenta y cinco años, murió. En su momento hubo rumores de que había sido envenenado. Más de 140 años más tarde la escritora Clara Rising se embarcó en una investigación sobre su muerte. Escribiendo un libro sobre Taylor, empezó a sospechar que había sido asesinado a causa de su decidida lucha contra la expansión de la esclavitud en los territorios de los Estados Unidos. Después de obtener el permiso de los descendientes de Taylor para examinar sus restos, Rising tuvo la cooperación del juez de instrucción del condado de Jefferson, en Louisville, Kentucky. La cripta de Zachary Taylor se abrió el 17 de junio de 1991. Se sacaron uñas, pelo, muestras de piel y algunos fragmentos de huesos y se iniciaron pruebas en tres laboratorios diferentes.

La exhumación produjo críticas fuertes e inmediatas por parte de la prensa. Un editorial del *New York Times* atacó a Clara Rising por su “arrogante desprecio a la muerte” y por “forzar una tumba” sin tener “una evidencia histórica seria” que apoyara sus sospechas.<sup>1</sup> El *New Republic* describió la investigación como un “sacrilegio” y un “ejercicio de horror”.<sup>2</sup> El columnista Charles Krauthammer enlazó el interés en la muerte de Taylor con el interés en el asesinato de Kennedy, denunciando que esas “teorías de la conspiración” minaban la “reputación del poder constitucional” en nuestro sistema político.<sup>3</sup>

Los historiadores profesionales fueron igualmente críticos. Elbert Smith, autor de libros sobre la época Taylor-Fillmore, pensó que la idea era un juego sucio y un “puro disparate”. Explicó que los historiadores nunca sospecharon que Taylor había sido asesinado, porque “las conspiraciones y los envenenamientos” eran comunes en las antiguas Roma y Grecia, pero

no en los Estados Unidos del año 1850. El historiador de la Guerra Civil Shelby Foote declaró que, aunque se descubriera que Taylor había sido envenenado, no tendría ninguna consecuencia significativa y sólo nos llevaría al dilema inútil de “lo que podría haber sido”.<sup>4</sup> Se estaba refiriendo a las aparentemente inútiles conjeturas de lo que podría haber ocurrido si Taylor hubiera vivido y prevalecido su política contra la expansión de la esclavitud.

Foote trivializa la investigación asumiendo que cualquier revelación sobre un envenenamiento llevaría sólo a especulaciones sin fruto alguno, más que a una confirmación de lo que podría ser el lado más oscuro de los políticos americanos. El objetivo no era especular sobre “lo que podría haber sido”, sino descubrir posibles amenazas actuales, si había alguna que descubrir. ¿Tiene alguna significación histórica que Zachary Taylor fuera envenenado? Aunque no se le recuerda como un presidente importante, la idea de que ese fuera su final pone en duda la idea que propagan los guardianes de la ortodoxia histórica, que mantienen que las instituciones políticas de los Estados Unidos están por encima de cualquier trampa y que América es la única tierra bendecida donde tales cosas no pueden ocurrir. Si Taylor fue envenenado, esto plantearía cuestiones preocupantes sobre la seguridad de los presidentes y el papel de una conspiración en las altas esferas. Podría sugerir la posibilidad de que, por sus intereses, los poderosos hubieran sido capaces de tomar medidas extremas contra altos líderes políticos. Y podría ser causa de que algunos nos cuestionáramos la legitimidad y la virtud de nuestro sistema democrático.

El 26 de junio de 1991, el médico del estado de Kentucky, doctor George Nichols, anunció en una conferencia de prensa en Louisville que Zachary Taylor no había sido envenenado. Se encontraron en su cuerpo restos de arsénico, pero no a niveles letales. Esa noche, el locutor del noticiario de la ABC-TV, Peter Jennings, anunció: “un misterio resuelto”. Taylor “murió por causas naturales”.<sup>5</sup> Al día siguiente, el *New York Times* titu-

laba la historia: "YA HAY VEREDICTO: EL 12º PRESIDENTE NO FUE ASESINADO".<sup>6</sup> Un titular del *Washington Post* proclamaba: NO HAY EVIDENCIAS DE ENVENENAMIENTO EN EL CASO TAYLOR".<sup>7</sup> A continuación el *Post* informaba: "En lo que supone un revés a la sospecha (de Clara Rising) de una conspiración, la teoría del envenenamiento por arsénico en las cerezas ha sido refutada esta semana".<sup>8</sup> Los medios señalaron que Taylor había muerto después de consumir cerezas y leche.

## Examinando el examen

Como yo no sabía que las cerezas y la leche fueran tan letales, decidí examinar el asunto más profundamente. Cuando mi ayudante en la investigación, Peggy Karp, llamó al doctor Nichols seis semanas después de su conferencia de prensa, para pedirle una copia del informe médico, éste le dijo que todavía estaba en el ordenador y que no había sido impreso. Si eso era cierto significaba que las noticias anunciando que Taylor no había sido envenenado las habían difundido los periodistas sin ver el informe, aceptando sin más la opinión que el médico había dado en la conferencia de prensa.

Once días más tarde, en respuesta a otra petición de mi ayudante, Nichols ofreció una excusa diferente para no entregarnos el informe, diciendo que tenía órdenes del juez del condado para no hacerlo público. Varias semanas más tarde la secretaria de Nichols nos dio una nueva razón: el informe sólo estaba disponible para la persona que había pedido y a quien se le había concedido la autopsia. Peggy Karp contactó con el doctor Richard Greathouse, el juez del condado de Louisville que había

supervisado la investigación. Él nos envió una copia de lo que parecía ser la conclusión del examen médico.

Titulado “Resultados de la Exhumación de Zachary Taylor”, el informe tenía unas tres páginas a doble espacio, sin fecha, ni identificación del lugar, ni carta acompañándolo. Aunque estaba escrito en primera persona, no se mencionaba el autor. Concluía: “Mi opinión es que el presidente Zachary Taylor no fue envenenado por arsénico”. El arsénico se encontró en las muestras de los restos de Taylor, pero las cantidades estaban “dentro de lo normal en los tejidos humanos”. Recordando los síntomas que precedieron a la muerte de Taylor, el informe decía algo interesante:

“Los síntomas y la duración de las molestias de Zachary Taylor son histórica y médicamente compatibles con un envenenamiento agudo por arsénico y con muchas otras enfermedades naturales. Los síntomas empiezan entre los 30 minutos y las 2 horas después de la ingestión. Estos síntomas incluyen náuseas, vómitos, espasmos dolorosos abdominales fuertes, ardor de estómago doloroso y diarrea con sangre. La muerte normalmente sobreviene entre las 24 horas y los 4 días...

Mi opinión es que Zachary Taylor murió como resultado de una de las miríadas de enfermedades naturales que pueden originar síntomas de “gastroenteritis”.

Por último, los síntomas que se produjeron y la rapidez de la muerte son claramente consistentes con un envenenamiento agudo por arsénico”.<sup>9</sup>

Los síntomas de Taylor incluían espasmos abdominales, diarrea, vómitos, fiebre, ardor doloroso de estómago y fuerte sed. Aunque no se mencionaba en el informe, la sed fuerte es un síntoma corriente del envenena-

miento por arsénico. Aunque el informe hablaba de una “miríada” de enfermedades naturales, no mencionaba ninguna.

Acompañando al informe había media página titulada “Diagnóstico Final” firmada por Nichols, que concluía: “Opinión: Este examen no ha determinado ninguna causa anatómica o toxicológica. La causa de la muerte fue natural”. Más adelante decía: “Los datos históricos consistentes con la enfermedad natural no determinada representan clínicamente una “gastroenteritis”. Si yo entendía a Nichols, Taylor había muerto de una enfermedad no determinada, los síntomas de la cual eran parecidos a una gastroenteritis, un diagnóstico que se da para la inflamación del estómago y el intestino y otros desordenes naturales, un término tan impreciso que incluso Nichols se siente impelido a ponerlo entre comillas repetidas veces, como una acotación distanciadora de su informe. Aunque se refiere a “datos históricos” consistentes con las conclusiones, no nos ofrece ninguno.<sup>10</sup> El informe no dice nada sobre lo que causó la gastroenteritis.

Algunos meses más tarde, cuando se le preguntó si Taylor había muerto de gastroenteritis, el doctor Greathouse declaró que esa conclusión era “una opinión, solamente una opinión, una opinión basada en los síntomas”.<sup>11</sup> Parece que los investigadores no estaban tan seguros de sus conclusiones sobre cómo había muerto Taylor como ellos —y los medios de información— nos querían hacer creer. Greathouse describió la gastroenteritis como “un término muy general”. Las causas pudieron ser “productos químicos, virus o bacterias en la comida en mal estado o las alergias”.<sup>12</sup>

Como ya se ha señalado, el informe del examinador médico confirma que los síntomas de Taylor eran consistentes con un envenenamiento por arsénico, pero también con “muchas enfermedades naturales”, realmente con “una miríada de enfermedades”. Cuando se le preguntó qué otras afecciones presentaban esos síntomas, Greathouse no mencionó ninguna. Comentó que “se decía que en la época de Taylor había cólera morbo...

(Pero) él realmente no tenía síntomas de cólera”. El cólera morbo es una afección raramente fatal que presenta diarrea y espasmos. Greathouse también mencionó diversas variedades de comida en mal estado, pero concedió que eso normalmente no causa la muerte. Conjeturó que Taylor podría haber contraído algún tipo de bacteria o infección viral aguda por la comida o el agua que había consumido ese día. También admitió que “miriada” era “una palabra demasiado florida”, y que “varias” otras enfermedades era un término más exacto.<sup>13</sup>

Juzgando los propios comentarios de Greathouse, la comida en mal estado era lo único que coincidía con los síntomas de Taylor, aparte del envenenamiento por arsénico. Con la comida podrida se presentan espasmos de estómago, vómitos y diarrea una hora o así después de su ingestión, pero no hay cinco días de agonía, una sed rabiosa y una peculiar debilidad en las piernas, y raramente sobreviene la muerte como en el envenenamiento por arsénico.

¿Exactamente cuánto arsénico se encontró en los restos de Taylor? Como el arsénico existe en la atmósfera, cualquier prueba hoy día consideraría normal desde 0,2 a 0,6 microgramos por gramo, o partes por millón (ppm).<sup>14</sup> La espectrofotometría calorimétrica realizada sobre las uñas y el pelo de Taylor, dirigida por Michael Ward, forense del Departamento de Salud de Kentucky, encontró hasta 1,9 microgramos por gramo de arsénico en una muestra del pelo de Taylor, de tres a nueve veces el porcentaje considerado normal hoy día. La muestra de uñas reveló 3,0 ppm, lo que supone de cinco a quince veces más de lo normal hoy día.<sup>15</sup>

Taylor pasó su vida en las plantaciones de Louisiana y Kentucky, en bases militares en Wisconsin, Florida, Missouri y Louisiana y los últimos quince meses la mayoría en Washington D.C. Ninguno de estos lugares tenía una polución industrial especial. Debería haber tenido mucho menos arsénico que la gente expuesta hoy día a un ambiente polucionado. Sin

embargo, tenía sustancialmente más, aunque aparentemente no en cantidades letales.

El *Washington Post* había publicado en palabras de Nichols que la concentración de arsénico hubiera tenido que ser “cientos o miles de veces más grande” para ser la causa de la muerte de Taylor.<sup>16</sup> Pero el toxicólogo sueco Sten Forshufvud demostró que las muestras de cabello completo (es decir, la longitud completa del cabello) de una víctima de arsénico muestran cantidades no mucho más altas que las de Taylor. Sin embargo, un análisis de la sección del mismo pelo de la víctima (un análisis de la porción específica del trozo de pelo que creció inmediatamente después del envenenamiento) revelaría un valor de 10,38 microgramos por gramo, o de diecisiete a cincuenta y una veces más que el porcentaje “normal” de hoy día.<sup>17</sup> Como ya he señalado, el nivel de Taylor, aunque de una muestra en bruto, todavía era de tres a diez veces superior.

Tanto el *New York Times* como el *Washington Post* despreciaron la presencia de arsénico en el cuerpo de Taylor, haciendo notar que ese elemento se utilizaba en ciertas medicinas y en los líquidos de embalsamar.<sup>18</sup> Ambos periódicos omitieron mencionar que, a petición de su viuda, Margaret Taylor, el presidente no fue embalsamado. Y no hay evidencias de que se le suministrara ninguna medicina conteniendo arsénico ni antes ni durante su enfermedad.<sup>19</sup>

También se mencionó como contaminante el arsénico del agua del subsuelo que a veces se puede filtrar a las tumbas. Pero Taylor no fue enterrado. Su cripta estaba por encima del suelo y su ataúd sellado fuertemente. La prensa informó que el arsénico se utiliza a veces en productos como el papel de las paredes. Hasta lo que yo sé, a Taylor no le había dado por mascar papel de empapelar paredes, que sería la única forma de que hubieran entrado cantidades detectables en su aparato digestivo, en su torrente sanguíneo y eventualmente en sus uñas y cabellos.

Greathouse sostiene que el arsénico de Taylor vino de la polución. “¿Vive usted en Los Angeles?”, preguntó cuando fue entrevistado por mi ayudante en la investigación.<sup>20</sup> Ciertamente Taylor nunca vivió en una “megalópolis” polucionada como Los Angeles. Si el principal motivo de tener arsénico en nuestros cuerpos es la polución industrial, que era mucho menor en los tiempos de Taylor que en el día de hoy, ¿no sería normal que los niveles de 1850 fueran mucho más bajos? “No necesariamente”, insistió Greathouse, “El arsénico está también presente en algunos medicamentos y en la comida”. No especificó más.

Greathouse añadió un comentario interesante: Los síntomas de Taylor eran congruentes con un envenenamiento *agudo* por arsénico, el resultado de una dosis letal, distintos al envenenamiento *crónico*, que supone la ingestión de pequeñas cantidades durante un período continuado. En la exhumación se extrajeron por completo las uñas de Taylor y las muestras de pelo eran de cabellos completos. Incluso si Taylor hubiera sido envenenado, la mayoría de estas muestras hubieran estado libres de altas concentraciones de arsénico, que tenía que haberse introducido mucho antes del envenenamiento. Para analizar de la forma adecuada un envenenamiento agudo había que analizar sólo la base de la uña y la raíz del cabello, las porciones diminutas que habían crecido durante los días de la enfermedad de Taylor, es decir los últimos cinco días de su vida. (Al contrario de la creencia popular, el pelo y las uñas no continúan creciendo después de la muerte).

Las pruebas que hizo Michael Ward fueron de pelos y uñas enteros. Pero estas muestras diluyen la concentración de arsénico y enmascaran la presencia de un envenenamiento agudo. Las tres 3,0 ppm de arsénico encontradas en la uña de Taylor son el porcentaje de veneno encontrado en la uña completa o “en la combinación de las uñas de la mano y del pie”, como señalaba el informe de laboratorio de Ward. Casi toda la muestra tenía que estar relativamente libre de arsénico, hubiera sido envenenado

Taylor o no. Si sólo se hubieran analizado las partes correspondientes a los últimos cinco días –asumiendo que se hubieran solidificado lo suficiente como para no descomponerse por completo– entonces la concentración hubiera podido ser muchísimo más alta.

Lo mismo se puede decir de la muestra de pelo. Como el pelo crece un centímetro por mes o 4,7 pulgadas por año, entonces el arsénico contenido en un pelo completo de Taylor estaría alrededor de los niveles “normales”. La única porción del pelo de Taylor que había que haber analizado es el 0,166 de un centímetro o ligeramente más de un veinteavo de pulgada (0,065), la parte que podía haber crecido en los últimos cinco días de su vida. Aquí asumimos que el pelo de Taylor crecía a niveles normales, lo cual podía no ser el caso dada su calvicie parcial, su edad avanzada y la lucha mortal que su cuerpo estaba manteniendo en aquellos días finales.

¿La raíz del cabello no habría mostrado concentraciones de arsénico mucho más altas que al considerar el cabello completo? El doctor Vincent Guinn, consultor forense de la Universidad de Maryland así lo piensa, señalando que la muestra del pelo completo es útil en los casos de envenenamiento crónico o repetido, pero en los de envenenamiento agudo “los resultados podrían estar invalidados porque se está promediando la concentración de la sección de la raíz con el resto del pelo”.<sup>21</sup> Lo que hace falta es un análisis de la sección, con atención especial a raíz.

Uno de los pioneros de las pruebas de sección del cabello, el doctor Hamilton Smith, de la Escuela de Medicina Forense de la Universidad de Glasgow en Escocia, demostró el efecto enmascarador del análisis a la muestra completa de pelo. Utilizando el sistema de activación de neutrones, Smith analizó una muestra completa de pelo (30 cm.), tomada de una víctima de envenenamiento por arsénico en nuestros días y encontró un contenido de veneno de 0,86 ppm (sustancialmente menos que en el pelo de Taylor). Pero cuando se analizaron la raíz y el primer centímetro como

secciones separadas, el valor fue de 9,40 ppm, o 10,9 veces el nivel del cabello completo.<sup>22</sup>

Los resultados de los análisis son tan buenos como lo sean las muestras que se analizan. Las muestras de un cadáver de más de 140 años de antigüedad tienen menos fiabilidad que las de una víctima reciente. Tanto el doctor Greathouse como el doctor William Maples, patólogo forense que atendió la exhumación, mencionaron que las uñas y el pelo de Taylor “se extraían fácilmente”. Maples opinó que esto podía deberse a la descomposición de la base.<sup>23</sup> de acuerdo con el doctor Richard Bisbing, especialista de microscopio en el Laboratorio McCrone de Chicago, si la raíz del pelo estaba descompuesta en su totalidad o en parte, esto cuestionaría la fiabilidad de cualquier prueba.<sup>24</sup>

Existe el problema adicional de cómo se extrajeron las muestras de los restos de Taylor. El doctor Guinn señala que los cabellos extraídos de un cuerpo deben colocarse sobre un pedazo de papel limpio, con el papel doblado sobre el final de la raíz, “un procedimiento que a veces no se sigue porque no se conoce”.<sup>25</sup> En el caso de la autopsia de Taylor no se hizo así.

Junto con el trabajo que hizo el Departamento de Salud de Kentucky, otros dos laboratorios analizaron muestras de Taylor. No hay un informe final del Laboratorio de Análítica por Microscopio Electrónico de la Universidad de Louisville. La directora del laboratorio, Beverley Giammara, empleó un día trabajando junto con Nichols y varios ayudantes sobre las muestras. Nichols después se llevo con él todos los materiales. Giammara no es patóloga y no conoce la significación de los niveles de arsénico, pero amablemente puso a nuestra disposición los datos en bruto de las pruebas.

En su “Diagnóstico Final”, Nichols se refiere a que el informe de “Ms. Barbara (*sic*) Giammara”, muestra un porcentaje de arsénico “por encima de 1,80”. Revisando los mismos datos, yo encontré el análisis de una muestra de uña con 1,80, pero otro con 2,229. Las pruebas sobre la muestra de

pelo revelaban incluso un porcentaje más alto de 3,84, que Nichols no mencionó.<sup>26</sup> De acuerdo con el doctor Bisbing del Laboratorio McCrone, los números de las pruebas del microscopio electrónico ignoran el carbono y el nitrógeno, lo que supone el 99% del pelo, por lo que son poco significativas.<sup>27</sup>

Una prueba más fiable es el análisis por activación de neutrones. Este fue el método que utilizaron los doctores Frank Dyer y Larry Robinson, del Laboratorio Nacional de Oakridge, que encontraron 2,0 ppm de arsénico, cifra por encima de la media pero que no se puede considerar letal.<sup>28</sup> El propio Dyer planteó algunas cuestiones sobre el procedimiento. Reconoció la posibilidad de que, cuando se extrajo el pelo de Taylor podía haberse roto por la raíz a causa de la descomposición. No quería participar en ninguna investigación a menos que participara también en la toma de muestras. “Aprecio cada vez más la importancia de asegurar la calidad”.<sup>29</sup> Dyer añadió: “Era muy dependiente de George Nichols para que me diera lo que necesitaba. Le pregunté si podía ver cuales eran las puntas de la raíz del pelo. No pareció interesado en ese asunto. Me pareció que Nichols realmente no entendía que son las raíces del pelo lo que hay que analizar”.<sup>30</sup>

Dyer no estaba seguro de que hubiera analizado las raíces. No investigó las puntas bajo el microscopio. En cualquier caso, no estaba seguro de qué aspecto debían tener las raíces “después de cien años”. Hizo una selección de cabellos, cortó un poco de ambas puntas, las mezcló e hizo el análisis. En otra muestra los cabellos estaban mezclados con lo que parecía ser sangre. Admitió que la sangre podría añadir peso y reducir la medida de arsénico a ese factor de dos.

Dyer admitió que sabía poco sobre morfología del pelo, aunque sin embargo parecía saber más que cualquiera de los involucrados en la investigación. Señaló que en cualquier momento algunos cabellos de la cabeza

están creciendo, otros no y algunos menos de lo normal. “Así que si el pelo no está creciendo, no ha recogido arsénico” incluso con la raíz intacta.<sup>31</sup> Si los cabellos no crecen no toman arsénico, con lo que su presencia se diluye todavía más en una muestra de pelo completo.

Pero Dyer encontró algo muy significativo, una sospechosamente alta concentración de antimonio de 8,0 ppm en las muestras de pelo y 10,0 ppm en lo que le pareció que eran los finales de la raíz. El antimonio, un elemento metálico pesado, también se ha utilizado como veneno. El cuadro clínico es similar al de envenenamiento por arsénico, con una sintomatología de náuseas, vómitos frecuentes, deshidratación y fuerte diarrea.<sup>32</sup> Tiene una toxicidad más alta que la del arsénico; un valor de antimonio de 10,0 ppm es equivalente en toxicidad a 12,0 ppm de arsénico. Considerando que probablemente la raíz estaba total o parcialmente descompuesta, ese nivel tóxico parece significativo. Dyer estaba lo suficientemente inquieto sobre el antimonio como para informar a Nicholson, que dijo que lo miraría. Pero Nichols nunca volvió a preocuparse del asunto.<sup>33</sup>

Las materiales tomados del cuerpo de Taylor se depositaron en el Filson Club, una sociedad histórica de Kentucky. Para llevar a cabo más pruebas, mi ayudante y yo le pedimos al club muestras de pelo, presentando nuestra investigación como algo serio con fines académicos. Informamos al club de que estábamos en contacto con un consultor forense que estaba de acuerdo en hacer un análisis de sección por activación nuclear y que pagaríamos por las pruebas. El Filson Club se negó a nuestra petición, alegando que “ya se han llevado a cabo los análisis de esas muestras y los análisis adicionales se consideran una repetición del esfuerzo que ya se ha hecho”.<sup>34</sup>

## Confrontación con el esclavismo

Ciertos acontecimientos alrededor de la presidencia de Taylor levantan sospechas sobre su muerte. Capitalizando la popularidad de Taylor como héroe de la guerra con Méjico, el partido Whig le nominó como candidato presidencial en 1848. Había mucho interés en los puntos de vista del candidato respecto a lo que un contemporáneo llamó “el totalmente absorbente y embarazoso tema de la esclavitud”.<sup>35</sup> Algunos nortehños temían que, siendo del sur, Taylor apoyaría la extensión de la esclavitud a los territorios recientemente anexionados. Otros sabían que Taylor, aunque era poseedor de esclavos y no era abolicionista, consideraba la esclavitud como “un mal político y social”, y quería contenerla.<sup>36</sup> Una vez en el cargo, el nuevo presidente no dejó lugar a dudas en la mente de nadie. Envió representantes para urgir a California y a Nuevo Méjico a que entraran en la Unión como estados libres, una iniciativa que inquietó sobremanera tanto a los esclavistas como a los “compromisarios” del partido Whig, como los senadores Henry Clay y Daniel Webster, que estaban dispuestos a hacer mayores concesiones a los esclavistas.

Taylor entró en la Casa Blanca con una salud aparentemente buena. Un visitante a su campamento mejicano en algún momento del año anterior, le describió como un “viejo caballero de aspecto sano”, y “notable por sus ojos brillantes y frente despejada y su apariencia “ruda y dispuesta”.<sup>37</sup> En el quinto mes de su administración, el 9 de agosto de 1849, el presidente inició un viaje por algunos estados del norte. Su primera parada fue en Pennsylvania. En Mercer hizo una declaración pública valiente: “La gente del norte no tiene que preocuparse por la extensión de la esclavitud”.<sup>38</sup> Taylor estaba asumiendo una posición contra el esclavismo sin ambigüedades.

Una quincena más tarde de que empezara a expresar su fuerte postura contra la extensión de la esclavitud, Taylor cayó misteriosamente enfermo. El 24 de agosto, en Waterford, fue atacado repentinamente por vómitos y diarrea. Continuó hasta Erie, donde su médico, el Dr. Robert Wood, le hizo guardar cama con “temblores”. Después de una noche sin dormir el presidente empeoró y comenzó a tener fiebre. El Dr. Wood ahora temía por la vida de su paciente. Hasta el quinto día no mejoró de su enfermedad.<sup>39</sup> Después de una semana de convalecencia, el presidente estaba mucho mejor pero todavía sentía una debilidad en las piernas que le dificultaba el andar.<sup>40</sup>

La enfermedad de Taylor alarmó a los miembros de su administración. “Has estado tan acostumbrado a hacer frente al peligro, que no lo temes”, le escribió el Secretario de Estado John Clayton en nombre de todo el gabinete, “pero pensamos que has estado muy enfermo desde que dejaste Washington, por lo que es evidente que el viaje no puede continuar sin riesgo”.<sup>41</sup> Haciendo caso a los ruegos de su gabinete, Taylor volvió a la capital a principios de septiembre. No se recuperó hasta semanas más tarde.

¿Cuál fue la enfermedad que afectó tan misteriosamente al presidente en su viaje al norte? Ni sus contemporáneos ni los historiadores nos lo han aclarado. El Dr. Sten Forshufvud, el toxicólogo que llevo a cabo un interesante estudio sobre la muerte de Napoleón, observa: “Si alguien tiene una salud aparentemente buena y de repente sufre síntomas violentos de enfermedad, sin que nada haya anunciado su proximidad, debemos pensar primera y principalmente en un envenenamiento. Hablando en general, una enfermedad normal y natural siempre da señales de aviso previas a la fase aguda de la misma”.<sup>42</sup> Mientras que la reacción a un envenenamiento llega de forma abrupta y su recuperación es lenta. Los efectos secundarios de un envenenamiento por arsénico, por ejemplo, incluyen debilidad en las piernas que puede durar durante algún tiempo después.<sup>43</sup> Estos fueron los síntomas de Taylor.

Si Taylor fue envenenado en Pennsylvania, eso podría explicar los niveles de arsénico en las muestras completas de sus uñas y tejidos óseos y el nivel alto de antimonio en su pelo.

En noviembre de 1849, mientras se producían los debates en el Congreso respecto al tema de la esclavitud, la salud de Taylor fue calificada por su doctor de “excelente”. En diciembre “daba la impresión de sentirse fuerte”.<sup>44</sup> La primavera siguiente encontró a un presidente totalmente restablecido para hacer frente al tema de la esclavitud. Henry Clay escribió a un asociado suyo: “El tema absorbente de la esclavitud continúa agitándonos y amenaza con paralizar toda la legislatura”.<sup>45</sup> El 29 de enero de 1850, Clay presentó un proyecto, conocido más tarde como el Compromiso de 1850. Contenía las siguientes propuestas: (a) Una ley más fuerte contra los esclavos fugitivos. (b) Respecto al tráfico de esclavos, el Congreso debía renunciar a su poder constitucional para regular este comercio entre estados. No habría restricciones respecto a la esclavitud en los territorios. (c) Nuevo Méjico seguiría siendo un territorio donde no hubiera decisión sobre la esclavitud. (d) Texas renunciaría a su reclamación sobre Nuevo Méjico. Como compensación, el gobierno federal asumiría la deuda pública completa de Texas.

El paquete de Clay contenía mucho de lo que querían los esclavistas. También ofrecía sustanciales beneficios económicos para los acreedores de Texas, cuyos préstamos contarían con el crédito del gobierno de los Estados Unidos. El proyecto de Clay recibió el nombre de “compromiso” porque ofrecía un par de concesiones al Norte: California sería admitida como estado libre y la esclavitud sería abolida en la capital de la nación. Pero la esclavitud continuaría en esa ciudad a menos que los poseedores de esclavos acordaran su abolición, en cuyo caso recibirían una compensación.

Taylor se opuso firmemente al proyecto. El 20 de mayo, Clay criticó al presidente en el Senado por su política intransigente contra la extensión de

la esclavitud. El presidente poseedor de esclavos había tomado una postura sorprendentemente dura contra los intereses de los esclavistas. Cuando llenaron el aire las amenazas de secesión, Taylor hizo saber que él personalmente mandaría las tropas contra cualquier “traidor” y colgaría a los secesionistas “con menos repugnancia que la que sentí al colgar a los espías y desertores en Méjico”.<sup>46</sup> El 17 de junio de 1850 informó al Congreso que Texas estaba amenazando con usar la fuerza para incorporar a su territorio la mitad de Nuevo Méjico y que ya había enviado tropas federales para aplastar ese movimiento.<sup>47</sup>

Los esclavistas pensaban que su sistema de clase estaba condenado si se quedaba reducido sólo al enclave del Sur mientras que los demás estados se extendían por todo el continente. La esclavitud debía extenderse en una buena proporción por los territorios anexionados recientemente si quería sobrevivir. En la crisis surgida por el reparto del botín de la guerra contra Méjico, Taylor surgió como pieza fundamental. Los esclavistas debieron ver al presidente como una figura particularmente amenazadora: un héroe de guerra, sudista y poseedor de esclavos, que contaba con la credibilidad adicional de su postura contra la extensión de la esclavitud incluso en el Sur, un presidente que vetaría cualquier proyecto de extensión y no dudaría en aplicar toda la fuerza militar de los Estados Unidos para suprimir cualquier intento de secesión e incluso cualquier “extensionismo” reducido.

El proyecto de Clay, en palabras de un historiador, “estaba condenado mientras Zachary Taylor viviese”.<sup>48</sup> No era ningún secreto que si Taylor moría y Fillmore era nombrado presidente, habría un giro dramático en la política sobre la cuestión de la esclavitud.

## ¿Una dosis letal de cerezas y leche?

El 4 de julio de 1850, Zachary Taylor asistía a la colocación de la primera piedra del monumento a Washington. Esa noche, después de cenar, se sintió repentinamente enfermo. Cinco días más tarde estaba muerto. Intentando explicar la sospechosa afeción, los historiadores han señalado repetidamente que Taylor estuvo toda esa tarde andando o sentado bajo un sol ardiente en un ambiente húmedo, lo que debió debilitarle. Pero Taylor no evidenció ningún síntoma de exposición excesiva al calor, ni durante ese día ni durante los que duró su enfermedad.

“Rudo y dispuesto”, como se le conocía afectuosamente, había pasado gran parte de su vida expuesto a los elementos en campamentos militares de todo el país y en campos de batalla bajo un sol abrasador. En cualquier caso, el 4 de julio no estuvo “andando”, sino que fue en un carruaje hasta el lugar del monumento donde participó en la ceremonia.<sup>49</sup> El corresponsal del *Philadelphia Bulletin* que cubrió el acontecimiento describió al presidente como “con aspecto saludable y ánimo excelente”... e incluso “a las cinco de la tarde no parecía tener ningún síntoma de enfermedad”.<sup>50</sup> El *National Intelligencer* informó que parecía “en plena forma de salud y fuerza, participando en las ceremonias patrióticas”.<sup>51</sup> Al llegar a la Executive Mansion, Taylor le dijo a su médico que tenía “mucho hambre”.<sup>52</sup> El buen apetito no es sintomático de alguien que está debilitado por el calor o la enfermedad.

El principal biógrafo de Taylor, Holman Hamilton, escribe que el presidente parecía “ligeramente indispuerto” el 3 de julio. Pero otros, incluidos los periodistas de los diarios mencionados y el médico del presidente, dijeron que aparentaba estar bien de salud el día 4 de julio. Hamilton nos cuenta que al principio del día “pudo haber comido manzanas verdes

inmediatamente antes o después de asistir al sermón del domingo”. Si lo hizo, no presentó signos de indigestión durante todo el día. Y las manzanas verdes no son conocidas por su efecto letal.

Hamilton afirma que durante la ceremonia, Taylor “estuvo sentado al sol durante dos horas”, que cayó sobre “su cabeza descubierta la mayor parte del tiempo”.<sup>53</sup> Hamilton no explica por qué el presidente quiso estar sin la protección de su sombrero, expuesto a los rayos del sol, cuando lo propio era estar cubierto con el mismo durante las ceremonias al aire libre. Samuel Eliot Morison cuenta que Taylor tuvo que “aguantar más de dos horas la oratoria del senador Foote bajo el ardiente sol”.<sup>54</sup> Otros historiadores hacen afirmaciones similares. Ninguno comenta que es extraño que no hubiera prevista ninguna medida para la comodidad del presidente y el resto de los demás numerosos dignatarios.

Dos testigos oculares que yo descubrí ofrecen un panorama diferente. De acuerdo con el enviado del National Intelligencer que estuvo presente, había suficiente sombra para los “uno o dos mil caballeros y señoras reunidos bajo un amplio toldo”.<sup>55</sup> Se había previsto proteger a la audiencia del sol. Otro participante, el senador Henry Foote, que intercambié unas palabras amables con el presidente después de su discurso, escribió: “Nunca le había visto más fuerte y saludable que mientras permanecía sentado bajo el toldo que protegía a los oradores y a los reunidos de los rayos del sol...”<sup>56</sup> En resumen, la imagen de Taylor sentado durante horas bajo el “sol abrasador” es algo fabricado por los historiadores, no menos imaginario por mucho que se haya repetido.

Hamilton alude al tífus y al cólera, observando que en el distrito de Columbia había “un sistema primitivo de aguas residuales que invitaba a la existencia de moscas e insectos”. Informa que “el cólera asiático todavía no había llegado a estas tierras”, y admite “que no hay ninguna prueba de que hubiera atacado Washington en 1850”. Y que “en el diagnóstico del

caso Taylor el cólera asiático puede desecharse”. Por otra parte “las fiebres tifoideas están fuera de dudas; los síntomas de Taylor no correspondían al tifus”.<sup>57</sup>

¿Qué fue entonces lo que mató a Taylor? La mayoría de los historiadores que se han planteado la cuestión dicen que consumió algo que atacó su aparato digestivo. Repetidamente achacan los resultados fatales a las aparentemente inocuas comida y bebida: “cerezas, coles”, “un vaso de leche”, “pan con leche y cerezas”, “agua helada”, “puré y leche”, “fruta fresca o verduras, o ambos”.<sup>58</sup> Samuel Eliot Morison decidió que la desgracia la causó “una cantidad excesiva de pepinos”.<sup>59</sup> Elbert Smith opta por “fruta fresca... así como varias verduras frescas, acompañadas de grandes cantidades de leche helada”.<sup>60</sup> Paul Wellman combina el agua y la comida: “Zachary Taylor murió repentinamente de una indigestión debida al agua y la leche heladas y demasiadas cerezas, después de volver sofocado y cansado de las ceremonias del cuatro de julio”.<sup>61</sup> Henry William Elson entrelaza una cadena de casualidades e insiste sobre ellas: las dos horas al sol se convierten en “varias horas bajo un sol ardiente”; la leche y las cerezas en “grandes cantidades de leche y fruta heladas” y la afección del presidente es “cólera morbo” que en pocos días se transformó en “fiebres tifoideas” y le causo la muerte.<sup>62</sup>

¿Dónde consiguieron todos estos historiadores su peculiar información sobre lo que supuestamente consumió Taylor? No nos lo dicen. Ni los informes de noticias de sus contemporáneos ni los historiadores de hoy ofrecen la fuente de información de sus variadas y opuestas historias sobre lo que el presidente ingirió ese día.

Taylor no tenía ningún historial de indigestiones crónicas o de estómago delicado. Completamente al contrario, Hamilton informa que el Viejo Zach era famoso por su buen apetito y por poder digerirlo todo.<sup>63</sup> Sin embargo, a continuación Hamilton describe a Taylor como un viejo poco

firme “que había llevado una vida dura”, que “no estaba en su mejor forma” y que “comió cosas crudas y bebió líquidos helados” el día 4 de julio.<sup>64</sup>

Los médicos de Taylor no habrían estado de acuerdo con este retrato, pues habían informado unos meses antes que el presidente estaba completamente recuperado de su ataque en Erie y gozaba de una salud “excelente” y un aspecto “robusto”, como el propio Hamilton también nos dice.<sup>65</sup> Durante la primera fase de la enfermedad fatal de Taylor, sus médicos creían que “su fuerte constitución y su soberbio físico vencerían con el tiempo la enfermedad”.<sup>66</sup> Otro contemporáneo, Montgomery, también nos habla de la “constitución naturalmente fuerte” de Taylor.<sup>67</sup>

De acuerdo con el médico de Taylor, el Dr. Wotherspoon, aquél empezó a tener fuertes espasmos alrededor de una hora después de la cena. Después vinieron las náuseas y la diarrea y pasó una mala noche. Al día siguiente, viernes 5 de julio, el presidente empeoró, continuando con la diarrea y algún vómito. El sábado la familia de Taylor estaba altamente preocupada. Llamado a la Casa Blanca, el Dr. Wotherspoon diagnosticó la afección como “cólera morbo”, el cual, a pesar de su pavoroso nombre, no tenía relación con la terrible enfermedad que era el cólera asiático. Como ya se ha dicho, el cólera morbo era un término flexible que se aplicaba en el siglo XIX a la diarrea y a otros trastornos intestinales. Wotherspoon recetó calomelano, opio y quinina, lo que pareció producir una mejora inmediata.<sup>68</sup>

El domingo fueron avisados otros médicos. La diarrea disminuyó, pero los vómitos continuaban y empezó una fiebre intermitente. Taylor también experimentó un fuerte dolor en el abdomen y una sed muy fuerte. Bebía constantemente hasta que su estómago rechazó el líquido. El Dr. Robert Wood, que había atendido a Taylor cuando viajó al norte un año antes, llegó el lunes. Observó que la rápida enfermedad “era muy parecida al ata-

que que sufrió en Erie”.<sup>69</sup> Nada indica que Taylor enfermase en Erie a causa de una exposición al sol o a la ingestión de alimentos crudos y bebida helada.

El lunes el presidente estaba muy abatido. Le comentó al médico que le atendía: “No me sorprendería que esto terminara con mi muerte. No entiendo qué es lo que me ha perseguido desde que asumí la presidencia. Dios sabe que me he esforzado por hacer lo que consideraba honestamente mi deber. Pero me he equivocado. Mis motivos se han malinterpretado y se han despreciado mis sentimientos”. De este comentario informaron varios periódicos ese día, pero los historiadores posteriores lo han ignorado.<sup>70</sup> Uno se pregunta si Taylor no estaba sospechando algo de juego sucio.

El martes, 9 de julio, los médicos se negaron a administrar más medicación, considerando que el caso estaba perdido. Ese mediodía Taylor vomitaba materia verde de su estómago.<sup>71</sup> Murió esa noche a las 10, 35.<sup>72</sup> Hamilton registró la causa de la muerte como “gastroenteritis aguda, con inflamación del revestimiento del estómago y los intestinos”.<sup>73</sup>

Si la gastroenteritis causó la muerte de Taylor, ¿qué fue lo que causó la gastroenteritis? ¿Pudo una comida aparentemente sana atacar de esa manera su aparato digestivo? Eso hasta hoy parece la teoría aceptada. El 27 de junio de 1991, el *New York Times* malinformaba a sus lectores que Taylor cayó enfermo “después de consumir grandes cantidades de cerezas y leche heladas en la inauguración del monumento a Washington el 4 de julio”. No hay ninguna evidencia de que Taylor consumiera cerezas y leche en la ceremonia. De hecho se sintió enfermo después de la cena.

El 28 de junio de 1991, el *Washington Post* le decía a sus lectores: “Una celebración del 4 de julio demasiado activa y con demasiado calor, demasiadas cerezas y una medicina equivocada fueron los responsables de la muerte del 12° presidente”. Un artículo del *Post* del día anterior informó que su gastroenteritis empeoró cuando los doctores “practicaron una san-

gría al presidente”.<sup>74</sup> Pero la sangría no se hizo hasta el quinto y último día, mucho después de que la enfermedad hubiera alcanzado su punto crítico.<sup>75</sup>

*Newsweek* ofreció el comentario de que “según lo avanzado por muchos historiadores, Taylor murió a causa del mercurio y otros venenos utilizados en las medicinas”.<sup>76</sup> De hecho el “mercurio” era el calomelano, un cloruro mercurioso utilizado como purgante. El microscopio electrónico no mostró mercurio en las uñas de Taylor, y el porcentaje del 0,70 de su pelo era más bajo que el de arsénico (1,42). Puede ser importante conocer que uno de los efectos del calomelano es que enmascara los restos de arsénico en el cuerpo de una víctima.<sup>77</sup> Los “otros venenos” eran la quinina y el opio. Ninguna de las medicinas se administró hasta el sábado a mediodía, el tercer día de enfermedad, mucho después de que empezaran la fuerte sed, la diarrea y los vómitos.

## Hombres honorables e historia oficial

La muerte de Taylor supuso un giro drástico en la política. Inmediatamente después de su desaparición, la política contra la extensión de la esclavitud se invirtió. El 11 de julio de 1850, con Taylor todavía sin enterrar, Daniel Webster escribió a un asociado suyo que “la llegada al poder de Fillmore es un rudo golpe para los abolicionistas. Creo que Fillmore favorecerá el compromiso, y no hay duda de que los recientes acontecimientos (la muerte de Taylor) han incrementado la posibilidad de que se apruebe ese proyecto”.<sup>78</sup> Más tarde Webster escribió: “Creo que el país ha escapado providencialmente de un peligro muy serio”.<sup>79</sup> Clay tenía una opinión parecida cuando le escribió a su cuñada: “Creo que el acontecimiento (la muerte de Taylor) favorecerá la aprobación del proyecto de compromiso”.<sup>80</sup>

Los dos rivales, Clay y Webster, unieron sus fuerzas con el amigo y admirador de Clay, el nuevo presidente Fillmore, quien puso todo el poder de su administración, incluidos recursos económicos, al servicio del proyecto de compromiso.<sup>81</sup> Un mes después de la muerte de Taylor muchos de los asuntos que preocupaban a los esclavistas se habían resuelto a su satisfacción. La frontera de Texas se expandió a unos límites que suponían 33.000 millas cuadradas más de lo que Clay había propuesto. California se convirtió en un nuevo estado, pero Nuevo Méjico siguió siendo un territorio propio. El comercio interestatal de esclavos continuó sin interferencias federales y se aprobó una dura ley contra los esclavos fugitivos. Los grandes esfuerzos de Fillmore trajeron consigo “una época de caza de esclavos y secuestros”.<sup>82</sup> La gente que escondiera esclavos fugitivos, e incluso quien conociera esta situación y no informara de ella, se arriesgaba a grandes multas y a ir a la cárcel.

Clay y Webster se fueron a la tumba no mucho después de la muerte del presidente pensando que sus esfuerzos para aprobar el acta del compromiso habían evitado la guerra. Al menos uno de sus contemporáneos, el congresista Abraham Lincoln, era de diferente opinión: La muerte de Zachary Taylor significó una pérdida en la confianza que el pueblo tenía, “con la que no podrá contar fácilmente cualquier sucesor... Me temo que la gran cuestión de nuestros días (la esclavitud) ahora estará mucho más consentida en los diferentes lugares de la Unión que si el general Taylor hubiera vivido para evitarlo”.<sup>83</sup>

Si alguien hubiera querido envenenar a Taylor, no habría sido una tarea difícil de acometer. En aquellos días no había Servicio Secreto. La seguridad en la Casa Blanca era deficiente, y en la cocina, nula. Por las escaleras deambulaban personas sin control.<sup>84</sup> El asesino podría haber sido un empleado de la Casa Blanca, o quizá un simpatizante del Sur, o un intruso bien pagado.

Diez años después de la muerte de Taylor, algunos todavía tenían dudas. En 1860 numerosas cartas de ciudadanos privados le expresaban al presidente electo, Abraham Lincoln, la sospecha de que Zachary Taylor había sido envenenado y le avisaban de que tuviera cuidado con sus enemigos y mayor precaución con lo que comía y bebía.<sup>85</sup>

Que yo sepa no hubo ningún líder político en la época de Taylor que públicamente cuestionara la rápida y sospechosa naturaleza de su muerte. Ni tampoco la prensa. El descubrimiento de un asesinato podía haber llevado a la nación al borde de una guerra. No hubo investigación de la muerte de Taylor. Nadie examinó la comida o la bebida de su mesa ni los platos y tazas que utilizó. No se interrogó al personal, no hubo autopsia ni pruebas para detectar veneno.

¿Algún protagonista político en los Estados Unidos de 1850 hubiera sido capaz de tal acción? El historiador Eugene Genovese piensa que no. Aunque opina que las circunstancias políticas del momento podrían sugerir un asesino sudista y proesclavista, concluye que “No puedo imaginar a ninguna personalidad del Sur envuelta en tal conspiración. Pero siempre existe la posibilidad de que un loco pudiera acceder al presidente y lo hiciera”.<sup>86</sup>

La historia nos muestra que los “locos” no son las únicas personas capaces de acciones malvadas. Los caballeros poderosos y de principios, de gentiles maneras, pueden llegar a tomar decisiones terribles. Debemos recordar que la cuestión de la esclavitud empujó cualquier otro tema durante el período anterior a la guerra, llenando el ambiente de dudas horribles sobre la secesión y la guerra civil. Los líderes que hacen frente a crisis de esa magnitud a menudo adoptan decisiones drásticas. Si cometen crímenes no es porque escondan impulsos perversos y oscuros, sino porque se sienten obligados ante algo que pueda perturbar su estilo de vida. Esto no significa que sólo les motive el dinero. Hacen coincidir sus

intereses personales con el bien de la sociedad y la nación, o, como en este caso, con “la causa de los derechos del Sur”.

Lejos de ser inmorales y sin escrúpulos, son personas de principios, tan encumbradas que están por encima de las limitaciones de la moral ordinaria. No actúan por impulsos repentinos. Pero, enfrentados a temas urgentes de los que no se pueden sustraer, pronto están dispuestos a tomar medidas extremas. La ejecución de una acción desagradable se hace más fácil si se delega en actores inferiores. La mayoría de las acciones malignas de la historia no las han perpetrado monstruos o lunáticos, sino individuos con responsabilidad y compromiso, cuyo aspecto más perturbador es precisamente la aparente normalidad de su conducta.

En cualquier caso, los hombres a los que Genovese se refiere como “personalidades del Sur” tenían pocos escrúpulos cuando alguien ponía en peligro la esclavitud. Mandaban sobre sus vastos estados como crueles aristócratas, poseían cientos de desventurados esclavos sobre los que ejercían la ley del látigo y la pistola. Eran coroneles de regimientos de la milicia, que cazaban fugitivos. “Llevaban abiertamente pistolas y cuchillos Bowie. Eran alternativamente corteses y beligerantes peligrosos, consideraban la oposición política como algo que iba contra su honor. El abolicionismo les parecía simplemente un robo”.<sup>87</sup> Podían matar a un abolicionista con la misma rapidez que lo miraban, Estuvieron décadas antes de la Guerra Civil amenazando con escindirse de la Unión y asegurar con fuerza y violencia su “modo de vida” de dueños de esclavos. Los “caballeros del Sur” que desarrollaron la esclavitud suponen uno de los círculos más brutales y viciosos que han existido nunca en América del Norte.

Lo que he intentado demostrar con el caso de Zachary Taylor es cómo la historia se construye ante nuestros propios ojos a través de unos fabricantes de la opinión, en el pasado y en el presente, que no ven causas sospechosas cuando se enfrentan a síntomas realmente sospechosos. Una vez

que la ciencia, tal y como hizo el examinador médico de Kentucky, se une a la prensa de la corriente principal y a los historiadores académicos para poner el *imprimatur* a una interpretación particular de unos hechos, las opiniones ligeras o fortuitas se convierten en la verdad oficial. Por eso en 1992 la revista *Life* publicó que Taylor había muerto “después de comer cerezas con crema en un caluroso cuatro de Julio... El último año, en medio de la especulación sobre si había sido asesinado, su cuerpo fue exhumado, pero no se encontró arsénico”.<sup>88</sup> En 1994, en un artículo sobre cómo “las pruebas de alta tecnología” inspiraban nuevas investigaciones sobre la muerte de gente famosa, la *Associated Press* se refería a los “resultados concluyentes... obtenidos en 1991 después de la exhumación del cadáver del Presidente Taylor en Kentucky. El Dr. George Nichols, examinador médico del estado, determinó que el presidente había muerto por causas naturales, no por envenenamiento por arsénico como había aventurado una escritora”.<sup>89</sup>

En 1996, cinco años después de la exhumación, la mitología continuó con toda su fuerza al anunciar la revista *Time* que Taylor murió unos cuantos días después de “haber comido un tazón de cerezas y bebido un vaso de leche”. Pero después “unas muestras de sus tejidos fueron analizadas con neutrones... la conclusión del forense fue que no había sido envenenado”.<sup>90</sup> En 1996 la interpretación errónea había pasado a los libros de historia. Incluso un historiador excepcionalmente sólido e insigne como Paul Finkelman —que nada contra la corriente en temas tales como Jefferson y la esclavitud— cae en la corriente de otro mito: Los científicos que recientemente exhumaron el cadáver de Zachary Taylor no determinan que fuera asesinado. Las pruebas resultaron negativas”.<sup>91</sup>

Al contrario de lo que se ha publicado ampliamente por los historiadores, científicos y medios de información, no hay ninguna prueba concluyente que pueda demostrar que el presidente Taylor murió de muerte natural. Las explicaciones oficiales de su muerte no son menos increíbles

por mucho que se repitan. A través de un proceso falto de rigor pero reiterado, los historiadores y los medios de información se han apoyado unos a otros para reforzar la especulación de que fue una exposición fatal al sol seguida de la ingesta letal de cerezas con leche. Los historiadores y los medios de información, junto con los investigadores forenses, ofrecieron un diagnóstico impreciso de “gastroenteritis”, considerando erróneamente una serie de *síntomas* como la *causa* de la muerte. La investigación del jefe médico examinador pretendió una precisión y meticulosidad que nunca consiguió. Y la prensa apoyó sin fisuras la conclusión dudosa.

Un examen más a fondo de la autopsia y de los archivos históricos nos harían desconfiar más que nunca. La presencia de arsénico nunca se explicó de forma convincente, y se informó de sus niveles de forma inexacta. Nunca se dijo nada del sospechoso alto nivel de antimonio. Las propias muestras eran de fiabilidad dudosa. No se llevó a cabo un análisis preciso de la sección del cabello. Los síntomas eran iguales a los de un envenenamiento. Las absurdas explicaciones de las cerezas con leche, coles y pepinos, insolaciones, etc. de la muerte de Taylor esgrimidas por los historiadores no se pueden tomar en serio, y sin embargo se han tomado así. Si no podemos asegurar que Taylor fuera envenenado, sí que podemos decir con certeza que no murió de insolación o de comer cerezas y leche. Sin embargo esto último sigue siendo la explicación aceptada, la que no hace pensar en un lado sucio de la historia de los Estados Unidos. El caso de la muerte de Zachary Taylor demuestra cómo los guardianes de la ideología cierran filas contra cualquier tema que amenace su saber o sugiera una conspiración en las altas esferas.

Los historiadores y los periodistas pueden no ser conscientes de legitimar las versiones más tranquilizadoras y menos controvertidas. Pero moverse en dirección contraria requeriría nadar contra la corriente ideológica, hacer un esfuerzo especial que podría arriesgar la propia credibilidad. Aquellos que insisten en asegurarnos que Taylor no fue envenenado nos

están diciendo que en nuestro país no suceden cosas como esa. Así “nuestras” instituciones permanecen limpias de crímenes, conspiraciones y ocultaciones. La legitimidad que sustenta esas instituciones se pondría en cuestión si se demostrara que un presidente puede ser eliminado sin que nadie se entere. ¿Qué supondría ese asesinato respecto a las controversias de tiempos más actuales, como las que rodean a los asesinatos de John F. Kennedy y Martin Lutero King Jr.? ¿Qué significaría ese asesinato para nuestra nación y la gente que la dirige? ¿Qué diría de nuestra historia y de los historiadores que la escriben?

Respecto al envenenamiento, la ausencia de una prueba concluyente no es prueba concluyente de su ausencia. En este caso la ausencia de pruebas es más el resultado de unos procedimientos de investigación poco sólidos y superficiales, de las borrosas especulaciones de los técnicos y de las proclamas de una prensa que nos dice que básicamente todo está bien en la vida política de América, pasada y presente. Los resultados dudosos y cuestionables se consideran hechos probados. A través de un proceso de reiteración de las inconsistencias éstas ocupan un lugar seguro en la historia fabricada cuya función es legitimar las instituciones existentes. En contra de tales fuerzas ideológicas la investigación empírica de los hechos actuales no debe ser algo aleatorio.

## NOTAS

1. *New York Times*, editorial, 20 de junio de 1991.
2. Alex Heard, “*Exhumed Innocent*”, *New Republic*, 5 de agosto de 1991.
3. Charles Krauthammer en *Washington Post*, 5 de julio de 1991.

4. Tanto a Smith como a Foote los menciona *Newsweek*, 1 de julio de 1991, 64-65.
5. ABC-TV, noticias de la noche, 26 de junio de 1991.
6. *New York Times*, 27 de junio de 1991.
7. *Washington Post*, 27 de junio de 1991.
8. *Washington Post*, 28 de junio de 1991. Rising nunca mencionó la teoría de “las cerezas salpicadas de arsénico”.
9. “Resultados de la exhumación de Zachary Taylor”, suministrado por la Oficina del Juez, Condado de Jefferson, Kentucky, setiembre de 1991.
10. “*Final Diagnosis: Taylor, Zachary*”, n.d. firmado por George Nichols, adjunto a un breve documento titulado “*Post Mortem Examination of the Body of Taylor, Zachary ME-91-514*”, sin fecha, localidad, encabezado ni autor.
11. Entrevista a Greathouse, 5 de mayo de 1992. Todas las entrevistas las llevé a cabo por teléfono Peggy Karp.
12. Entrevista a Greathouse, 5 de mayo de 1992.
13. Entrevista a Greathouse, 17 de febrero de 1992.
14. Biblioteca Nacional de Oak Ridge, investigador Frank Dryer, acotado en *Atlantic Constitution*, 27 de junio de 1991.
15. Informe archivado por Michael Ward, 29 de junio de 1991, Departamento de Salud, División de Servicios de Laboratorio, Frankfort, Kentucky. Este informe se lo envió el Dr. Greathouse a mi ayudante Peggy Karp.
16. *Washington Post*, 27 de junio de 1991. La acotación es parafraseando la declaración de Nichols.
17. Forshufvud estaba trabajando en el envenenamiento crónico de Napoleón: Ben Weider y David Hapgood, *The Murder of Napoleon* (Nueva York: Congdon y Lattes, 1982), 75; también Sten Forshufvud, *Who Killed Napoleon?* (Londres: Hutchinson, 1961). Para ser exactos, un envenenamiento crónico no tendría la dosis única concentrada de un envenenamiento agudo, pero sobre la muestra entera de pelo las dosis sucesivas más pequeñas podrían dar un registro tan grande o más que la dosis aguda. En 1993 el cuerpo del general Asif Nawaz, Jefe del Ejército pakistaní fue exhumado porque su viuda creía que “había sido envenenado por ciertas personas que lo veían como una amenaza para su poder y sus ambiciones”. Los Servicios Médicos Nacionales de Pennsylvania analizaron el pelo que la Sra. Nawaz había extraído de la cabeza del general y

encontraron que contenía más de dieciseis veces el nivel normal de arsénico. Los resultados llevaron a la policía a ordenar la exhumación: *New York Times*, 2 de octubre de 1993.

18. *New York Times*, 15 de junio de 1991; *Washington Post*, 27 de junio de 1991.
19. Entrevista al Dr. William Maples, antropólogo forense, 10 de marzo de 1992; también *Newsweek*, 1 de julio de 1991: 65.
20. Entrevista a Greathouse, 23 de setiembre de 1991.
21. Entrevista a Guinn, 13 de julio de 1992.
22. Hamilton Smith, "The interpretation of the Forensic Science Society", vol.4, resumido en Sten Forshufvud y Ben Weider, *Assassination at St. Helena* (Vancouver, Canada: Mitchell Press, 1978), 488-489. Ver también V.P. Guinn, M.Gavrilas-Guinn y R.Demiralp, "Measurement of Arsenic in Sectioned Hair Samples by Instrumental Neutron Activation Analysis", documento presentado en la conferencia NAC-II, Toronto, 3/5 de junio de 1992, para un analisis de sección de un caso de envenamiento por arsénico en nuestros días. Los niveles de arsénico encontrados en las secciones de la base fueron de 40 ppm a 100 ppm, demostrando la importancia de tener la sección de la raíz completa del cabello, algo que es más facil de conseguir con una muestra de pelo fresco que con una que tenga 140 años de antigüedad.
23. Entrevista a Greathouse, 23 de setiembre de 1991; entrevista a Maples, 30 de abril de 1992.
24. Entrevista a Bisbing, 29 de abril de 1992.
25. Entrevista a Guinn, 13 de julio de 1992.
26. Datos con titulo escrito a mano "U of scanning electron microscope EDAX", n.d., de Beverly Giammara y David Birch, Laboratorio Analítico del Microscópio Electrónico, Universidad de Louisville.
27. Entrevista a Bisbing, 5 de junio de 1992.
28. Dyer y Robinson a Nichols, carta, 24 de junio de 1991, una copia de la cual me dió Dyer.
29. Entrevista a Dyer, 17 de febrero de 1993.
30. Entrevista a Dyer, 4 de noviembre de 1992.
31. Entrevista a Dyer, 4 de noviembre de 1992.
32. Serita Deborah Stevens y Anne Klarner, *Deadly Doses, A Writer's Guide to Poisons* (Cincinnati: *Writer's Digest Books*, 1990), 203-204.

33. Entrevista a Dyer, 12 de junio de 1992.
34. R.R. Van Stockum, director interino, The Filson Club, carta a Peggy Karp, 18 de agosto de 1992.
35. Henry Montgomery, *The Life of Major General Zachary Taylor* (Philadelphia: Porter y Coates, c.1851), 412.
36. Taylor acotado por Paul Wellman, *The House Divides* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1996) 332. De hecho Taylor tenía buenas relaciones con familias abolicionistas notables del Norte, como los Adams. Henry Adams recuerda el caluroso recibimiento que él y su padre tuvieron cuando visitaron a Taylor en la Casa Blanca. "*The Education of Henry Adams* (Nueva York: Random House, 1931, originalmente publicado en 1918), 46.
37. Suelto de noticias (sin fecha) de los documentos de Zachary Taylor, serie 4, sección de manuscritos, Biblioteca del Congreso. Por el contenido de este suelto está claro que la visita fue después de la guerra.
38. Holman Hamilton, *Zachary Taylor, Soldier in the White House*, vol. 2 (Hamden, Conn.: Anchor Books, 1966), 225.
39. Jack Bauer, *Zachary Taylor, Soldier, Planter, Statesman of Old Southwest* (Baton Rouge, La.: Louisiana State University Press, 1983), 269.
40. Brainerd Dyer, *Zachary Taylor* (Nueva York: Barnes y Noble, 1946), 402-403.
41. Clayton a Taylor, 29 de agosto de 1849. Documentos de Zachary Taylor, sección de manuscritos, Biblioteca del Congreso.
42. Forshufvud, *Who Killed Napoleon?* 213.
43. Forshufvud, *Who Killed Napoleon?* 227. A pesar de la debilidad continuada de sus piernas, Taylor escribía al Secretario de Estado John Clayton sobre un asunto de estado cinco días después del ataque, manuscrito que se conserva intacto: Taylor a Clayton, 29 de agosto de 1849, documentos de John Middleton Clayton, sección de manuscritos, Biblioteca del Congreso.
44. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol.2, 227,255.
45. Henry Clay a James Harlan, 16 de marzo de 1850, en Calvin Colton (ed.), *Private Correspondence of Henry Clay* (Freeport, N.Y.: Books for Libraries Press, 1971, originalmente publicado en 1855), 603.
46. Paul Wellman, *The House Divides* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1966), 332.

47. Wellman, *The House Divides*, 333.
48. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 383.
49. *Daily National Intelligencer* (Washington, D.C. ), 12 de julio de 1850.
50. *Philadelphia Bulletin*, correspondencia fechada el 10 de julio de 1850; reimpressa en *New York Daily Tribune*, 12 de julio de 1850.
51. *Daily National Intelligencer*, 10 de julio de 1850.
52. *Philadelphia Bulletin*, 11 de julio de 1850; *New York Daily Tribune*, 12 de julio de 1850.
53. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 389.
54. Samuel Eliot Morison, *The Oxford History of the American People* (Nueva York: Oxford University Press, 1965), 573. De hecho, Foote sólo habló durante una hora, lo cual probablemente ya fue más que suficiente.
55. *Daily National Intelligencer*, 6 de julio de 1850.
56. Henry S. Foote, *War of the Rebellion* (Nueva York: Harper & Brothers, 1866), 149.
57. Hamilton, *Zachary Taylor*, 388-389.
58. Hamilton enumera las diversas ofertas, *Zachary Taylor*, vol. 2, 388.
59. Morison, *The Oxford History of the American People*, 573.
60. Elbert Smith, *The Presidencies of Zachary Taylor and Millard Fillmore* (University of Kansas Press: Lawrence, Kansas, 1988), 156.
61. Wellman, *The House Divides*, 333.
62. Henry William Elson, *History of the United States of America* (Nueva York: Macmillan, 1923), 545.
63. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 389.
64. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 389.
65. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 227,255.
66. Oliver Otis Howard, *General Taylor* (Nueva York: D. Appleton, 1982), 370.
67. Montgomery, *The Life of Major-General Zachary Taylor*, 426.
68. Bauer, *Zachary Taylor, Soldier, Planter*. 315.
69. Bauer, *Zachary Taylor, Soldier, Planter*, 315 y Hamilton, *Zachary Taylor*, vol 2, 390.

70. *Philadelphia Bulletin*, 11 de julio de 1850; *New York Daily Tribune*, 12 de julio de 1850; *Daily Evening Transcript* (Boston), 12 de julio de 1850 y varias otras publicaciones. He encontrado sólo una reseña histórica, publicada poco después de la muerte de Taylor, que llevaba lo acotado: Montgomery, *The Life of Major-General Zachary Taylor*, 426.
71. Montgomery, *The Life of Major-General Zachary Taylor*, 428.
72. Boletines telegráficos frecuentes cubrieron los dos últimos días de la vida de Taylor, que fueron publicados en el *New York Herald* del 10 de julio de 1850.
73. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 389.
74. *Washington Post*, 27 de junio de 1991.
75. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 392.
76. *Newsweek*, 1 de julio de 1991, 66.
77. Weider y Hapgood, *The Murder of Napoleon*, 20.
78. Webster a Franklin Haven, 11 de julio de 1850, en Charles Wiltse y Michael Birkner (eds.), *The Papers of Daniel Webster*, correspondencia, vol. 7 (Hanover, N.H.: University Press of New England, 1986), 123.
79. Webster a Franklin Haven, 12 de setiembre de 1850, *The Papers of Daniel Webster*, 144.
80. Clay a Mrs. Thomas Clay, 13 de julio de 1850, *Private Correspondence of Thomas Clay*, 610-6111.
81. Sobre los esfuerzos de Fillmore, ver Benson Lee Grayson, *The Unknown President: The Administration of Millard Fillmore* (Washington, D.C.: University Press of America, 1981).
82. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol. 2, 404.
83. Hamilton, *Zachary Taylor*, vol 2, 411. Cuando remití una primera versión ligeramente modificada de este capítulo como un artículo para *Radical History*, el editor de esa publicación académica me escribió diciendo que las tres personas anónimas que habían revisado el trabajo estaban impresionadas por la crítica forense, pero rechazaban el trabajo porque yo “imponía las conclusiones de asesinato y conspiración y por tanto alteraba el curso de la historia de América”. De hecho mis conclusiones no eran esas. Lo más parecido a eso que yo decía era la mención de las palabras de Lincoln conjeturando que los diferentes territorios de la Unión estarían más libres respecto al tema de la esclavitud que si Taylor hubiera vivido, algo que además yo no comparto. Si Taylor hubiera vivido no sé si el conflicto de la secesión hubiera sido muy diferente. Las

conclusiones de los críticos académicos son otro ejemplo de los que viven en el temor de que alguien en alguna parte esté intentando explicar el curso “fundamental” de la historia como una serie de conspiraciones. Como la propia historia nos muestra, la vigilancia excesiva a menudo conduce a percepciones imaginarias. Si algunas teorías de la conspiración son ciertas, no son menos ciertas las fobias a las conspiraciones.

84. Entrevista a Clara Rising, 23 de setiembre de 1991. Incluso cincuenta años más tarde, durante la administración McKinley, había sólo un vigilante en la Casa Blanca durante la noche.
85. David Chambers Mearns (ed.) *The Lincoln Papers, The Story of the Collection*, vol. 1 (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1948), 292-294, 310-302, 306, 318-319.
86. Como estaba acotado en el *New York Times*, 15 de junio de 1991.
87. Gene Smith, *High Crimes and Misdemeanors, The Impeachment and Trial of Andrew Johnson* (Nueva York: McGraw-Hill, 1976), 13.
88. *Life*, 30 de octubre de 1992.
89. Informe de la Associated Press, *San Francisco Chronicle*, 27 de octubre de 1994.
90. Roger Rosenblatt, “Dig, Must We?” *Time*, 8 de julio de 1996.
91. Paul Finkelman, *Slavery and the Founders: Race and Liberty in the Age of Jefferson* (Armonk, N.Y.: M.E. Sharpe, 1996), 204, n17. En otros sentidos, este es un trabajo soberbio.



## CONTRA LOS PSICOPOLÍTICOS

En nuestro tiempo, un número considerable de historiadores, políticos, científicos, psicólogos y otros, han empezado a confiar en la psicología para explicar fenómenos políticos. Estos subcampos académicos de la psicopolítica y la psichistoria consideran que los líderes y las masas están impulsados por emociones personales que tienen poco que ver con lo que manifiestan sus comportamientos públicos. Quiero argumentar aquí que los preceptos psicoanalíticos y las teorías de la psicología “profunda” tienden a distorsionar lo que entendemos por vida política y a trivializar el sentido político de la historia.

### Despolitizando la política

“Muchos grandes asuntos públicos”, escribió una vez C. Wright Mills, “así como muchos problemas privados, se describen en términos psiquiátricos, lo que parece un intento de evitar los grandes temas y problemas de la sociedad moderna”.<sup>1</sup> El toque psicológico a menudo sirve como medio

de evitar las realidades de la economía y la política. Esto podría ayudar a explicar por qué la psicopolítica y la psichistoria han disfrutado de un apoyo generoso como respetables subdisciplinas académicas.<sup>2</sup> Lo que está en marcado contraste con los ataques implacables y las exclusiones totales que han tenido que soportar los intelectuales que se ocupan de la explotación de clase y el poder de clase. Las controversias que puede originar el análisis psicopolítico no son tales, ya que los “grandes asuntos” que Mills menciona se evitan sin más o se reducen a problemas de ámbito personal.

Entre los pioneros de la psicopolítica se encuentra Harold Lasswell, un científico-político por formación, pero enormemente influido por Freud. Hace unos sesenta años Lasswell postuló la siguiente fórmula para explicar el “hombre político”:  $p \} d \} r = P$ . Los motivos privados del individuo (p), “alimentados y organizados en relación con el entorno familiar y el primer ego”, se convierten (d) en temas públicos. Ese desplazamiento se racionaliza (r) en términos de intereses públicos para producir el hombre político (P).<sup>3</sup>

Respecto al desplazamiento político Lasswell escribe: “La importancia del odio en la política sugiere que podemos encontrar que el motivo privado más importante es un odio fuerte y reprimido a la autoridad, un odio que sobreviene como expresión y represión respecto al padre”. Y “ese odio reprimido al padre se puede volver contra los reyes o los capitalistas”. Los individuos que condenan “la explotación despiadada del proletariado por parte de los capitalistas” pueden entonces tener una “justificación racional” basada en ciertas animosidades infantiles no resueltas.<sup>4</sup> No sólo los individuos, sino todos “los movimientos políticos deben su vitalidad al desplazamiento de temas privados hacia temas públicos”.<sup>5</sup>

Veamos algunos ejemplos de cómo se ha aplicado este modelo desplazamiento-racionalización. En 1969, el conocido psicólogo Bruno Bettelheim achacó las protestas estudiantiles contra la guerra —que sembraron

todos los campus del país— a la influencia de una sociedad permisiva y a la “culpabilidad” que sentían los estudiantes por haber evitado el servicio militar. Como Bettelheim explicó a un Subcomité de Educación: los estudiantes guiados por ese sentimiento, por haberse evadido del servicio militar, “se sienten como parásitos de la sociedad, y eso produce el odio a esa sociedad que les hace sentir de ese modo”.<sup>6</sup> En una palabra, a los estudiantes no les preocupaba la Guerra de Vietnam como tal, sino por el hecho de que habían evitado su obligación moral de luchar en ella.

Yendo más allá de Bettelheim, Lewis Fauer diagnosticó que prácticamente todas las revueltas estudiantiles del siglo XX se han debido a la hostilidad irracional hacia los sustitutos de las figuras paternas. Mantiene que Fidel Castro, que desarrolló sus formas rebeldes durante su época de estudiante, “culpaba repetidamente a los demás, es decir, a su padre, de haber tenido que empezar a estudiar leyes”, algo que él no quería. Esto “sugiere cuáles son algunas de las raíces del propio conflicto generacional de Castro e indirectamente su antiamericanismo. Al culpar a los demás por haberle obligado a hacer algo que no quería, los Estados Unidos se subrogaron el papel del padre” culpable.<sup>7</sup>

Sin embargo no todos los levantamientos estudiantiles han perseguido esos “pseudo-objetivos”, de acuerdo con Fauer. Los universitarios rebeldes de los países comunistas —a los cuales aplaude— son la excepción; esos no actúan por resentimientos filiales, sino que están envueltos en una “lucha por la verdadera libertad”.<sup>8</sup>

Para un grupo de sociólogos, incluyendo a Ernest Van den Haag, Nathan Glazar y Stanley Rothman, que creen que el capitalismo es el sistema económico más hermoso que existe, la oposición continuada hacia él por parte de intelectuales y otras personas desafía la lógica. Esa hostilidad, razonan, sólo puede entenderse dejando a un lado los argumentos económicos y concentrándose en los problemas psicológicos de los críticos del

capitalismo: “las causas emocionales e irracionales” que hace que se asusten de la libertad verdadera que produce el mercado libre, los sentimientos de culpabilidad por su buena vida, la envidia que se siente hacia los más afortunados, etc.<sup>9</sup>

Los historiadores Henderson y Chaloner describen a Frederik Engels, colaborador de Marx, como una persona llevada por su furia personal contra la burguesía inglesa y los propietarios de fábricas en particular. Sus “puntos de vista extremistas... representan la reacción violenta contra todo el estilo de vida de la altamente respetable familia (capitalista) en la que él se había criado”. Engels era “un joven de mal carácter que descargó su rencor a través de su denuncia apasionada del sistema de las fábricas”. Esto explica la “violencia desenfrenada de su lenguaje”. Henderson y Chaloner se estaban refiriendo al libro de Engels “La condición de la clase trabajadora en Inglaterra” (el cual yo no describiría como escrito en un lenguaje de “violencia desenfrenada”), cuyo contenido les convence de que “Engels está sufriendo un tremendo sentimiento de frustración”.<sup>10</sup>

Psicoanalizar sobre los problemas psíquicos de los disidentes no es un campo exclusivo de los psicólogos y los psichistoriadores. En 1972, los actos de insubordinación y pequeños sabotajes, junto con un creciente sentimiento antibélico y un número creciente de desertiones, se convirtieron en un motivo de seria preocupación en la Armada de los Estados Unidos. El almirante Charles Duncan etiquetó públicamente a todos esos jóvenes de “unos cuantos que tienen aberraciones mentales”, “antisociales y antimilitares”.<sup>11</sup>

Los voluminosos archivos que la CIA mantiene sobre el líder revolucionario Che Guevara contienen informes que nos dicen que el Che “odiaba lavarse y nunca lo hacía”, que era “bastante intelectual para ser un latino” y que su “actitud hacia los Estados Unidos se debía a algunas emociones infantiles de celos y resentimiento”.<sup>12</sup> Después de que Philip Agee

dimitiera de la CIA e hiciera públicas algunas de sus peores prácticas, la agencia presentó a un psiquiatra que declaró que Agee era un “enfermo inestable”.<sup>13</sup> (Para alguien que, como yo, le conoce personalmente, tiene buena salud y es muy estable).

Como todas estas ilustraciones sugieren, las explicaciones psicopatológicas tienden a ignorar el contenido político de las cosas y hacen pensar en una necesidad latente de predeterminación apolítica. Por eso Lasswell no contempla la posibilidad, aparentemente más evidente, de que la gente odia a los reyes y a los capitalistas, no por conflictos filiales, sino porque se dan cuenta de que las condiciones sociales impuestas por la autocracia y la plutocracia son a veces insufribles.

Del mismo modo, Van den Haag y sus socios no consideran la idea de que la hostilidad hacia el capitalismo puede provenir de motivos de queja justificables respecto a las privaciones económicas, la inseguridad en el empleo, las pobres condiciones de trabajo, los sueldos bajos, los altos alquileres, la devastación medioambiental, la concentración antidemocrática del poder político por intereses económicos y muchas otras cosas similares.

Y los historiadores que consideran que Engels estaba impulsado solamente por frustraciones personales en su oposición al sistema de las fábricas, no contemplan la posibilidad de que pudiera haberse sentido atropellado al ver a esos niños maltrechos que trabajaban doce horas al día por salarios de hambre y en condiciones terribles.

Y lo mismo respecto a Fauer. En una Cuba regida por el odiado tirano Fulgencio Batista, apoyado por los norteamericanos, donde las principales industrias y mercados, tierras, trabajo y capital estaban en las poderosas manos de las corporaciones norteamericanas, mientras que la mayor parte de la población vivía en la pobreza, ¿vamos a creer que las quejas de los cubanos hacia los detestados yanquis eran debidas a un desplazamiento de

la hostilidad filial, debida al resentimiento por haber tenido que ir a la escuela de leyes? ¿Y qué ocurre con los otros miles que se unieron a las filas revolucionarias? ¿También estaban motivados principalmente por antagonismos familiares sin resolver, como Fauer dice que fue el caso de los estudiantes chinos que se unieron a Mao? Si es así, la historia tiene una gran deuda con las deficientes relaciones paterno-filiales.<sup>14</sup>

Los psicólogos investigadores presumen que la relación filial no sólo precede sino que sustituye a las experiencias de la vida posterior y a las influencias de una esfera social más amplia. Pero esa premisa no está probada; es una idea de propia determinación. No sólo fomenta la ignorancia política, sino que confía en esa ignorancia para ser creíble. Ignorando los datos políticos importantes, la especulación psicológica gana credibilidad.

Una ilustración: alguien que fuera testigo de las protestas de los estudiantes contra la Guerra de Vietnam, de lo que decían, leían, escribían y hacían, puede perfectamente rechazar el argumento de Bettelheim de que sólo les motivaba su sentimiento de culpabilidad por no luchar en una guerra que odiaban. La *evidencia demostrable* de sus palabras y hechos sugiere que se oponían a la guerra porque creían que era injusta y destruía vidas inocentes. Lo que omite la teoría de Bettelheim es precisamente esa evidencia demostrable. Todo lo que tenemos son imputaciones que niegan el contenido de la lucha política y la achacan a motivos que sólo Bettelheim conoce a través de un proceso de descubrimiento que no nos revela.

Mientras esta clase de explicaciones psicológicas tienden a despolitizar la realidad política, lo hacen de una forma políticamente selectiva. Por ejemplo, Bettelheim nunca ha creído necesario examinar las mentes de los que ordenaron y condujeron los B-52 que bombardearon Indochina. Ni el anticomunista Fauer ha investigado los motivos escondidos de los disiden-

tes estudiantiles en los países comunistas, cuyas revueltas apoyó y declaró libres de psicopatologías.

Del mismo modo, Arnold Rogow parece querer igualar la desviación política con la anormalidad psicológica cuando escribe: “Aunque los líderes políticos ni requieren ni merecen una psicobiografía, ésta es particularmente apropiada cuando se trata de las carreras políticas oscuras y desviadas... de los extremistas de derechas o de izquierdas”.<sup>15</sup> Aquí se hace un juicio político. Los líderes a los que se refiere Rogow son “oscuros y desviados” *políticamente* hablando, no sociológicamente. Que la desviación política necesita una investigación psicológica es lo que hay que demostrar más que asumir. El que un líder esté actuando con una “firmeza” admirable o con “rigidez agresiva” en una situación cualquiera depende de los valores políticos y los puntos de vista del observador.<sup>16</sup> En una palabra, lo que es o no es un “desplazamiento psicológico” se puede determinar menos por la psicología del actor político que por la política del psicólogo.

Descubrir una necesidad psicológica escondida en personajes políticos nos dice muy poco sobre la significación *política* de lo que están haciendo. Sin embargo, la explicación psicopatológica oculta los motivos políticos. Si nos convencemos de que los revolucionarios están impulsados por sentimientos sin resolver respecto a sus padres, por ejemplo, no podremos apoyar sino cuestionarnos el valor de la propia revolución. Cuando Bettelheim u otros reducen las protestas de los estudiantes a un sentimiento colectivo de culpa o a un desorden de la adolescencia, la consecuencia inevitable es devaluar la protesta, convirtiendo a los estudiantes en el motivo, más que considerar el motivo por el que protestan.

Este tipo de *argumentum ad hominem* nos dice muy poco, si es que nos dice algo, sobre el valor político de un asunto o una acción determinados. Podemos decidir que la gente se oponía a la Guerra de Vietnam porque (a) tenía un odio irracional a la autoridad o (b) un sentido de la justicia y amor

por la paz. Y podemos llegar a la conclusión de que la gente apoyaba la guerra por (a) amor a su país y deseo de detener el comunismo o (b) un gusto por la violencia. Pero nada de esto nos llevará a una posición informada respecto a la propia guerra, porque la cuestión de apoyar o no la guerra es una cuestión política, que se sustenta en una serie de datos que van más allá de los motivos privados de individuos particulares.

A los individuos que participan en protestas públicas se les acusa a menudo de intentar simplemente escapar del aburrimiento o airear su rabia. Realmente la gente políticamente activa se siente más implicada en la vida. Comunistas, revolucionarios, radicales, liberales, centristas, conservadores, reaccionarios y fascistas, todos podrán atestiguar el estímulo personal que se experimenta en la política activa, especialmente cuando los esfuerzos traen consigo resultados. Pero, de nuevo, esto no nos dice nada sobre el significado político de las ideologías y acciones particulares. En resumen, las motivaciones personales —como opuestas a las políticas— son, si no irrelevantes, ciertamente de importancia marginal para evaluar la política pública.

El punto de vista de la sociedad sobre quién está psicológicamente perturbado descansa en gran manera en los estándares existentes de normalidad. Por definición, los rebeldes son personas que no aceptan algunas de las creencias de la sociedad o los intereses dominantes. No es sorprendente que se diga de ellos que tienen motivos privados aberrantes. Rycroft observa que muchos “agitadores del mundo” y otros individuos excepcionales han sido “maltratados por psiquiatras y psicoanalistas... Jesucristo fue tachado de esquizofrénico, Beethoven de paranoico, los profetas del Antiguo Testamento (colectivamente) de esquizoides, Leonardo da Vinci de obseso-esquizoide, etc., etc.”<sup>17</sup>

Algunos creemos que la gente se rebela normalmente porque no todo va bien en el mundo. En contraste, el psicopolítico cree que la gente se

rebela porque son ellos los que no están bien. A los rebeldes se les diagnostica como preocupados porque son ellos los que causan la preocupación. Porque consideran injusta una autoridad particular se llega a la conclusión de que se oponen a toda autoridad establecida, lo cual no es el caso de la mayoría de reformistas y revolucionarios. Para el psicólogo político la rebelión contra la autoridad se convierte en evidencia de la rebelión subconsciente contra la autoridad paterna. No hay necesidad de demostrar la conexión; se ha establecido como referencia de “evidencia clínica”.

La explicación psicológica se apoya entonces en la falacia de “afirmar la consecuencia”: el rebelde político es realmente un rebelde contra la autoridad paterna. ¿Pruebas? El rebelde se rebela. Este es el problema de las teorías que pretenden explicar el comportamiento observable. Se nos dice que la gente se mueve por su deseo innato de poder, amor o riqueza. La evidencia de los que proclaman tal cosa se basa en ejemplos de gente que persigue el poder, el amor o la riqueza. La teoría se usa como evidencia del fenómeno que se está intentando explicar.

## **Datos clínicos dudosos**

Junto con la forma “profunda” con la que se ha aplicado la psicología a la política, también podemos cuestionarnos su fiabilidad como ciencia. Al hacerlo compartimos precisamente la compañía de Harold Lasswell, quien admite que sus formulaciones están expresadas de un “modo bastante dogmático” y que se apoyan en “la naturaleza altamente insatisfactoria de los materiales y métodos de la psicopatología contemporánea”.<sup>18</sup> Después de treinta años de trabajo psicoanalítico, nos dice, todavía no existe una base documental que pueda ser consultada por los especialistas, que

pueda resolver sus diferencias sobre cómo continuar las sesiones de un tratamiento.

Cincuenta y nueve años después de que Lasswell hiciera esta observación, la Editorial Americana de Psiquiatría publicó un trabajo de referencias en cuatro volúmenes que pretendía ser un manual para los tratamientos. Contiene las contribuciones de más de cuatrocientos expertos, la mayoría psiquiatras, y es algo parecido a lo que Lasswell pensaba que los especialistas debían tener para consulta. Pero el trabajo originó acaloradas controversias, incluyendo quejas de psicólogos que consideraban que ciertas teorías tenían un tratamiento muy somero, lo que resultaba desalentador. El manual se publicó con una cierta renuncia, al establecer que no era una publicación oficial de la Asociación Psiquiátrica Americana.<sup>19</sup> Incluso muchos psiquiatras dudaron de que las diferentes categorías de trastornos mostradas en el manual fueran reales y fiables.<sup>20</sup>

Las notas tomadas en las sesiones de terapia son a menudo inaccesibles y lamentablemente inadecuadas para un estudio sistemático. Nadie sabe “el valor de los fragmentos publicados” o qué proceso puede distorsionar las prácticas informativas de los diferentes investigadores clínicos, señala Lasswell. Y no hay datos de seguimiento sobre las condiciones de los pacientes en el postratamiento.<sup>21</sup> Como Lasswell no fue el primero en observar, los pacientes tienden a producir la clase de material que el analista está buscando. Por ejemplo, sueñan con figuras de animales si los trata Jung, reviven traumas de nacimiento cuando los trata Rank, hablan de sentimientos de inferioridad si es Adler y sienten ansiedad por complejo de Edipo y temor a la castración si están bajo la supervisión de Freud. Por eso, aunque los diferentes investigadores utilizan los mismos métodos, producen datos diferentes o llegan a conclusiones muy variadas basándose en los mismos datos.

Las reglas para atribuir significado a los datos siguen siendo muy oscuras, como admite Lasswell. Así, cuando alguien informa que durante su infancia le amenazaron con cortarle la nariz si continuaba “tocándose a sí mismo”, Lasswell pregunta: “¿Cómo sabemos qué importancia darle a esta supuesta reminiscencia?” ¿Tenemos que aceptar esto como un dato histórico o hemos de considerarlo como algo que muestra lo que supuestamente le ocurriría si desobedeciese órdenes? ¿Es ese recuerdo sólo una señal del temor del paciente expresado en su memoria del pasado? ¿O puede ser una fantasía que el paciente se atribuye para castigarse a sí mismo por sus sentimientos hostiles hacia el terapeuta? ¿O un intento de conseguir su aprobación diciendo lo que piensa que es importante para el terapeuta? ¿O un trauma original que una vez descubierto aliviará la ansiedad del paciente?<sup>22</sup>

Respecto al proceso de descubrimientos clínicos, yo plantearía otras cuestiones. Consideremos el concepto de reacción-formación, uno de los “mecanismos de defensa del ego” al que se refieren los psicólogos políticos; podría considerársele como emblemático de la dudosa naturaleza de muchos datos clínicos. A través de la reacción-formación una persona, de la que cabría esperar una cierta forma de comportamiento, puede reaccionar de forma distinta, e incluso de forma totalmente contraria. Por ejemplo, puede esperarse que alguien demuestre hostilidad y celos hacia su hermano, pero a través de la reacción-formación mostrará amistad y lealtad, supuestamente debido a una cobertura psicológica compensatoria de sus sentimientos negativos inconscientes. Así el doctor puede asumir que hay un motivo oculto y puede encontrar la evidencia por medio del modelo contrario de comportamiento.<sup>23</sup> Tanto A como el opuesto de A nos hacen llegar a la misma evidencia. Asuntos diametralmente opuestos puede considerarse que apoyan la misma teoría, lo que la haría infalible.

Pero, ¿cómo sabemos cuándo las acciones y las actitudes esconden motivos inconscientes que se refieren a experiencias anteriores? ¿Cuándo

son, si es así alguna vez, lo que parecen ser? (Se dice que incluso Freud, gran fumador de puros, señaló que a veces un cigarro es sólo un cigarro). Tras estas cuestiones surge el problema de la validación: ¿Cómo sabemos que estamos observando lo que decimos que estamos observando, especialmente respecto a las fuerzas psíquicas sumergidas que por naturaleza no son observables?

Además, ¿podemos incluso pensar en las acciones y actitudes individuales como algo aparte del campo más amplio de las relaciones sociales? Si un comportamiento determinado es una respuesta tanto a los imperativos de la realidad social como a los motivos psicológicos internos, ¿cuánto peso debemos asignar a las fuerzas sociales y cuánto a las relaciones familiares? Por ejemplo, ¿cuánto a las condiciones opresoras de clase y cuánto a conflictos filiales?

¿Y qué hacemos con los pronunciamientos psicológicos de antiguos presidentes, profetas y líderes revolucionarios, sobre quienes los datos psicológicos son fragmentarios y las posibilidades de una investigación clínica no existen, ya que estos líderes se han llevado con ellos sus sueños y sus fantasías escondidas a la tumba?<sup>24</sup>

Si casi todo lo relacionado con una persona puede estar dotado de significado psicopatológico, ¿qué es lo que decide el proceso de selectividad y embellecimiento? ¿Qué papel le damos a cosas tales como la ideología, el deseo de justicia, el interés económico propio, las enseñanzas religiosas y éticas, etc.? ¿Podemos hacer una interpretación fiable de una patología tratando al individuo como algo relativamente intocado por estas amplias fuerzas?

Si la psicología “está detrás de todo”, podríamos preguntarnos si lo psicológico tiene alguna frontera. Pareciendo que puede penetrarlo todo, pierde su valor definitorio y su poder explicativo. Pero las características psicológicas no son un sustitutivo de las sociales. La gente a menudo per-

cibe la realidad y actúa sobre ella de acuerdo con la posición que ocupa dentro de la estructura social, frecuentemente porque no puede actuar de otra manera, incluso estando dotados de personalidades excepcionales. Y no hay razón para asumir que los individuos que actúan de forma extraordinaria lo hacen a causa de emociones racionalizadas desplazadas de sus años infantiles más que por razones que se refieren a su talento, su inteligencia, su interés de clase o su resistencia a la opresión racial o de género. En otras palabras, cuando actuamos con un valor excepcional, destreza y perspicacia, o por el contrario, con excepcional estupidez, timidez, imprudencia o ceguera, estamos actuando, no representando.

## **Lenin como Edipo**

Como medio de ilustrar algunos de los problemas que ya hemos tocado, consideremos la psicobiografía de Lenin, de Victor Wolfenstein, de su libro sobre Lenin, Trotsky y Gandhi, tres líderes que “tuvieron identidades revolucionarias como resultado de conflictos con la autoridad paterna”.<sup>25</sup>

Lenin creció en una familia “no afectada por tensiones extrañas o rupturas”, con un “número de hermanos considerable”, que estuvieron juntos bastante tiempo.<sup>26</sup> Wolfenstein describe al padre de Lenin como cálido, paciente y amante, “que dedicaba bastante tiempo a enseñar gentilmente a sus hijos cómo comportarse. Les enseñó a jugar al ajedrez y a otros juegos”.<sup>27</sup> A la madre de Lenin la describe como firme, relativamente bien educada y “dedicada al bien de sus hijos y a su desarrollo”. Ella también pasaba mucho tiempo con los hijos, enseñándoles a leer, a tocar el piano, cantando con ellos en familia y ayudándoles a componer su trabajo escrito semanal para la revista familiar.<sup>28</sup>

El retrato que hace Wolfenstein de Lenin es también generalmente positivo. Como niño Lenin parece haber sido jovial, con buen humor, ruidoso, bromista, “con un algo de jactancioso y valentón, pero con un todo de cariñoso y simpático”. Iba bien en el colegio y era estimado por sus profesores. En definitiva, Lenin era “enérgico y brillante, pero no un chico inusual”.<sup>29</sup> ¿Dónde está aquí el revolucionario patológico?

El problema surge porque el padre de Lenin ocasionalmente dejaba a la familia durante largos períodos de tiempo debido a sus obligaciones oficiales. Ese concepto de padre amante y atento que de repente se ausenta “debió tener un efecto extraño sobre la mente del joven Lenin”.<sup>30</sup> Wolfenstein no ofrece nada que apoye esta conjetura. No considera la posibilidad de que aunque Lenin y sus hermanos podían echar de menos a su padre durante sus viajes de trabajo, seguramente tenían lo suficientemente claros sus afectos como para no reaccionar con sentimientos de abandono y rechazo.

Otro “problema”: El padre de Lenin nunca utilizó el castigo corporal sobre él, sino que recurría a “la firme persuasión moral”, lo que “dejaba poco lugar para la rebelión antipaterna”. Aparentemente Lenin hubiera sido mejor si su padre le hubiera pegado de vez en cuando. El padre amable “de gran rectitud moral, indudablemente ocasionó una demanda inusual en el superego del hijo”. Así que el joven Lenin probablemente fue incapaz de expresar el resentimiento que sentía hacia su padre, “sin tener un sentimiento de culpa como consecuencia”.<sup>31</sup>

Incluso antes de todo esto, cuando Lenin tenía entre dieciocho y veinte meses de edad, “ya había desarrollado una naturaleza básicamente desconfiada”. Tardó en empezar a andar por la necesidad de emular el comportamiento de su nueva hermana y conseguir la atención que ella recibía de su madre. Esta tardanza en andar demostraba su desconfianza temprana en su entorno y mostraba que “el comportamiento de Lenin adulto, por

encima de todo, tenía raíces en las experiencias de su vida. Una predisposición a contemplar el mundo en términos de matar o morir”.<sup>32</sup> Wolfenstein no revela cómo llegó a estas pasmosas conclusiones.

La cariñosa identificación de Lenin con su hermano mayor y con su padre, expresada frecuentemente de forma verbal o por la manera en que los emulaba, se convierte en otra fuente de patología en las manos de Wolfstein. La muerte de ambos, su padre y su hermano, parece que originó un intenso sentimiento de culpa en Lenin, que, según Wolfenstein, escondía una ambivalencia de amor-odio respecto a ellos que “fue el problema central de su vida”. Wolfenstein nos aproxima a Freud: “Lenin, debemos recordarlo, sentía el peso de la doble responsabilidad por las muertes de su padre y su hermano, quienes él había deseado que murieran para poder poseer a su madre”.<sup>33</sup>

Lo que se echa de menos es la más mínima evidencia de que Lenin albergara tales sentimientos de culpabilidad, agresión, ambivalencia, odio y muerte hacia su padre y su hermano, o su amor incestuoso por su madre.<sup>34</sup> Por parte de Wolfenstein no es necesaria ninguna evidencia desde el momento en que el complejo de Edipo ha sido declarado fenómeno universal, parte de la herencia psíquica de todos los hijos. De esa forma, una afección común se utiliza para explicar al menos común de los hombres. Uno se pregunta por qué Wolfenstein se molestó en construir otras interpretaciones cuando siempre podría aplicar, aunque fuera por delegación, el complejo prefabricado de Edipo.

Wolfenstein sugiere que el marxismo revolucionario fue la cura terapéutica para la psicopatología que sufría Lenin. Lenin encontró “un padre benevolente y omnisciente” en Marx y un “padre vengativo en el zar”, sobre quien “Marx prometía la victoria”.<sup>35</sup>

Este tratamiento dado a Lenin invita a las críticas ya mencionadas de que a casi todo lo que se refiere a una persona se le puede dar un signifi-

cado psicopatológico, y después ligarlo con su vida política. Tanto A como lo opuesto de A se pueden considerar como evidencia de una patología: tanto si el padre es gentil y cariñoso como si es cruel y odioso; ambos pueden tener consecuencias positivas y negativas sobre las figuras familiares. Y a veces no hay ningún dato, como cuando se invoca en este caso al complejo de Edipo. El comportamiento posterior se presume que no es el resultado de un deseo de justicia o de un mundo mejor, sino que se actúa de ese modo debido a temas anteriores no resueltos. Incluso si un individuo como Lenin crea un drama nuevo y más grande en su compromiso con la vida, desde el punto de vista psicopatológico, todavía está unido a un antiguo papel, es una víctima de sus demonios interiores, que necesitan toda una vida, y a veces toda una revolución, para poder ser exorcizados. La historia se convierte en poco más que una gran lista de enemistades familiares inconscientes.

## Hoover el compulsivo

La psicopolítica no es sólo un asunto de los investigadores de la corriente principal para psicoanalizar individuos rebeldes. Los líderes conservadores también han sido objeto de escrutinio. Los resultados no son mucho más alentadores.<sup>36</sup> Consideremos el tratamiento que el psicólogo David Barber le da a Herbert Hoover, un hombre al que categoriza como “presidente activo-negativo”. El presidente activo-negativo es una persona que tuvo grandes privaciones en su infancia y que como consecuencia intenta alcanzar en su entorno un sentido de autovaloración por medio de la consecución del poder sobre los demás.<sup>37</sup> De acuerdo con Barber, Hoover tuvo unos problemas fatales de carácter que le hicieron rechazar la flexibilidad en sus primeros años y reemplazarla con rigidez y autocompul-

sión en años posteriores.<sup>38</sup> ¿Quién habría imaginado, se pregunta Barber, “que Herbert Hoover, el trabajador milagrosamente pragmático que negoció la ayuda para la Europa desgarrada por la guerra en medio de la Primera Guerra Mundial, congelaría la ayuda para los americanos sin empleo?”<sup>39</sup>

En un capítulo titulado “Los orígenes de la compulsión presidencial”, Barber nos informa que Hoover se quedó huérfano a la edad de ocho años, vivió con unos parientes, le gustaban los espacios abiertos y tuvo una educación que le enseñó a “contener sus emociones”. De niño Hoover probablemente estuvo afectado por la pérdida de sus padres y experimentó “una sensación de desesperanza y falta de capacidad para guiar su propio destino, una vulnerabilidad a los cambios repentinos impuestos por la vida”. Para vencer estos sentimientos se esforzó por establecer un control sobre el mundo que le rodeaba, algo que persistió luego en el colegio, donde parece que manifestó un “individualismo extremado”.<sup>40</sup>

Realmente, basándonos en los datos que Barber nos presenta, podríamos llegar a la conclusión de que Hoover trabajó al unísono con sus compañeros, tuvo un número normal de amigos, demostró cualidades excepcionales de organización y ejerció un cierto liderazgo en el campus. En Stanford, Hoover desarrolló su talento de forma creativa y autocompensatoria.

Barber cree que los defectos fatales en el carácter de Hoover le surgieron de forma pronunciada cuando estaba en la Casa Blanca. Como presidente, Hoover intentó “maquillar algo, salvar a través de su mandato alguna pieza perdida o rota de sí mismo” y “luchar contra una sensación interna de inadaptación”. “Su búsqueda del poder reflejaba una fuerte necesidad compensatoria de poder”.<sup>41</sup> Al igual que otros presidentes activos-negativos, como Woodrow Wilson y Lyndon Johnson, Hoover escondía “un sentimiento de necesidad por negarse la autogratisfacción” (un cuadro

en el que difícilmente me encaja Lyndon Johnson). De acuerdo con Barber, Hoover “luchó para controlar sus impulsos agresivos” y era un perfeccionista que “se suponía que debía ser bueno en todo y en todo momento”.

Entresacando los datos limitados que proporciona el propio Barber, podemos llegar a la conclusión por el contrario de que Hoover tenía puntos de vista no perfeccionistas y realistas sobre sus propias limitaciones. Por eso se negó a intentar superar todos los papeles de la presidencia. Por ejemplo, en una ocasión comentó: “No podéis hacer de mí un Teddy Roosevelt”.<sup>42</sup>

Barber nos dice que Hoover era un hombre emocionalmente bloqueado, taciturno, de mal humor, reservado e incapaz de llorar. Pero las pocas evidencias que nos ofrece parecen contradecir este retrato. Hoover podía expresar rabia, como en la ocasión en que amenazó con pelearse con alguien que interrumpió su discurso en la campaña de 1932. Y Barber cita dos ocasiones en que Hoover lloró en público.<sup>43</sup> ¿Cuántas veces tiene que llorar en público un presidente menos bloqueado emocionalmente?

Además Hoover se conmovió profundamente cuando le visitaron en la Casa Blanca tres niños que le pidieron que intercediera para que su padre desempleado saliera de la cárcel. Curiosamente el único testimonio contemporáneo que Barber ofrece es el de Eugene Lyons, que dijo que Hoover no era frío, sino “una persona sensible, cálida, que busca el afecto, que le gusta estar en compañía y sufre por la maldad”.<sup>44</sup>

En suma, los datos que Barber nos ofrece sobre la vida de Hoover no sólo no son selectivos, sino que hacen tender a la interpretación contraria. No consigue convencernos de que el carácter de Hoover es tan dominante como dice. Como consecuencia uno tiene la sensación de que Barber *dice* más de lo que *demuestra*. Con lo que seguimos preguntándonos: ¿Y él cómo lo sabe?

## Hoover el político

La pregunta de Barber sigue sin respuesta: ¿Cómo pudo Hoover, el hombre que administraba la ayuda para los niños de la Europa devastada, negarse a asignar fondos para aliviar a los millones de americanos hambrientos durante la Gran Depresión, que además le apoyaron para que llegara a la presidencia? Antes de proponer alguna compulsión psicológica, investiguemos a Hoover el político, porque aquí pueden estar las claves de su comportamiento político.

Cuando Hoover llegó a presidente dijo una vez: “La única función del gobierno es hacer que los asuntos sean favorables para el desarrollo beneficioso de la empresa privada”.<sup>45</sup> Realmente, una mirada a la carrera de Hoover revela una consistente dedicación al sistema de empresa privada, tanto internamente como en el exterior. Como jefe de la Comisión para la Ayuda a Bélgica, una organización privada, y más tarde como director de la Administración para la Ayuda Americana, Hoover asignó ayudas de forma totalmente oportunista. Su comisión no *dio* ayuda a los belgas, sino que *vendió* comida por dinero a precios de tiempos de guerra, aunque esos suministros se habían comprado en el mercado libre. Bélgica fue esquilmada de dinero a cambio de comida. Entre los belgas que no podían pagar hubo una enorme escasez en 1916, seguida de disturbios entre las clases más pobres.<sup>46</sup>

En noviembre de 1918, Hoover dejó claro que la comida tenía que utilizarse como arma política “para frenar el avance del bolchevismo”.<sup>47</sup> La Administración para la Ayuda Americana envió ayuda a Rusia a zonas ocupadas por el ejército contrarrevolucionario de la Guardia Blanca del general Yudenich. Las ayudas a los países bálticos fueron a zonas dominadas por las tropas expedicionarias del general alemán von der Goltz. Ambos

ejércitos estaban dedicados a derribar al gobierno soviético, y ambos envueltos en pillajes y ejecuciones de prisioneros y civiles. En 1919 el ejército de Yudenich subsistía exclusivamente por la ayuda de Hoover.<sup>48</sup> En un informe al Congreso en enero de 1919, Hoover admitió que utilizaba los fondos de ayuda americana para enviar suministros a los ejércitos blancos reaccionarios.<sup>49</sup> Su forma de distribuir la ayuda movió a *Nación* a criticarle por negarse a enviar toneladas de comida a los hambrientos habitantes de Rusia hasta que “se rindieran a las ideas y a las armas” de los poderes occidentales.<sup>50</sup>

Igualmente Hoover retuvo ayuda financiera y comida prevista para Hungría hasta que el breve gobierno revolucionario de Bela Kun fue derrocado, aunque los suministros se habían comprado con fondos adelantados por ese gobierno. La ayuda salió sólo después de que el almirante reaccionario Horthy estuviera asentado en el poder, impulsado por las bayonetas del ejército rumano, que instauró un “terror blanco”, ejecutando a cientos de revolucionarios húngaros y judíos.<sup>51</sup>

Un espíritu similar caracterizó la ayuda de Hoover al gobierno de Austria, apoyado por los aliados “para hacer frente al comunismo”. Colocó carteles por toda Viena anunciando que los embarques de comida cesarían si había un levantamiento. También puso grandes sumas a disposición de los militares de derechas polacos durante su invasión de la Rusia Soviética en abril de 1920. El senador James Reed de Missouri avisó al Senado de que 40 millones de dólares de fondos votados por el Congreso para ayuda humanitaria “se habían gastado en mantener operativo al ejército polaco”.<sup>52</sup> El psicólogo político Alexander George describió a Hoover como “humanitario y sincero”.<sup>53</sup> Podía haberle descrito mejor como “humanitario selectivo”, usando la comida como arma y gastando los fondos según le dictaba su ideología política.

Como Secretario de Comercio en 1917, en la época de las grandes inundaciones de Mississippi, Hoover supervisó fríamente las ayudas y manipuló a los líderes locales para conseguir sus votos como medio de alcanzar la nominación republicana para presidente.<sup>54</sup> Como Secretario de Comercio también reguló que las emisoras comerciales propiedad de las corporaciones eran de interés público, pero las no comerciales representaban sólo intereses especiales.<sup>55</sup>

Aunque se le considera alguien que hizo el bien, en realidad Herbert Hoover lo hizo bien. Descrito frecuentemente como “ingeniero”, de hecho era un multimillonario con negocios en Birmania, Nigeria, Australia, Sudáfrica, Nicaragua, Estados Unidos y la Rusia zarista. Antes de la Primera Guerra Mundial tenía intereses importantes en no menos de once corporaciones rusas del petróleo, así como concesiones madereras, minas, ferrocarriles, fábricas, refinerías y reservas de oro, cobre, plata y zinc.<sup>56</sup> Si no hubiera habido una Revolución de Octubre y el gobierno bolchevique no hubiera cancelado esas vastas concesiones, Hoover hubiera sido uno de los más grandes multimillonarios del mundo.

Si estuvo motivado por sus inversiones personales, por un interés de clase más general o por su conservadurismo ideológico, o una mezcla de todo ello —no hay razones para asumir que una cosa excluya a la otra— lo cierto es que Hoover manifestó una indudable oposición al comunismo y a cualquier reforma que pudiera limitar las prerrogativas de la empresa privada. Durante el período de la Revolución Rusa, siguió apoyando las campañas militares contra la Rusia Soviética.

Hoover ofreció cierta ayuda a la Rusia Soviética durante la época del hambre de 1921, un acto diseñado para minar al gobierno bolchevique de una forma más tortuosa que abiertamente contrarrevolucionaria, según Peter Filene.<sup>57</sup> Hoover creía que los bolcheviques estaban a punto de perder el poder. La esperanza era que una gran cantidad de ayuda internacio-

nal fuera capaz de tomar el control del poder económico en Rusia, en lo que se conoció como la “intervención del pan”.<sup>58</sup> En un memorándum al presidente Wilson, Hoover demostró que la contención del comunismo ocupaba un lugar predominante en su mente. Planeó cómo la ayuda podría servir para moderar la militancia del nuevo gobierno revolucionario, especialmente después de que “la amarga experiencia nos ha enseñado las obsesiones sociales y económicas revolucionarias”.<sup>59</sup> Dos años después de que empezara el programa de alimentos, cuando se hizo evidente que los soviets no iban a caer, Hoover canceló de repente toda ayuda a Rusia, mientras continuó ayudando a los regímenes conservadores de Austria, Polonia y Checoslovaquia.

Durante el período de su presidencia, Hoover declaró repetidamente su oposición a la propiedad pública y a la regulación de la economía por parte del gobierno. Durante la Gran Depresión los líderes políticos y corporativos estaban divididos en cuanto a qué estrategia seguir de cara al colapso económico y al creciente malestar de la gente.<sup>60</sup> Había los que invocaban reformas con la esperanza de que dando un poco ellos pudieran conservar un mucho. Otros temían que tales concesiones no pararían la riada, sino que abrirían las compuertas que les inundarían. Pensaban que el sistema de empresa privada no debía descomponerse, que los informes del descontento público se exageraban y que la economía estaba básicamente bien por lo que pronto se recuperaría por sí misma.

Hoover estaba firmemente en este último campo. Lo que Barber considera su “inflexibilidad” y su “compulsión” eran actitudes no sólo suyas. En su negativa a gastar los millones que hacían falta para aliviar la situación de los indigentes, Hoover compartía la opinión que prevalecía entre la mayoría de la comunidad de los negocios, tanto en 1932 como más adelante. Realmente, al menos hasta mediados de 1932, hasta la Federación Americana de Trabajadores, “consistente con su énfasis voluntarista histórico”, se opuso a la ayuda del gobierno a los desempleados.<sup>61</sup>

Como muchos otros conservadores de entonces y de ahora, Hoover defendía las virtudes de la autoconfianza, se oponía a los impuestos sobre las ganancias de las corporaciones en el extranjero, tendía a reducir los impuestos de las mayores fortunas y estaba contra los bonos a los veteranos y las ayudas a los damnificados por las sequías. Negó la ayuda federal a los desempleados y se opuso al seguro de desempleo y a los beneficios federales para los jubilados. Avisó repetidamente que los programas de asistencia pública eran el principio de un “estado socialista”.<sup>62</sup> Hacia el mundo de los negocios, sin embargo, no tenía esa “inflexibilidad” y podía gastar generosamente. Apoyó los subsidios federales multimillonarios a los intereses navieros y a los terratenientes y su Corporación Financiera para la Reconstrucción donó 2.000 millones de dólares a los bancos y corporaciones.

La información anterior, toda ella en archivos públicos, nos presenta un retrato diferente del que nos cuenta Barber. Más que moverse de la flexibilidad a la rigidez debido a influencias psicológicas, Hoover mantuvo una posición de firmeza con la línea ideológica compartida con la mayoría de su clase. Como administrador de la ayuda de emergencia, la utilizó para apoyar a los gobiernos capitalistas autocráticos, mientras que intentaba minar los movimientos y gobiernos revolucionarios, dándoles muy poco, incluso haciendo frente a las críticas repetidas del Congreso y de la prensa.

El hombre que, por razones políticas, podía retener los fondos para las poblaciones hambrientas de Europa oriental y Rusia, podía, por razones políticas, negarle la ayuda a los trabajadores americanos. El hombre que pudo ayudar a un asesino de masas como el general Yudenich, podía no tener reparos en ordenar al general MacArthur que retirara el bono a los veteranos, una acción que costó dos muertos y gran cantidad de heridos. Habiendo luchado sólo una década antes contra las revoluciones en Austria, Hungría, los países bálticos y Rusia, el presidente Hoover no iba a introducir en su país lo que él y muchos de sus seguidores consideraban

una forma insidiosa de socialismo. (Incluso aquí, la “rigidez de carácter” de Hoover no le impidió actuar conforme a su conveniencia política cuando, ante las elecciones nacionales, se movió veladamente en la dirección de la ayuda federal en el verano de 1932).

En suma, el misterio sobre el carácter de Hoover no parece ningún misterio después de todo. Herbert Hoover era principalmente un animal político. Siempre actuaba de forma que le beneficiara políticamente. El “trabajador milagrosamente pragmático”, que supuestamente se vio de repente acosado por la compulsión cuando entró en la Casa Blanca, fue siempre un anticomunista de línea dura y un multimillonario conservador. Actuó de una forma ideológicamente firme, tomando una postura de clase que incluso hoy es un modelo en los círculos conservadores. En nombre de las cosas en que creía y las que quería, Hoover sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Que actuara racionalmente no significa que actuara infaliblemente. Es cierto que se puede argumentar que los acontecimientos posteriores demostraron lo equivocados que estaban él y sus seguidores sobre las condiciones económicas y el ánimo popular. Una vez más vemos que la explicación psicológica sólo es plausible si desprecia —más que explica— las realidades políticas importantes.

## **Cuando la política se convierte en algo personal**

El modelo de Lasswell asume que los antecedentes de la niñez crean en la vida adulta un nexo más sólido y convincente que las experiencias de esa vida adulta. Esta progresión que se supone desde la infancia de formación apolítica a la vida adulta político-reactiva, considera al individuo como si fuera un ente genérico. La idea es compatible con el modelo libe-

ral de sociedad de mercado como agrupación de individuos representando sus deseos y demandas, conformando una realidad más grande de acuerdo con sus anhelos privados.

Pero lo que va primero en la secuencia del tiempo no necesariamente es lo principal en cuanto a poder formativo. La primacía cronológica puede no ser una indicación segura de un impacto afectivo. Para muchos fenómenos políticos importantes se podría argumentar que la progresión causal va por ambas vías. Hay numerosos estudios que indican que las ansiedades que se generaron durante las épocas de escalada nuclear y las confrontaciones de la guerra fría penetraron en los subconscientes de los niños americanos, inculcando en muchos jóvenes pronósticos pesimistas sobre la supervivencia de la humanidad.<sup>63</sup> Otros acontecimientos políticos, como la recesión, el desempleo, el asesinato político y la guerra tienen un impacto perceptible sobre las condiciones psíquicas de la población entera de adultos y niños.<sup>64</sup>

Considerar una infancia apolítica como el antecedente crucial de una edad adulta política es ignorar el hecho de que la infancia no es más apolítica que el resto de la vida. Que los niños americanos normalmente no tengan una vida política activa no significa que estén aislados de sus efectos formativos. De hecho experimentan una socialización política e ideológica a través de la televisión, las películas, la escuela, la comunidad y las experiencias y prejuicios sociales a los que están expuestos dentro de la propia familia. Gran parte de la literatura social y política nos indica que la familia está lejos de ser apolítica y que supone un impacto importante sobre las lealtades políticas, no a través de la ruta de la ontología psicopatológica, sino más directamente como mediador social de opiniones políticas, imágenes sociales, el papel del género, las actitudes ante las razas y los valores de clase.

Todo esto sugiere que la *socialización* y la *internalización* pueden ser más cruciales que el desplazamiento y la racionalización para enlazar los mundos privado y público. El modelo de “hombre político” de Lasswell:  $p \} d \} r = P$ , podría modificarse y leerse al contrario como sigue:  $P \} s \} i \} = p$ . Las fuerzas políticas (P) tienen un efecto socializador (s) sobre los individuos, que a través de un proceso de internalización (i) adoptan imágenes e intereses de la vida política que se convierten en componentes que impulsan sus motivos privados (p). Me parece que el poder explicatorio de este modelo alternativo es mayor y menos misterioso que el de Lasswell. Requiere menos presunciones. Se apoya en la evidencia disponible y está desprovisto de las extrapolaciones que encontramos en la psicopolítica y la psichistoria. Reconoce que los individuos y las familias no anteceden a la realidad social en la que han nacido. No existen en un vacío prepolítico. Sin embargo, como todos los modelos, este es incompleto porque no tiene en cuenta las diferencias individuales al procesar la experiencia social.

Lo que intento no es pedir la eliminación de la psicología política. Fred Greenstein señala áreas en las que la personalidad puede tener relevancia en el estudio de los políticos. Afirma, por ejemplo, siguiendo a Alex Inkles, que hay gran cantidad de evidencias que sugieren que una posición institucional particular atrae a una clase particular de personalidades.<sup>65</sup> Pero también hay evidencias que sugieren que los papeles definidos institucionalmente, las posiciones y otros imperativos institucionales prefiguran el comportamiento individual, haciendo que individuos de diferentes personalidades actúen de formas muy similares.<sup>66</sup> Debemos señalar que los presidentes de los Estados Unidos de diferentes entornos, historias familiares y personalidades, todos han sido firmes en su dedicación a hacer un mundo más seguro para las corporaciones americanas, oponiéndose a sistemas diferentes y extendiendo el poder militar de los Estados Unidos al servicio de los inversores multinacionales.<sup>67</sup> Igualmente, las diferentes personalidades de los capitalistas no cambian su necesidad predominante de

invertir para ganar más dinero, competir, explotar, expandirse y acumular. Los individuos que están en el pináculo del poder económico y político deben apoyar los imperativos del sistema al que sirven y por el que son servidos.

El centrarnos más estrechamente en la personalidad nos hace subestimar los más amplios imperativos institucionales del poder y el interés, que forman nuestras opciones y nuestros logros. Pero un punto de vista puramente estructuralista deja fuera el papel crucial que las personalidades individuales o la psicología de grupo pueden jugar. En otras palabras, no deberíamos discutir con los que afirman que diferentes personalidades bajo ciertas circunstancias pueden llegar a diferentes resultados.

Pero una cosa es decir que la personalidad puede afectar a la realidad política –¿quién puede negar el impacto de un Lenin o un Gandhi?– y algo completamente distinto argumentar que los actores políticos, tanto los líderes como las masas, están realmente desplazando al contenido manifiesto de la vida política sus problemas psicológicos escondidos y sin resolver. Aunque no haya que descartar totalmente el papel de los factores psicológicos respecto al momento, formulación y expresión de las acciones políticas.

Después de hacer correlaciones de actitudes políticas, sociales y psicológicas, Sutherland y Tannenbaum concluyen:

“Los científicos políticos [y los historiadores, podríamos añadir] que estudian las preferencias políticas de las masas en relación con las dimensiones “básicas” de la personalidad... están explotando un área de potencial insignificante... Las preferencias políticas se muestran mejor con el conocimiento racional de cómo funciona la propia sociedad que desde las necesidades de la personalidad profundamente asentadas... Parece obvio que los “personalistas” en ciencia política se han precipitado al enfocarse en los supuestos efectos universales de las

variables de la “personalidad”, como la eficacia política y el autoritarismo, que han resultado ser cuestiones de clase.”<sup>68</sup>

En suma, los psicopolíticos tienden a reducir los grandes fenómenos sociales a simples causas personales. Esto es reduccionista, aunque de una forma tortuosa. Los psicopolíticos dan una especie de rodeo, prefiriendo explicaciones que están lejos de los hechos. Esto es simplista en su interpretación, aunque altamente esotérico y enrarecido respecto a la naturaleza de la evidencia (o la no evidencia) sobre la que se basa. En el fondo de todas las explicaciones psicológicas está la negación de la navaja de Occam. Nunca se hace el corte directo.

Al poner al contrario la fórmula de Lasswell no estoy proclamando que las causas formativas sólo van de lo político a lo privado, sino que estoy insistiendo en que demos una definición nueva a lo privado, reconociendo sus dimensiones sociales. Ciertamente el individuo no es un absorbente pasivo de las fuerzas político-económicas. Sintetiza, se plantea retos e incluso crea de nuevo su experiencia social. Pero la literatura existente sobre psicopolítica y psicohistoria es demasiado imperfecta como para ser de mucha ayuda para entender las realidades sociales.

Algunos de los primeros psichistoriadores, como Harry Elmer Barnes y H. Stuart Hughes vieron la psicología (y el psicoanálisis en particular) como algo que suministraba al historiador nuevas consideraciones sobre la motivación humana.<sup>69</sup> Usando datos personales biográficos la psichistoria introduce nuevos puntos de vista sobre las personalidades históricas, desde Jesús y Jefferson a Lutero y Lenin. Pero, ¿son puntos de vista más importantes? El estudio de Eric Erickson sobre la personalidad de Lutero es interesante, pero ¿nos ayuda a entender mejor la Reforma, o incluso el impacto de Lutero sobre la Reforma? Como Hamerow concluye expresando sus dudas: “Las justificaciones teóricas de la psichistoria parecen muy

persuasivas, pero sus aportaciones prácticas siguen siendo decepcionantemente pocas".<sup>70</sup>

Habiendo tomado nota de la inaccesibilidad a datos fiables y de la gran cantidad de interpretaciones cuestionables, tanto en la ciencia de la psicología profunda como en sus aplicaciones políticas, y habiendo señalado el tenue y aparentemente arbitrario enlace de causas, la forma en que las conclusiones se basan en suposiciones frágiles y psicologismos superficiales, creo que se nos puede perdonar si no escogemos el sendero abierto por los psicopolíticos y psicohistoriadores. Nos prometen un jardín secreto y nos dan una ciénaga.

## Epílogo

En 1969 el economista ganador del premio Nobel, Sir John Hicks señaló que Karl Marx parece ser el único que tenía una teoría de la historia. "Es —escribió Hicks— extraordinario que cien años después de *Das Kapital*... haya surgido tan poca cosa".<sup>71</sup> Nada ha cambiado mucho desde que Hicks hiciera esta observación. Lo cierto es que hay multitud de teorías: teorías de grandes hombres, teorías de psicohistoriadores, teorías socio-biológicas y similares. Pero tienden a no llegar a ningún sitio. Carecen de poder explicativo para los que buscamos entender las fuerzas que han formado la realidad político-económica a través de los tiempos.

Esto podría explicar por qué incluso muchos historiadores no marxistas se refieren a las clases cuando hablan de épocas históricas. Ven la antigüedad como la época de la esclavitud, la Edad Media como la época del feudalismo, la era moderna industrial como la época del capitalismo. Aunque algunos no se sienten bien al decirlo, la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo son sistemas de *clase*. Los historiadores de la corriente princi-

pal tienen un conocimiento superficial de la naturaleza de los intereses políticos basados en las clases en cada época. Por eso hablan de patricios y plebeyos en la antigua Roma, del surgimiento de la burguesía en los siglos XVIII y XIX y de aristócratas y comuneros en la Revolución Francesa. Pero raramente se les considera clases competidoras que han movido el motor de la historia. Y raramente, si ha ocurrido alguna vez, esos historiadores hacen un reconocimiento explícito de la deuda que tenemos con Marx. En vez de eso, evitan cándidamente mencionar los poderes de clase y la lucha de clases. Junto con sus líderes políticos, los principales medios de comunicación y los autores de libros de texto, miran a todas partes excepto a la cruda realidad político-económica pasada y presente. Buscan algo que pueda desviarnos de la teoría de clases de la historia, algo que les ayude a despreciar el marxismo por irrelevante y moribundo. Los viejos establecidos y sus jóvenes acólitos, de forma semejante, sólo buscan su legitimación ideológica y su aceptación profesional.

Por eso continúan esparciendo sus complejos matices y sus simplificaciones evasivas. Este libro intenta corregir ese tipo de mistificación. La historia tiene muchas cuestiones sin respuesta, pero no es ningún misterio, excepto para aquellos que la convierten en eso.

## NOTAS

1. C. Wright Mills, *The Sociological Imagination* (Nueva York: Oxford University Press, 1959), 12.
2. Tanto la psicopolítica como la psicohistoria se consideran una sola disciplina, la mayor diferencia entre ambas es que los psicólogos políticos se concentran más en aconteci-

mientos y personajes recientes, aunque ese no es siempre el caso. En este capítulo los ejemplos elegidos son representativos, no exhaustivos, de ese tipo de literatura.

3. Harold Lasswell, *Psychopathology and Politics* (Chicago: University of Chicago Press, 1930), 74.
4. Lasswell, *Psychopathology and Politics*, 75-76.
5. Lasswell, *Psychopathology and Politics*, 173.
6. Bruno Bettelheim, testimonio ante el Subcomité Especial de Educación, aparecido en el *New York Daily News*, 21 de marzo de 1969.
7. Lewis Fauer, *The Conflict of Generations* (Nueva York: Basic Books, 1969), 250.
8. Fauer, *The Conflict of Generations*, 311.
9. Ernest Van den Haag (ed.), *Capitalism, Sources of Hostility* (New Rochelle, N.Y.: Epoch Books, 1979).
10. Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England*, traducido y editado por W.O. Henderson y W.H. Chaloner (Stanford, California: Stanford University Press, 1958), xxv-xxviii.
11. Acotado en *About Face!* (Newsletter of U.S. Servicemen's Fund), diciembre 1972: 2.
12. Michael Ratner y Michael Steven Smith, *Che Guevara and the FBI: The U.S. Political Police Dossier on the Latin American Revolutionary* (Melbourne y Nueva York: Ocean Press, 1997), 20-25, 89, 115. El archivo está formado principalmente por informes de la CIA traspasados al FBI.
13. Philip Agee, *On the Run* (Secacus N.J.: Lyle Stuart, 1987), 43.
14. Después de analizar los datos, junto con las pruebas de Rorschach y las pruebas temáticas, dos psicólogos políticos conservadores descubrieron para su satisfacción que la Nueva Izquierda estaba fromada por muchos que presentaban un síndrome psicológico que ellos denominaron "autoritarismo inverso", que provenía de patologías psicológicas relativas a las prácticas de su infancia y otros problemas familiares: Stanley Rothman y S. Robert Lichter, *The Roots of Radicalism: Jews, Christians, and the New Left* (Nueva York: Oxford University Press, 1982).
15. Arnold Rogow, comentario de E. Victor Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, en *American Political Science Review* 62 (1968): 605.
16. Alexander George, "Assessing Presidential Character", *World Politics* 26 (1974): 235-236.

17. Charles Rycroft, *Wilhelm Reich* (Nueva York: Viking Press, 1972), 8.
18. Lasswell, *Psychopathology and Politics*, xxv.
19. Grupo de trabajo sobre Tratamientos y Desordenes Psiquiátricos, *Treatments of Psychiatric Disorders*, 4 vols. (Washington, D.C.: American Psychiatric Press, 1989).
20. Keith Russell Ablow, "A Murky Link: Character and Mental Illness", *Washington Post Health*, 18 de junio de 1991: 9.
21. Lasswell, *Psychopatology and Politics*, 205.
22. Lasswell, *Psychopatology and Politics*, 206-207.
23. Ver H.J. Eysenck, *Uses and Abuses of Psychology* (Baltimore: Penguin Books, 1953).
24. Rogow, comentario en *American Political Science Review*, 605. Dos editores de un volumen sobre psiquiatría ofrecen una lista convincente de "los problemas evidentes inherentes a la psichistoria: dificultad de obtener datos de la infancia, el peligro resultante de hacer hipótesis de antecedentes por las palabras y acciones de los adultos, la ausencia de contacto personal, el mal uso de la subjetividad, el peligro de reduccionismo, la cuestión de si la teoría psicoanalítica es válida para otros tiempos y lugares (y realmente si la aplicación de cualquier modelo contemporaneo puede aclarar las mentalidades especiales de otras épocas)": Geoffrey Cocks y Travis Crosby (eds.), *Psychohistory: Readings in the Method of Psychology, Psychoanalysis, and History* (New Haven: Yale University Press, 1987), x.
25. Victor Wolfenstein, *The Revolutionary Personality: Lenin, Trotsky, Gandhi* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1967), 49.
26. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 36-37.
27. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 34.
28. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 35.
29. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 37-38.
30. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 39.
31. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 39.
32. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 40-41.
33. Wlofenstein, *The Revolutionary Personality*, 113.
34. Para un punto de vista muy diferente sobre la personalidad de Lenin adulto, ver los retratos contemporáneos de N.K. Krupskaya, *Reminiscences of Lenin* (Nueva York: Inter-

national Publishers, 1960) y Leon Trotsky, *Lenin, Notes for a Biographer* (Nueva York: G.P. Putman, 1971).

35. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*, 117.

36. Ver por ejemplo, Eli Chesen, *President Nixon's Psychological Profile* (Nueva York: Wyden, 1973); David Abrahamson, *Nixon vs. Nixon: An Emotional Tragedy* (Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1977); Bruce Mazlish, *In Search of Nixon: A Psychohistorical Inquiry* (Baltimore: Penguin Books, 1972). Para una crítica de Clinch y Mazlish ver Robert Cole, "On Psychohistory", en Cocks y Crosby (ed.), *Psychohistory*, 96-99, 102-104. Un valioso trabajo de atención respetuosa, pero merecedor de algunas de las críticas que ya se han hecho es el de Alexander George y Juliette George, *Woodrow Wilson and Colonel House: A Personality Study* (Nueva York: Dover, 1964); ver las críticas de George y George de Robert C. Tucker, "The Georges' Wilson Reexamined", *American Political Science Review* 71 (1977): 606-618 y Edwin Weinstein, "Woodrow Wilson's Political Personality: A Reappraisal", *Political Science Quarterly* 93 (1978-1979): 585-598 y la respuesta de George y George, *Political Science Quarterly* 96 (1981-1982): 641-665, todo reimpresso en Cocks y Crosby, *Psychohistory*. Para algunos ejemplos especialmente crudos, ver Fawn Brodie, *Thomas Jefferson: An Intimate History* (Nueva York: Norton, 1973); Nancy Clinch, *The Kennedy Neurosis* (Nueva York: Gosset & Dunlap, 1973) y por supuesto Wolfenstein, *The Revolutionary Personality*.

37. James David Barber, *The Presidential Character* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1972), 99-100.

38. En *el New York Times* del 8 de noviembre de 1973, Barber afirma que presidentes con una personalidad tan ostensiblemente diferente como Wilson, Nixon, Johnson y Hoover son "notablemente similares en carácter". Esto nos plantea la cuestión del uso de la palabra "carácter" como construcción psicológica y su relación con la personalidad. Si pensamos en la "personalidad" en el sentido profano, que significa la expresión observable del temperamento y la actitud y en el "carácter" en un sentido más clínico—como hace Wilhelm Reich—de "la forma de reacción típica" utilizada por los individuos para mediar entre la realidad y el conflicto psíquico, o, como hace Barber, la perdurable "postura hacia la vida" desarrollada tempranamente, entonces la declaración de que estos cuatro presidentes de diferentes personalidades son similares en carácter no es imposible: Wilhelm Reich, *Character Analysis*, 3ª edición (Nueva York: Noonday Press, 1969) y Barber, *The Presidential Character*, 10. Pero esa afirmación podría establecerse sólo a partir de un análisis clínico en profundidad de los cuatro presidentes, algo que por supuesto no se ha hecho. La tipología del carácter de Barber tiene que ver no sólo con las manifestaciones superficiales de actividad-pasividad y las expresio-

nes positivas-negativas, sino con temas psicodinámicos más profundos. Como señala George, "los datos no siempre son buenos", apoyando la aseveración de Barber de que un estilo presidencial particular también contiene la psicodinámica más profunda que Barber asocia con ellos: Alexander Barber, "Assessing Presidential Character", *World Politics* 26 (1974): 251. Tanto Lasswell como Barber a veces enfatizan sobre la especificidad biográfica de algunos sentimientos o experiencias infantiles desplazados y racionalizados, y otras veces se refieren a los hábitos y modos de respuesta que son lo que Reich llama la forma "característica" del individuo de mediar entre su vida exterior y su vida interior. En una palabra, los psicólogos políticos están tratando tanto con la psicología del desarrollo como con la psicología de adaptación al ego, basandose a veces en las características idiosincrásicas de la historia psíquica del individuo y a veces en las formas más generalizables de las defensas del carácter. Estas se interrelacionan, pero conceptual y empíricamente son aspectos separados. Cuando se aplican a las psicobiografías políticas, no siempre está claro cuando debería ser una y cuando otra.

39. James David Barber, "The Things We Might Have Seen", *New York Times*, 8 de noviembre de 1973.
40. Barber, *The Presidential Character*, 128-129.
41. Barber, *The Presidential Character*, 78.
42. Barber, *The Presidential Character*, 69.
43. Barber, *The Presidential Character*, 77.
44. Barber, *The Presidential Character*, 77-78.
45. Barber, *The Presidential Character*, 74.
46. John Fox, *The Great Mistake: Can Herbert Hoover Explain His Past?* (Baltimore: Grace Press, 1932), 115; John Hamill, *The Strange Career of Mr. Hoover Under Two Flags* (Nueva York: William Faro, 1931), 327-328.
47. Benjamin Weissman, *Herbert Hoover and Famine Relief to Soviet Russia, 1921-1923* (Palo Alto, Calif.: Hoover Institution Press, 1974), 29.
48. Weissman, *Herbert Hoover and Famine Relief*, 36-37; Michael Sayers y Albert Kahn, *The Great Conspiracy* (San Francisco: Proletarian Publishers, 1946), 106.
49. Walter Liggett, *The Rise of Herbert Hoover* (Nueva York: H.K. Fly, 1932), 260-267.
50. *Nation*, editorial, 7 de junio de 1919.

51. Liggett, *The Rise of Herbert Hoover*, 255; Weissman, *Herbert Hoover and Famine Relief*, 215.
52. Sayers y Kahn, *The Great Conspiracy*, 93; Weissman, *Herbert Hoover and Famine relief*, 37.
53. George, "Assessing Presidential Character", 257.
54. John M. Barry, *Rising Tide: The Great Mississippi Flood of 1927 and How It Changed America* (Nueva York: Simon & Schuster, 1997).
55. Ralph Engelman, *Public Radio and Television in America: A Political History* (Beverly Hills, Calif.: Sage Publications, 1996).
56. Hamill, *The Strange Carrer of Mr. Hoover*. 298-300; Knox, *The Great Mistake*, 97-99.
57. Peter Filene, *Americans and the Soviet Experiment 1917-1933* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1967), 78.
58. Weissman, *Herbert Hoover and Famine Relief*, 44-45, 49-51.
59. Harold Fisher, *The Famine in Soviet Russia 1919-1923: The Operations of the American Relief Administration* (Palo Alto, Calif.: Stanford University Press, 1927), 11-14.
60. Frances F. Piven y Richard A. Cloward, *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail* (Nueva York: Vintage, 1979), 44-45.
61. Piven y Cloward, *Poor People's Movements*, 72.
62. Liggett, *The Rise of Herbert Hoover*; Harris Warren, *Herbert Hoover and the Great Depression* (Nueva York: Norton, 1959).
63. W. Beardslee y John E. Mack, "The Impact on Children and Adolescents of Nuclear Developments", *Psychological Aspects of Nuclear Developments*, American Psychiatric Association, informe del Grupo de Trabajo, Washington, D.C.: primavera de 1982 y Beardslee y Mack, "Adolescents and the Threat of Nuclear War", *Yale Journal of Biology and Madicine* 56 (1983): 79-81; Marcia Yudkin, "When Kids Think the Unthinkable", *Psychology Today*, abril 1984: 18-25; S. Escalona, "Children and the Threat of Nuclear War", en M. Schwible (ed.), *Behavioral Science and Human Survival* (Palo Alto, Calif.: Science and Bahavioral Books, 1965).
64. Harvey Brenner, *Mantal Illness and the Economy* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1973); Irving Bernstein, *The Lean Years* (Baltimore: Penguin Books, 1970); George Brown y Tirril Harris, *The Social Origins of Depression* (Nueva York: Free Press, 1978); David Caplovitz, *Maķing Ends Meet: How Families Cope with Inflation and Recession* (Beverly Hills, Calif.: Sage Publications, 1979).

65. Fred I. Greenstein, "The Impact of Personality on Politics: An Attempt to Clear Away Underbrush", *American Political Science Review* 61 (1967): 629-641; ver también Alex Inkeles, "Sociology and Psychology", en Sigmond Koch, *Psychology: A Study of a Science* (Nueva York: McGraw-Hill, 1963).
66. Ver mi *Power and the Powerless* (Nueva York: St. Martin's Press, 1978), 114-123.
67. Ver mi *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995).
68. S. Sutherland y E. Tannenbaum, "Irrational Versus Rational Bases of Political Preference", *Political Psychology* 5 (1984): 177,194.
69. Ver Harry Elmer Barnes, "Psychology and History: Some Reasons for Predicting Their Active Cooperation in the Future", *American Journal of Psychology* 30 (1919): 362-376.
70. Theodore S. Hamerow, *Reflections on History and Historians* (Madison, Wisc.: University of Wisconsin Press, 1978), 194.
71. Ver John Cassidy, "The Return of Karl Marx", *New Yorker*, 20 y 27 de octubre de 1997: 248-259.

## ÍNDICE

PRÓLOGO: CONTRA LA CORRIENTE PRINCIPAL .....	11
1. LA HISTORIA COMO EDUCACIÓN FALSA .....	25
La ortodoxia de la corriente principal .....	25
A la caza de la historia real .....	31
Libros de texto: La hermosa América .....	37
Por los negocios, contra el trabajador .....	44
La escuela como instrumento .....	48
2. CURAS Y PAGANOS, SANTOS Y ESCLAVOS .....	61
El triunfo de la única fe verdadera .....	61
Silenciando a los paganos .....	71
Aceptando los poderes establecidos .....	74
Creyentes opulentos .....	81
Santos para la esclavitud .....	89
3. OBISPOS Y BÁRBAROS, JEZABELES Y JUDÍOS .....	107
El mito del campesino devoto .....	107
La maldición de Eva .....	114
La quema de libros .....	126
Preparando el Holocausto .....	135
4. LA HISTORIA COMO FALSIFICACIÓN .....	163
Supresión en el punto de origen .....	163
La Guerra Fría en los archivos .....	172

EE.UU., la historia clasificada .....	177
Escuchando a la mayoría silenciosa .....	191
5. TRAS LOS PASOS DE RANKE .....	205
El servidor de su majestad .....	206
Una “profesión aristocrática” .....	211
Purgando a los rojos .....	217
Publicando y “privatizando” .....	224
Comercializando el material correcto .....	232
6. LA EXTRAÑA MUERTE DEL PRESIDENTE ZACHARY TAYLOR. UN ESTUDIO SOBRE LA FABRICACIÓN DE LA HISTORIA DE LA CORRIENTE PRINCIPAL .....	253
Examinando el examen .....	256
Confrontación con el esclavismo .....	266
¿Una dosis letal de cerezas y leche? .....	270
Hombres honorables e historia oficial .....	275
7. CONTRA LOS PSICOPOLÍTICOS .....	289
Despolitizando la política .....	289
Datos clínicos dudosos .....	297
Lenin como Edipo .....	301
Hoover el compulsivo .....	304
Hoover el político .....	307
Cuando la política se convierte en algo personal .....	312
Epílogo .....	317

## COLECCIÓN "OTRAS VOCES"

1. EL PROBLEMA ESPAÑOL, Alberto Arana
2. EL BURDEL DE LAS PEDRARIAS, Ricardo Pasos M.
3. LA OTRA HISTORIA DE LOS EE.UU., Howard Zinn
4. MUJERES EN KURDISTÁN, Gerd Schumann
5. EL JUEGO DE LA MENTIRA. LAS GRANDES POTENCIAS,  
YUGOSLAVIA, LA OTAN Y LAS PRÓXIMAS GUERRAS,  
Michel Collon
6. LA ESTÉTICA DE LA RESISTENCIA, Peter Weiss
7. NADIE ES NEUTRAL EN UN TREN EN MARCHA, Howard Zinn
8. LA CUARTA VÍA AL PODER: VENEZUELA, COLOMBIA,  
ECUADOR, Heinz Dieterich
9. EL MITO DE LA GUERRA LIMPIA, Jacques R. Pauwels
10. HAITI PARA QUÉ. USOS Y ABUSOS DE HAITÍ, Paul Farmer







Michael Parenti está considerado uno de los pensadores estadounidenses más progresistas de los últimos tiempos. Recibió su doctorado en ciencias políticas en la Yale University en 1962 y ha sido profesor en numerosos institutos y universidades. Sus escritos han sido muy difundidos en diarios y revistas —*CovertAction Quarterly*, *Z Magazine*, *New Political Science*, *Monthly Review*, *The Humanist*, *Dollars and Sense*, *The Nation*, *Los Angeles Times*, *New York Times*— y ha participado en programas de radio, aportando en todas sus intervenciones interesantes ideas sobre temas como: “Democracia y poder económico”, “Imperialismo y Estados Unidos”, “Intervencionismo de los EE.UU.”, “Terrorismo y Globalización”, “los Media”, “Ideología e Historia”, “Raza, género y clase”, “El derrocamiento del comunismo”, etc. Algunos de sus libros más renombrados son: *El asesinato de Julio César*, *La trampa del terrorismo*, *Democracia para unos pocos*, *Matar a una nación*, *Contra el Imperio*, *Inventar la realidad*, *Tierra de ídolos*, *La espada y el dólar* y *La Historia como misterio*. Sus libros se han traducido a numerosos idiomas.

*La Historia como misterio* es el entusiasta desafío de un historiador honesto frente a la historia oficial. Michael Parenti lucha contra los mitos históricos impuestos desde el poder y demuestra cómo los vencedores de la historia tuercen y suprimen el recuerdo documental para perpetuar su poder y sus privilegios. Y también nos habla de la influencia que reciben los historiadores por parte del ambiente social que les envuelve y de la clase para la cual trabajan. En este libro habla de temas que se extienden desde la antigüedad a las épocas modernas, desde la Inquisición y Juana de Arco a los sesgados libros de texto sobre historia actuales. *La Historia como misterio* demuestra cómo interactúan el pasado y el presente y cómo la Historia puede ser un tema verdaderamente emocionante y comprometido.

“Nuestro conocimiento del pasado”, escribe John Gager, “lo han creado para nosotros los ganadores de la historia. Las voces de los perdedores, si es que se oyen, se transmiten a través de una cuidadosa red de filtros”. Aquí yo trato de eliminar algunos de esos filtros...

*Michael Parenti*

